
CIRCULO DEL CRIMEN
EL OCTAVO CIRCULO
STANLEY ELLIN
100
Nº 32

En la mansión de un millonario inválido y de su joven esposa están reunidos estrellas y personajes del mundo cinematográfico y un fanático gurú. Aparecen cartas con amenazas de muerte, según las cuales el gurú sería asesinado en la madrugada de un día determinado. Son varios los huéspedes que podrán tener razones para matarlo. La labor del detective, especialmente contratado, se ve sutilmente complicada por la serie de obstáculos que encuentra en su camino para impedir el crimen.



Stanley Ellin

El octavo círculo

Círculo del Crimen - 32

ePub r1.0
Titivillus 20.10.2019

Título original: *The Eighth Circle*
Stanley Ellin, 1958
Traducción: Julio Fernán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Dedicado a mis padres

… y así en el Octavo Círculo se encuentran los mentirosos, los aduladores y los simoníacos, los adivinos, los hipócritas y los ladrones, los alcahuetes, los malversadores y demás escoria.

El infierno (Dante)

PRIMERA PARTE
CONMY

1

—Te lo digo de veras —le aseguró cierta vez Frank Conmy—. Estamos viviendo un tiempo a la vez detestable y mágico: la época dorada del archivador.

Estaban en el piso que Frank tenía en el «St. Stephen». Era una noche fría, sin luna, pero con un cielo cuajado de estrellas. Treinta pisos más abajo, en el Central Park, los leones marinos ladraban tontamente al firmamento y los tigres gruñían al oír la sirena de una ambulancia que transitaba a lo largo de la Quinta Avenida.

—El alma ha dejado ya de ser una polilla —manifestó Frank aquella misma noche, algo más tarde, removiendo un generoso trago de coñac en una copa «Napoleón» que parecía haber enraizado y crecido en su propia mano—. Ha dejado de volar de acá para allá libre y feliz para acabar destruyéndose gozosa en la llama de lo desconocido. Ahora, es más bien como un insecto clavado a una tabla con un alfiler. O como una acumulación de datos colocados entre las cubiertas de una carpeta de cartón que luego se mete en un archivador. Pero sigue siendo el más ameno de los ingredientes si se sabe cómo manejarlo y qué hacer con él más adelante.

Murray tuvo que admitir que aquello era incuestionable. Si algo se aprendía de Frank Conmy era el modo de obtener datos y pasarlos luego a un papel o a un microfilm o a una cinta registradora; de modo que el cliente seleccionara y retuviera en su mano exactamente aquello por lo que había pagado.

Pero de todo esto hacía ya bastante tiempo, antes de que el caso Lundeen pasara a quedar registrado. El caso en cuestión fue el origen de un montón de pintorescas hipótesis y de alcohólicas filosofías entremezcladas y revueltas. Si Frank hubiera estado allí cuando el caso se inició, las cosas se habrían desarrollado de un modo muy distinto, pero no pudo ser porque había muerto el año anterior, luego de haber luchado hasta el fin contra la hipertensión y contra una caterva de insensatos médicos con sus estúpidas

recetas contra los licores, los cigarrillos y la sabrosa carne roja. Así, pues, el caso quedó para Murray en su totalidad, con todas sus consecuencias.

Hablando de manera global, los problemas del caso estriban en que el expediente Lundeen lo dice todo y no dice nada. Por un lado, cuenta más acerca de Lundeen y de la gente con la que estaba relacionado, de lo que nadie hubiera podido imaginar que podría quedar registrado en un archivo. Por otra parte, omite algunos hechos en extremo interesantes. Por ejemplo, no cuenta nada del curioso animal doméstico propiedad de cierto ayudante especial del fiscal del distrito de Nueva York llamado Félix LoScalzo. Ni de un famoso apostador profesional llamado George Wykoff, para quien el «Château d’Yquem» resultaba demasiado dulce en una cena. Tampoco decía que el padre de Murray, un mal tendero y pobre poeta, dedicó cierta vez un poema a William Jennings Bryan que empezaba así:

Evitemos la mezquina miopía,
Y pongamos la esperanza en la Utopía.

Nada de aquello constaba en el informe y, sin embargo, según pudo comprobar Murray estaba muy relacionado con el mismo. Frank se hubiera dado una palmada en la frente y rechazado con un mugido la idea de incorporarlos, pero es que Frank había tenido siempre una gran afición a ceñirse a los hechos esenciales, ya que, según él, éstos eran los que el cliente compraba, ni más ni menos.

—¡Quién, qué, cuándo, dónde! —solía exclamar Frank—. Hay que conseguir datos, datos fehacientes que registrar en el informe. Así es como he prestigiado la agencia. De eso vivimos, mientras que unos quinientos en este estado se mueren de hambre.

La primera vez que Murray penetró en la sala de espera de la oficina de Frank pudo escuchar que resonaba declamatoriamente detrás de la puerta, incitándole a desaparecer al instante de allí. Pero su mano había tocado por casualidad las monedas que llevaba en el bolsillo y recordó que su riqueza material se reducía a ochenta y cinco centavos, y pensó que era mejor quedarse. Poco después, la recepcionista, una mujer con la helada sonrisa de una trabajadora social voluntaria, le introdujo en el *sancta sanctorum*.

Nada había cambiado en aquella oficina a través de los años. Por aquel entonces era exactamente tal como es ahora. Tres de sus paredes estaban recubiertas por paneles intrincadamente tallados, la cuarta quedaba ocupada por una sólida franja de archivadores metálicos. La alfombra tenía un espeso tramado y los muebles de la habitación mostraban esa pátina que la buena madera adquiere con la edad y el esmero en cuidarla. Mirando a Frank Conmy, Murray tuvo la impresión de que una pátina semejante cubría también al viejo. Frank iba a cumplir pronto los setenta años, y con su papada, sus rojas mejillas y su blanco bigote parecía un presidente de empresa retirado. Mas sus ojos al examinar atentamente a Murray, tenían una expresión aguda y viva.

—¿Para qué desea verme?

En la mesa escritorio, delante de Frank, había un humidificador para mantener en forma los puros. Lo empujó hacia Murray y abrió la tapa con una mano gordezuela delicadamente manicurada.

—Quiero trabajo —dijo Murray—. Y pensé que usted podría proporcionármelo.

La mano vaciló sobre la tapa de la caja y luego volvió a cerrarla suavemente.

—¿Quién le ha dado semejante idea?

—Una persona de su oficina, un tal Collins. Estuvimos hablando la semana pasada y me dijo que se iba y que tendría usted un lugar vacante.

—¿Y qué le hizo pensar a Jack Collins que usted es apto para trabajar aquí?

—Estoy en una firma de abogados: Cunliffe, Mead y Appel, y Collins vino allí algunas veces para asuntos relacionados con usted. Así fue como nos conocimos, y él debió pensar que yo servía para este empleo.

—Quizá sí. Pero lamento decirle, señor…

—Kirk. Murray Kirk.

—Pues lamento decirle señor Kirk que Jack se encuentra en estos momentos en camino hacia la costa para un asunto personal, y no podrá hablar en favor suyo. Sin embargo, si se pone en contacto conmigo y existe la oportunidad…

—De acuerdo —respondió Murray—. No nos llame usted, le llamaremos nosotros.

—Vamos, vamos, señor Kirk, no sea usted injusto. No se deje llevar por los nervios. —Frank Conmy sonrió con venenosa dulzura retrayendo los finos labios para mostrar unos dientes demasiado perfectos para ser naturales—. ¿No le parece que una persona en su situación debe tener el sentido común suficiente como para dominar su cólera?

Murray se puso en pie.

—No a menos que le paguen un sueldo por ello. Y como, de momento, no figuro en su nómina…

—Siéntese —le ordenó Frank Conmy, y Murray se sentó. En el largo minuto siguiente pudo llegar a comprender de un modo perfectamente claro lo que un hombre es capaz de sentir mientras un bilioso recaudador de impuestos sobre la renta le zarandea pensando en cómo fastidiarle. Y Frank le aplicó aquel tratamiento hasta que el estómago empezó a dolerle.

—¿Sigue usted con Cunliffe? —preguntó Frank de repente.

—No. Le he dejado esta mañana.

—¿En qué se ocupaba mientras estuvo allí? ¿Cuáles eran sus obligaciones?

—Técnicamente trabajaba como auxiliar, pero en realidad hacía un poco de todo. Me entrevistaba con los clientes modestos, manejaba unos cuantos sumarios, hacía recados y limpiaba la oficina. ¡Ah, sí! Y una vez al mes tenía que ir a los almacenes Altman para comprar cuellos de repuesto para el señor Cunliffe.

—¿Cuánto tiempo duró esto?

—Cosa de un año.

—¿Y antes qué hizo?

Murray lo estuvo pensando un poco.

—¿Cuánto tiempo antes?

—El que usted quiera. Pero cuéntemelo de prisa, señor Kirk, porque está usted empleando un tiempo que necesito para otras cosas.

—Bien —respondió Murray—. Me crie en West Side, entre la calle 116 y Broadway, donde mi padre tenía una tienda de comestibles. Asistí al City College y luego pasé al Ejército. Al ser licenciado ingresé en la Escuela de Derecho St. John aprovechando las ventajas en favor de los soldados. Me licencié y entré en la firma Cunliffe, Mead y Appel. Y ahora estoy aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué dejó ese empleo con Cunliffe?

—El dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Me pagaban cuarenta por semana —dijo Murray—. Sin descontar los impuestos.

Frank soltó un gruñido.

—¿Y podía vivir con eso?

—Sí, hasta cierto punto.

—Si yo le ofreciera cincuenta semanales sería toda una mejora, ¿verdad?

—No —respondió Murray—. No lo sería. Pero los aceptaría para empezar.

—Ya me lo figuraba —dijo Frank Conmy.

Poco antes de su muerte, Frank rememoró aquel día.

—Me acuerdo muy bien —dijo—. Jack Collins me había dicho que quizá pasarías a visitarme: «Ponga atención en un joven con cara de monaguillo, traje desgastado por el uso y mirada voraz —me dijo—, y no le deje escapar si es que puede». Te conocí en cuanto empezaste a exponerme tu caso, porque nadie se ha sentado en ese taburete verde con una mirada más voraz que la tuya. Hubiera podido quedarme contigo sin más preámbulos.

—Viejo hijoputa, ¿por qué me hiciste sudar de aquel modo?

—En efecto —siguió Frank suspirando pensativamente—. Que Dios me perdone por decir esto, Murray, pero ¿qué otra distracción le queda a uno cuando ya no puede ponerse encima de una mujer, sino maltratar un poco a los jóvenes con un ángulo recto en la barriga. Sin embargo, eso no es todo. Lo que intento decirte es que una mirada voraz es la mejor de las cualidades que reconozco en un hombre?

Y eso es, precisamente, lo que adquirí cuando te acepté por sesenta semanales.

—Cincuenta.

—Sesenta —insistió Frank—. No discutamos más. Sabes muy bien que las discusiones hacen hervir mi sangre como si fuera agua de soda.

Habían sido pues, cincuenta semanales para empezar, y por cierto muy duros de adquirir. El despacho de Frank Conmy tenía dos puertas. Murray había entrado por una, pero le hicieron salir por la otra que daba a una serie de recintos: la sección de investigadores, la de taquígrafas, el almacén y el laboratorio fotográfico. Por el modo en que Frank le presentó, se dijo que la persona más importante, aunque no aparente, era la señora Knapp, que actuaba simultáneamente como secretaria personal del jefe, supervisora del grupo de taquígrafas, y ama de llaves auxiliar. Era una mujer pequeña y peripuesta con el pelo brillante y azulado, que debía haber sido extremadamente guapa cuarenta años atrás.

Una sombra de su antigua belleza seguía presente mas de un modo velado, carente de toda energía.

Mientras rellenaba diversos impresos con los datos de Murray no dejó de hablar con la velocidad de una ametralladora, exponiendo las leyes de la casa.

—El señor Conmy es muy estricto en ciertas cosas, señor Kirk. No deberá usted perder el tiempo en el departamento de las taquígrafas o relacionarse con ellas. Supongo que entiende bien a lo que me refiero, ¿verdad?

—Sí.

—Los expedientes confidenciales están en el despacho del señor Conmy y quiero dejar bien sentado que no debe usted tocarlos. Si necesita sacar algún dato o anotar alguna observación, deberá decírmelo y yo me ocuparé de ello. Cuando se vaya no dejará sobre su mesa ningún papel sacado de los archivos. Todos quedarán en mis manos, aunque no salga más que para comer. ¿Está claro?

—Sí. Está claro.

—Cada vez que entre o salga de la oficina deberá firmar en el registro que hay sobre mi mesa, ese de ahí, en la columna correspondiente, anotando la hora. Si quiere ofrecerse para trabajos extra después de la jornada normal, deberá firmar en la columna de disponibilidad mencionando dónde se le puede localizar. Y, por favor, no firme a menos de no estar verdaderamente dispuesto a ello. Es una lata estar buscando a la gente en el último momento.

—¿Para qué sirve eso de firmar? —preguntó Murray.

—Son servicios que se pagan aparte. ¡Ah!, otra cosa. Al señor Conmy no le gustaría que fuera usted por ahí hablando de su

trabajo con otras personas. Es costumbre que nuestros empleados digan, simplemente, que trabajan para una oficina de investigación si es que el asunto sale a relucir cuando hablan con desconocidos.

—¿Y cuándo hablan con amigos?

—Tendrá que usar su sentido común, señor Kirk. Sí, firme ahí… y ahí. ¿Tiene alguna otra pregunta que hacer?

—No —dijo Murray. Pero no pudo resistir este comentario—: Se parece mucho al cine, ¿verdad?

La señora Knapp le miró de reojo.

—No, no lo es, señor Kirk. No suministramos bebidas ni chicas rubias, ni comunicaciones. En realidad, aquí nadie tiene permiso de armas, excepto el señor Conmy, y dudo que sepa distinguir el cañón de la culata. Métase esto en la cabeza, señor Kirk: somos una firma legal y autorizada por el director de licencias del estado de Nueva York que realiza determinados servicios lícitos. Y usted, joven, está tan sometido a las leyes de este Estado como cualquier otra persona. Espero que lo tenga siempre bien presente.

—Lo tendré.

—Bien. Puede empezar con el archivo de los ejecutivos. Sígame. Hay un lugar vacío en el escritorio del señor Manfredi y él le explicará lo que es el fichero de ejecutivos. Señor Manfredi, le presento al señor Kirk. Encárguese de él.

En el amplio recinto había una docena de mesas-escritorio, la mitad en activo. Sus ocupantes miraron en silencio a la señora Knapp cuando salía, dieron una ojeada indiferente a su nuevo colega y reanudaron su trabajo. Manfredi era delgado, con la nariz ganchuda y un aspecto tan triste como una grulla enjaulada. Se volvió hacia Murray.

—¿Quién le ha metido en esta trampa, amigo?

—Uno que había trabajado aquí antes… Jack Collins, ¿le conocía?

—Está usted sentado precisamente en su silla. Los dos nos parecíamos; sólo que a él le entró el afán de abrir agencia propia en Los Ángeles.

—Me dijo lo que ganaba y me pareció bien.

—Quizá. Pero Jack era un águila en su oficio y se había especializado en bonificaciones. Hace falta mucho tiempo para eso. Se lo digo por si se ha figurado encontrar petróleo en esta casa.

—Verá usted —replicó Murray—. Ya que hablamos de eso, le diré que de lo único que dispongo es de tiempo.

—Perfecto —aprobó Manfredi—. Ahora le mostraré donde habrá de emplearlo.

El archivo de los ejecutivos contenía un montón de resúmenes autobiográficos, unos, a máquina; otros, fotocopiados, y unos cuantos impresos.

—La cuestión es ésta —le explicó Manfredi—. Cuando un tipo de cuello blanco desea trabajo en alguna gran empresa de la ciudad, no tiene por qué presentarse sin más. Lo que hace es enviarles uno de estos papeles con la historia de su vida y luego se pone a rezar. La empresa nos reexpide el documento y nosotros comprobamos todo cuanto se dice en él. ¿Sabe cómo seguir tales pistas? Quiero decir comprobar toda esta basura sobre estudios, trabajos anteriores, etcétera.

—He hecho algo de eso en mi empleo anterior.

—Bien. Entonces en las cosas que sean ciertas pone usted O. K. y sus iniciales, y allí donde descubra que el tipo está mintiendo pone usted N. G. y sus iniciales. Si hay algo que no puede aclarar por más que haga, lo deja en blanco. Pero si deja demasiados blancos o le cogen falseando algún informe, va usted a la calle.

»Hay algunos otros detalles. Tenemos las fichas de una gran cantidad de esos tipos. No hay nada como los jóvenes ejecutivos para ir de un lado a otro. Además, y espero que no lo divulgue por ahí, debe usted tener al día cada una de las fichas, anotando cuantos datos adicionales pueda sacar. Todo lo que averiguamos pasa al congelador.

»La otra cosa que debemos hacer con toda esta basura resulta algo más complicada. Todas las mañanas nos traen un montón de periódicos. Tendrá usted que repasarlos a toda velocidad para sacar cuanto sea interesante y ponerlo en las fichas. Los grandes como el *Times* son estupendos para bodas, defunciones, promociones profesionales y cosas así. Los periodicuchos modestos aportan la porquería. Usted debe buscar los escándalos cuyos protagonistas sean ejecutivos e incorporarlos a la ficha. Eso es todo.

—Parece muy divertido —manifestó Murray.

—Oh, ya se acostumbrará. Le mantendrá muy ocupado, que ya es algo. Y desde luego, mucho mejor que andar con mandamientos

y citaciones. ¿Le han bautizado alguna vez?

—¿A qué se refiere?

—Así es como llamamos aquí a la primera ocasión en que una mujer le escupe a uno en la cara por entregarle un mandamiento judicial. Hay algo en los documentos legales que llena de saliva la boca de las mujeres, así es que debemos estar preparados. Al cabo de algún tiempo, aprenderá a esquivar el golpe.

Murray le miró y se dio cuenta de que hablaba en serio.

—¿Estas son las cosas que hay que hacer con más frecuencia? —preguntó Murray—. ¿Lo de la basura y los documentos legales?

—¡Qué va! ¡No! Esta es una empresa importante, amigo. Hasta ahora sólo ha visto un extremo de su rabo. Resista un poco y descubrirá el resto.

Murray lo descubrió. Estuvo trabajando en el archivo de ejecutivos, entregó citaciones y «le bautizaron», y siguió casos, primero con Bruno Manfredi y luego él solo. A lo largo de su recorrido descubrió que cuando se le paga a uno lo suficiente por levantar un peñasco, no hay que hacer demasiados ascos al descubrir lo que se agazapa debajo. De todo aquello no sólo sacó dinero, sino que, gracias a un lento, misterioso e indefinido proceso acabó también por hacerse amigo de Frank Conmy. Murray llegó a la conclusión de que Frank padecía una terrible soledad, la soledad de quien ha mantenido en alto su guardia tan prolongadamente que se ha quedado como petrificado en dicha posición. Pero con el tiempo, y cuando las áridas conversaciones sobre asuntos de la agencia se transformaron en agradables charlas, el hielo empezó a fundirse. La primera vez que Murray estuvo en el piso del «St. Stephen» fue el día en que cumplió treinta años y Frank le invitó a celebrar una fiesta para dos. La fiesta tuvo un éxito tremendo, y se prolongó durante ocho horas, en las que Frank se expresó en un monólogo que fue parte conferencia, parte evocación y en mucha parte más pornografía, todo ello acompañado de una botella de «Grand Armagnac» que hizo rezar a Murray por una muerte rápida cuando a las primeras luces del alba los vértigos y mareos continuaban agobiándolo.

Después de aquella noche hubo otras muchas en que cenaron y bebieron juntos, y alguna que otra vez se fueron también juntos de juerga. Frank tenía unos gustos algo lúgubres y Murray aprendió de él que la ópera puede ser una experiencia emocionante, que las películas del oeste eran mejores que el Nembutal para dormir, que las carreras de caballos se animan cuando uno apuesta más de lo que puede permitirse perder y que valía la pena ver alguna que otra producción teatral siempre y cuando hubiera sido escrita por Sean O'Casey o por Rodgers y Hammerstein. En resumen: lo que podría llamarse un trago de cerveza local fuertemente sazonado por la charla de Frank Conmy y también por su coñac.

En la oficina no dejaron de producirse algunas leves repercusiones de todo aquello. Una tarde, Murray se estaba afeitando en el espejo del lavabo de caballeros cuando entró uno de los investigadores, un tipo agrario llamado McNally, quien se miró en el espejo y luego se volvió hacia Murray.

—Dime querido —le preguntó en un agudo falsete para que le oyeran los que estaban también por allí—, si yo tuviera tan buena pinta como tú, ¿crees que el viejo se hubiera fijado en mí?

Lo malo era que Murray comprendía la causa de que McNally estuviera irritado y no podía recriminárselo. Así es que cuando dejó la navaja y le soltó un puñetazo, lo hizo sin convicción y sin fuerza. McNally se echó hacia atrás y los otros puñetazos fallaron. Los dos se enzarzaron entonces en una pelea, forcejeando torpemente como un par de luchadores principiantes hasta que Bruno Manfredi les separó. Más tarde, Bruno dijo a Murray moviendo la cabeza:

—Dios mío, perder los estribos por un tonto como ése. Tendría que reírse de esas bobadas. Si no lo hace, algunos se van a creer que es verdad.

—¿Usted qué cree?

—¿Quién, yo? No creo más que lo que veo. El viejo no ha tenido familia ni nada que se parezca, y usted le da la sensación de ser su hijo. Pero no deje que eso le quite el sueño, muchacho. Es como meter dinero en el banco.

En efecto, aquello no preocupó a Murray, porque cuando finalmente indujo a Frank a que le hiciera su socio, sabía muy bien que estaba capacitado para ello. Por aquel entonces era el número

uno de la agencia y se encargaba sólo de los casos importantes. Había convencido a Frank para que iniciara un servicio de custodia de nóminas, lo que produjo beneficios inmediatos. También lo había convencido de que la publicidad cara rinde buenos beneficios y había contratado al equipo de relaciones públicas que, en efecto, hizo obtener buenas ganancias por las actuaciones de Frank ante la radio y la televisión y en las secciones periodísticas de chismorreos donde el nombre de Conmy se hizo familiar para los poderosos en situaciones difíciles.

La sociedad duró dos años. Al día siguiente de haber terminado por causa de la muerte de Frank, Murray supo con profundo agradecimiento y escasa sorpresa que su socio le había dejado la parte que le correspondía en la agencia.

Así son las cosas. Diez años atrás había entrado en aquella oficina con ochenta y cinco centavos como único caudal. Ahora, casi en el aniversario de dicha fecha, seguía el exiguo cortejo fúnebre en su propio Cadillac y al regreso del servicio se detuvo en el «St. Stephen» para firmar en el registro como nuevo propietario del piso de Frank.

Tomó posesión aquella misma tarde. A media noche efectuó un brindis final en honor del desaparecido utilizando la familiar copa abombada que luego estrelló sensiblero pero bien intencionado. Había simpatizado con Frank y quería decirle adiós de un modo que le hubiese resultado agradable. En aquel momento creyó realmente estarse despidiendo de Frank.

Después, algunas veces —algunas malas noches sobre todo—, encontrándose solo en el piso, pensaba en todo aquello. Extrañas y desatinadas ideas se entrecruzaban en su mente en desordenada mezcolanza. Como en una procesión sin sentido, describían círculos sin conducirle a ningún sitio. Se acordaba de su padre que vendía comestibles perdiendo dinero y que, además, escribía malas poesías; de la franja de archivadores en la oficina con sus cerraduras dobles; de Frank, e incluso de la gente que vivía en los compartimentos del «St. Stephen» debajo de donde estaba él. Demasiada gente. Demasiados pensamientos.

Pero todos ellos, como las piezas desperdigadas de un rompecabezas, esperaban solamente que se produjera el caso Lundeen para empezar a formar una imagen concreta.

2

Aunque su nombre no pasara a figurar en ninguno de los registros, fue Otto Helmke quien puso la primera pieza en su lugar.

Helmke era un padre de familia, irascible, escuálido, que vivía en el distrito de Ridgewood: un padre cariñoso de una chica notablemente coqueta, e irritable vecino del oficial de policía Everett Walsh. La enemistad entre Helmke y Walsh databa desde hacía ya varios años, y se originó por una controversia muy enconada sobre límites de propiedad. Que culminó una noche en que Helmke encontró en el garaje de Walsh a su hija y al mayor de los chicos de aquél ardorosamente abrazados en el asiento trasero del coche familiar.

Helmke se vengó de dos maneras: sacó al muchacho de allí zurrándole con el palo de un rastrillo, y luego, de madrugada, se sentó a la mesa de la cocina para escribir una carta. Su párrafo inicial trataba simplemente de cómo era posible que quien no cobraba más que un salario de agente pudiera vivir del modo en que vivía Everett Walsh. El texto seguía describiendo con sorprendente meticulosidad cada detalle de la vida financiera de Walsh, subrayando los dos coches nuevos que había en su garaje, los cuantiosos gastos originados por la reforma de la casa y la embarcación de ocho metros llamada «Peggy W.» fondeada en la bahía de Sheepshead. Era una carta que Helmke había soñado en escribir en muchas ocasiones y que ahora leyó con placer. La firmó «un ciudadano consciente» y la dirigió al «Fiscal del Distrito, de la ciudad de Nueva York». Tenía la impresión errónea de que en la ciudad sólo había un fiscal del distrito, pero tal como sucedieron las cosas, aquello no importaba demasiado.

Quienes habitan al oeste del Hudson, muy enterados de estas cosas, saben que la semilla, aun cuando se la arroje descuidadamente al aire, arraigará si cae en terreno fértil. En el presente caso, el terreno fértil fue un tribunal especial recientemente instituido para investigar la corrupción entre algunos

personajes de Nueva York. La carta de Helmke fue a caer en este tribunal y, tras una investigación a fondo llevada a cabo por dos brillantes jóvenes de la oficina del fiscal del distrito, Walsh fue llamado a comparecer ante los jueces.

La declaración de Walsh quedó resumida gráficamente por el titular del primer periódico sensacionalista que se ocupó del caso: POLICIA DELATA A SUS COMPAÑEROS. Uno de estos, puesto bajo los focos ante el Tribunal, resultó ser un corredor de apuestas en gran escala, George Wykoff, director de una amplia red que abarcaba toda la ciudad, que operaba desde su finca de Staten Island, el más apartado y bucólico de los cinco distritos de Nueva York.

Pero si Walsh había delatado a Wykoff, este hizo sonar trompetas como las que Josué debió haber utilizado ante los muros de Jericó, ya que bajo su clamor los muros del Departamento de Policía se derrumbaron estrepitosamente. Seiscientos agentes con rangos comprendidos entre detectives e inspectores jefes fueron atrapados en aquel desastre. La mayoría lograron salir indemnes presentando rápidamente su dimisión o retirándose del Cuerpo. Pero veinte de ellos quedaron atrapados por declaraciones contradictorias, se les acusó de perjurio y se les retuvo para someterlos a juicio. Arnold Lundeen formaba parte de esta desgraciada veintena.

Y así fue como Otto Helmke, cuyo nombre no figura en ningún expediente, realizó su acción desinteresada que le fue devuelta con un incremento del trescientos por uno. A juicio de cualquiera aquello hubiera constituido una ganancia sustanciosa, pero Otto no se sentía feliz. Perdió el apetito y gruñía continuamente a su impasible esposa y a su enfadada hija, permaneciendo largas horas rumiando tras de su periódico.

Resulta duro para un hombre saberse agente de la divina Providencia y permanecer en el anonimato.

SEGUNDA PARTE
CONMY Y KIRK

1

El día de Acción de Gracias sobre las doce, Murray estaba en su bañera sumergido tanto en la lectura de los «Viajes de Gulliver» como en un agua tan caliente que mover un dedo dentro de ella producía una sensación de exquisito dolor. Cuando sonó el teléfono trató de no hacer caso, pero finalmente salió de la bañera y pasó al dormitorio chorreando agua por todas partes.

—¿Qué diablos quiere, Marge? —preguntó por el auricular.

La muchacha encargada de la centralita respondió:

—Lo siento, señor Kirk. Ya sé que hoy no quiere que le pasen llamadas, pero este señor viene insistiendo desde las nueve y finalmente tuve que decirle que miraría si estaba usted en casa. ¿Está usted o no está?

—¿Quién es ese señor?

—Un tal Ralph Harlingen. Dice que usted le conoció en la oficina de Rector Street.

El nombre le resultó familiar porque la firma Harlingen era un antiguo cliente. Se trataba de uno de esos bufetes que se han desarrollado extraordinariamente alrededor de Wall Street y en el que diez socios antiguos y veinte modernos debatían amablemente casos relativos a sociedades cargando sumas sustanciosas. Conmy y Kirk se habían encargado de sus ficheros de ejecutivos durante largo tiempo.

Ralph Harlingen era uno de los socios jóvenes de menos categoría, una insignificancia en realidad y por lo que Murray sabía, su único mérito se basaba en que su padre ocupara un alto cargo en la sociedad, y Murray se había encontrado con él algunas veces en las oficinas de la misma. Era un hombre corpulento y ancho de espaldas, con el pelo cortado a lo recluta y unos toques de gris en las sienes. Sus modales resultaban excesivamente juveniles para los años que tenía. Habían hablado de la Liga de fútbol, tema por el que Harlingen se apasionaba y que en cambio dejaba indiferente a Murray, y aquello fue todo. Resultaba difícil imaginar por qué le

llamaba ahora con tanta insistencia.

Una vez al teléfono, Harlingen se deshizo en disculpas y en seguida fue al grano.

—Seguro que no se lo imagina, amigo —dijo—, pero en estos momentos nos es usted indispensable. Oiga, ¿ha oído hablar alguna vez de una tal Arnold Lundeen? ¿Le dice algo ese nombre?

—No.

—Bien. Pues se trata de un cliente mío, uno de los policías implicados en el caso Wykoff. Pero debo aclararle que el caso en cuestión nada tiene que ver con Rector Street, porque he dejado la barraca y ahora trabajo por mi cuenta. ¿Qué le parece?

Murray quitó los pies del charco que se había ido formando, bajo él, en la alfombra.

—Magnífico. Creo que es una estupenda noticia.

—En efecto. Y lo que usted y yo debemos hacer ahora es ponernos a trabajar juntos en el caso. Mi esposa y yo salimos mañana a pasar el fin de semana con su familia en Filadelfia, así que tendremos que vernos hoy. Esta noche si es posible. Daremos una fiesta y habrá mucha gente, pero siempre encontraremos un momento para hablar de negocios. Las bebidas serán de lo mejor. Verdaderas delicias.

—Estupendo —contestó Murray—. No faltaré, señor Harlingen.

—Llámeme Ralph, amigo.

—De acuerdo. Gracias, Ralph.

¡Qué buen chico era aquel Ralph!

Murray colgó el auricular, lo volvió a descolgar y marcó el número de Conmy Kirk. La oficina estaba cerrada los domingos y días festivos, pero, al menos teóricamente, uno de los empleados debía quedarse allí de servicio. En aquella ocasión le tocaba a Lou Strauss, un veterano en la empresa.

—Hágame un favor, Lou —le dijo Murray—. Mire en el índice que tiene la señora Knapp en su escritorio y dígame si tenemos fichas de estos dos nombres: Ralph Harlingen y Arnold Lundeen.

—¿Es el mismo Harlingen que llamó esta mañana? Le dije que le encontraría a usted en el hotel.

—Ya me ha llamado. Compruebe ese nombre y también el de

Lundeen.

Murray esperó unos momentos hasta que Strauss se puso de nuevo al aparato.

—Figura el nombre de Harlingen. Así, pues, tenemos su ficha. Pero no hay nada del otro.

—Ya me lo figuré. Deje una nota para que la señora Knapp lleve la ficha de Harlingen a mi escritorio y yo la vea mañana. ¿Ha habido alguna otra llamada?

—Sólo la señora Knapp —dijo Strauss—. Quería asegurarse de que estoy en mi puesto. Por fortuna así es.

A las diez, Murray se fue en un automóvil al domicilio de Harlingen, encontrándose con que el piso estaba situado en uno de esos gigantescos bloques de cristal y aluminio que se elevan a gran altura, terraza sobre terraza, junto a las sucias orillas del East River. El piso era una rapsodia sueca en cojines de espuma, muebles sutiles y largas y bajas otomanas sobre las que la formaba hileras como pájaros sobre un alambre telefónico. Todos eran buenos y expansivos habladores, y su charla llenaba el espacio como un nervioso clamor.

Murray, después de haber sido acaparado por la señora Harlingen, una rubia intensa y desgarbada, logró librarse de ella y empezó a deambular de grupo en grupo hasta que finalmente le tomó por su cuenta un joven que vestía chaqueta negra de pana con cuello de terciopelo.

—Un tipo inolvidable, se lo aseguro —decía el joven amargamente—. ¿Qué le parece? Un tipo de lo más inolvidable.

—¿A quién se refiere? —preguntó Murray plácidamente.

—No se trata del «quién» —respondió el joven—. Es en el «más» donde está el error. ¿No se da cuenta? Inolvidable no puede ir acompañado de un aumentativo. No existe nadie parcialmente inolvidable. ¿Se fija? Lo inolvidable permanece siempre en la memoria, ¿verdad?

—Es posible.

—¿Qué quiere decir con su «es posible»? —preguntó el joven con aire agresivo—. O lo cree o no lo cree. Ese tipo de incertidumbre es el que está destruyendo la pureza del lenguaje que

empleamos.

Una muchacha alta, con bombachos negros, le dio con el codo a Murray.

—No haga caso de Donald —le dijo—. Está chalado con ese tema.

El joven la miró incrédulo.

—¡Chalado! —dijo—. ¡Oh, Dios mío! ¡Chalado! —Y se alejó muy ofendido.

La muchacha le miró mientras se iba y luego se volvió con aire de disculpa hacia Murray.

—Es explicable —dijo—. Se trata de un muchacho muy inteligente, pero estuvo en Oxford con una beca Fullbright y se le ha convertido en una especie de obsesión. ¿A qué se dedica usted?

—Investigación.

—¡Oh! ¿En qué ambientes?

—No hay ambientes —aclaró Murray—; tan sólo cifras y casos.

La muchacha levantó las cejas.

—Me parece pasmoso —dijo. Y a partir de entonces quedó bien claro que había dejado de interesarle el tema.

En el buffet, Murray se sirvió un dedo de Courvoisier, El invitado que estaba junto a él, un hombre robusto, de cara encarnada, con una tonsura de pelo blanco bordeándole un cráneo de extremada brillantez, le imitó, pero manteniendo la botella inclinada hasta que el coñac casi rebosó de la copa. Hicieron chocar las suyas respectivas y bebieron mientras el hombre gruñía de placer.

—¿Sabe por qué estoy aquí?

—Porque forma usted parte del ambiente —replicó Murray.

—No. ¡Qué diablo! Yo no sé nada de ambientes. Trabajo en la banca. Manejo inversiones para el Comercial Trust. Mi nombre es Walter.

—Bueno, he fallado —dijo Murray—. ¿Por qué está usted aquí entonces?

—Porque —respondió Walter triunfalmente— soy el vecino de abajo. Estos pisos están construidos de tal modo que se puede oír cuándo cae un alfiler al suelo, y cuando hay una fiesta, parece como si el techo se fuera a desplomar sobre la cabeza de uno. Pero soy un hombre pacífico y como no me gustan las discusiones con los

vecinos, ¿a quién le gustan en realidad?, hice un trato con el amigo Harlingen. Puede tener invitados cuando quiera, pero, a cambio de ello, yo estoy invitado a tomar una copa y ahogar mis penas en licor. Tiene de lo más selecto, amigo. Creo que empiezo a estar achispado.

—Las buenas vallas hacen buenos vecinos —comentó Murray.

—¿Qué quiere decir?

—Es de un poema de Robert Frost —respondió Murray.

—¿Se encuentra aquí? —preguntó Walter parpadeando.

—No me sorprendería mucho —contestó Murray.

Estaba otra vez solo, saboreando lo que aún le quedaba del licor cuando una niña apareció de repente ante él. Mostraba los habituales elementos de palidez, uñas mordidas y cola de caballo de la adolescencia, pero su boca era una mancha brillante y pegajosa de lápiz de labios, y llevaba los hombros abatidos como si estuviera cansada del mundo. Su aspecto era el de un interrogante formado con huesos.

—Hola —exclamó la niña—. Me llamo Megan Harlingen. Papá me lo ha contado todo de usted…

—Encantado —respondió Murray—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Oh, en el cine. Es una forma de evasión para mí. Hablo literalmente. No puedo soportar estas fiestas, ¿y usted? No hay más que personas borrachas y pretenciosas.

Murray dejó su copa apresuradamente.

—¡Ah, sí! —dijo con precaución—. Pues a mí me parecen gente muy simpática.

—Entonces es que no los conoce —declaró Megan con firmeza —. En realidad, todos están saturados de conflictos emocionales. Se retuercen interiormente. La mayoría siguen algún tratamiento. ¿Ha estado usted alguna vez en tratamiento?

—Todavía no. ¿Y tú?

—Sólo por poco tiempo. Y fue terrible, terrible, terrible. Cuando el abuelo se puso furioso, me permitieron que lo dejara. El abuelo es una especie de fanático religioso capaz de mostrarse ferozmente antifreudiano. ¿Sabe lo que me dijo una vez? Pues que los brujos paganos van al infierno y que lo mismo pasa con los psiquiatras, ¿no es una idea definitiva?

—Yo no lo criticaría demasiado —dijo Murray—. Probablemente sólo es un poco viejo.

—¿Un poco? Debería usted haber oído lo que le dijo acerca de las tendencias modernas cuando papá dejó su antiguo empleo y se puso a trabajar por su cuenta. ¡Cómo discutieron! ¡Y las cosas que opinó sobre quienes se ponen a trabajar para los criminales! Lo oí absolutamente todo desde mi dormitorio, y eso que tenía la puerta cerrada.

»Desde luego papá ha demostrado un atrevimiento fantástico al aceptar incluso casos criminales. Es el primero de la familia que lo hace y resulta una novedad. Supongo que es por eso por lo que le ha pedido a usted que le ayude, ¿verdad?

—Hummm. Lo dudo. Por regla general, mi trabajo consiste solamente en aportar detalles.

—¿Qué clase de detalles? A mi modo de ver, un detective privado es un auténtico héroe. Y usted es detective privado, ¿verdad?

—Sí.

—Pues por su aspecto nadie lo diría. ¿Le pasan muchas aventuras?

—¿Qué clase de aventuras?

—¡Oh!, ya sabe a lo que me refiero. ¿Es que no ve la televisión?

—Me gusta el Tío Kukla y también Frank y Ollie —dijo Murray.

—Entonces no me extraña —comentó Megan aliviada—. Ahora, venga conmigo y le enseñaré algo.

Le condujo hasta un dormitorio lleno de detalles femeninos y de objetos en desorden y le empujó hacia un sillón frente a la pantalla de un televisor. Después de buscar algunos canales localizó al detective Brannigan esforzándose en dar una solución al *Caso del dedo desaparecido*. Luego, muy animada, quitó los libros y vestidos que había sobre la cama y se sentó en ella con las piernas cruzadas, mordiéndose los maltratados bordes de las uñas mientras miraba extasiada la pantalla.

La oscuridad del cuarto y el rumor del diálogo formaban una traicionera tentación. Murray cerró los ojos, y por un momento se encontró con que no podía abrirlos, hasta que con un sobresalto despertó, cuando el detective Brannigan solucionaba su caso con una ensalada de tiros de pistola. El clamor de tres anuncios

sucesivos terminó de despejarlo. Luego apareció el informador de las once, cuyos ojos miraban más aceradamente aún, si cabe, que los del detective Brannigan.

—Estas son las noticias que tenemos para ustedes esta noche —declaró—. Las víctimas del tráfico continúan aumentando en el fin de semana. El último muerto de la localidad ha sido Charles Pirozy, de sesenta años, residente en Westchester, alcanzado alevosamente por un conductor que se dio a la fuga entre Madison Avenue y la Calle Sesenta, hace una hora. Se pide urgentemente a los conductores…

Megan se levantó de improviso y apagó el receptor.

—¡Feliz día de Acción de Gracias! —exclamó—. ¡Uf!

—Yo no he dicho nada cuando el detective Brannigan liquidaba a la gente a diestro y siniestro —comentó Murray con malicia.

—Esto es diferente —protestó Megan—. De todos modos…

De pronto se encendieron las luces de la habitación y los dos se volvieron parpadeando para ver quién estaba en la puerta. Era Harlingen.

—¡Oh! Por fin os encuentro —dijo. Y añadió con un gruñido—: Por Dios, Megan, esta habitación está hecha un asco. ¿Cómo puedes permitir que alguien la vea en semejante estado?

Ella le miró furiosa.

—No está hecha ningún asco. El doctor Langstein dijo que era perfectamente normal para una persona de mi edad ser algo descuidada. Tú mismo lo oíste.

—Sólo querría que tuviera que vivir en esta habitación por algún tiempo —aclaró Harlingen—. Quítate toda esa inmundicia de la cara y vete a dormir.

Ya en la puerta, Murray se volvió.

—Buenas noches, Megan —dijo, y vio cómo los labios pintados se ponían a temblar y los hombros caídos parecían abatirse todavía más—. Adiós —añadió. Pero Megan se volvió de improviso dándole la espalda.

—¡Estas criaturas! —exclamó Harlingen disgustado mientras cerraba la puerta—. Tiene catorce años, obra como si tuvieran cuatro y espera que la traten como si tuviera cuarenta. —Se dirigió

hacia una pequeña habitación parcamente amueblada como estudio y se dejó caer en un sillón tras de una mesa escritorio cubierta de papeles—. No. No va a encontrar ahí nada que valga la pena —dijo al ver que Murray se ponía en cuclillas para escrudiñar el contenido de la estantería más baja de la biblioteca—. Casi todo es jurisprudencia… Me los llevé al dejar la oficina… Y los más pequeños son de poesías de mi mujer. Impresos por cuenta propia, desde luego. En realidad no escribe versos demasiado buenos, pero le resulta un modo maravilloso de expresarse.

—Lo sé —dijo Murray—. Ya me ha hablado de ello.

—¿De veras? Entonces probablemente habrá tenido la oportunidad de ver qué clase de persona es. Muy simpática y expansiva. Muy dinámica. En realidad ha sido ella quien más ha influido en mi decisión.

—¿Se refiere a lo de dedicarse al derecho penal?

—En efecto. Y he tenido suerte al encontrar a un cliente como Lundeen para empezar. Generalmente, cuando uno se instala por su cuenta, como en este caso, se suele andar de un lado a otro durante mucho tiempo, intentando hacerse con un cliente; en cambio, yo no he hecho más que empezar y ya tengo un caso a mi disposición. —Harlingen tomó un lápiz y empezó a golpear con la punta sobre la mesa en un ritmo nervioso—. Lo malo es —dijo con aire apesadumbrado— que presente tantos puñeteros problemas. Me refiero a las muchas investigaciones que habrá que hacer y a los pasos que habrá que dar. Cuando se está sin gente, como me pasa a mí, no sabe uno por dónde empezar. Y ahí es donde le necesito.

—¡Un momento! —exclamó Murray—. Todavía no estoy metido en el asunto.

Harlingen pareció sorprendido.

—Yo pensé… —dijo.

—Verá. A mi modo de ver…, es decir, al modo de ver de Conmy-Kirk, hay muchas cosas en este caso que no me gustan nada.

—Bueno, mire. Todo empieza con una clara y sencilla acusación de perjurio. Si he dado la impresión…

—¿Hasta qué punto esa acusación es clara y sencilla?

—Verá, Lundeen es un policía adscrito al Departamento de Represión del Vicio. Hace algún tiempo, detuvo a un tal Schrade, Eddie Schrade, por apuestas ilegales. Luego, al presentarse el caso

Wykoff, Schrade fue llamado a declarar ante el tribunal, donde dijo que su detención era una pura comedia, ya que en realidad no había hecho más que suplantar al verdadero culpable, un tal Ira Miller, un tipo importante que trabajaba para Wykoff.

—Para iniciar un caso de perjurio hacen falta dos testigos.

—Miller es el otro. Contó al tribunal que había pagado a Lundeen mil dólares para que detuviera a Schrade en lugar de a él, y cuando Lundeen no quiso retractarse fue encausado. Desde luego tanto Miller como Schrade son de esa clase de sinvergüenzas que mandarían a su propia madre a la silla eléctrica. Todo esto huele a chanchullo que apesta.

—Quizá sí o quizá no.

Harlingen se puso colorado.

—Escuche —le dijo con vehemencia—, es posible que todo esto parezca un poco latoso; algo ya archisabido; pero me tengo por un buen juez de la naturaleza humana, y antes de aceptar como cliente a Lundeen puse como condición que los dos celebraríamos una conversación muy larga. No para hablar solamente del caso, ¿comprende? Lo que yo deseaba era examinar a fondo a ese hombre, punzarlo y espolearlo hasta ver qué había realmente en su interior. Y lo que vi me pareció bien. No me habría hecho cargo del caso si no fuera así.

—¡Dios mío! —exclamó Murray—. ¿Cree que lo que me preocupa es saber si ese caballero merece que lo defiendan o no?

—Pues por lo que dijo antes…

—Yo no he dicho nada de eso. Usted, señor Harlingen, debería saber que a una organización como la mía le importa un bledo el carácter que tenga el cliente. Y lo mismo le pasa a la mayoría de los abogados que conozco. Si lo hiciéramos así nos quedaríamos sin trabajo en pocos días —Murray sacudió la cabeza—. Eso no es importante en absoluto. A lo que voy es a que el caso está íntimamente relacionado con el asunto Wykoff y eso no me gusta. Wykoff declaró haber estado pagando un millón de dólares al año para sobornar a la Policía, durante los últimos diez años. ¿Qué significa esto después de haber puesto el asunto al descubierto? Pues que el Departamento de Policía aparece tan asqueroso y repelente como un montón de serpientes dentro de un saco, y no seré yo quien vaya a meter la mano en ese saco. Conmy-Kirk ha

mantenido siempre unas relaciones tranquilas y limpias con la Policía. Una política de «vive y deja vivir».

Y pensamos continuar practicándola.

—Pero este caso es mío —arguyó Harlingen— y de surgir algún problema yo seré el único que acepte la responsabilidad.

—Quizá sí, pero el hachazo caería igualmente sobre los dos. Señor Harlingen, las agencias estamos agobiadas en este Estado por una serie de molestas y mezquinas disposiciones. Si la Policía quisiera interpretarlas literalmente la agencia Conmy-Kirk se encontraría metida en un buen lío.

—¡Vaya! —exclamó Harlingen, el lápiz ante uno de los ojos y fijando su vista a lo largo del mismo—. Lo que intenta decirme es que si Lundeen desea quedar bien ante el tribunal lo mejor sería que se dirigiese a una gran firma jurídica con suficiente personal como para hacerlo todo ellos mismos. ¿No es cierto?

—No, no es eso. Existen un par de agencias más: Inter-American y Fleischer, bien organizadas y en condiciones de realizar bien la tarea. O quizá ya lo ha intentado usted —dijo Murray como si se le hubiera ocurrido de repente.

El lápiz se rompió en la mano de Harlingen.

—Desde luego que lo he intentado. No es que no pensara en usted como el primer candidato lógico; pero ¡qué diantre! Lundeen no es rico y había que sacarlo lo más barato posible. Pero es igual. Todos se mostraron indiferentes y la clase de trabajo que ofrecieron realizar no hubiera hecho más que rascar un poco en la superficie.

—Entiendo —afirmó Murray. Resultaba penoso ver el claro disgusto de Harlingen.

—No me es posible pasar este caso a otra firma —dijo Harlingen —. No puedo imaginarlo siquiera.

—¿Por qué no? Hay oficinas jurídicas que estarían encantadas en hacerse cargo. Podría usted trabajar para una de ellas y ver lo que sucede.

—¿A mi edad? —preguntó Harlingen inclinándose hacia adelante y hablando con una lenta intensidad—. ¿Sabe la edad que tengo? He cumplido cuarenta y cinco, muchacho, tengo cuarenta y cinco años.

—¿Y eso qué importa? Todavía le queda mucho por hacer.

—¿Para hacer qué? —preguntó Harlingen—. ¡Ah! Usted no lo

comprende. No lo comprende en absoluto. ¿No se da cuenta de que cuando he tenido el valor de independizarme no puedo arrastrarme de nuevo a una cosa parecida? Es eso lo que cuenta. No se trata del modo de llevar este caso. Sé que puedo hacerlo bien si se me da la oportunidad. Lo importante para mí es conseguirlo. Ahí está el problema.

—Para usted sí —dijo Murray aburrido—. Pero yo tengo que pensar en los intereses de mi agencia.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

Harlingen reunió en la palma de la mano los pedazos del lápiz roto. Y de improviso preguntó:

—¿Le importará si vuelvo a ponerme en contacto con usted para hablar de esto?

—Estoy en mi despacho todas las tardes —repuso Murray.

2

Una fina lluvia de noviembre empezó a tamborilear de pronto contra la ventana y la señora Knapp se levantó, encendió la luz y corrió las cortinas. Murray esperó a que se hubiera sentado otra vez junto a su escritorio y tomara de nuevo el bloc. Señaló con el dedo la carpeta de Harlingen puesta ante él, y dijo:

—Así, pues, hace ocho años, mandó su currículo y su solicitud de empleo a Conway Industrial aspirando a un puesto en el Departamento Jurídico. Fue rechazado. Lo sabemos porque manejamos los asuntos de Conway, pero todavía hay algo más. Apostaría ciento contra uno a que mandó montones de solicitudes parecidas que deben de estar guardadas en diferentes archivos de la ciudad. Y todas ellas fueron rechazadas igualmente.

—Es posible.

—Lo es. Lo es. Las primeras veces su padre debió dar el silencio por respuesta cada vez que le pedían referencias. Luego, de repente, el chico se da cuenta de que ha pasado de los cuarenta años. Dígame usted qué posibilidades tiene un hombre mayor de cuarenta años para conseguir empleo en Conway. O en cualquier otra firma como ésa.

Los labios de la señora Knapp se curvaron.

—Si lo que quiere es que sienta lástima por alguien que estaba bien situado en la oficina de J. D. Harlingen, pero que deliberadamente…

—¡Ah! *Cherchez la femme y cherchez* también al psiquiatra. La señora Harlingen está dando salida a sus complejos escribiendo nauseabundas poesías y haciéndolas imprimir en atractivos y caros volúmenes. Entre ella y ese profesor que tienen deben haber convencido a Harlingen de que el derecho penal es precisamente lo que necesita su alma atormentada.

—¿Y qué tiene esto de malo?

—Nada, aparte de que olvidan un pequeño detalle. Nadie va a la cárcel por escribir malos poemas. Mas la cosa varía cuando la

acusación es de perjurio.

—Eso es problema del cliente —dijo la señora Knapp—. Si nosotros no trabajamos en el caso, ¿por qué nos hemos de preocupar?

—Le aseguro que no me preocupo en absoluto.

—Pues debe de estarlo por algún otro motivo, porque de un tiempo a esta parte se pone usted nervioso por cualquier cosa, señor Kirk. Creo que le convendrían unas vacaciones.

—Quizá sí. Unas vacaciones con una rubia alta y ondulante, de ojos fríos y corazón caliente. Tonta, pero bien formada.

—Es curioso —observó la señora Knapp—. La mente masculina sigue siempre los mismos derroteros.

—¿De veras? Es posible. Dígame, señora Knapp, cuando empezó usted a trabajar en esta casa, ¿le hizo Frank Conmy alguna proposición deshonesta?

—Pregunta improcedente, señor Kirk. Y hoy es un día de mucho trabajo.

—¿Lo hizo o no?

La señora Knapp sonrió.

—Sí, lo hizo. Era el tiempo de la Prohibición y le dije que me llevara a un bonito bar clandestino en la calle Treinta y Nueve Este para echar un trago después del trabajo. Allí conoció a mi marido, el señor Knapp…, que era el dueño del bar.

Murray se acomodó en su asiento, cerró los ojos y cruzó las manos cómodamente sobre la hebilla de su cinturón.

—Una historia muy deprimente —dijo—. Más vale que empecemos el trabajo.

Era un viernes como otro cualquiera, con las informaciones que reunir y tareas que organizar, interrumpidas por continuas llamadas telefónicas. Mas cierto indefinible nerviosismo hizo que la jornada le pareciera interminable. A las cuatro descorrió las cortinas de la ventana y se quedó contemplando lo que podía verse de Nueva York cinco pisos más abajo. Paraguas, los primeros indicios de paquetes con adornos navideños, y el primer Santa Claus del año: un espantapájaros con la inevitable campana en la mano y el trípode. Estaba pensando en echarle una moneda y ver si caía dentro del

bote veinte metros más abajo cuando la encargada de la recepción entró, volviéndolo a la realidad.

—Es una joven, señor Kirk. Dice que quiere hablarle de algo relacionado con Arnold Lundeen.

Murray se volvió a meter la moneda en el bolsillo.

—¿Qué le ha parecido a usted esa joven, señorita Whiteside? ¿Esposa, hermana o amiga de la familia?

—Creo que es su novia.

La señorita Whiteside tenía la altivez de una directora de salón de té; era apasionada de las revistas especializadas en intimidades femeninas y captaba con precisión cualquier detalle.

—Lleva un anillo bastante barato, de medio quilate.

—¿Alguna cosa más?

—Sí —dijo la señorita Whiteside—. Es guapísima.

Y no se equivocaba porque la joven era más que guapa, sorprendentemente hermosa. Pelo color de ébano, grandes ojos azules de largas pestañas, piel color camelia o…, pensó Murray, quizá fuese gardenia. Pero en cualquiera de los casos resultaba increíble que un policía, un estúpido y corrupto policía de Nueva York, pudiera haber entrado en posesión de semejante joya.

La joven se sentó dejando junto a la silla su pequeño bolso, y se desabrochó el abrigo. Era de paño muy grueso, del que no gustaba a Frank Conmy por considerarlo una pretenciosa creación de Madison Avenue.

«Siempre que veo a una mujer bonita llevando un abrigucho así», se quejaba, «pienso en cuál será la cosa de la que tiene que avergonzarse».

—Me llamo Ruth Vincent —dijo la joven—. Y soy la novia de Arnold Lundeen. —Se había sentado muy finamente en el borde de la silla y mantenía las manos juntas sobre el regazo en una postura muy digna—. El señor Harlingen me llamó esta mañana antes de marcharse de la ciudad y me dijo que había hablado con usted anoche, pero que quizá si yo venía personalmente a explicarle las cosas bajo el punto de vista de Arnold, puede que usted cambiara de opinión.

Y por eso he venido.

—Comprendo —dijo Murray tomando dos papeles que había sobre la mesa y poniéndolos muy cuidadosamente el uno junto al

otro—. ¿Y por qué no ha venido también Lundeen? ¿Le pasa algo?

—No. Sólo que él trabaja y yo estoy libre. Un compañero suyo del Ejército le ha encontrado trabajo en un restaurante situado muy lejos, en Long Island, cerca de East Hampton. Así es que se queda allí toda la semana.

—Un arreglo poco agradable, ¿verdad?

Ruth Vincent respondió con voz tensa:

—No es fácil que un policía suspendido de empleo encuentre trabajo, señor Kirk.

Así es que ha de aceptar lo que le ofrezcan.

—Desde luego. ¿Y a qué se dedica usted, señorita Vincent? ¿Es modelo?

Señaló el bolso y la muchacha también lo miró.

—No. Está lleno de notas y papeles que he reunido en la biblioteca. Soy profesora.

—¿Profesora?

—Sí —respondió Ruth Vincent de forma escueta.

—Lo siento. No quería…

—Lo comprendo. Quería halagarme, pero se ha equivocado.

—Puede ser.

—¿Por qué hace eso? Se sentiría usted adulado si cada vez que una mujer entrara en este despacho tan extrañamente apacible, mirase al guapo ejecutivo tipo Brooks Brothers sentado tras de la mesa y preguntara en idéntico tono: ¿Es usted detective?

—No lo sé —repuso Murray—. No ha sucedido nunca.

—Lo dudo. Sea como quiera, señor Kirk, le puedo asegurar que trabajo en el Departamento de inglés de la Homestead School, una escuela privada de mucho prestigio que, según tengo entendido, sólo contrata a profesores muy altamente capacitados. No importa que suene rimbombante, pero esto es algo que tuve que aprenderme de memoria hace ya tiempo.

—*Mea culpa* —expresó jovialmente Murray—. *Mea máxima culpa*. Señorita Vincent, ¿va por casualidad a su escuela una chica llamada Megan Harlingen?

—Pues sí. Es la hija del señor Harlingen.

—Lo sé. ¿Es por ese conducto por el que se ha puesto en contacto con Harlingen? ¿Por dónde este se hizo cargo del asunto Lundeen?

—Hasta cierto punto, sí. El primer abogado de Arnold, un tal John McCaden, era miembro de su mismo círculo político. Cuando se empezó a ver que McCaden se tomaba el caso con poco entusiasmo, cuando sugirió que Arnold se declarara culpable y que quizá pudiera llegarse a un acuerdo con el fiscal del distrito, comprendimos que había que buscar a otro abogado.

—Pero ¿por qué Harlingen?

—Pues, en primer lugar, porque lleva ejerciendo veinte años, señor Kirk, y además porque desde el principio se mostró tan abogado como amigo nuestro. Y en tiempos como los que corremos hay que tener muy en cuenta a los amigos.

—No lo niego. Ni tampoco niego que Ralph Harlingen es un buen muchacho, con un corazón que no le cabe en el pecho. Considérenle su amigo si eso les parece bien.

—Tenemos motivos para ello. Y no sé a dónde quiere usted ir a parar.

Murray se apretó el cogote con los dedos.

—Lo que intento decirle es que ese hombre no es el más adecuado para llevar su caso.

La cara de la joven se puso colorada.

—Me fascina la ética que usted emplea. ¿Cómo es posible que una persona en su situación…?

—Señorita, la gente en mi situación tiene que cambiar de ética un día sí y otro también, así es que eso no tiene que preocuparla en absoluto. Un abogado como Harlingen no opera al mismo nivel que Johnny McCaden. ¿No se le ha ocurrido pensar que McCaden estaba en lo cierto cuando dijo a su amiguito que se declarara culpable? ¿Que ello significaría una sentencia más leve, ya que había una convicción segura?

La muchacha le miró fijamente.

—Comprendo —dijo con voz ronca, y carraspeó con cierto esfuerzo—. Entonces, según parece, no hay duda acerca de que Arnold será declarado culpable y condenado.

—Yo no he dicho eso.

Ella movió lentamente la cabeza.

—Por favor, no se vuelva usted atrás, señor Kirk. Hasta ahora se ha portado muy bien.

—De acuerdo —respondió Murray algo enfadado—. Si quiere

jugar a su modo, juguemos. Conozco a McCaden porque he hecho algún trabajo para la firma Hirsch y McCaden y sé que cuando obran así es porque tienen buenas razones para ello. Sé también que ya se han juzgado diez casos como el de Wykoff y que resultaron memorables para el fiscal del distrito. Conozco además a los policías. ¿Quiere que le cuente algo más?

—Sí —contestó la joven temblándole la voz—. Dígame lo que sepa de los policías. Y dígame también qué es lo que le convierte a usted en un dios todopoderoso capaz de juzgar a cuantos llevan la chapa. Quiero saberlo.

—No. No es eso lo que quiere. Usted sólo desea oírme decir que Lundeen no tiene nada que ver con los rufianes de Wykoff. Que jamás en su vida aceptó ningún soborno. Que cuando todo esto haya pasado y se haya esfumado como un mal sueño, un halo brillará sobre su cabeza y vivirá en el mejor de los mundos posible. Pues bien, imagine que lo he dicho.

—Pero usted no lo cree así.

—No, ni por un momento. A mi modo de ver, su amigo es tan culpable como el que más.

—¡A su modo de ver! ¡Sin prueba alguna!

—¡Pruebas! —exclamó Murray—. ¿En qué cree que se basó McCaden cuando le dio su opinión? Todos los detalles del caso debieron revelarle claramente que Lundeen lleva todas las de perder. Y no es culpa de McCaden, porque es un hombre excelente y tiene un personal muy capacitado. Le hubiera ocurrido lo mismo a otro cualquiera. Incluso a mí, si me ocupara del asunto para ayudar a Harlingen.

—Pues, entonces, ¿por qué no lo acepta?

Él la miró sin entenderla, y ella le miró a su vez fríamente hermosa, desafiadora y tensa. Si bien sus manos fuertemente apretadas sobre el regazo la traicionaban.

—¿Quiere que acepte el dinero de Lundeen para ayudar a que le ahorquen? —preguntó Murray.

—¿Por qué no? —repuso ella mirándole con odio—. Después de lo que me ha dicho, creo que le gustaría hacerlo.

La revelación de esta verdad, el saber que, en efecto, pensaba así, estalló de improviso en su interior. Le pareció sentir en la boca el sabor exquisito de imaginarse entregándole la cabeza de Lundeen

en bandeja de plata. Si se encargaba del caso no tendría que falsear nada. Sería un trabajo honrado de cabo a rabo. Lundeen recibiría un buen servicio por cada dólar que pagase.

Iba a ser como caminar por la cuerda floja y quizá también significara enfrentarse al fiscal del distrito contrariando los sagaces consejos de Frank y a los políticos que rodeaban a Wykoff, e incluso al Departamento de Policía. Pero era factible. Frank había ido una vez a Trinidad a ocuparse de un caso, y puso a toda la administración colonial patas arriba para que su cliente quedara libre nada menos que de una acusación de asesinato. Y bien que pudo vanagloriarse de ello. Lo de Lundeen era una niñería comparado con aquello.

—De acuerdo —dijo Murray— trabajaré para usted bajo esas condiciones. Yo cortaré y las virutas caerán donde caigan.

La muchacha movió la cabeza como atontada.

—Es todo cuanto queremos.

—Bien —apretó el botón del timbre que tenía bajo la mesa llamando a la señora Knapp—. ¿De cuánto tiempo dispongo? ¿Cuándo se celebra el juicio?

—El dieciséis de enero. Contamos con, aproximadamente, seis semanas.

—No es mucho. Tardaré algo en ponerme en situación, y para ello necesito de Lundeen. ¿Cuándo me lo puede traer?

Ella pareció sentirse desbordada por la repentina velocidad que de pronto adquiría todo aquello.

—No lo sé. Bueno. Desde luego, siempre viene a casa los domingos. Claro que ese día usted no estará aquí.

—En efecto; pero no importa. Uno de mis empleados viene a la oficina y pondrá a su disposición una grabadora. Supongo que Lundeen no se quedará mucho tiempo ante una grabadora.

—No. Claro.

—Bien. Pues entonces todo lo que tiene que hacer es hablar por los codos, enfrente del micrófono. Contar toda la historia incluyendo nombres, señas, situaciones y lugares… En fin, todo. No me importa que divague o que se detenga de vez en cuando a pensarlo un poco. De todos modos, él será quien pague la cinta. Puede usted decírselo de mi parte.

La señora Knapp asomó la cabeza por la puerta y Murray le hizo

señas de que se acercara. Se puso rígida ante la mesa como un buen soldado, con el bloc y el lápiz dispuestos.

—Señora Knapp, esta joven es la novia de Arnold Lundeen y hemos estado charlando un rato sobre su caso. Parece ser que, después de todo, nos hacemos cargo del asunto.

La señora Knapp era un buen soldado, pero también un ser humano. Su mirada se posó en la joven y, luego, otra vez en el bloc, mientras sus labios se torcían en una curiosa mueca.

Murray dijo fríamente:

—Quiero que abra una ficha a nombre de Lundeen y que prepare el contrato normal para nuestros servicios. ¡Ah, otra cosa! Grabará una cinta el domingo y una de las chicas deberá entregarme la transcripción el lunes por la mañana a primera hora. Tome nota para una cita con Ralph Harlingen a principios de la semana que viene. Si es posible, aquí, en mi despacho.

—Bien, ¿es todo, señor Kirk?

—Es todo.

Una vez se hubo marchado, la joven comentó:

—Son ustedes muy eficientes.

Pero lo dijo sin convencimiento, ya que su voz sonó casi malhumorada.

—Para eso nos pagan —respondió Murray—. Y, a propósito, ¿tiene Lundeen una relación de los detalles del sumario?

—Sí. McCaden la consiguió para él.

—Pues, entonces, dígale que el domingo la traiga y la deje aquí para que yo la lea. Supongo que usted le telefoneará ahora sobre todo esto.

—Sí —dijo Ruth—. Ahora mismo.

Murray esperó hasta oír cómo la puerta del ascensor se cerraba tras de ella en el vestíbulo, y luego se asomó a la ventana. La lluvia había cesado y abajo, en la calle, se arremolinaban los primeros grupos de empleados recién salidos de su trabajo. El Santa Claus había desaparecido con todos sus trastos. Luego vio cómo la muchacha salía del edificio, y se quedaba vacilante unos momentos mientras se sostenía con la mano el cuello del abrigo hasta que, finalmente, desapareció calle abajo entre la muchedumbre. Incluso a aquella distancia, Murray pudo ver cómo algunos hombres se volvían para mirarla.

Se dijo que la codiciaban y aquella idea le hizo odiarles.

3

FICHA: AL391

GRABACION: AL391-01
FECHA GRABACION: 27 de noviembre
TRANSCRIPCION: 28 de noviembre
REALIZADA POR: Dolores-May Mulqueen

Mi nombre es Arnold Lundeen y mi domicilio habitual, el 500 de Bleecker Street, en el barrio de Greenwich Village. He servido en la Tercera División, Manhattan West, en la parte central de Manhattan desde la Quinta Avenida hasta el río Hudson, en el Departamento de Represión del Vicio, número chapa 32C720.

Todo empezó el tres de mayo pasado. Por la mañana me encontré con mi colega en la comisaría porque actuábamos formando equipo a fin de cubrirnos el uno al otro. Se llama Benny Floyd —Benjamín Floyd—, pero no sé sus señas. Creo que vive por Queens, por donde hay tantos vendedores de coches usados.

Aquella mañana seguimos la Séptima Avenida, desde la comisaría hasta Central Park que está bastante cerca y luego pasamos a la Octava Avenida y volvimos a bajar. Vigilábamos especialmente a los apostadores ilegales que trabajan al aire libre y que no dejarían de actuar por allí a aquellas horas. Es decir, entre el momento en que se empieza a poder adquirir una hoja de apuestas hasta la una de la tarde; o sea, un poco antes de la recogida del correo en los hipódromos.

Íbamos recorriendo la Octava Avenida, cada uno por su acera, sin perdernos de vista. De vez en cuando, nos reuníamos para pasar mejor el tiempo. Sobre las doce nos tomamos un bocadillo de salchicha en un tenderete cerca del Madison Square Garden. Hasta entonces no había pasado nada. Recuerdo haberle dicho algo a Benny, sobre vigilar cada uno zonas diferentes, porque estaba casi seguro de que algún buscavidas nos habría visto al bajar por la Avenida y habría dado el soplo a los corredores de apuestas y a sus

ayudantes. No recuerdo exactamente lo que me contestó; pero sea lo que fuere, seguimos adelante por la Octava y al acercarnos a la Cuarenta y Cinco me fijé en aquel tipo que estaba operando donde se le veía perfectamente.

Hay por allí una tienda en la que venden artículos para el teatro, porque en aquella zona es donde se encuentran la mayoría de ellos, y a su lado otra donde se exhiben libros de sexo y bromas y hay un escaparate lleno de todas esas cosas. Entre ambas existe un callejón que lleva a los pisos del edificio. El tipo en cuestión estaba un poco atrás, con su libreta de apuntes saliéndole del bolsillo, sin disimular en absoluto. Sólo le faltaba una caja registradora para llevar cuenta de las jugadas.

Me mantuve un poco lejos observándole, y después de que anotara tres apuestas me dirigí hacia él. Al decirle que quedaba detenido, soltó un aullido, preguntando qué diablos era aquello porque él estaba allí sin meterse con nadie, y todo lo demás del caso. No se calló hasta que, registrándole el bolsillo, saqué los billetes que guardaba en él junto con seis tiques de apuestas. Retuve todo aquello, amén de la libreta y un par de lapiceros, para mostrarlo como prueba ante el tribunal. Por entonces se había apaciguado bastante, aunque continuaba con su actitud agresiva. ¡Ah, sí!, su nombre era… Eddie Schrade y vive en Stillwell Avenue 3501, lugar remoto de Brooklyn en medio de Coney Island.

«Tengo amigos», me dijo. «Estoy en relación con gente importante. Le va a costar un disgusto, hijo de tal, pedazo de idiota».

Le contesté que me gustaría saber cuáles eran sus amigos si es que podía decírmelo. O mejor aún, citarlos en el lugar al que nos dirigíamos y esto nos evitaría molestias en el futuro.

Entonces empezó a gimotear.

«Ya me ha quitado el dinero. ¿No está contento con eso?», preguntó, «¿Por qué se ensaña conmigo? Soy nuevo en esto. Es la primera vez que lo hago. Sólo quería ganarme un dólar».

Entretanto, Benny había cruzado la calle. Le conté lo que pasaba y hablamos de si era mejor ir andando hasta la comisaría o en coche, ya que estaba un poco lejos.

Al oír aquello, Schrade empezó a alborotarse y a gritar.

«¡No pueden obligarme a andar hasta que caiga muerto!»,

vociferaba, «¿Qué se proponen? ¿Que todo el mundo me vea para quedar ustedes como unos héroes? Tengo derecho a ir en coche. Soy ciudadano americano, y me protegen mis derechos constitucionales».

Yo también había pensado que lo mejor sería coger el coche, pero al ver el modo en que alborotaba y al darme cuenta de que algunas personas empezaban a reunirse a nuestro alrededor, curiosas por saber qué sucedía, me puse impaciente y le dije:

«Ya está bien, amigo. Tendrás que andar con tus pies constitucionales».

Y así fuimos andando hacia la comisaría, registramos el caso y llevamos a Schrade ante el magistrado. No tuvo que dejar ninguna fianza, sino que le soltaron tras tomarle las huellas digitales y al cabo de un tiempo, cuando el caso fue llevado al tribunal, se limitó a declararse culpable. Por el alboroto que había armado antes cualquiera hubiese dicho que iba a presentarse allí con uno de los mejores abogados, mas no fue así. Ni chistó siquiera. Dijo que era culpable y dejó los cincuenta dólares de la multa.

No volví a pensar en todo aquello ni tampoco cuando el asunto Wykoff apareció de improviso en los periódicos un par de semanas después, porque para mí no había sido más que un incidente rutinario. Tampoco me preocupé cuando Wykoff empezó a expansionarse, porque yo estaba completamente al margen. Por lo que más quiera, le aseguro que jamás había tomado un céntimo como soborno desde que entré en el Departamento. Jamás me metí en ningún lío ni efectué detenciones precipitadas por más urgente que fuera el caso.

Claro que hay algunos que lo hacen…, y no voy a mencionar nombres, pero en cuanto el inspector les dice: «¿Qué pasa? ¿Cuánto tiempo hace que no detenéis a ningún apostador? ¿Es que se han mudado todos de barrio?», llegan a un acuerdo con algún apostador de poca monta para que se deje arrestar, de modo que todo parezca normal y las cosas continúen como hasta entonces.

Yo nunca me metí en estos asuntos ni en otros semejantes, así es que lógicamente pensé que lo de Wykoff no iba a afectarme en lo más mínimo. Sin embargo, en septiembre…, sí, el quince de septiembre, me llamaron al despacho del fiscal del distrito. Sabía que iba a enfrentarme con ese LoScalzo porque fue uno de sus

ayudantes el que vino a buscarme, un tal Myron Kramer.

Me tuvieron sentado en aquel corredor que está antes de entrar en la oficina, junto con otros hombres de la unidad y allí permanecimos durante una hora preguntándonos a qué demonios venía todo aquello. No nos dejaban hablar ni fumar. Nos limitamos a seguir sentados, sudando.

De pronto, LoScalzo salió de su despacho con un individuo al que yo por entonces no conocía y va y le dice: «Señáleme quién es. Tómese tiempo y esté bien seguro. Luego me lo señala».

Aquel individuo se puso muy serio al mirarnos. De pronto, se acercó a mí y me señaló con el dedo. No supe hasta más tarde que era el sinvergüenza de Ira Miller. Yo no sabía ni de quién se trataba.

Esto fue lo sucedido por entonces, pero cuando volví al servicio me sentía más que intranquilo. Hablé con el inspector y me dijo: «Si no te has metido en nada, no tienes por qué preocuparte». Pero ¡qué diantre!, con el asunto Wykoff en marcha y todo lo demás pensé que quizá podía haber algún lío. Fue entonces cuando visité a Johnny McCaden, al que conocía de mi círculo político, y él se ocupó del asunto después de que el tribunal me citase a declarar. Johnny es buen chico. No tengo nada contra él. Si bien, cuando empezó a hablar como si LoScalzo se hubiera puesto en contacto con él, tuvo que cambiar de parecer.

Lo que quiero decir…, y me importa un bledo que se sepa, es que la culpa de todo la tiene LoScalzo. Porque dirige al tribunal como le da la gana. Todos le miran como si fuera un dios de hojalata y uno se queda indefenso.

Fíjese en el modo en que me trató ante el tribunal: ¿Conocía yo a Miller? ¿Había tenido algunos tratos con él? ¿Qué pasó cuando detuve a Eddie Schrade? Tiraba la pelota con tanta rapidez que la mitad del tiempo uno no podía hacer más que esquivarla, viendo cómo le pasaba por encima de la cabeza. He traído una copia del sumario, señor Kirk, cuando lea mis declaraciones al tribunal se dará cuenta de cómo iban las cosas.

Si hubiera podido figurarme lo que Miller les contó lo habría hecho mejor. Pero yo no conocía a Miller, así es que ¿cómo imaginar lo que estaban tramando? Todo cuanto comprendí al salir de allí fue que estaban dispuestos a arrojarme a los lobos. No me sorprendió que me encausaran. Si LoScalzo hubiera dicho a aquel

atajo de granujas que se arrojaran por la ventana, no hubieran esperado ni a tener las vidrieras abiertas. Está utilizando esta investigación para conseguir un renombre que le ascienda al cargo de gobernador o de cualquier otra cosa. Johnny McCaden lo sabe. Todos los policías lo saben. No es ningún secreto.

Así es como sucedieron las cosas, y lo más importante del caso es lo que acabo de relatar. A lo mejor me habré dejado algún detalle, pero puedo proporcionárselo cuando usted quiera, señor Kirk. Espero que utilice esta información para ayudar a Ralph Harlingen a resolver mi problema. Gracias. He terminado y firmo.

Murray puso en orden las páginas de la transcripción, volvió a leerlas, esta vez lentamente, y las dejó sobre la mesa. La grabadora estaba allí con la cinta colocada en su sitio. Se hizo un poco hacia adelante, puso en marcha el aparato y se llevó el auricular al oído.

«Mi nombre es Arnold Lundeen —transmitió el aparato—, y mis señas habituales…».

Murray apagó el dictáfono, y la voz se eclipsó con una especie de chasquido. Puso los auriculares sobre la mesa y se quedó contemplándolos con el ceño fruncido. La voz de Lundeen no le había causado ninguna sorpresa, ya que encajaba muy bien en el estilo narrativo de su dueño. Una voz neoyorquina dura, descuidada en la dicción y un poco truculenta de tono. Quien leyese la transcripción creería estar oyendo aquella voz en su subconsciente.

Lo que no encajaba en todo aquello era Ruth Vincent. El medio en el que se desenvolvía era la Homestead School y aparte de ésta, Westport, New Canaan, y el sector más limpio del mundo frecuentado por los Harlingen. La idea surgió de repente. La muchacha y Harlingen. Por un lado…, por el otro…

De una parte, Harlingen quizá se había mostrado lo suficientemente varonil como para hacerse con una oportunidad de pelo negro y ojos azules si se le puso tan a mano. Pero, por otra, la ironía de una situación semejante resultaba demasiado evidente y perfecta para ser plausible. Imaginar a la joven utilizando el caso Lundeen como pantalla para vivir una aventura con su abogado era convertirla en una especie de Francesca Da Rímini, pero al revés. Aunque pareciera hecha a la medida para semejante papel,

resultaba dudoso que lo hubiera representado. Era una tontería pensar de ella en semejantes términos.

¿O no era tan disparatado?

Murray respiró hondo y tomó el sumario que Lundeen había dejado. Consistía en unas cuantas páginas mecanografiadas, algo sucias y con los márgenes llenos de anotaciones a lápiz. No era sorprendente que resultase tan breve, aunque el testimonio completo de Lundeen, probablemente, ocupaba un montón de cuartillas. Los fiscales manifiestan una violenta oposición a revelar las declaraciones efectuadas ante los jurados. Mientras alisaba la primera página, Murray tuvo la sensación de que el tribunal debió haber retorcido el brazo de LoScalzo para conseguir incluso aquellas pocas notas.

Resumen de la Audiencia, 15 de septiembre
Por el fiscal del distrito: Félix LoScalzo
Por el tribunal: Thomas L. Price, presidente del jurado
Testimonio de: Agente Arnold Lundeen, 32C720

Referencia: página 1281

PREGUNTA (Sr. LoScalzo). —¿Afirma usted estar familiarizado con las obligaciones de un policía adscrito al Departamento de Represión del Vicio?

RESPUESTA (Agente Lundeen). —Sí. Lo afirmo.

P.—Tenga la bondad de decirle a este tribunal en qué consisten dichas obligaciones.

R.—¿Me pregunta en qué consiste nuestro trabajo o cómo lo realizamos?

P.—Parece usted un hombre de inteligencia normal, agente. Por regla general no es tan lento cuando se trata de apretar el gatillo, ¿verdad?

R.—Todo lo que yo…

P.—Limítese a decirme cuáles considera sus obligaciones.

R.—Pues actuamos contra el vicio, el juego y cualquier contravención relacionada con las bebidas alcohólicas.

P.—Gracias. Veamos ahora cómo se ocupan de un caso.

R.—¿Qué clase de caso? Los hay muy distintos.

P.—Uno cualquiera. Uno, en general. Pero no, espere. ¿Cree que intento meterle en una trampa? No será así si nos dice la verdad.

R.—Estoy diciendo la verdad.

P.—De acuerdo. Prosiga y continúe mostrándose sincero.

R.—Bien, pues el modo en que actuamos es este: patrullamos una zona y cuando vemos a un sospechoso procedemos a observarle hasta que le atrapamos con las manos en la masa.

P.—¿Y luego?

R.—Le detenemos y nos hacemos cargo de las pruebas. Una vez tomados los datos en la comisaría, pasa al tribunal.

P.—¿Eso es todo?

R.—Sí, señor. Mi expediente…

P.—No se preocupe por su expediente.

Todo está bien anotado en él. Lo que ahora me interesa es saber por qué habla siempre en plural. ¿Incluye a los otros agentes que forman parte de su patrulla?

R.—Desde luego.

P.—Resulta curioso que mientras mi intención es averiguar cómo trabaja en un caso, usted me conteste sólo con generalidades superficiales hablando de su unidad en frases sacadas del libro de instrucciones del Departamento. ¿Es usted… personalmente, siempre tan cuidadoso en seguir las instrucciones del departamento?

R.—Creo que sí.

P.—De modo que ¿lo cree? ¿Y entre esas instrucciones está la de confraternizar con delincuentes conocidos?

R.—Bueno. Hay algunos servicios especiales…

P.—No estoy hablando de servicios especiales.

R.—Pues entonces, no, señor.

P.—Bien, ¿figura entre sus instrucciones la de hacer tratos con un sospechoso de modo que le paguen a usted por detener a otro en su lugar?

R.—Desde luego que no. Usted lo sabe bien, señor LoScalzo.

P.—Claro que lo sé; pero ¿lo sabe usted también?

R.—Si lo que pretende…

P.—Déjeme acabar. ¿Ha realizado alguna vez algún trato de ese tipo? ¿Ha aceptado alguna vez dinero…, la verdadera palabra es soborno…, por detener a alguien en lugar de un sospechoso?

R.—No, nunca lo hice.

Referencia: página 1289

PREGUNTA (Sr. LoScalzo). —De modo que esa es su versión de cómo fue detenido Schrade.

RESPUESTA (Agente Lundeen). —Sí, señor.

P.—¿Dice que le detuvo en el cruce de la Cuarenta y Cinco y la Octava?

R.—Sí, señor.

P.—¿Conoce bien ese sector?

R.—Perfectamente.

P.—¿Ha oído hablar alguna vez de la Songster Corporation? Está muy cerca de aquí.

R.—No, señor.

P.—¿Conoce al dueño de la compañía? Se llama Ira Miller.

R.—No, señor. He oído hablar de él, pero no le conozco.

P.—¿Sabe usted que ese Eddie Schrade, al que detuvo, está empleado en esa compañía y es socio de Ira Miller desde hace tiempo?

R.—No, señor.

P.—¿Sabe usted que Ira Miller es un corredor de apuestas ilegal muy conocido, asociado con George Wykoff y que utiliza la Songster Corporation como pantalla?

R.—Señor LoScalzo, ya le he dicho que ahora sé algo de Ira Miller, pero que entonces no sabía nada.

P.—¿Cuándo?

R.—Cuando detuve a Schrade no sabía nada de Miller.

P.—¿No sabía nada? ¿Y cómo lo sabe ahora?

R.—¿Tengo que contestar a eso…?

P.—Sí.

R.—Bueno, hice algunas averiguaciones.

Señor Price (miembro del jurado).

—Señor LoScalzo, ¿podría rogar al testigo que hablara un poco más alto? Algunos de nosotros no oímos nada.

P.—Agente, conteste de nuevo a mi pregunta y esta vez en voz más alta.

R.—Digo que hice algunas averiguaciones.

P.—¿Quiere usted hacerme creer que está aquí declarando bajo

juramento, que tuvo que hacer averiguaciones —son sus propias palabras— para enterarse de quién es el mayor corredor de apuestas clandestino del distrito? ¿Y a quién preguntó?

R.—A algunas personas.

P.—¿Qué personas? Por favor, hable más alto. Apenas le oigo.

R.—Pues a algunas personas. No recuerdo a quienes.

P.—¿No pertenecerían por casualidad al Departamento de Policía?

R.—No lo recuerdo.

P.—Comprendo. ¿Y esa gente misteriosa fue la que le contó quién era Miller?

R.—Sí.

P.—Así que cuando detuvo a Schrade, no sabía nada de Miller.

R.—En efecto.

P.—Se acostumbra a afirmar que un policía de paisano no permanece en un mismo distrito más de una jornada sin conocer a todos cuantos manejan asuntos ilegales. ¿Está de acuerdo?

R.—Eso es sólo un comentario sin valor.

P.—¿Entonces no está de acuerdo?

R.—Lo único que sé es que nunca oí hablar de Ira Miller hasta que estuve en el despacho de usted aquel día.

P.—Eso fue… Espere, tengo que comprobarlo. Fue el 15 de septiembre.

R.—Sí.

P.—¿Declara todo esto bajo juramento?

R.—Sí, señor.

4

Murray había dudado de si la joven se presentaría a la reunión. Y se sintió curiosamente complacido cuando después de que Harlingen hubo estrechado las manos de Bruno Manfredi y de Lou Strauss, comprobó que no estaba allí.

A su modo de ver, lo malo era que la presencia de Harlingen colocaba todo lo demás bajo una luz brillante y poco favorecedora. Pero era algo de lo que no se podía culpar a aquel hombre que, evidentemente, no se esforzaba en parecer superior. Mas, no había manera de evitar que la atractiva aureola de la vieja facultad de Derecho de Harvard indujera a una serie de inevitables comparaciones: el viejo hacendado hablando de cosechas junto a la casa en la plantación; el caballero con armadura haciéndose amigo de los lacayos para trazar la estrategia a seguir al día siguiente; el Caballero Blanco en persona. Empero, con mucho ánimo ahora que Conmy-Kirk se esforzaba en protegerle de las mordeduras de los tiburones.

Harlingen estaba muy en forma. Alargó un periódico doblado hacia Murray y le dio unos golpecitos con él en el dorso de la mano.

—Supongo que ya lo ha visto —dijo—. Me refiero a la apelación presentada modificando el veredicto en una de las acusaciones contra Wykoff. ¿Es o no es una bofetada para LoScalzo?

—Ya lo he visto —repitió Murray—. Pero a mi modo de ver, señor Harlingen, creo que le dedican un bonito cumplido.

—¿Un cumplido?

—Desde luego. La apelación actúa contra el juez y el jurado porque LoScalzo había conseguido sacar de ellos una prueba de culpabilidad sin ni siquiera presentar un pleito. Y esto le es muy favorable.

—En efecto —dijo Lou Strauss con admiración—. Le he visto en el tribunal un par de veces, actuando contra algunos de los mayores maleantes del país, y puedo asegurarles que descargaba verdaderos hachazos. Tal vez le guste hablar demasiado, pero siempre es un

triunfador. Todo cuanto aprendió en su profesión lo sabe utilizar de manera fantástica.

Harlingen pareció un poco sorprendido.

—Pero la apelación condena claramente sus métodos de estrella. Si…

—¿Si…, qué? —le interrumpió Bruno Manfredi—. Sus métodos actúan a la perfección, pero ¿qué pasa con los nuestros? Estamos todos, es decir, Lou y yo, girando alrededor de ese Lundeen. ¿Qué se espera que hagamos?

—¡Ah! —exclamó Harlingen, uniendo delicadamente las puntas de sus dedos—. Ahí está el problema.

—Desde luego —añadió Lou Strauss.

Harlingen miró con algo de recelo a Strauss, quien le sonrió angelicalmente.

—Bueno —dijo—. La defensa de Lundeen se basa en demostrar que Miller lo acusó indebidamente. Que se practicó una detención adecuada, pero que ahora, por algún motivo, Miller y Schrade quieren que parezca una componenda.

—Un momento —manifestó Bruno—. Tengo entendido que Lundeen declaró no conocer a Miller.

—En efecto.

—Entonces, ¿por qué quiso Miller acusarle a él precisamente entre todos los policías de Nueva York? Cuando se quiere fastidiar a otra persona se busca a alguien a quien se tenga antipatía y a quien se quiera mal. Pero, desde luego, hay que conocerse antes.

Harlingen dijo un poco irritado:

—Ahí es donde intervienen ustedes. A mi modo de ver, una agencia está para eso, para obtener la necesaria información. Como, por ejemplo, cuál fue el motivo por el que Miller obró así.

—¡Vamos! —exclamó Bruno—. Esto no es el cine, señor Harlingen. ¿Cuál se imagina que pudo ser el motivo por el que Miller acusó a Lundeen si el propio Lundeen no sabe por qué lo hizo?

Murray gozaba el amargo placer de ver a Harlingen moverse nervioso en su asiento.

—Creo que es una deducción perfectamente lógica —dijo—. Y si por el momento dejásemos esa cuestión…

Sonó el interfono y Murray levantó el auricular.

—Hay una llamada para el señor Harlingen —dijo la voz de la señorita Whiteside—. ¿Quieren que les pase la conexión o le digo a esa joven que llame más tarde?

Murray pensó que la comunicante no podía ser otra que Ruth Vincent, deseosa de noticias.

—No. Hablará con ella ahora mismo —dijo entregando el teléfono a Harlingen.

Se oyó a través del auricular el ruido confuso de una voz alterada. El rostro de Harlingen se ensombreció.

—¡Por Dios, Megan! —dijo—. Ya sabes que no quiero que me molesten cuando estoy ocupado. Si no es nada importante…

La voz resonó en el auricular todavía más aguda e incisiva.

—Bien —dijo Harlingen—. Sí que me acuerdo. Me acuerdo muy bien. Sí, ya se lo diré.

Colgó con un golpe tan fuerte que Murray se echó hacia atrás sin querer. El impacto debió de sonar como un tiro a los oídos de la señorita Whiteside.

—Créalo o no —dijo Harlingen a Murray—, era mi hija. Quiere que le pida perdón por el modo en que se comportó anoche. Insistió en que lo hiciera en cuanto le viese a usted, pero lo había olvidado. Aunque, la verdad es que no sé por qué tengo que molestarle con estas tonterías.

—No es molestia —respondió Murray—. Su hija es muy amable —miró de soslayo a Harlingen—. De todos modos, me parece curioso que haya sabido dónde encontrarle. ¿O es que se mantiene en contacto con ella todo el tiempo?

Harlingen se echó a reír.

—No, pero tampoco la tenemos aislada del todo. Siempre hemos creído que es mejor otorgarle una cierta confianza, en vez de rodearla de un mundo de misterio. Ya está lo suficiente nerviosa sin necesidad de ello.

—Yo tengo cuatro hijos —intervino Bruno, sin dirigirse a nadie en particular—. Y si alguno metiera las narices en mis asuntos le daría una torta que se acordaría toda la vida. Ni siquiera saben a qué me dedico.

—La verdad —añadió Strauss— es que todos los chicos son unos bocazas. Es tan natural en ellos como gustarles el ruido.

—Lou —dijo Murray suavemente—, antes de empezar una

discusión sobre educación infantil, ¿por qué no terminamos con nuestro asunto? Todo lo que sabemos hasta ahora es que hay tres personas a las que investigar: Miller, Schrade y ese colega de Lundeen llamado Benny Floyd. ¿Por qué no nos concentramos en ellos?

—Ya he hablado con Floyd —aclaró Harlingen—. Y está de acuerdo en todo lo que ha contado Lundeen.

—Muy bien, ¿lo tiene ya previsto como testigo?

—Sí. Pero está muy nervioso y preocupado.

—Es una persona muy sensible —manifestó Bruno.

—Lo que pasa —intervino Harlingen fríamente— es que teme una posible represalia. No es que exista motivo, pero puede resultar un testigo poco seguro cuando LoScalzo empiece a manejarlo a su manera. Eso es lo que me preocupa.

—De acuerdo —repuso Murray—, le haremos entrar en razón. Concierte una entrevista con él cualquier tarde de esta semana cuando salga de servicio. Estudiaremos a fondo lo relativo a la detención de Schrade. Comprobaremos cada detalle de su declaración y si hay algún punto débil lo reforzaremos antes de que suba al estrado.

—Un momento —protestó Harlingen—. Yo no quisiera preparar su declaración. Se trata sólo…

—Usted no preparará nada, señor Harlingen. Lo que hay que hacer es llenar algún hueco, refrescarle la memoria, ¿o prefiere que sea LoScalzo quien se ocupe de ello?

—Bueno, si es así como usted lo ve…

—Claro —dijo Murray—. El siguiente paso será examinar los antecedentes policiales de Schrade y de Miller. Cuanto sabemos hasta ahora es que Schrade asegura ser un principiante sin suerte, pero si podemos demostrar que ha mentido, ello debilitará su posición cuando declare. En cuanto a Miller, si es un corredor de apuestas de tanta importancia como se dice, debe tener también algún tipo de antecedente. Será interesante que cuando esté en el banquillo podamos atacarle con cualquier informe en su contra. Hay que imbuir en el jurado la idea de que Miller y Schrade son unos consumados ladrones y mentirosos. Debemos machacar sobre esto.

—Bueno, el solo hecho de ser un par de apostadores ilegales

conocidos…

—Eso no obrará ningún efecto a menos de que el jurado esté compuesto por doce solteronas salidas del servicio de Auxilio a la Vejez. Y veo muy difícil que se le ofrezca esta oportunidad. Va a tenérselas que ver con un jurado de campanillas, señor Harlingen; un jurado de sólidos y honrados ciudadanos de los que corren a ponerse en contacto con sus apostadores en cuanto saben que un caballo puede ganar. Para ellos, Miller y Schrade no son maleantes. Sólo unos tipos con mala suerte.

—De acuerdo —confirmó Harlingen secamente—. En el momento de enfrentar a un policía con un apostador es este quien se atrae todas las simpatías.

—Pero ahí es donde Lou entra en escena —dijo Murray volviéndose hacia Strauss—. Usted tiene amistad con ese empleado del Registro, Lou. Empiece a utilizarla. Consiga averiguar todo cuanto haya contra Schrade y Miller. Algunas referencias estarán bajo nombres distintos, pero las huellas dactilares se lo aclararán todo.

—Habrá que pagar algo —dijo Strauss.

—Sí, mas no se salga de lo razonable. ¡Qué diantre! No vamos a llevamos ningún expediente ni a destruir ningún informe. Únicamente queremos echar un vistazo. Y quizá sacar un par de fotocopias.

—Aun así, la cosa no es fácil, Murray. Sabiendo que Wykoff ha salido a escena, esos expedientes adquieren una gran importancia.

—Pues utilice su cabeza y que sea Lundeen quien se preocupe. De todos modos, según nuestro contrato, él corre con los gastos.

Harlingen había seguido aquella conversación con un aire cada vez más preocupado.

—No sé a dónde van a parar —exclamó—. Me refiero a utilizar métodos furtivos como esos para obtener información. Después de todo…

Murray se encogió de hombros.

—Si no quiere que nos tomemos tantas molestias…

—Yo no he dicho eso. Lo que pasa es que…, francamente, tenía la esperanza de ir al tribunal sin necesidad de tales cosas. Claro que, en realidad, quizá no importen demasiado teniendo en cuenta a buena intención. Aunque quizá sólo estoy intentando justificarme a

mí mismo.

—Eso es cosa suya, señor Harlingen.

—Desde luego. Lo sé muy bien —dijo Harlingen meditativo, mordiéndose un labio—. Bueno, dejémoslo por el momento. ¿Qué más hay que hacer?

—Entrevistarse con Miller y Schrade. Tenemos que localizarles y ver cómo reaccionan.

Harlingen parecía dudoso.

—Tengo la impresión de que se portarán bien durante mucho tiempo.

—Es posible, mas no seguro. De todos modos, eso se lo dejamos a Bruno. Les hará una visita y les vigilará un poco y quizá saquemos algo interesante.

—¿Y después?

—Actuaremos de oído —contestó Murray, levantándose mientras Harlingen le imitaba—. Entretanto, cuento con usted para ponerse en contacto con ese Benny Floyd, de modo que podamos comentar lo de la detención.

—Así lo haré —dijo Harlingen.

Se puso el abrigo, tomó su sombrero y estrechó las manos de todos. Murray no dejó de mirarle hasta que hubo llegado casi a la puerta. En aquel momento, dijo:

—¡Ah! Una cosa, señor Harlingen.

—¿Qué es?

—Se trata de esos informes policiales.

No hemos concretado si quiere usted que los consigamos o no.

Harlingen se quedó durante un momento como abrumado por su propia indecisión, mientras manipulaba inquieto el tirador de la puerta.

—Bueno —replicó finalmente—. No me parece bien que condenen a un hombre por falta de pruebas cuando están al alcance de la mano. Maneje el asunto como mejor le parezca. Kirie. Lo dejo a su criterio.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Bruno dirigió a Murray una larga y reflexiva mirada.

—Usted dirá —manifestó.

—¿Qué tengo que decir?

—No se haga el tonto, Murray. ¿Desde cuándo inducimos a un abogado a que dé el visto bueno a nuestro modo de operar? Y en cuanto a los informes, ¿qué le importa a ese hombre cómo lo pagamos? El modo en que usted le miraba, con su sonrisa de gato a punto de atrapar a un canario, era todo un espectáculo. Creo que hay muchas cosas que todavía no comprendo bien. ¿Por qué no me las aclara antes de que ponga mi cabeza bajo el hacha?

—¿Qué hacha?

—Ya sabe a lo que me refiero. Si tengo que entendérmelas con un par de tipos, cuyos testimonios aparecerán en la primera página de los periódicos, es más que probable que algún agente del fiscal del distrito también me vigile a mí. No me importa quedar atrapado entre dos fuegos, pero quiero saber cuál es exactamente mi papel en todo esto. No me hace gracia parecer un tonto como Harlingen si me ponen en un aprieto.

—Yo no creo que Harlingen sea un tonto —protestó Lou Strauss —. Para mí se trata de un hombre poco común. Un purista. Un tipo muy concreto. Me recuerda aquel jugador de polo de Long Island al que le tramitamos el divorcio hace un par de años, ¿se acuerdan? Me ocupé del caso con Mernagh. El detective de la casa abrió la puerta de un puntapié y Mernagh, yo, él y el jugador de polo entramos como un torbellino en la habitación donde estaba la señora tal como vino al mundo…, bonito espectáculo, por cierto, en curioso abrazo con el chófer.

«¿Qué creen que hizo el jugador de polo? A pesar de que era un individuo tan corpulento que ni un caballo habría podido con él, empezó a dar golpes contra la pared y a llorar a lágrima viva como un niño». «¡No puedo creerlo!», exclamaba, «¡Te amo! Me casé contigo porque te amaba. ¡No puedo creerlo!». Era lamentable verlo comportarse de aquel modo delante de nosotros, por una furcia que lo había hecho gratis con todos los tíos de la ciudad. ¿Y saben por qué? Pues porque también él era un purista. Hay gente con un carácter tan limpio que no ven lo que está pasando a su alrededor. Y eso es lo que, a mi modo de ver, le ocurre también a Harlingen.

—Desde luego —dijo Murray—. Así fue como le educaron. Estuvo en Harvard al igual que su papá y su abuelito, y es un lugar que deja huella. De allí salen esos abogados de empresa capaces de

aconsejar a un personaje importante como eludir una acusación por fraude fiscal. Lo que pasa es que Harlingen no era muy experto en su trabajo y ha tenido que descender a una actividad como la nuestra donde, sin duda, su ayuda será apreciada. O si no, observad cómo Lou le está ya considerando.

Strauss se puso encarnado.

—Yo sólo he dicho que era un tipo poco corriente. Inexperto, pero entero. ¿Qué hay de malo en ello?

—¿A quién le importa lo que haya de malo? —clamó Bruno exasperado—. He hecho una pregunta a Murray y quiero que la conteste. ¿Cuál es la posición de ese Harlingen? ¿Qué es lo que pretendemos de él? Eso es lo que quisiera saber.

—Estamos intentando formarle —dijo Murray.

—No lo entiendo.

—Enseñamos a andar al niño. Si no le gustan los primeros pasos, todavía disfrutará menos cuando Lou consiga esos informes.

—¡Ah! —exclamó Strauss—. Veo que se preocupa por él, pero ¿cuál es la causa?

—Dejemos eso —dijo Bruno impaciente—. ¿Por qué está tan empeñado en conseguir esos informes, Murray? ¿Es que sabe lo que hay en ellos?

—Porque no estoy llevando el caso al revés como hace Harlingen. En mi opinión, Miller ha contado la verdad y Lundeen miente. Mírenlo así y todo parecerá más fácil.

—¿De veras?

—¡Ah! Utilice el cerebro, Bruno. ¿Por qué iba un apostador a pagar mil dólares para eludir una multa de sólo cincuenta por un delito de escasa importancia? ¿Puede haber algún motivo?

Bruno reflexionó.

—¡Ya! —exclamó finalmente.

—Claro que ¡ya! Pues porque tiene antecedentes policiales. Por eso. En el caso de Miller no se trata de delitos graves porque Johnny McCaden ya lo hubiera averiguado y se habría dado cuenta de que el caso valía la pena. El expediente sólo contiene pequeñas fechorías. Cuatro o cinco. Pero la sexta le hubiera clasificado como delincuente habitual y eso ya es muy distinto.

»Miller sabía que en cuanto quedara clasificado como delincuente habitual se encontraría en dificultades cada vez que le

detuvieran. Y esta valía muy bien mil dólares. Eso es lo que nos interesa ahora: la causa por la que pagó el soborno.

—¿No sería mejor ser más expeditivos con esos documentos? —le preguntó Strauss—. Hacerlos desaparecer, por ejemplo.

—Ya es demasiado tarde aunque quisiéramos. LoScalzo conoce su contenido. Y además no debemos hacerlo. Todo cuanto consigamos deberemos pasarlo a Harlingen y a Lundeen, tal como esté.

—De acuerdo. Me ha convencido —dijo Bruno—. Pero ¿por qué tengo que ocuparme de Miller y Schrade? Si el caso es claro, ¿a qué tantas molestias?

—Pues porque existe la posibilidad de que alguno de ellos esté en contacto con delincuentes importantes o alguna otra cosa por el estilo. Si podemos averiguarlo lograremos un buen tanto para Harlingen y nosotros nos habremos ganado nuestro sueldo. Por lo tanto, trabajad un par de días y ya veremos.

—De acuerdo —murmuró Bruno—, pero no me lo ponga demasiado difícil, Murray. En cuanto los haya localizado serán dos contra uno. Quiero que alguien me ayude.

—Le ayudará.

—¿Quién?

—Yo —dijo Murray—. Puede contar conmigo.

En el momento de decirlo supo que había obrado sin pensarlo bien y sus palabras le causaron una sorpresa tan grande como al propio Bruno. No podía entender por qué las había dicho ni tampoco por qué estaba tan convencido de tener que seguir por aquel camino. El despacho era su lugar adecuado, al igual que lo era el «St. Stephen».

Las frías y húmedas calles invernales estaban hechas para que las recorrieran los auxiliares a los que pagaba. No tenía ningún sentido que él se echara a aquellas calles para trabajar en un caso que parecía girar sobre sí mismo como un perro que se muerde el rabo; un caso que en realidad no era más que una broma cruel. ¿Qué iba a ganar con ello?, le hubiera preguntado Frank, ¿acaso buscaba algún placer? Y si no había ganancias ni placer, ¿a qué venía un impulso tan absurdo?

La pregunta, indigerible y áspera siguió fija en su mente aquella

noche haciéndole imposible dormir. Cambiaba de posición en la cama sintiendo que la manta pesaba demasiado y que la almohada estaba caliente, blanda y floja bajo su cabeza. Finalmente se sentó, encendió la luz de la lamparilla y miró el reloj. Eran las tres y media. Tomó el teléfono, lo sostuvo un momento mientras decidía cómo empezar y por fin marcó un número.

La voz que le contestó sonaba borrosa y turbia por causa del sueño.

—Di…, diga —pronunció, alargándose hasta algo parecido a un suspiro o a un bostezo.

—Didi, pronto amanecerá para el mundo, ¿esperas sola el amanecer?

—Sí…, Murray, ¿te pasa algo? Me pareces raro. ¿Estás borracho?

—No —respondió él—, pero pudiera estarlo. Siento haberte molestado, Didi. Ya te llamaré otra vez durante la semana.

—Cuando quieras, cariño. Cuando quieras.

Murray colgó al oír el chasquido al otro lado de la comunicación. Encendió un cigarrillo y tendiéndose de espaldas se puso a contemplar las sombras del techo.

«Puedes soplar viento invernal», pensó. Didi era una mujer en toda la extensión de la palabra. Cuando unos cuantos años antes, había actuado en su demanda de divorcio era la esposa de un tal Alfred Donaldson, de Amarillo, Texas, quien había descubierto los placeres carnales de Nueva York con alborozo incontenible. Por aquel entonces, ella era una muchacha flaca y bronceada, con el pelo torturado por una férrea ondulación permanente, y sus dientes, quizá algo largos, siempre a la vista en una eterna, esperanzada y vacilante sonrisa. Luego se había redondeado suavemente, su piel se volvió marfileña y su pelo formaba un liso casco de oro. Tenía los dientes impecablemente arreglados y su ligera sonrisa adoptaba una expresión más segura.

Toda una mujer. Ella fue quien cierta noche le llevó al salón del West Side, donde un bardo galés, algo loco, había instalado su corte. Estaba completa e irrevocablemente enamorada del bardo, según le explicó, y como este combinaba una errática gira de conferencias por América con un tenaz esfuerzo para matarse con la bebida, se había impuesto el deber de salvarle.

La noche resultó bastante movida, con el vate vociferando obscenidades y sobando a Didi hasta que, tras uno de aquellos forcejeos, emergió triunfalmente con su sujetador en la mano. Luego estuvo bebiendo hasta caerse al suelo y vomitar. Otra mujer se hubiera marchado antes de producirse el final, mas Didi permaneció allí hasta que todo hubo terminado, mirando con ojos muy abiertos cómo sacaban del local los restos empapados del poeta.

Aquella noche, Murray había pedido a la joven un libro del galés, y una vez de regreso al «St. Stephen» leyó unas cuantas páginas al azar, mientras andaba descalzo por el piso, sintiendo primero incredulidad ante el esplendor de los versos, luego un voluptuoso placer y, finalmente, cólera hacia la ruina humana que los había escrito precisamente por eso, por ser una ruina humana. «Porque era imposible», pensó, «disociar la obra del autor de la misma una vez conocido a este».

El vate había muerto y Didi le lloró, si bien luego se hizo amiga de un joven pintor accidentalista. Sin embargo, el libro de poesía seguía en algún lugar del piso. Murray saltó de la cama y rebuscó por las estanterías hasta encontrarlo. Lo abrió y al instante sintió tal acceso de asco que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

La botella de coñac permanecía en un armarito cercano. La tomó y se dedicó a ella en vez de al libro.

5

Harlingen llamó el viernes por la mañana para decir que había concertado la entrevista con Benny Floyd.

—Será a las doce del mediodía, en el pasaje del Madison Square Garden —dijo con aire de disculpa—. Sé que es un poco precipitado, pero Floyd no parecía muy decidido a aceptar, y no quise correr el peligro de que cambiara de idea.

—Está bien. ¿Le dijo algo interesante?

—No. Pero cuando insinué lo de llamar a Lundeen para que viniera también con nosotros, se puso muy nervioso. Creo que no le gusta que lo vean en público con Lundeen, al menos por ahora.

—No podemos criticarle —dijo Murray—. De acuerdo. Nos encontraremos a las doce.

El trayecto hasta el Garden era un paseo de un cuarto de hora. Cuando Murray llegó, Harlingen y Floyd ya estaban allí. Llevaban el cuello del abrigo levantado para defenderse de la humedad del pasaje y golpeaban sus pies contra el helado y duro suelo de cemento. Floyd resultó ser uno de esos policías nuevos de los que tienen un aire demasiado joven e inexperto como para llevar la chapa. Alto y delgado, de ojos claros, tenía el vicio de sacar de improviso la mandíbula inferior como si quisiera librar del cuello de la camisa una nuez demasiado prominente. Murray se dijo que no sería un mal testigo siempre y cuando no se le trabase la lengua durante el interrogatorio. Era un tipo en el que cualquier miembro del jurado reconocería inmediatamente algo familiar, como ese chico desgarbado, con una caña de pescar de confección casera, que suele aparecer en las cubiertas de algunas revistas populares.

Harlingen hizo las presentaciones, y los tres echaron a andar, saliendo a la calle.

—Voy a ponerle en antecedentes —informó Murray a Floyd—. Schrade fue detenido hace seis meses, así es que me parece natural

que usted no recuerde los detalles. Esto significa que LoScalzo le hará pasar por el aro cuando le interrogue. Ya me comprende. Cada vez que diga «no me acuerdo», o se detenga para pensar un poco, mirará a los miembros del jurado con una expresión muy peculiar, como indicándoles lo falso que es usted. Pero ¡qué diantre!, no le estoy contando nada que no sepa. Ya debe haber prestado declaración alguna otra vez.

—Nunca he sido testigo para la defensa —aclaró Floyd algo inquieto.

—Es igual. Limítese a expresarse como si supiera muy bien lo que dice y no se embarulle. Por eso quiero dar ahora un repaso general a la cuestión para que quede bien grabado en su mente —Murray sacó la transcripción de la cinta de Lundeen y la estudió brevemente—. En primer lugar, cuando usted y Lundeen patrullaban aquel día, ¿cómo se desarrollaron las cosas?

—Pues íbamos hacia la parte baja de la ciudad. Él por una acera y yo por la otra, sin perdernos de vista.

—De acuerdo. ¿Hay mucha diferencia de estatura entre el señor Harlingen y Lundeen?

Floyd miró a Harlingen de arriba a abajo.

—Más o menos la misma.

—Entonces él actuará como si fuera Lundeen y usted y yo pasaremos a la otra acera y lo observaremos.

Avanzaron dos manzanas sin que Murray dejara de ver el sombrero gris perla que destacaba por encima de los automóviles que circulaban por la avenida. De pronto, Floyd se detuvo y Murray observó que el sombrero de Harlingen se había detenido también.

—Al llegar aquí crucé la calle y comimos algo en ese bar frente al que está el señor Harlingen —dijo Floyd—. Ese bar de bocadillos.

—¿Le conocería el actual encargado? —preguntó Murray.

Floyd pareció dudar.

—No creo que conozca a nadie. Todo lo que hace es devolver el cambio. Ni siquiera habla inglés.

—Bien. Vamos a echar una ojeada.

Se unieron a Harlingen frente al bar, que estaba protegido contra el frío por unas vidrieras. El mostrador aparecía sucio y manchado y en el suelo había un montón de vasos de papel usados y de colillas.

—Tengo una idea —manifestó Murray a Harlingen—. No sé si valdrá gran cosa, pero una idea siempre es una idea. Además, hace un frío terrible y nos vendrá muy bien una taza de café.

Entró el primero y los tres se alinearon en el mostrador. El camarero era un hombre pequeño y moreno de rostro muy feo, con marcas de viruela. En cambio, llevaba el pelo muy bien peinado y un fino bigotito a lo dandi. A juicio de Murray debía tener unos veintidós o veintitrés años. La flaca y cansada muchacha que le servía como ayudante era probablemente su mujer.

El café les fue servido en vasos de papel con un chorrito de leche y el correspondiente azúcar. En el mostrador, junto a los vasos y para remover el líquido, les pusieron unas minúsculas espátulas de madera semejantes a las que usan los médicos para apretar la lengua. Murray removió distraídamente su café mientras el camarero pasaba un trapo maloliente a lo largo del mostrador. Cuando se encontró frente a él, Murray le sonrió y el otro hizo lo propio de un modo amplio pero carente de expresión.

Murray se echó un poco hacia adelante señalando a Floyd, le dijo en español:

—¿Conoce a este hombre?

La sonrisa del camarero permaneció tan fija, amplia e inexpresiva como antes.

—Sí, le conozco —contestó en español—. Es de la Policía.

—En efecto. Y tiene un amigo también policía. ¿Sabe quién es?

—¿Por qué había de saberlo? Yo no me ocupo de caballos ni de la «bolita». ¿Por qué he de conocer a los policías?

—No lo sé ni me importa. Tan sólo me estoy refiriendo a un amigo de este agente que se encuentra en un apuro. Este señor y yo somos abogados y queremos ayudarle.

—Pues ayúdenle y que Dios les proteja.

El camarero hizo un ademán como lavándose las manos y se alejó. Harlingen y Floyd miraron a Murray como si no entendieran ni una palabra. Él alargó la mano y dio unos golpecitos sobre el brazo del camarero, quien se volvió con la misma sonrisa brillante de siempre.

—¿Cree que todo el mundo es su enemigo?

—Yo no he dicho eso. Tampoco digo que usted lo sea. ¿Dónde ha aprendido a hablar mi lengua tan bien? Ese no es el modo como

la enseñan aquí en las escuelas.

—La aprendí viviendo con unos amigos hace ya muchos años. Eran amigos míos y buenos compañeros de mi padre: Julio y Marta Gutiérrez. ¿Los conoce quizá?

—No. ¿Pero eso qué importa? Basta con que tenga usted amistad con ellos, y ahora puedo decirle que, en efecto, conozco al policía que se encuentra en apuros, aunque no es mi amigo. Un hombre muy raro. Muy raro.

—¿Raro, por qué?

—Hay cosas que no se entienden si no se tiene un cerebro privilegiado. Le veo como un hombre guapo y arrogante, como un gallo sobre un montón de estiércol, pero no es feliz. Una especie de enfermedad, ¿no le parece? Yo siempre pienso que tipos así, más tarde o más temprano acaban por meterse en algún lío.

—¿Entonces, no le sorprende que, efectivamente, esté en un lío?

—No quiero mentirle. No me sorprendió cuando supe que le habían expulsado de la Policía. Son cosas que los desocupados comentan por aquí mientras se toman su café.

Murray hizo una señal de asentimiento.

—Entendido. ¿Y conoce usted también por casualidad a Ira Miller?

—Sí, le conozco. Un hombre importante en el barrio. ¿Cómo no había de serlo si todos esos desocupados le daban su dinero cada día?

—Existe otro…, un tal George Wykoff, todavía más importante que Miller. ¿También se habla de él por aquí?

El camarero vaciló.

—¿Y quién soy yo para hablar de esas cosas?

—Un ciudadano que tiene el deber de hacerlo.

—Se equivoca. Yo no soy nada. Menos que nada —al ver que Murray iba a protestar, levantó una mano interrumpiéndole—, aunque eso me importa demasiado porque si Dios es bueno mis hijos vivirán una vida algo mejor que la mía y mis nietos serán todo lo que yo no he sido. Creo que es una buena idea. Si viene por aquí en el futuro y habla con mis nietos en inglés, quizá le entiendan mejor en lo de todo esto de los ciudadanos. Es algo que debe ser dicho en inglés. La gente aquí no cree que pueda tener significado en otro idioma.

Murray movió la cabeza.

—No se enfade conmigo.

—Yo no me enfado con nadie. Y se lo demostraré dándole más café. Ya se le ha enfriado. No me lo pague; es obsequio de la casa.

—Muy amable —dijo Murray mientras esperaba que el camarero le sirviese otro café recién hecho, un brebaje oscuro y amargo que se bebió lentamente. Luego sacó de su cartera una tarjeta y se la dio al otro—. ¿Puedo pedirle un pequeño favor?

—¿De qué se trata?

—Quiero que dé mis señas a todos cuantos se interesen por el caso de ese policía —y dejando sobre el mostrador un billete de cinco dólares de modo que Harlingen pudiera verlo, añadió—: Esto es para los niños de quienes me ha hablado. Creo que tendrán un buen padre y un buen abuelo.

Salió a la calle el primero, seguro de que la estereotipada sonrisa del dueño del bar le seguiría hasta la puerta. Una vez afuera, Floyd dijo con envidia:

—¡Cómo me gustaría saber hablar el español de un modo tan perfecto! Si esos monos continúan invadiendo la ciudad como lo hacen, acabaremos por hablar todos así dentro de un par de años —en sus ojos brillaba una chispa de interés profesional—. Ha dicho algo del juego, ¿verdad? La «bolita». ¿A qué se refería?

—A nada —dijo Murray—. Afirmó que no se mete en eso. Y no creo que haya mentido.

—¿Qué ha podido sacar en limpio? —preguntó Harlingen.

—En realidad no he intentado sonsacarle nada —respondió impaciente Murray—. Me gustaría saber más de Wykoff. Hay cuestiones relacionadas con Miller que Wykoff podría aclararnos en un minuto. El único modo para encontrarnos sería que él viniera a verme. Eso es lo que quiero que haga nuestro amigo de ahí adentro: mover las cosas y provocar cierto interés. Luego ya veremos.

—No lo sé —dijo Harlingen—. Desde que le atraparon, Wykoff ha estado cooperando con el fiscal del distrito. ¿Por qué ha de interesarse por las desdichas de Lundeen?

—Porque un hombre como Wykoff quiere saber con qué cartas juega cada uno. Eso no quiere decir que la cosa vaya a tener éxito. Es solamente una posibilidad. Entre tanto —añadió, dirigiéndose a Floyd— volvamos a lo de la detención. ¿Qué hicieron usted y

Lundeen después de haber comido? ¿Siguieron calle abajo como antes?

Floyd se pasó lentamente una mano por la cara, frunciendo el ceño, como reflexionando.

—No —dijo por fin—, no fue así exactamente.

—¿Qué hicieron pues? —preguntó Harlingen.

—Verá —repuso Floyd—, hay un par de hoteles ahí enfrente y fui a echar un vistazo en los vestíbulos. Arnie no entró conmigo.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que volvieron a estar juntos? —preguntó Murray.

—No mucho.

—¿Cuánto? ¿Diez minutos?

—Quizá un poco más.

—¿Veinte minutos?

—Puede que sí; unos veinte minutos, aproximadamente.

Harlingen parecía estupefacto.

—¿Quiere decir que poco antes de detener a Schrade, Lundeen estuvo en algún lugar sin ir con usted?

—Sí, señor Harlingen. Pero sabía muy bien dónde ponerme en contacto con él en caso necesario.

—¿Dónde? —preguntó Harlingen.

—¿Por qué no se lo pregunta al propio Arnie? —repuso Floyd—. ¿He de ser yo precisamente quien le hable de eso?

—Porque —dijo Harlingen, imprimiendo a su voz un tono duro y sardónico— tendrá que referirse a ello cuando ocupe el sillón de los testigos. ¿Dónde pasó Lundeen esos veinte minutos?

—¡Qué diablos! —exclamó Floyd—. Cada vez que pasábamos cerca de la calle Cuarenta y Ocho solía entrar en una de las sucias pensiones que hay a lo largo de la manzana. La señora que la dirige es una buena pieza. Se llama Helene y está loca por Arnie. En cuanto él tocaba el timbre ella ya estaba bajándose las bragas. Eso es lo que pasó aquel día. Lo que decimos un «rápido».

—¡Vaya! —exclamó Harlingen enfadado—. ¿Se da cuenta de que Miller podría estar también interesado en esa mujer? ¿Y de que es capaz de atacar a Lundeen sólo por puros celos? ¡Caray con los dos! ¿Por qué usted y Lundeen han ocultado una cosa tan importante?

—Por culpa de la novia de Arnie. Por eso ha sido —respondió Floyd hoscamente—. He estado alguna vez con Arnie y Ruth y ella

no le deja que le toque una mano siquiera. No le permite familiaridades. ¿Cómo cree que reaccionaría si lo supiera?

Harlingen se quitó el sombrero, se sacó un pañuelo del bolsillo del abrigo y se secó la señal roja que el sombrero había dejado en su frente. Estaba iracundo y desconcertado, y Murray, al mirarle, sintió lástima por él.

No era difícil imaginar el curso de sus pensamientos. Lundeen le había ocultado algo. No era un hombre de confianza en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, al parecer, por otra parte, había actuado en plan caballeresco, llegando incluso a perjudicarse para que Ruth Vincent no se enfadara. Un comportamiento que Harlingen sabía apreciar y apoyar. Pero, avanzando un poco más en la logística, ¿cómo era posible respetar de aquel modo a Ruth Vincent y al mismo tiempo pegársela tan descaradamente? ¡Vaya unos líos! Quien metiera la mano en aquel engranaje podía correr el peligro de quedarse sin ella.

—No haremos nada estando aquí parados —dijo Murray de repente—. Lo mejor sería ir a hablar con esa Helene. Si tiene algo que ver con Murray nos lo dirá.

—Lo mismo estaba yo pensando —confesó Harlingen—. Si enfocamos el tema de un modo adecuado…

—Yo me ocuparé de eso —le interrumpió Murray—. Usted acabe de comprobar con Floyd lo relativo a la detención. Probablemente se acordará de algunas cosas más si se estruja la memoria —se volvió hacia Floyd, que tenía un aire tristón, embozado en su abrigo y con las manos en los bolsillos, como una especie de Judas que intentase averiguar cómo se había metido en aquel lío—. ¿Dónde encontraré a esa mujer?

—Vive ahí, en la primera casa de piedra de la manzana, una vez pasado el almacén. Pregunte por Helene.

El letrero luminoso situado en la ventana de la casa relampagueaba vivazmente, proclamando: «Habitaciones para… alquilar». Contestó al timbre un hombrecillo minúsculo con algunos mechones de pelo peinados sobre la calva, la piel lívida y un par de enormes orejas como soplillos. Miró recelosamente a Murray.

—¿Quiere una habitación? —preguntó con una voz tan débil y

temblorosa que parecía una nota mal tocada en un violín.

—No. Busco a la dueña, ¿está aquí?

El hombre carraspeó y tosió. A juzgar por su expresión hubiera podido interpretarse como una risa.

—¿Se refiere a Helene? Pues le ha mentido, porque, aunque sea mi mujer, el propietario soy yo. No hay más propietario que yo de todo esto. Cuanto hay aquí está a mi nombre.

—Estupendo —dijo Murray—. Pero es con ella con quien deseo hablar. ¿Está en casa?

—Sí. Está en casa —contestó el hombre, señalando con el pulgar hacia adentro y cerrando cuidadosamente la puerta tras de él.

Luego le precedió por un oscuro pasillo que olía a coles y a desinfectantes hasta la cocina, que se encontraba al fondo.

Evidentemente, aquella cocina era el centro de la vida familiar. En un fregadero había un montón de platos sucios y se veía también una colección de revistas de cine estropeadas en las estanterías del aparador, y un enorme televisor puesto en un rincón. En la mesa, situada en medio del recinto, una mujer intentaba embellecerse un poco. Estaba envuelta en una toalla de baño que, además de poner de relieve sus prominentes senos, proporcionaba la bonita visión de unas piernas largas y desnudas que enseñaba hasta casi el muslo. Estaba inclinada hacia adelante, sosteniendo su cabello pelirrojo y chorreante sobre una olla llena de cierto fluido viscoso.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando a Murray por entre la maraña de cabellos. Luego se los echó hacia atrás sobre los hombros y sonrió al visitante. Era una mujer sorprendentemente joven, con ojos verdes de gato, muy inteligentes, y una cara bonita e infantil.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Qué guapo eres!

Indiferente a todo esto, el viejo se situó tras ella, tomó un pedazo de algodón absorbente que había sobre la mesa, lo mojó en el líquido y lo aplicó de pronto sobre el cráneo de la joven, que dio un grito y cogió al viejo por la muñeca. Pero él le apartó la mano de un manotazo.

—Fíjese en esto —dijo el hombre a Murray levantando la mata de pelo—. Cuesta ocho dólares hacerlo en un salón de belleza. Aquí sólo un dólar. Únicamente una imbécil no sabe apreciar lo que es ahorrar siete dólares.

Frotó el algodón vigorosamente y la muchacha gritó:

—¡Ten cuidado! —y mirando coquetonamente a Murray añadió —: Soy pelirroja natural, pero a veces necesito un retoque, y él me lo hace muy bien.

El viejo jadeó con fuerza.

—Debía abrir un salón de belleza. Me ganaría fácilmente un millón de dólares.

—¡Vaya! —exclamó la muchacha—. ¡Pero si ya lo tienes!

Extendió la mano buscando un cigarrillo sobre la mesa y lo encendió mientras que la toalla de baño se deslizaba lenta e inexorablemente por su cuerpo hacia abajo. El viejo se dio cuenta mientras estaba manejando activamente el algodón y miró a Murray cabizbajo.

—¡So marrana! —dijo—. No vas a tener ni un centavo de mi dinero. ¡Ni uno!

—¡Sí, sí! —se burló la muchacha.

—Ni un centavo. Se lo dejaré todo a mi pobre hermana. Siempre la he tratado mal y ya es hora de que haga algo por ella.

—Pero no con mi dinero —dijo la muchacha.

—También le dejaré la casa. Pertenece a nuestra familia desde hace cien años y debe quedarse en ella.

La muchacha rebuscó con su mano por atrás hasta agarrar al viejo por la muñeca, y esta vez él no pudo eludir la presión.

—Cariñito —le dijo suavemente—. ¿Es que yo no soy nadie? Ahora también formo parte de la familia.

—Tú no eres más que una puta.

—Soy toda la familia que te queda, monada. No te olvides. Y no hables tanto. Me estás echando el aire por el cogote —le soltó el brazo y el hombre continuó su tarea murmurando para sí—. No le haga caso —dijo la muchacha a Murray—. No sabe de lo que está hablando. Si tiene usted algo que preguntar dígamelo y yo le atenderé.

—Sí, tengo algo que preguntar —respondió Murray tomando un cigarrillo del paquete de la joven, encendiéndolo y mirándola atentamente—. Me he hecho cargo de un caso relacionado con cierto Arnold Lundeen. ¿Le conoce?

—¡Claro que le conozco! ¿Está de broma?

—No.

—Arnie es mi amigo, señor. En cuanto este vejestorio

desaparezca, él y yo nos casaremos. ¿Se ha hecho cargo de su caso y no estaba enterado de eso?

La llama de la cerilla que Murray sostenía entre los dedos le quemó de improviso la piel. Dejó caer la cerilla y la apagó pisándola con cuidado.

—No —dijo—. No lo sabía. Pero usted sí sabrá por qué no me lo ha dicho. Seguramente habrá sido por no meterla a usted en el lío.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Muy propio de Arnie. ¿No es el hombre más simpático que ha conocido usted? Incluso me ofrecí para declarar en su favor, pero me dijo que ni siquiera quería hablar de ello. A pesar de todo, cuente conmigo para cualquier cosa.

—¿Declararía en su favor ante el tribunal? —preguntó Murray.

—Desde luego. ¿Por qué no?

Aquello resultaba asombroso. Era como trabajar en un circo de tres pistas. Si la muchacha no declaraba habría un espacio de veinte importantísimos minutos sin explicar en la vida de Arnold Lundeen. Pero si hablaba, Ruth Vincent recibiría una sorpresa mayúscula delante de todo el mundo. Pero ¿la sala del tribunal era el lugar más adecuado para dejar a Lundeen al descubierto ante Ruth? La confusión parecía acentuarse y había que reflexionarlo muy bien antes de empezar a actuar.

—¿En qué está pensando? —preguntó la muchacha—. ¿Le parezco una tonta o algo así?

—Me parece usted estupenda. Dígame, ¿conoce a ese Ira Miller, al corredor de apuestas clandestino que parece haber pagado a Lundeen?

—No, no le conozco y lo prefiero así. Son tipos que no valen un escupitajo.

El viejo echó el algodón sobre la mesa y empujó la cabeza de la muchacha sobre la olla.

—Los apostadores —dijo— son todos unos sinvergüenzas. Con los policías es distinto. Hay que andar listo y hacerse amigo de ellos. No molestan en casa, y eso te permite ahorrar un buen dinero. Hay que ser listo y nada más.

—¡Cállate de una vez! —exclamó la muchacha, y volviéndose a Murray añadió—. La próxima vez que hable con Arnie, señor…, ¿cómo se llama usted?

Murray le entregó su tarjeta y ella tardó mucho tiempo en leerla, formando sílaba tras sílaba con los labios.

—¿Qué es eso de «investigación»? Creí que era usted su abogado.

—Trabajo con su abogado.

—¡Ah! Pues entonces, Murray, cuando vea a Arnie dígale que me escriba aun cuando yo no pue…, aun cuando yo no le conteste. Tengo guardadas sus cartas y las leo de vez en cuando con mucho placer. Se lo dirá, ¿verdad?

—¿Y que me recrimine por molestarla con este asunto? Ya sabe usted cómo es, Helene; la cuestión le preocuparía muchísimo. Le causaría un gran disgusto.

La muchacha pensó en aquello con aire satisfecho.

—Sí, en efecto, le disgustaría. A veces se inquieta demasiado.

—¿Lo ve? Lo mejor es mantener todo esto entre nosotros. No le diga nada y cuando la necesitemos en el tribunal la llamaré.

Se marchó recorriendo el oscuro pasillo sin que nadie le acompañara. En la acera, ante la casa, estaba aparcado un camión con un remolque lleno hasta los topes de árboles de Navidad, los primeros que veía en la ciudad aquel año. Alrededor del camión el aire estaba impregnado con el penetrante aroma de la resina y del ramaje. Se detuvo un momento para aspirar profundamente aquel olor fresco y limpio.

6

Sobre las doce del día siguiente, Didi entró en el piso de Murray magníficamente envuelta en un abrigo de visón.

—Cariño —dijo—, si vamos a salir juntos no puedes pasarte el día ahí sentado con tu desayuno o lo que sea. Pórtate bien, aféitate y arréglate mientras yo me tomo una taza de café. No sé cómo hacen aquí un café tan bueno y a mí, en cambio, me sale un líquido indecente. Dame un poco de pan tostado, por favor. No, espera un momento. ¿Qué es eso que hay bajo la servilleta?

—Unas rosquillas —aclaró Murray—. ¿Te apetece una? ¿A dónde te propones que vayamos?

—Parecen *donuts* de plástico. Hoy inaugura Alex su exposición. La previa —Alex era el pintor accidentalista—. ¡Oh, Murray! No me digas que no recibiste mi invitación. Sería mentira.

—Entonces, bueno, la recibí —dijo Murray conciliador—. Sí. Esta semana recibí la tarjeta de una sala de exposiciones. ¿Sería la de Alex?

—¡Claro que era la suya! Escribí en ella una nota preciosa que seguramente no habrás leído. Cariño, ¿por qué tengo que ser amiga de un mentiroso tan grande como tú?

—Porque te aprecio y porque con ese abrigo pareces la emperatriz de todas las Rusias. ¿Es alguna nueva prueba de amor de Alfred?

Didi levantó la mirada hacia el cielo, pensando en el señor Donaldson.

—Sí, lo es. ¿No te parece escandaloso el modo en que me persigue desde hace algún tiempo?

—¿Has pensado alguna vez en volver a casarte con él?

—¿Por qué? ¿Para regresar a mi papel de pequeña Dorothy esperando en casa mientras él va detrás de quien le parezca? No ha cambiado en absoluto, querido. Si tiene interés en mí es porque me ve en el candelero. No puede resistirlo —con mucho cuidado se puso una cucharadita de mermelada en el pan—. Pero no sientas la

menor preocupación. Todo cuanto tienes que hacer ahora es vestirte y salir antes de que me pongan una multa por aparcar en doble fila.

—Lo siento, pero me es imposible. Tendré que trabajar toda la tarde.

—Me dices eso para salir del paso. Estoy segura de que si se tratara de otro pintor cualquiera irías con mucho gusto. Por otra parte, nadie trabaja ya en sábado.

—Pues espera y verás. Dentro de diez minutos tendré que usar el teléfono para ocuparme de un caso importante. Ya nos veremos más tarde, si te parece.

—Eso no sirve, Murray. Tendrás que acompañarme cuando vaya a ese sitio. Tendrás que hacerlo.

—¿De veras?

—Sí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Murray riendo.

—No es ninguna broma —respondió ella—. Ya sabes la clase de gente que irá. Hablarán y hablarán y yo no entenderé ni una palabra de lo que digan. No saldrán de Jackson Pollock, y de tonalidades y de ritmos lineales y Dios sabe cuántas cosas más. Si tú me acompañas podré hablar contigo y no hacer el papel de idiota. A veces es muy agradable tenerte al lado, cariño.

—A mí me pasa lo mismo. Pero ¿y Alex? También estará allí, ¿verdad?

—Sí, pero cuando tiene compañía hace como los demás. Es muy diferente de cuando estamos solos. Entonces no piensa en hablar de pintura.

—Me lo imagino —dijo Murray. Y de pronto se le ocurrió una idea—. Mira, tengo unas cosas que solucionar y debo ir personalmente. Si me llevas en tu coche y esperas un poco, me daré prisa y luego seguiremos juntos, ¿te parece bien?

—No lo sé. Será horrible estar sentada en un coche hasta que te acuerdes de que estoy allí.

—No esperarás en el coche. Entrarás conmigo y conocerás a esas personas. Me gustará presumir presentándote.

Murray observó que no solo estaban los Harlingen reunidos en la sala, sino que también había venido Ruth Vincent, la cual

permanecía sentada, muy compuesta en su sillón, pálida, hermosa y remota. Al verla sintió como si un dedo invisible se hundiera con violencia en su diafragma. Mientras Harlingen, en calidad de anfitrión, charlaba con unos y con otros de cosas sin importancia, llamándoles a todos por su nombre de pila, Murray contempló a la joven y vio cómo un poco de color cubría sus mejillas y el pulso latía en el hueco de su cuello. Ni siquiera en sueños la había visto tan bella como entonces. Cuando volvió la mirada de repente hacia otro lado se dio cuenta de que la había estado observando sin ningún disimulo, mas no le importó. «Es mejor que lo sepa», se dijo. «Mejor que amontone el mobiliario de su consciencia contra la puerta y crea que está segura y protegida tras de ella». Sabía ya suficiente de Lundeen como para cortar el lazo que los unía cuando considerase llegado el momento oportuno.

Dinah Harlingen decía animadamente:

—Ruth ha estado ensayando con Megan un pequeño papel en la comedia que van a hacer en la escuela. Uno de esos antiguos cuentos moralistas protagonizados por Don Justo Perfecto y Doña Benigna Modesta, tan originales y agradables. ¿No es así, querida?

Megan se dejó caer sobre un cojín, entrelazó las manos sobre su cabeza y se fue dejando caer lentamente hacia atrás hasta quedarse mirando al techo.

—No —respondió con voz sepulcral—. Es horrendo, horrendo, horrendo.

—¡Megan! —le recriminó su padre—. No te pongas tonta y no tuerzas la cabeza de ese modo.

Megan volvió a poner la cabeza en posición normal.

—No me estoy poniendo tonta. Lo que digo es que no sé por qué una cosa ha de ser buena sólo porque es antigua. Cuando es el abuelo quien habla así a todos les parece un pesado. Pero si es otra persona, el tema se vuelve trascendental y sensato. Óiganles alguna vez y juzguen por sí mismos.

—Recítanos algún fragmento, preciosa —dijo Didi, arrellanándose en el sofá y desabrochándose el abrigo, como preparada para escuchar atentamente—. Ya sabes que me chifla cuanto se relaciona con el teatro.

—Muchísimas gracias —respondió Megan despectiva—, pero no lo pienso hacer. Malvada Perversa es el único papel auténtico en la

trama y se lo han dado a Evvie Tremayne. Se lo han dado —añadió cáusticamente, mirando a Ruth Vincent— porque es la más gorda.

—No es verdad. Se lo han dado porque siente un gran interés por la obra —replicó Ruth—. Lo sabes tan bien como yo, Megan.

—A mí me parece una pieza encantadora —añadió Dinah Harlingen—. Al menos por lo que he podido oír. La música de fondo está interpretada por un caramillo. Una cosa muy medieval. ¿Quién es el niño que lo toca, Megan? Parece un fauno en miniatura.

—Es William Hollister Tercero —dijo Megan—. Un neurótico como una casa.

—No es ningún neurótico —terció Ruth—. Y no me gusta que ni tú ni ninguna otra persona del grupo sigan llamándole Tercero, Megan.

—Pues si no quiere que le llamen Tercero, ¿por qué lo pone en todos sus papeles? —preguntó Megan—. Es un neurótico total y así lo dice él mismo. También dice que tocar ese instrumento es suficiente como para volver neurótico a cualquiera. Se toque como se toque, siempre suena mal.

—Escucha Ruth —dijo Dinah Harlingen—, quizá esa obra no haya sido la más adecuada después de todo. Si los niños…

Harlingen se puso en pie bruscamente.

—¿Alguien quiere una copa? ¿Didi? ¿Ruth? ¿Murray? Aunque, quizá sea demasiado temprano para empezar a lubricarse. Si queréis dispensarnos, Murray y yo tenemos cosas importantes de que hablar. No tardaremos mucho.

Una vez en su estudio y con la puerta cerrada le dijo a Murray:

—No me gusta que Dinah se interfiera en esto. Ruth está metida hasta las orejas con esa cuadrilla de demonios y cualquier palabra que se diga aquí llegará a oídos de ellos. No es que discrepe enteramente de Dinah. Pero no hay que echar margaritas a los cerdos. Meter a esos chiquillos en un drama preisabelino es perder el tiempo. Tennessee Williams suena mejor.

Murray se echó a reír.

—Malvada Perversa y William Hollister Tercero tocando su instrumento deben ser la mar de divertidos. Me gustaría verles en acción.

—No diga eso delante de Dinah o puede que, en efecto, que pasen a la acción. Precisamente es ella quien se encarga de presidir

el comité de venta de entradas. Oiga, su amiga es una mujer sumamente atractiva, ¿no le parece? ¿Puede ser que la conozca yo de algo? Su cara me es vagamente familiar.

—Si frecuenta usted el «Stork» o el «Veintiuno» la habrá visto sin duda por allí. También ha aparecido un par de veces en la televisión. Earl Wilson la contrató el año pasado.

—Comprendo que la contratara. Sí, posiblemente fue en el «Veintiuno». Dinah y yo vamos por allí de vez en cuando —Harlingen se sentó, buscó un lapicero y estuvo jugueteando con él mientras hablaba de cosas intrascendentes. Luego, de repente, preguntó:

—¿Ha tenido usted suerte con nuestra amiga Helene? ¿Tiene algo que ver con Miller?

—No, nada.

—¿Está seguro? Pues yo hubiera jurado…

—Totalmente seguro. Sólo estaba relacionada con Lundeen.

—Pero ¿podemos aceptarlo? ¿Cómo sabemos que no nos oculta que conoce a Miller? Hablar sólo con ella no aclara mucho las cosas, ¿no le parece?

—Sí, en este caso. Debe creerme cuando le digo que esa mujer no fue el motivo que impulsó a Miller; que este no acusó a Lundeen por celos o algo parecido.

—Bien, pero ¿qué es lo que supo, exactamente, hablando con la joven?

Murray sonrió.

—Tengo que dejar esa pregunta sin respuesta. Toda información no relacionada con el caso es asunto de Lundeen.

Y quedará en el archivo esperándole a él.

—Bueno —aprobó Harlingen—. No puedo discutirlo —arrojó el lápiz sobre la mesa y luego estuvo mirando distraído cómo rodaba en ángulo hasta el borde, se detenía allí un momento y acababa cayendo al suelo—. No lo sé. No sé nada. ¿Existe la posibilidad de que en el proceso deje de mencionarse el tiempo que pasó con esa joven?

—Existe, pero no estoy muy seguro.

—¡Cielos! —exclamó Harlingen—. ¿Y si ella testifica? ¿Se da cuenta de lo que esto significaría? Un policía de servicio dedicando una parte de su tiempo a meterse en un burdel.

—No es exactamente un burdel.

—Pues todavía peor. Eso significa que sea cual fuere el resultado del juicio, Lundeen y Floyd tendrán que comparecer más tarde ante una comisión por abandono de servicio y por una docena de cargos más. Y eso es lo que aterroriza a Floyd.

—Lo siento por él —dijo Murray—. Debió habérselo pensado antes de intentar encubrir a Lundeen. Los dos me asquean. Intentan implantar sus propias reglas y cuando se ven atrapados, empiezan a lanzar quejidos. Pues bien, que griten cuanto quieran. La tarea de usted consiste en defender a Lundeen ante el tribunal, no a cogerle de la mano y lamentar el mal cariz que presenta su caso.

—Sí —repuso Harlingen pensativo—. Le comprendo muy bien. Ha sido esa su actitud desde el principio, ¿verdad Murray?

—No he hecho ningún secreto de ello. Acepté el trabajo bajo esa condición —dijo Murray bruscamente sintiendo la eléctrica sensación de tener a Lundeen en la palma de la mano esperando una señal para cerrar el puño y reducirle a papilla—. ¿Tiene alguna objeción? ¿Quiere que me retire del asunto?

—No. Ruth me ha contado la conversación que tuvo usted con ella y su actitud hacia el caso. No estoy de acuerdo, pero no me importa siempre y cuando usted desee trabajar conmigo del modo en que trabaja normalmente. Sin embargo, hay una cosa que no comprendo, y es… bueno resulta difícil explicarla… se trata de ese desprecio, como supongo que usted le llamaría, hacia una persona abrumada por circunstancias adversas y en busca de ayuda. Lundeen no se ha puesto a llorar pidiendo socorro como usted viene a suponer. Me ha aceptado como su abogado y amigo porque le convencí de que lo hiciera. No fue fácil. Se trata de un hombre con mucho orgullo y me temo que posea también ese innato recelo hacia la raza humana que usted parece también sentir.

—No es de mí de quien estamos hablando —aclaró Murray—. Lo único que quisiera saber es si usted continúa sintiendo la misma fe que tenía en él después de saber lo de esa joven y el modo en que intentó ocultar el hecho.

—Lo hizo por Ruth. Para apreciarlo tendría usted que saber hasta qué punto la quiere. Venera a esa muchacha. La cree una especie de tesoro sagrado puesto bajo su custodia y del que no se siente digno. Un caso asombroso. No es corriente hoy día encontrar

personas que actúen así. Ver cómo un hombre se arriesga a ir a la cárcel antes que permitir que una pequeña diversión con una fulanita pase a conocimiento público.

—Pero, por otra parte, esa fulanita resulta útil, ¿no le parece? —comentó Murray—. Porque mientras ande por ahí, Ruth queda a salvo de «un destino peor que la muerte». No debemos olvidarlo.

—Es una manera muy superficial de ver las cosas.

—No. Es llamar al pan, pan y al vino, vino. ¿En qué se basa tan bella actitud sino en la existencia de una fulana que sirve para dar salida a los impulsos varoniles mientras *Milady* conserva su pantalón bien abrochado? No es que me preocupe esa fulana en particular. Sabe cuidar de sí misma, de Lundeen y de cualquier otro que se le presente. Pero si hay alguien que merezca compasión, a mi modo de ver, es ella y no Lundeen.

—¿Cómo nos hemos metido en este lío? Eso es lo que deberíamos preguntarnos en primer lugar. ¿Quiere que abandonemos el caso? ¿Es lo que insinúa?

—No. No abandonaré mientras sean necesarios mis servicios.

—Entonces de acuerdo. Ciñámonos a los hechos y dejemos las teorías —dijo Harlingen reclinándose en su asiento, cruzando las manos sobre la cabeza y levantando la cara hacia el techo—. En cuanto a esa mujer a la que no conozco, preferiría por el momento situarla en un segundo plano. Quizá Lundeen venga a hablarme de ella por iniciativa propia, y puede ser que surja algo de improviso que nos ayude a aclarar las cosas. Entretanto, yo enrollaría ese papel y lo dejaría en el armario.

—¿Y qué hay de Floyd? —preguntó Murray—. En cuanto a mí, lo primero que haré el lunes será ponerme en contacto con Strauss y Manfredi. Este último no ha conseguido todavía nada interesante acerca de Miller, pero trabajará en ello todo el fin de semana, que es cuando hay mejor ocasión para que suceda algo. Yo estaré en contacto con usted.

—Eso lo deja ya casi todo arreglado, ¿verdad? —preguntó Harlingen. E incorporándose súbitamente en su asiento flexionó los hombros con placer y dijo—: ¿Qué le parece si nos tomamos esa bebida que todavía le debo? Es decir, si no tiene que salir corriendo ahora mismo…

—Me temo que tendremos que aplazarlo —manifestó Murray—.

Nos espera una entrevista importante con el genio.

Didi se acomodó tras el volante del coche sumida en un profundo silencio y condujo tres manzanas sin pronunciar palabra.

—¿Estás enfadada por algo? —preguntó.

—No.

—¿Entonces qué significa esta actitud?

—Significa que no y basta. Eso es lo que significa. Y no trates de darme lástima. Si tienes frío, conecta la calefacción. Para eso está.

—Lo estoy intentando, pero creo que no funciona —respondió él.

—Me refiero a la del coche.

—No, no estás enfadada —observó Murray plácidamente—. Sólo un poco nerviosa y algo sobreexcitada.

—Hay que ver cómo gentes como esas —dijo Didi con voz ronca — pueden criar a semejante monstruo de niña y no sentir la tentación de ahogarla mientras duerme. No lo comprendo. Toda esa insoportable…

—¿Te refieres a Megan? —preguntó Murray—. Seguro que en cuanto me aparté de allí, te debió pegar una patada en la espinilla.

—No me dio ninguna patada en la espinilla, cariño —replicó Didi apretando los dientes—. Escúchame bien. Permaneció allí después de que tú te fueses… mirándome colérica. Igual que quien de pronto se despierta viendo a un marciano a los pies de su cama. Luego, cuando Dinah paró de hablar unos momentos para tomar aliento, la «cosa» dijo con esa voz profunda y temblorosa que tiene: «Creo que es una vulgaridad ponerse visón a una hora tan temprana». ¡Le parecía vulgar! Desde luego, cuando va a esa escuela por las mañanas, tan sólo se debe echar encima una vieja piel de cordero persa. ¿Quién diablos se creerá que es a su edad?

—Ahí está el asunto —afirmó Murray—. A su edad se considera una Marilyn Monroe. O se cree su doble. Por favor, no irás a exasperarte por un comentario idiota que debió repetir por haberlo oído en algún sitio, ¿verdad?

—¿Qué debió oír dónde?

—¡Oh, Dios mío! —suspiró Murray—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Debió decirlo alguien que no puede permitirse un abrigo de

visón, por más que lo desee.

—Yo no tengo que suponer nada. La niña saca sus ideas de esa maestra que tiene. De esa belleza de hielo. La que te dejó alelado cuando entraste en la habitación.

Murray se encogió de hombros.

—No sé decir mentiras. Reconozco que tengo una fatal debilidad por unas piernas bonitas.

—¡Oh! Ella es más que unas piernas bonitas, encanto. Es atractiva por todas partes, hasta el último pelo de su cabeza. Lo sabes muy bien. Tu expresión de duda no viene a cuento. Cada vez que un hombre pone esa cara cuando le hablo de una mujer bonita me parece ver su interior como a través de un cristal.

—Didi —preguntó Murray—, ¿y no estás siendo un poco malintencionada?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú.

Didi movió la cabeza con expresión solemne.

—Me duele que digas eso —manifestó—. De verdad que me duele. No hago más que pensar en tu bien…

—¡Vaya que sí!

—… pensar sólo en tu bien y vas y me sueltas una cosa así. Murray, escúchame. Conozco bien a esa clase de chicas. Puede parecer tan atractiva como una tarta de crema, pero cuando te acercas más a ella te das cuenta de que todo es azúcar y cartón como esos pasteles de muestra que ponen en los escaparates. Confía en mi instinto femenino, encanto, y apártate de esa clase de individuas. Su corazón no necesita a ningún hombre. Estoy segura de ello, Murray.

—¿Y a quién diantre le importa lo que tú pienses? ¡Conduce con más cuidado!

—¡Oh! —exclamó Didi—. ¿Quién es el que está nervioso?

7

El tiempo contaba poco para Bruno Manfredi cuando se disponía a informar sobre algo. Tiempo atrás había cultivado cierto ritual preparatorio muy parecido al de la enfermera que va colocando el instrumental para una operación, contraponiéndose a la febril impaciencia que dominaba a Frank Conmy en tales casos. Sentado en su sillón se mordía el bigote y sus dedos tamborileaban sobre el escritorio, con el rostro colorado por una furia contenida, mientras Bruno abría solemnemente su cartera de cuero, sacaba de ella las páginas escritas del informe, las colocaba junto al sobre, rebuscaba en este alguna foto o fotocopia, que colocaba al lado del informe, repetía el mismo proceso con los recortes de periódicos y otros accesorios parecidos, dejándolos junto a las fotos y luego, con el aire de quien acaba de terminar la primera fase de una tarea agotadora, cerraba la cremallera de su cartera de piel y la depositaba en el suelo junto a su silla.

Pero esta era sólo una primera fase. Porque luego venía la busca por diversos bolsillos hasta encontrar el pequeño bloc negro que añadía a todo cuanto estaba ya sobre la mesa. Sacaba luego una cajetilla de cigarrillos, el encendedor, la goma de mascar, un lápiz, un bolígrafo y la funda de los lentes. Para entonces la cara de Frank había ya adoptado un tono casi purpúreo.

Las gafas de Manfredi completaban la representación cuando se las ponía con un amplio ademán. Eran de montura gruesa y de aspecto muy de ejecutivo. Las sacaba de su funda casi con ternura, las sostenía en el aire para inspeccionar los cristales, les echaba aliento, las frotaba y finalmente se las ponía con un aire de plenitud y de satisfacción que eran lo último que le faltaba a Frank para hacerle estallar.

—¿Está usted ya dispuesto, señor Manfredi? —vociferaba con aquella voz tonante y firme de barítono, que dejaba heladas a las mecanógrafas novatas.

Pero Frank había ya descubierto que su voz no servía para

acelerar el rutinario procedimiento. Su expresión apremiante sólo parecía sembrar la confusión en la, por otro lado, excelente memoria de Bruno, quien empezaba a rebuscar sin ton ni son por sus papeles, pronunciando patéticas e interminables disculpas y tomándose el doble de tiempo del que hubiera necesitado normalmente para disponerlo todo.

—Comprendo que hay que aceptarlo tal como es —había dicho cierta vez Frank, quejándose a Murray, después de una sesión especialmente insoportable—. Me puse muy duro con él cuando empezó a trabajar aquí porque me gusta ver cómo un hombre se sienta, prepara sus cosas con rapidez y pone en seguida manos a la obra. Pero no logré nada y no quedó más remedio que dejarle —y tras unos momentos de malhumorada reflexión añadió—: Y lo bueno del caso es que ni siquiera creo que el muy mastuerzo necesite gafas.

Cuando Frank hubo muerto y desaparecido, lo que había empezado como un modo de irritarle continuó como asidua costumbre. Al ver a Bruno depositar limpiamente sus materiales en hilera sobre la mesa, Murray comprendió todo cuanto Frank debió haber sentido en ocasiones parecidas. Pero más listo que aquél, esperó hasta que Bruno hubiera terminado su ritual y luego prosiguió en silencio, esta vez por su cuenta, durante otro minuto completo.

—¿Dónde está Lou? —preguntó suavemente—. Creí que vendría con usted, ¿no es así?

—Está ocupado en el asunto de los camiones. Ya lo sabe. Ese Dawson cree que sus chóferes le están robando mercancías —Bruno deshizo el envoltorio de un chicle y se metió la pastilla en la boca. Luego encendió un cigarrillo y aspiró voluptuosamente el humo sacando mucho la mandíbula—. En cuanto a los informes, se ha puesto en contacto con el escribiente, pero, hasta ahora, no ha obtenido ningún resultado. No sabe por qué, pero se imagina que quizá hayan tomado precauciones por culpa de Wykoff.

—Quizá —dijo Murray haciendo una señal de asentimiento a la vez que miraba los papeles distribuidos sobre la mesa—. ¿Quién le ha ayudado a organizar todo esto? Porque no lo ha hecho usted solo, ¿verdad?

—Se está usted poniendo peor que Frank —se quejó Bruno

indignado—. Ese nuevo, Rigaud, ha comprobado algunas de las pistas que yo le di, pero todo el trabajo lo he hecho yo. ¿Quiere ver las suelas de mis zapatos?

Murray declinó la oferta.

—¿Cuál es la conclusión a que ha llegado?

—¿Se refiere a Miller? No lo sé. Si se trata de cogerlo con las manos en la masa no hemos logrado nada. O es un apostador reformado o sabe hacer las cosas mejor que nadie. Pero hay algunos detalles que pueden resultar interesantes. Le haré un resumen rápido y podrá comprobarlo por sí mismo.

—Bueno. Que sea rápido —subrayó Murray con sorna—. No como si arrastrara los pies.

—Desde luego, seré rápido —dijo Bruno, empezando a tomar los papeles—. Aquí tenemos su partida de nacimiento. Nueva York, 1915. Y el informe del Instituto de Enseñanza Media y algunas noticias sacadas del Anuario cuando se graduó. Sobresaliente en matemáticas… ahí debió empezar a sentir la afición por las apuestas…, miembro del equipo de tenis y de la agrupación teatral.

A Murray le pareció sorprendente que Arnold Lundeen estuviera siempre relacionado de un modo o de otro con gente del teatro. Sin querer pensó en Ruth, pero impacientemente apartó aquella idea de su cabeza.

—Sólo nos falta —dijo— una mamá de pelo gris y un viejo perro fiel, ¿cuándo entran en escena?

—¿Quiere dejarme llevar el asunto a mi manera? —preguntó Bruno—. Escuche. En septiembre de 1933, Miller se matriculó en la Universidad de Nueva York. Sin embargo, tres meses más tarde le expulsaron.

—¿Por qué?

—Por vender información sobre exámenes. Él y otros dos formaron un grupo para averiguar cuáles serían las preguntas y venderlas luego a sus compañeros. El caso salió en los periódicos cuando la familia de Miller puso un pleito solicitando su readmisión. Tengo aquí un par de recortes. ¿Cree que podrán servirle de algo a Harlingen?

—Eso es cosa suya. ¿Qué fue de Miller después?

—Perdemos la pista durante un par de años y la volvemos a encontrar cuando está trabajando en las oficinas de la Bindlow

Resort Corporation. Es la compañía que dirige el hotel «Acres»…, ya sabe, el que ha costado mil millones de dólares en los Catskills. Aeropuerto privado, piscina individual para cada huésped, comedor privado para los que comen con la mano izquierda… tendría que ver el folleto. Es una especie de Radio City pero con árboles.

—¿Y qué tiene que ver Miller con todo eso?

—Mucho. El propietario se llama Daniel Bindlow y no tiene familia; sólo una sobrina llamada Pearl. En 1940, a Miller le tocó la lotería al casarse con Pearl. Probablemente sea bastante fea y además tiene cinco o seis años más que Miller, pero este debió hacerse a la idea, ¡qué diablo! La mitad de las veces que estuvo con ella debió ser con las luces apagadas y la otra mitad del tiempo debió emplearlo en leer la cuenta bancaria de su tío. Sea como fuere, la jugada resultó definitiva.

»En 1942 el Ejército le llamó a filas, y estuvo sirviendo cosa de un año. Le licenciaron por una fuerza mayor. Su mujer había sufrido ataques nerviosos o algo por el estilo mientras él estaba fuera, y no paraba de salir y entrar de sanatorios hasta que la Cruz Roja intervino.

»Después trabajó otra vez para Bindlow y ahora es donde viene lo más interesante. Bindlow llevaba ya varios años padeciendo dificultades de varias clases. Los empleados pedían aumento de sueldo y tuvo un par de huelgas y también se le presentaron problemas con el baloncesto.

—¿Problemas con el baloncesto?

—Ya me pareció que esto le iba a sorprender. Usted sabe que algunos hoteles contratan a equipos organizados por centros docentes para que actúen durante el verano. Es uno de los mayores atractivos que pueden ofrecer. Se supone que los chicos son camareros o botones, mas la verdad es que se les paga para que jueguen y todo el mundo lo sabe. Lo malo de Bindlow fue que no pudo conseguir que su equipo ganara nunca. Los clientes del hotel deseaban apostar a favor del equipo local, pero cada vez que lo hacían perdían hasta la camisa. Bindlow conoció entonces a un tipo que prometió encargarse tanto de los problemas laborales como de las dificultades con el equipo de baloncesto, en fin, lo que se dice de todo. Una especie de ayuda milagrosa y, ¿quién cree usted que fue?

—Miller —repuso Murray—. ¿Quién otro podía ser?

Bruno aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero colocado ante él y se reclinó en su asiento, sonriendo.

—Pues no. Fue un tipo llamado George Wykoff —repuso suavemente—. Ese y ningún otro. Él se encargaría de los sindicatos, del equipo de baloncesto y de todo lo que fuera con tal de que le pagaran bien. Y Bindlow era quien mejor podía pagar.

—¿De dónde ha sacado todo eso? —preguntó Murray.

—Encontré el programa de un partido que celebraron por aquel entonces y Rigaud logró localizar a uno de los muchachos que formaban parte del equipo. Tuve una larga conversación con él a cambio de unas copas. Todo está escrito ahí. Puede usted utilizarlo como quiera. A él no le importa. Me explicó que el equipo del hotel empezó a ganar partidos porque Wykoff pagaba de vez en cuando a los otros equipos para que perdiesen. Pero al finalizar la temporada, Wykoff se escabulló con la mayor parte del dinero recibido para tales menesteres. Y aquello indignó a todo el mundo.

—¿Qué tiene eso que ver con Miller?

—Pues que cuando Wykoff se fue al final de la temporada, Miller y Pearl se marcharon con él. Ese debió haber sido el principio de su colaboración. Luego, Miller apareció en Nueva York haciendo apuestas ilegales en el West Side, utilizando como pantalla a esa Songster Company. A propósito, la Songster sigue funcionando todavía. Miller la vendió el verano pasado a un tal Billings. He hablado largo y tendido con ese Billings. ¿Sabe a lo que se dedica?

—¿Es una agencia teatral?

Bruno hizo un ademán desdeñoso.

—¡Qué va! Esas son cosas que no interesan a Billings. Sabe cómo estrujar a los primos que acuden a él. Les promete escribir letras para las partituras o partituras para las letras que le llevan. Lo que más les guste. Hay muchos incautos que se creen capaces de escribir canciones, ¿comprende? Si mandan la música a Billings este escribe la letra y si le mandan la letra escribe la música. Le pagan generosamente y a la larga acaban vendiendo unas cuantas copias de la canción y eso es todo. No se hace ningún daño a nadie. Billings dice que al fin y al cabo no hay ninguna ley contra eso en la reglamentación postal, así es que no se preocupa. Tiene un piano estropeado y un diccionario de la rima y mientras haya tontos que le hagan caso, él continuará ganando dinero. Cuando Miller llevaba

el negocio, Schrade se ocupaba de escribir las canciones.

Murray reflexionó sobre todo ello, llegando a la conclusión de que hasta cierto punto había que admirar a Miller por el modo irremediable en que derivó hacia la corrupción, el soborno y las estafas. Incluso al elegir una pantalla para sus operaciones ilegales lo hizo mediante algo que era ya una estafa en sí mismo. Poseía ese fino instinto que le llevaría a saber exactamente a qué policía había que pagar y qué suma entregarle, así como el modo de echarle las culpas cuando llegara el momento. Se deslizaba suavemente como un pez por aguas cálidas, como si fuera su elemento habitual.

—¿A qué se dedica ahora? —inquirió Murray—. Me refiero a Miller.

—Está otra vez con Bindlow. La mayor parte del tiempo lo pasa en la oficina de Nueva York, pero cuando hay afluencia de clientes en el «Acres» por causa de vacaciones, se va allí para cambiar un poco de aires. Actúa como una especie de director adjunto —Bruno encendió otro cigarrillo y se inclinó sobre la mesa para estudiar su informe—. De todos modos, tengo todavía que completar algunos detalles.

»Él y su mujer viven en la West End Avenue. No tiene hijos; sólo un perrito de lanas. Una especie de enfermera cuida de la señora Miller. Por lo que dijo el portero, la señora estuvo bastante mal hacia el día de Acción de Gracias. Miller trabaja desde las diez hasta las cinco, toma un taxi para volver a casa sobre las cinco y media y se está allí la mayor parte del tiempo, hasta que a las once saca a pasear al perro. Viste bien, lee el *Times* por la mañana y el *Telegram* por la noche, y también el semanario Variety. A mediodía come en un restaurante de lujo que está a poca distancia de la oficina de Bindlow, el "Tervilliger". Durante todo el tiempo que le estuve vigilando no dirigió la palabra a nadie, salvo al camarero. ¿Qué conclusión saca de ello?

—Que no le gusta comprometerse. Probablemente Bindlow le readmitió con esa condición.

—Yo también lo creo. Pero Bindlow debería hablar. Él fue quien metió a Wykoff en todo esto —Bruno entregó a Murray unas fotografías—. Vea la cara que tenía Miller por aquel entonces. Conseguí que en el laboratorio me la reprodujeran de una instantánea impresa en un viejo folleto del «Acres». Ahora tiene casi

el mismo aspecto, aunque un poco más grueso y sin tanto pelo, pero es el mismo.

El retrato representaba a un joven alto y fornido que vestía pantalón corto y estaba de pie junto a la red de una pista de tenis, con un suéter echado descuidadamente sobre los hombros y un par de raquetas bajo el brazo. Tenía los ojos entornados por causa del sol y en su rostro bronceado destacaba la blancura de una sonrisa. El pelo rubio estaba despeinado por la brisa. Con toda claridad se trataba de una fotografía destinada a atraer al «Acres» a una clientela de esperanzadas solteras, y a juicio de Murray debió haber resultado muy eficaz en tal aspecto. Imaginaba la desesperación que debió campear sobre las Catskills cuando Pearl Lou consiguió atraerse a Miller.

Bruno se acercó por detrás del hombre de Murray y se puso a estudiar la fotografía con interés.

—No se parece a ninguno de los apostadores que hemos conocido hasta ahora, ¿verdad? —comentó—. Tiene más bien el aspecto de un deportista dispuesto a tomar parte en los juegos olímpicos.

—Sólo que, para los juegos, hay que ser *amateur* y este es un profesional nato —comentó Murray dejando la foto sobre la mesa —. ¿Algo más?

—No. Eso es todo.

—¿Nada sobre Lundeen? ¿No se sabe por qué Miller pudo querer implicarle? ¿Algún posible contacto entre ambos?

—¿A qué viene eso? —protestó Bruno—. Le he ido diciendo todo cuanto pude averiguar. Lo tenemos todo.

—Cuanto he visto hasta ahora es que hay un listo que se dedica a las apuestas y que paga a los guardias cuando le parece oportuno.

Murray sonrió.

—Pues ésa es toda la historia —dijo Bruno.

—Lo sé. Pero quería oírselo decir. Así me demuestra lo gran detective que es usted.

—Lo suficientemente bueno como para saber cuándo se abusa de mí —respondió Bruno fríamente. Y dejando otra vez de golpe su cartera de mano sobre la mesa empezó a llenarla—. ¿Quiere que continúe ocupándome de Miller o no?

—No. El siguiente en la lista es Schrade. Averigüe lo que pueda.

—Primero me tomaré un día libre. Estoy un poco aturdido. Llego todos los días a casa a las dos de la madrugada y me levanto a las siete. Ni siquiera me acuerdo de cómo son Lucy y los niños.

Murray estaba preparado para aquella protesta. Lucy Manfredi era una mujer de cara redonda y carácter activo que no profesaba demasiado respeto a la vocación de su esposo y que, de vez en cuando, declaraba su abierta rebelión contra ella.

—¡Nada de días libres! —respondió Murray—. Llamaré a Lucy y se lo explicaré todo.

Bruno tiró de la cremallera del portafolios.

—Le va echar un rapapolvo. Y no sólo por eso. No para de preguntar por qué no viene usted más a nuestra casa. Cree que desde que se ha convertido en un personaje importante se le han subido los humos a la cabeza.

—Sabe muy bien por qué no voy. Estoy harto de esas amigas suyas ya maduras, que quiere hacerme conocer contra viento y marea.

—En efecto. Son unos monstruos —convino Bruno con aire sombrío—. Pero ya sabe cómo se comportan las mujeres. En cuanto Lucy ve a un tipo con dinero y soltero se pone a actuar. Mañana le hablaré de eso. Me vendrá bien un día libre para que al menos me vean en casa.

—Mañana se dedicará a averiguar lo de Schrade —ordenó Murray—. Cuando salga, dígale a la señora K. que quiero verla.

—Bruno se detuvo al llegar a la puerta.

—Desde luego, amo y señor —susurró burlonamente—. De acuerdo, señor. Sí, señor. ¿Algo más, mi amo?

—Sí —dijo Murray—. Deje ahí el informe sobre Miller. Voy a necesitarlo.

Con un ademán indicó a la señora Knapp que dejara a un lado el bloc y el lápiz.

—Me gustaría invitarla esta noche. ¿Qué le parece si paso por su casa sobre las ocho?

—Muy atractivo. ¿Hay que actuar en alguna citación?

—No. No vamos a tener que entregar ningún papel. Quiero hablar con uno de los testigos en el caso Lundeen; con ese Ira

Miller. Los papeles que ve aquí, son el informe de Bruno sobre él, y en los archivos hay abundante material sobre Lundeen. Léaselo cuando tenga tiempo esta tarde. Aprenderá más que cuanto yo pueda decirle.

—De acuerdo. No tengo que arreglarme demasiado, ¿verdad?

Murray la repasó detalladamente.

—Sería mejor que fuera un poco menos elegante. Casi sin maquillaje y con medias de algodón.

—¡Cielos! —exclamó la señora Knapp.

—Ya sabe a lo que me refiero. Unas medias un poco menos llamativas que las que lleva —para haber cumplido los sesenta años, la señora Knapp tenía unas piernas estupendas—. Y sombrero del tipo tía solterona, si es que encuentra alguno.

—Creo que sí. ¿Y de quién se supone que soy la tía solterona?

—De nadie. Fingiremos que es una antigua maestra de Lundeen… o mejor no. Será una asistenta social de la sección de alojamientos que le conoció en otros tiempos y que acaba de enterarse del lío en que se ha metido. Sencillamente no puede usted creerlo. ¡Era tan buen chico! Ha ido a ver a su abogado para hablarle en favor suyo y ha insistido en decirle al propio señor Miller que todo esto no es más que un terrible error. ¿Qué tal le parece?

—Terriblemente emotivo.

Murray se echó a reír.

—Sé que resulta algo cursi, pero nos abre una puerta y eso es lo que deseo. ¿De acuerdo?

—Estaré lista a las ocho.

8

La casa que habitaban los Miller era de una estructura maciza, ornamentada y maltratada por el tiempo como un monumento a la época en que las casas de viviendas eran diseñadas de forma que se parecieran al máximo a un castillo en el Rin. El ascensor subió pomposamente acompañado de un fúnebre rumor de cadenas, y el ruido de los pasos en el corredor que conducía a la puerta de los Miller despertaba sonoros ecos en los oídos.

—¿Qué se apuesta —murmuró Murray a la señora Knapp— que quien abra la puerta llevará armadura y empuñará una alabarda?

Sin embargo, no fue un caballero quien abrió la puerta, sino una valquiria corpulenta y rubia que vestía un resplandeciente uniforme blanco y que obstruía el paso a los recién llegados con expresión severa.

La señora Knapp le dirigió una sonrisa suave y amistosa.

—Quisiéramos ver al señor Miller —dijo. Y Murray tuvo la sensación de que estaba disfrutando enormemente con su papel—. ¿Está en casa?

—No; no está en casa —respondió la valquiria—. La señora Miller sí se encuentra en casa, pero no puede recibir a nadie porque está enferma.

Murray maldijo en silencio a Bruno Manfredi, pero la señora Knapp permaneció imperturbable.

—¡Oh! Cuánto lo siento —dijo—. Espero que no sea nada grave.

La valquiria se encogió de hombros, dejando bien claro con aquel breve movimiento que, en efecto, no se trataba de nada serio, que la señora Miller no era más que una tonta, continuamente preocupada por sí misma y que los dos intrusos la estaban fastidiando.

—¿Por qué no llaman mañana por teléfono? —aconsejó—. El señor Miller ya habrá vuelto.

—Hilda —llamó una voz suave tras de ella—. Estás siendo descortés con los señores, ¿no te parece? Sabes muy bien que no se

tiene a la gente en la puerta de ese modo. ¿Quieren hacer el favor de pasar?

La valquiria exhaló un suspiro de resignación que hizo crujir su corsé.

—Señora Miller —dijo sin volver la cabeza—. ¿Por qué anda de un lado a otro? Debe estar en la cama descansando.

—Estoy cansada de descansar y quiero hablar con alguien. Hágales pasar, Hilda. No dude siempre estropeándolo todo.

Cuando Hilda se hizo a un lado con un movimiento muy poco amable, la señora Knapp miró a Murray, quien hizo una señal de asentimiento. Pearl Miller los llevó a una sala tan amplia que incluso el piano de cola, que estaba en un rincón, parecía insignificante.

—¡Cuánto me alegro de tener una visita! —exclamó—. ¡Cuánto! ¡Cuánto! Siéntense, por favor. No; ahí no. Ese es el sillón favorito de Totó y está lleno de pelo. No es que importe mucho si se llevan ropas oscuras, porque tiene el pelo negro como el carbón. Es un ángel. Normalmente da su paseo antes de acostarnos, pero hoy estaba tan aburrido que mi esposo lo sacó después de cenar (Murray pidió perdón a Bruno en silencio). Volverán muy pronto y entonces verán ustedes lo bonito que es. No les importa que les explique todo esto, ¿verdad? Siempre tengo muchas cosas que contar.

Mientras hablaba movía vagamente una mano trazando en el aire formas lentas e indecisas. Con cierto sentimiento de estupefacción Murray se dijo que, no obstante el aspecto seco de su mano, el cuerpo flaco y huesudo perdido bajo las pesadas ropas afelpadas, la palidez del rostro y las sombras lívidas bajo los ojos, aquella mujer tenía veinte años menos que la señora Knapp. Cuando se le subió una de las mangas pudo ver que tenía la muñeca vendada descuidadamente. Pearl Miller siguió la dirección de su mirada y se quedó contemplando su propio brazo con perplejo interés. De pronto dejó caer el brazo y se bajó la manga.

—¡Qué tontería! ¿Verdad? —dijo con aire vivaz—. Me he cortado.

Murray chasqueó la lengua amablemente.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Un accidente —repuso Pearl con gravedad—. ¿No se lo cree?

—Claro que, sí. Y ¿qué tipo de accidente?

—¡Oh! Ni yo misma lo sé. ¿Le gusta oír contar accidentes? No creo que sea un tema de conversación muy agradable.

—Para mí sí lo es —intervino la señora Knapp, quien, sentada en el borde del abigarrado sofá junto a Murray, con su usado bolso sobre las rodillas, parecía el arquetipo de una simpática asistenta social—. Fíjese cómo los comentan los periódicos. Saben que a la gente le interesan.

—No me gustan los periódicos —expresó Pearl—. Nunca leo ninguno. Mi esposo sí los lee, pero sería mejor que no lo hiciera.

—¿Por qué? —preguntó Murray—. ¿Porque hablan de él?

—Ya sé que hablan —dijo Pearl mirando a Murray suspicazmente—. ¿No será usted periodista?

—No.

—Me alegro. Y ahora hablemos de otra cosa. ¿Le gusta el teatro?

—Mucho, ¿y a usted?

—Oh, sí. Pero no tanto como a mi marido. No tiene idea de lo que le llega a gustar. A veces se irrita cuando le digo: «Ira, si alguna vez te vas de mi lado, no será por alguna otra mujer, sino sólo para poder hacer teatro». Desde luego, es una broma, porque él nunca haría tal cosa.

—¿Se refiere a lo de hacer teatro? —inquirió Murray teniendo la impresión de ser conducido, con los ojos vendados avanzando con pasos inciertos, por un terreno de arenas movedizas.

—Ya le he dicho que solamente es una broma. Me refiero a lo de marcharse de casa. Aunque puede ocurrir, ¿verdad? —preguntó ella solemnemente—. Ocurre con frecuencia.

—No debe usted pensar en ello, querida —dijo la señora Knapp —. Estoy segura de que su matrimonio es muy feliz.

—Sí, lo es. Soy muy muy dichosa. Pero, a veces sí pienso en ello —Pearl sonrió cual si evocara un recuerdo lejano—. ¿No es curioso? Antes solía preocuparme mucho. Después de casados muchas personas me dijeron: «Pearl, tienes que vigilarle. Pearl, con un hombre así, hay que estar siempre alerta». Los miembros de la familia y los amigos decían todos lo mismo. Pero no sabían lo bien que se porta. Sólo veían que era guapo e inteligente y que trabajaba con alguien de la importancia de Georgie Wykoff. Pero incluso Georgie le respetaba por ser tan buen marido. No hay otro como él. ¿Han visto «Cuando el Tiempo Huye» en Broadway?

Murray recordó borrosamente aquella pieza teatral que fue retirada después de una breve lucha contra críticas adversas.

—Sí —repuso—. La he visto.

—¿Y le gustó?

El tono empleado por Pearl dio a Murray la pauta de su respuesta.

—Sí, mucho.

—Me alegro. Mi marido financió la obra en parte, ¿lo sabía? A los dos nos pareció perfecta. ¿Por qué cree que los críticos no la aprobaron?

—Es difícil saberlo —repuso Murray moviendo la cabeza.

—¿Lo ve? Ni siquiera usted lo sabe.

Pero estoy segura de que se sintió indignado.

—Sí. Me enfadé mucho.

—Yo también. ¡Oh! Como odio a los críticos. Aquella noche estuvimos esperando en el «Lindy» hasta que vino uno con los periódicos y cuando los leímos sentí tal rabia que hubiera matado a esos bribones. Ira estaba tan orgulloso de la obra… Siempre había querido producir una obra. Y ahora tenía que estar allí bromeando con los amigos, sobre el fracaso. Mas yo sabía cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Siempre sé cuáles son. ¿No les parece divertido? Sé sobre él incluso las cosas que no quiero saber.

—Así es como debe ocurrir —intervino la señora Knapp con expresión alentadora.

—Sí —asintió Pearl plácidamente—. Así es como debe ocurrir. ¿Quieren un café? Me alegra tanto que hayan venido a visitarme que casi me había olvidado de ser una buena anfitriona. A veces me siento muy sola aquí. Debe ser por lo enorme que es el piso, ¿no creen? Cuando está vacío puede convertirse en el lugar más solitario del mundo. Es porque no hay niños, ¿comprenden? Mis amigos me lo dicen. Todos tienen hijos y lo saben bien. Cuando nos trasladamos aquí creímos que tendríamos familia, pero no fue así y aún continuamos en el mismo sitio —se llevó la mano a la boca en un breve ademán ondulante y sonrió indecisa—. Este piano iba a ser para nuestra niña. Ahora parece un despilfarro, ¿verdad? Yo no sé tocarlo.

El ambiente tenso que la charla de aquella mujer había estado creando se deshizo de pronto al entrar en la sala un perrito de lanas negro que se precipitó hacia ella y empezó a rascar con las patas la madera del entarimado a la vez que movía el cuerpo juguetonamente. Ella lo acarició con una mano mientras lo apartaba de sí con la otra.

—Mi bonito «Totó» —susurraba—. Mi niño guapo. ¿Te ha gustado el paseo?

De pronto apareció también Miller llevando a su lado a una triunfante Hilda. Se quedó mirando a todos con calmosa sorpresa. Era el mismo Miller de la foto de Bruno con el cuerpo más grueso y la dura mandíbula ampliada por un doble mentón. Su rostro parecía cansado y grave.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Quiénes son estas personas? Mi esposa está muy enferma y no debe ver a nadie.

—¡No estoy enferma! —protestó Pearl abrazando al perrito con tanta fuerza que el animal soltó un aullido—. Sufrí un accidente, pero me encuentro mejor. Porque fue un accidente, ¿no es verdad, Ira? Así me lo explicaste. Dijiste que…

—Lo sé, lo sé —la interrumpió Miller acercándose a ella y quitándole suavemente el perro, que entregó a Hilda, quien se hizo cargo del mismo con evidente disgusto—. Fue un accidente, pero te afectó mucho y eso es lo mismo que estar enferma, Pearlie. Sabes que no debes excitarte por nada. Mira lo que has hecho. ¿Es esta la manera en que te cuidas? ¿Es así como cumples las promesas que me hiciste?

Ella le atrajo hacia sí y le miró coqueta.

—Déjales quedarse conmigo, Ira, por favor.

—En otra ocasión. Ahora vete a la cama e intenta dormir. Tenías que haber dormido todo el tiempo que yo he estado fuera. Debes recuperarlo —se deshizo de ella suavemente y la condujo hacia la puerta—. Hilda, encierre al perro ¿quiere?, y atienda a la señora Miller.

Hilda parecía la verdadera imagen de la rectitud.

—No es culpa mía —manifestó—. Al sonar el timbre ella…

—¡Al diablo! —exclamó Miller con voz tensa—. Le pago a usted una fortuna para que la cuide y no para que discuta. Y ahora, vaya a hacer lo que le digo.

Hilda se marchó volviéndoles una espalda muy ancha, rígida por la cólera. Miller cerró la puerta. En el momento de chasquear la cerradura, Murray vio que las manos de la señora Knapp apretaban convulsivamente el bolso, lo que le dio una visión muy gráfica de lo que debía estar sintiendo. A veces, le había ayudado a entregar citaciones, pero esto era algo totalmente distinto. No consistía en permanecer en la calle ideando el mejor modo de entrar en una casa. Ahora estaban ya en el interior, y la cuestión era cómo iban a salir. Cualquier ratón atrapado en una trampa sabe muy bien que esto último resulta bastante más desagradable.

A su modo de ver, lo malo era que la señora Knapp no tenía idea de lo mucho que se identificaba con su papel. Era la verdadera imagen de una dulce y suave mujer de edad madura agobiada por el peso de la afabilidad humana. La asistenta social, deseosa de aplacar la cólera ajena con palabras suaves. ¡La pobre señora Knapp! Si se hubiera podido ver cómo Miller la estaba viendo, se habría sentido muchísimo mejor. Mas, por desgracia, no era así.

En cuanto a Miller, parecía fluctuar entre la turbación y el fastidio. Fue a sentarse en el sillón de «Totó» y, pensándolo mejor, volvió a ponerse de pie, rebuscando en sus bolsillos hasta encontrar un paquete de cigarrillos. Ofreció uno a sus visitantes y Murray lo tomó recordando la teoría de Frank Conmy, según la cual todos nos sentimos suavemente halagados cuando se nos acepta un cigarrillo. Por su parte, la señora Knapp sonrió beatíficamente y sacudiendo la cabeza dijo:

—Gracias, no fumo.

—Yo fumo demasiado —dijo Miller encendiendo su propio pitillo. Murray vio que le temblaban las manos—. Pero tengo una buena razón. No saben cuánto siento que hayan tenido ustedes que sufrir esto. Ya se habrán dado cuenta de que todo cuanto les dijo la señora Miller; todo cuanto ha hablado… bueno, no habrá sido muy razonable. Sufrió un accidente hace algún tiempo y se le ha desequilibrado un poco el cerebro. Se atiborra de ese medicamento llamado Reserpina… un tranquilizante y está todo el tiempo un poco rara.

—¡Qué lástima! —exclamó la señora Knapp—. ¡Es una persona tan agradable!

—Una santa —manifestó Miller con voz opaca—. Demasiado

buena. Moriría por cualquiera. A mi modo de ver, es una locura profesar tales sentimientos en el mundo en que vivimos. Pero ¿cómo puede evitarse si ella está hecha así? ¿Cómo hacerla cambiar?

—No es preciso que cambie —dijo la señora Knapp—. Tiene derecho a ser como quiera.

—¿Lo cree usted? —preguntó Miller moviendo la cabeza—. Pues yo no. Si se es bueno lo crucifican a uno y ¿qué pasa entonces? ¿Qué pasa con las otras personas? Usted cree ayudarlas, pero en realidad las perjudica. ¿Qué creen que siento cada vez que la miro? ¿Es preciso que se lo explique?

Murray vio la oportunidad y la aprovechó.

—Me temo que no convencerá de eso a la señora Knapp —dijo —. Precisamente trabajaba como asistenta social y si está aquí es para ayudar a alguien a quien conoce desde hace mucho tiempo.

Miller pareció perplejo.

—¿Ayudar a alguien?

—Sí. A una persona que usted conoce. A Arnold Lundeen.

—¿A ese policía?

—Sí. Le conoció cuando se ocupaba del departamento de alojamientos. Al saber que se hallaba en un apuro vino a verme y me pidió que le visitáramos a usted. Está segura de que se ha cometido un error y desea aclarar algunas cosas.

Lo más interesante para Murray fue la reacción de Miller ante aquello: «Es una situación —se dijo— en que cualquier otro se echaría a reír. Soltaría unos cuantos tacos o se pondría colérico». Sin embargo, no fue así con Miller. El entrecejo levemente fruncido, los labios apretados, la sobria concentración de su cara patentizaban sólo un amable interés y un ferviente deseo de escuchar y ayudar. Era una representación extraordinaria. Con un testigo como aquel, LoScalzo hubiera podido incluso acusar al presidente de los Estados Unidos.

—Lo siento —dijo Miller—, pero no acabo de entenderlo. ¿Qué error se ha cometido? Y ¿cuál es su papel en esto? —preguntó a Murray—. ¿Es amigo de Lundeen?

—Trabajo en colaboración con el abogado que le lleva el caso —la palabra «colaboración» era siempre la más adecuada, ya que lo sugería todo y no decía nada—. Me llamo Kirk, si es que desea

saberlo. He dicho a la señora Knapp que venir a verle personalmente para una cosa así es algo poco común; pero es una mujer muy terca.

—Yo sólo soy terca cuando hay que hacer justicia —insistió la señora Knapp tratando de mantenerse sosegada.

—Claro, claro —aprobó Miller conciliadoramente—. Pero ¿qué pinto yo en todo esto?

Murray observó que las manos de la señora Knapp habían aflojado la presión sobre el bolso. Al igual que un buen boxeador se mantenía en su sitio esperando que tocara la campana, ahora, después de que hubo sonado se disponía a atacar como un campeón. La historia de un Arnold Lundeen *sans peur et sans reproche*, que de niño, joven y hombre era incapaz de hacerle mal a nadie fue desarrollándose como una película de Hollywood que cantara las excelencias de un tipo de los barrios modestos.

—Ya lo ve —concluyó la señora Knapp—, cuando oí los terribles cargos que se hacían contra él llegué a la conclusión de que se trataba de un error. Ese hombre no puede ser un malvado. No está en su naturaleza. ¿No es posible, señor Miller, que se haya equivocado usted al acusar a ese hombre? Quizá no recuerde bien lo que realmente ocurrió. Es posible, ¿no cree?

Durante todo el recital, Miller había mantenido una actitud de cordial interés. Si bien ahora empezó a dar señales de impaciencia.

—Déjeme explicarlo de este modo —respondió—. Es posible que haya en Nueva York algunos policías honrados, pero hasta la fecha no he conocido a ninguno. No, no es preciso que me mire de ese modo, señora. He tratado a más policías de los que usted podrá conocer en toda su vida. Pues bien, lo único que esperaban todos ellos era una propina. De lo contrario te retorcían el brazo.

»En mi trabajo… y no me va mal, gracias a Dios, hay que contar con esto. Forma parte de la trama, es una faceta del negocio. Para usted, un policía es un hombre que viste un bonito uniforme y que la ayuda a cruzar la calle; que persigue a los maleantes y que está siempre a mano cuando un niño mete la cabeza en la puerta giratoria del metro. Pero, señora, eso es así porque usted estuvo siempre en el lado bueno de la calle. Venga adonde estoy yo y se le abrirán los ojos. Tanto si se trata de una manzana como de un billete de cinco dólares o uno de mil, siempre habrá un policía

dispuesto a hacerse con él.

»¿Qué la lleva a suponer que es Lundeen es diferente? ¿Que fuera el chico más bueno del barrio, según dice? Eso no puede ser porque si hubiera sido tan buen chico nunca habría querido ser policía. Los niños que quieren ser policías son los que, ya desde el jardín de infancia, están muriéndose por fastidiar a la gente y recoger propinas.

»¿Qué le pasa al que ingresa en el Cuerpo y no es un especulador nato? Pues que acaba siéndolo en seguida. ¿Dónde cree que estaría Lundeen si no me sacara dinero a mí para entregar luego su parte al capitán, o al inspector o a los políticos que están más arriba de modo que éstos tengan fondos suficientes para donar algunos dólares a la organización de usted, a fin de que los chicos continúen siendo honrados? Todo este asunto es una broma que les están gastando a ustedes. Lo único en que piensa un policía o un político es en el dinero. Eso es lo que Lundeen también anda buscando y lo que ha conseguido. Y si quiere mi consejo bórrelo de su lista como si hubiera muerto y deje que su abogado se ocupe de él. ¿Responde eso a su pregunta?

La señora Knapp miró a Murray con los ojos muy abiertos y aquél hizo una señal de asentimiento.

—Hablando en nombre de la señora —repuso—, creo que sí responde.

—Entonces de acuerdo —dijo Miller. Y sacándose un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta se enjugó la frente que brillaba de sudor—. Lamento tener que hablar así, pero refiriéndome a lo que dije antes, creo que las personas bien pensantes no tienen derecho a salir en defensa de quien no se lo merece. No es lógico. Y sólo consiguen armar líos.

—Hay una cosa más —insistió Murray—. Si usted…

—Olvídese de ello —le interrumpió Miller duramente—. Ya he dicho a la señora lo que quería saber y eso es todo. Cualquier otra cosa que haya de decir sólo la mencionaré ante el tribunal. Y por si acaso creen que me muestro poco dispuesto a cooperar añadiré algo que he deducido yo solito. La señora aquí presente nunca tuvo la idea de acudir a usted. Nadie se toma semejante molestia porque sí. Ha sido usted quien la ha obligado a esto —hizo un ademán no aceptando la protesta de la señora Knapp—. Yo no digo que lo que

me ha contado no sea verdad. Lo que sí es seguro es que es una vergüenza obligar a una buena señora como ella a que trate de ablandarme con vistas al proceso. Excuso decirle la opinión que semejante cosa me hace tener de usted.

El ascensor descendió haciendo sonar lúgubremente sus cadenas.

—Lo que hemos de hacer ahora —dijo Murray— es ir enseguida a la oficina y grabar todo cuanto recordemos de esto mientras siga fresco en nuestra memoria. ¿Qué le parece?

—De acuerdo —confirmó la señora Knapp con voz en la que había un cierto tono poco normal en ella. Murray observó preocupado que parecía muy vieja y muy cansada.

—¿Seguro? Tiene usted un aspecto bastante alicaído.

—Es sólo la reacción.

—Me parece, lógico. Ha sido una prueba dura, ¿verdad? Cuando lo tengamos grabado lo pasaremos a máquina. Después nos iremos a algún restaurante y la invito a café y a pastel de queso. ¿Le gusta el «Lindy»?

—No —respondió la señora Knapp quizá demasiado bruscamente.

Él tardó unos momentos en comprender.

—¿Es porque la señora Miller hubo de estar allí escuchando las bromas de su esposo sobre la obra teatral? Pues bien, iremos a otro sitio. Elíjalo usted misma.

—Aquello no fue un accidente —dijo la señora Knapp pensando en otra cosa—, sino un intento de suicidio. ¿No le parece?

—Creo que sí.

—¡Es tan buena persona! Tan insignificante que provoca compasión. Mientras estaba escuchándola me hubiera gustado decir algo que… ¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Knapp—. A veces odio a los hombres.

Murray tuvo la impresión de que aquel comentario era injusto tanto para Ira Miller como para el sexo masculino en general, pero dado el estado de ánimo de la señora Knapp no invitaba precisamente a discutir. Después, ante su profundo alivio, el ascensor se detuvo y la puerta se deslizó para que salieran. Sin embargo, la señora Knapp no se movió. Al mirarla Murray se

percató alarmado de que lloraba. Había vuelto la cabeza y tenía un pañuelo en la mano mientras sollozaba en silencio desconsoladamente.

Hasta cierto punto, fue una revelación.

9

Aquella noche durmió muy mal y a las cinco de la madrugada se sirvió una gran copa de coñac como medida de emergencia. Llegó a la oficina a mediodía sintiendo un gusto amargo en la boca y una gran debilidad en los huesos.

—Este es uno de esos días en que, según palabras inmortales de Joe Jacobs, lo mejor habría sido quedarse en la cama —dijo a la señorita Whiteside mientras daba una ojeada a la libreta de entrevistas que tenía sobre la mesa—. ¿Cuántos se me han pasado?

—Bastantes —indicó la señorita Whiteside escuetamente—. He concertado otras citas para la mayoría de ellos; pero este de aquí…, un tal señor Scott, dijo que esperaría hasta que usted llegara. Ha ido a comer, pero volverá dentro de poco. Tenía mucho interés en verle.

—El mundo sería mucho mejor si la gente no se mostrara tan testaruda; pero tal como están las cosas… ¿qué diantre está usted leyendo, señorita Whiteside? —Murray contempló la cubierta de la revista con interés. Estaba adornada con la fotografía de una reina de Hollywood cuyo escote se desplegaba generosamente al inclinarse delante de la cámara. Bajo la foto se leía en grandes caracteres: «¿Por qué se encontraron sus bragas en una habitación ajena?»—. No debería usted leer esas porquerías aquí, señorita Whiteside. Nos va a espantar a los clientes.

La señorita Whiteside no tenía un sentido del humor demasiado acusado. Se sonrojó y puso, bruscamente, la revista en la mano de Murray diciendo:

—No es mía, señor Kirk. La dejó aquí ese señor Scott. Creo que trabaja en la redacción o algo así.

—¡Oh!, siento haberla juzgado mal, señorita Whiteside. Lo que pasa es que hoy en día nunca se sabe…

—Permítame decirle una cosa, señor Kirk. Nadie va a sorprenderme nunca leyendo esta clase de revistas.

—Estoy seguro. ¿Qué tal es ese Scott, señorita Whiteside?

—¡Oh! Muy simpático. Un tipo con clase.

En efecto, lo era, y Murray hubo de reconocerlo a primera vista cuando Scott fue introducido en la sala. Se trataba de un hombre esbelto, de pelo gris acerado y una cara tan sólida y suave como el pedernal pulido. Hubiera sido un modelo sin mácula para un anuncio de *whisky* posando con el vaso en la mano ante el fuego de una chimenea. Murray se dijo que, colocado tras el timón de un yate navegando por aguas de Sand's Point, o tras de una lujosa escopeta en el Eastern Shore, estaba exactamente en el lugar que le correspondía. Tenía todo el aspecto de un caballero. Y, además, el tono de su voz se parecía al de Harlingen, aunque más fría y positiva.

—Se ha retrasado usted, señor Kirk, pero no es preciso que se disculpe. Personalmente detesto a aquellos que exigen explicar una tardanza como a un chiquillo en la escuela. Habrá observado que no le di mi tarjeta. No hay necesidad. Mis credenciales figuran en lugar preferente en este ejemplar del *Peephole*. Soy el editor. En cuanto a mi excursión hasta aquí…, la montaña yendo hacia Mahoma, por así decirlo, no le extrañe lo más mínimo. Hay aspectos de mi negocio que prefiero manejar de este modo. La razón es obvia.

—Desde luego —dijo Murray. Y de repente pensó que lo peor que le puede ocurrir a quien sufre una resaca es enfrentarse a un egocéntrico de tales proporciones.

—*Peephole* —manifestó Scott— es lo mejor que se publica hoy en día. Ponemos cinco millones de ejemplares en circulación, y nuestras ventas en los quioscos se están disparando cada vez más. *Peephole* equivale a dinero. Es dinero tocante y sonante. Si tiene alguna duda, Kirk, eche una mirada a esto.

Murray se inclinó un poco para leer el trozo de papel que Scott le mostraba y pudo ver que era un cheque por cinco mil dólares pagadero a Conmy-Kirk.

—Muy interesante —dijo—, pero si no le importa la pregunta, señor Scott, ¿en qué me puedo considerar interesado?

—Ya conoce mi revista, Kirk. Usted la ha leído y disfrutado, ¿me equivoco?

—No demasiadas veces. Siempre habla de las mismas cosas que le pasan a gente que debiera obrar con más cautela. Al cabo de algún tiempo pierde todo atractivo.

—No para nuestra masa de lectores. Quizá a usted le interesen otras cosas, Kirk; sin embargo, nuestros lectores quieren leer siempre sobre los mismos temas y sobre esas mismas personas que debieran obrar con más cautela…, siempre y cuando tales personas retengan su esplendor de figuras populares. Me refiero, especialmente, a figuras en el mundo del espectáculo. No importa que sean cantantes, bailarines, actores, directores o escritores…, todos tienen su esqueleto en el armario. Y los lectores de *Peephole* quieren ver ese esqueleto. Quieren saber los nombres, las fechas, los lugares, las palabras pronunciadas y las fotografías si es que han podido conseguirse. En resumen, todo lo que tiene usted recogido en los archivadores que están a su espalda. ¿Me voy explicando?

—No estoy muy seguro. Mi impresión es que me está ofreciendo cinco mil dólares para que investigue escándalos de algunas celebridades, ¿es así?

—No. No es eso exactamente. Ya tengo agencias que trabajan para mí en dicho aspecto. Lo que quiero es el material que guarda usted en sus archivos. Mi delegado en California había trabajado para Frank Conmy y fue él quien me dijo que esos archivos están atiborrados de material explosivo sobre personajes del mundo del espectáculo. Y ese tipo de grabaciones y de fotos son lo que da vida a nuestro *Peephole*. Déjeme utilizarlos y superaré lo que le pueda ofrecer cualquier otra revista de la competencia.

»Fíjese bien, Kirk. Yo no quiero remover sus archivos. No quiero ni tocarlos. Lo único que tiene usted que hacer es consultar su índice general, escribir el nombre de cuantas personas puedan ser interesantes para los lectores de *Peephole* y entregarme la lista. Yo escogeré cincuenta nombres y me haré únicamente con las carpetas correspondientes. Un pago a ciegas. Cien dólares por pieza, Kirk. Cinco mil dólares por una hora de su tiempo. Para mí es jugar duro, pero me gusta hacerlo. No pido nada más. Haré venir a unas personas para que transporten las carpetas bajo mi responsabilidad.

—Comprendo —dijo Murray, apretándose la frente con una mano para aliviar la pulsación que sentía en ella. Si bien no sirvió de nada, Scott le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene dolor de cabeza?

—Sí… La verdad es que…

—Eso no es nada —declaró Scott—. Y se lo voy a demostrar.

Al instante, y ante la sorpresa de Murray, dio vuelta a la mesa y extendió las manos como un criminal que quisiera estrangular a su víctima. De nada hubiera servido querer evitarlo. Cayeron sobre el cogote de Murray y empezaron a apretar y a retorcer con una fuerza capaz de romperle los huesos. Eran unas manos sorprendentemente frías y duras. «Las manos», pensó Murray, algo aturdido, sintiendo en ello casi un perverso placer, «de un ser enviado para perseguirme porque he sido malo y borrachín». Con la nariz casi tocando la mesa reprimió con fuerza el deseo incontrolable de reír que se había despertado en él y se las compuso para convertirlo sólo en unos sordos resoplidos.

—Cálmese —dijo Scott—. Así conseguiremos los mejores efectos.

Apretó la mandíbula de su víctima provocando un alarmante crujir de las vértebras y separó las manos. Cuando, con suma precaución, Murray levantó la cabeza, pudo ver que Scott seguía a su lado secándose la frente con un pañuelo y respirando fuerte.

—Seguro que está mejor —manifestó Scott—. ¡Diantre, Kirk! ¡Tiene usted una estructura ósea excelente, pero hay que ver lo poco que la cuida! Piense que es un hombre, y no un criminal. Siéntese derecho. Ande derecho. Sea un hombre todo a lo largo de su columna vertebral. Siga mi consejo… Vaya a ver a un buen quiromasajista. Fue precisamente uno de ellos quien hizo de mí un hombre nuevo.

Murray consiguió reprimir el comentario que le subía a los labios.

—Lo pensaré.

—No. No lo piense. Hágalo. Y esto me recuerda que hemos de acabar este negocio ya que debo ponerme en movimiento cuanto antes —le tendió el cheque—. Estoy seguro de que encontrará satisfactorias las condiciones.

Murray pensó brevemente en lo delicioso que sería ceder a la tentación, mas luego cerró los ojos y dijo:

—Lo siento, señor Scott, pero no las acepto.

—Es un privilegio que usted se reserva, Kirk. ¿Cuánto pide?

—Depende. Lo único que sé por el momento es que se me está proponiendo un negocio algo turbio. Y antes de tornar una decisión me gustaría saber cuáles son las carpetas confidenciales que usted desea utilizar.

El aspecto mesurado de Scott pareció resquebrajarse un poco.

—No se ponga en plan exigente, Kirk. Me sorprende usted.

—Es un privilegio que usted se reserva —dijo Murray, comprobando que el dolor de cabeza le había vuelto con más fuerza que antes.

—Bien. Los dos somos hombres de negocios. Voy a aumentar la oferta en mil dólares. Pero por esa cifra quiero su palabra de que recibiré buen material. Sexo, droga, cárcel…, todo lo que aumente la circulación de la revista. Los casos deberán involucrar a celebridades que el hombre de la calle conozca bien y de las que quiera saber detalles íntimos. Si no obtengo buenos relatos en por lo menos el cincuenta por ciento de la lista, voy a perder dinero.

—Esto es hablar como un verdadero negociante, señor Scott. Sin embargo, no acepto el trato.

La compostura de Scott empezó a venirse abajo de manera total.

—Escuche Kirk. Debo explicarle algo que usted no parece tener demasiado en consideración. He venido a verle personalmente porque creo que es mejor tratar en directo con la persona adecuada siempre que se pueda. Usted sabe, y yo también lo sé, que la lealtad importa un pepino a quienes trabajan en esta profesión. Se ha montado usted una organización importante, pero no hay nadie en ella que no se venda al mejor postor si llega la oportunidad de hacerlo. En vista de eso, ¿por qué me obliga a tener que tratar a sus espaldas con algún empleado deshonesto? ¿No sería mejor que hiciera la venta usted mismo y disfrutara del beneficio?

Murray miró a su interlocutor realmente asombrado, sin parpadear.

—Lo siento —dijo suavemente.

—Pero ¿se da cuenta de lo que hace?

—Sí, sí —respondió Murray—. Me doy perfecta cuenta. —Tocó el zumbador para llamar a la señora Knapp y al verla aparecer dio vuelta a su sillón para enfrentarse a ella—. Es muy importante, señora Knapp. Quiero que me haga una lista de nuestros clientes actuales y antiguos que puedan ser considerados como celebridades. Es decir, gente que el hombre de la calle conozca y sobre la que quiera saber detalles íntimos —hizo una seña a Scott—. No le importa que repita sus propias palabras, ¿verdad?

Scott volvía a ser ahora la imagen de la cortesía y de la

complacencia.

—De ningún modo.

—Bien. Después de eso, señora Knapp, cuando alguno de nuestros empleados quiera ver la ficha de alguien incluido en la lista tendrá que explicar la razón por escrito y firmarlo. Y si a juicio de usted la razón no aparece bien clara, me lo dice enseguida.

—¡Cielos! —exclamó la señora Knapp cuando la puerta se cerró tras de Scott con el estrépito de una bomba al estallar—. ¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Se ha vuelto loco?

—No. Lo que le pasa es que está terriblemente ofendido. De todos modos, empiece a confeccionar la lista, señora Knapp. O, mejor aún, encárguelo a una de las chicas de la sección de mecanografía. Elija a la más tonta de todas. Esas son las que mejor conocen a las celebridades.

Después de una comida que le habían traído hasta el despacho, ya casi fría y totalmente indigerible, Murray se dijo que aquel día estaba destinado a fastidiarle con pequeños pero muy numerosos problemas. Quedó aún más convencido de ello cuando Bruno llamó a las dos para anunciarle que el pájaro había volado. Eddie Schrade no estaba ya en sus señas de Coney Island y parecía como si se hubiera esfumado en el aire.

—¿Qué quiere decir con eso de que se ha esfumado? —preguntó Murray—. ¿Ha indagado por ahí? ¿Ha investigado por el vecindario?

—Sí. Durante todo el día. El único que parece saber algo es el dueño del cuchitril donde Schrade ha estado viviendo; pero no parece dispuesto a hablar. ¡Caray! Nadie quiere soltar prenda. Debiera usted ver esto, ahora en invierno, Murray. Parece el fin del mundo.

—¿Qué importa? No está usted haciendo un viaje turístico, ¿verdad? ¿Cree que LoScalzo anda intrigando por ahí?

—Podría ser. Necesitaba que Schrade apoye a Miller porque si no no tendrá en qué basarse. Quizá sea Schrade el que le preocupe.

Murray reflexionó un poco sobre todo ello hasta que Bruno casi le gritó:

—¡Diga algo! ¡Por favor, hable! Esto está muy frío y no se ve

alma viviente.

—Es usted un miserable cobarde. Escuche. ¿Hay por ahí cerca una oficina de correos?

—Había una por aquí cerca. ¿Qué se le ha ocurrido, Murray? ¿El truco del «hermano Frank»?

—Lo probaremos. Envíe dos tarjetas postales y dos cartas asegurándose de poner las señas con toda claridad para que no se pierdan por ahí.

—Enterado y corto. Pero ¿quién será el hermano Frank?

—Yo mismo. Escríbalas como si fuera el hermano Murray.

—De acuerdo. Nos veremos por la mañana.

—No. Espere un momento —Murray atrajo hacia sí un trozo de papel y con todo cuidado empezó a trazar un dibujo en el que se veían muchos círculos—. ¿Recuerda cuando Jack Collins estuvo aquí el año pasado y dijo algo acerca de cierta cuestión que tenía en la Costa, pero no quiso decirnos de qué se trataba?

—Sí.

—¿Y recuerda cuando le dije luego a usted que si aquella cuestión era vender grabaciones y fotos a las revistas porno tendríamos que montar una agencia distinta que manejara allí estas cosas?

Se produjo un silencio.

—Entendido —dijo Bruno finalmente.

—¡Qué diantre! —exclamó Murray—. Sé lo que piensa acerca de todo esto porque siempre fueron amigos y porque siempre tiene a su disposición ese trabajo en Los Ángeles que él le ha ofrecido y que usted puede aceptar cuando quiera. Pero no permitiré que eso pueda influir en modo alguno en este caso. Si nuestros buenos clientes saben que nos liamos en esa clase de actividades, mañana mismo nos dejan. Me comprende, ¿verdad?

—Claro que le comprendo. Pero puede ser que exagere, Murray. Todas las agencias de la Costa hacen lo mismo que la de Jack. El Estado de California está plagado de ellas. Las nenas de Hollywood no podrían dormir si no supieran que tienen un micrófono oculto bajo el colchón. Con una mina de oro como ésa no se puede criticar a Jack por hacer lo que hace, ¿no cree?

—Yo no lo critico. Lo que quiero es que se aparte de esas revistuchas. Es un buen chico, pero en estos momentos no me sirve,

Bruno. Se lo digo con toda franqueza para que no crea que hay algo personal en ello.

—¡Al diablo! —exclamó Bruno—. No me debe usted ninguna explicación.

La voz de la operadora interrumpió la comunicación con su acento remoto y melodioso:

«Deposite, por favor, cinco centavos para los siguientes cinco minutos».

—Sácalos de otro lado, preciosa —dijo Bruno, y colgó.

Murray hizo lo mismo lentamente y fue entonces cuando, saliendo de entre la confusa maraña de sus pensamientos, se dio cuenta de que la señorita Whiteside le estaba mirando desde la puerta con una expresión muy especial. «¿Qué pasa ahora?», se preguntó.

—Una chica desea verle, señor Kirk —informó la señorita Whiteside con una voz tan peculiar como la expresión de su cara.

—¿Es joven?

—Una niña —contestó la señorita Whiteside fríamente—. Una niña con una boca muy grande.

Aquel detalle bastó. Antes de que entrara en el despacho sabía perfectamente que se trataba de Megan Harlingen.

10

La aparición de Megan fue realmente triunfal. Ninguna actriz trágica saliendo al escenario para el momento culminante de un drama —y que no se sintiera disminuida por llevar la nariz roja por el frío, unos nudillos evidentemente sucios, las costuras de las medias torcidas y estuviera a punto de caer por culpa de sus altos tacones— lo habría podido hacer mejor. Desde luego Megan parecía indiferente a todas aquellas imperfecciones. Llevaba el abrigo echado de cualquier modo sobre los hombros; y la falda de un vestido de encaje rojo descansaba sobre una serie de crinolinas y se balanceaba lánguidamente al ritmo de sus pasos. Su altivez recitaba magnífica.

—Me alegro de que, finalmente, me haya sido permitido verle —dijo a Murray—. Algunas personas…

—Dijo que venía porque necesitaba dinero para coger el autobús de vuelta a la escuela —la interrumpió la señorita Whiteside—. Le contesté que estaba usted ocupado y que yo la atendería con mucho gusto. Fue entonces cuando…, bueno, me sorprende que no oyera el escándalo que armó, señor Kirk.

Los labios de Megan se curvaron.

—Yo no he armado ningún escándalo. Lo único que digo es que no puedo aceptar dinero de personas desconocidas.

—¡Pero lo aceptó! —protestó la señorita Whiteside sin tapujos.

Y por segunda vez aquella tarde la puerta de la oficina repercutió con un impacto explosivo.

Aquello pareció poner nerviosa a Megan, quien inició una sonrisa, pero al ver que Murray mantenía un silencio pétreo, la borró de su rostro.

—Lo siento —dijo con voz débil—. No quería que se enfadara.

—¿No?

—No, no quería.

Murray exhaló un suspiro.

—En este caso, Megan, déjame que te revele un profundo y

oscuro secreto. La señorita Whiteside es una de esas excéntricas que se enfada cuando alguien se porta mal con ella. —Y añadió fríamente—: En eso se parece mucho a la señora Donaldson.

—¿La señora Donaldson? ¡Oh! Quiere decir Didi.

—Sí; quiero decir Didi.

—¡Qué nombre tan curioso! —exclamó Megan con expresión animada—. ¿Quién se lo puso?

Él la miró tranquilo y continuó en silencio mientras Megan empezaba a morderse abstraída la uña del pulgar.

—Me imagino que ya sabrá lo que ocurrió, ¿verdad? Le habrá contado todo lo que le dije.

Él hizo una señal de asentimiento.

—No debió haberlo hecho. Obró así para tener un aire heroico, capaz de provocar admiración. Si usted no fuera un hombre lo habría sabido en seguida.

—No lo creo, Megan. Tenía que elegir entre reprenderte delante de los demás o desahogarse conmigo, y a mi modo de ver optó por lo más razonable. Lo que no acabo de entender es por qué le hiciste esa escena. ¿Cuál fue tu intención?

—Lo siento, pero preferiría no contestar a esa pregunta. Estoy segura de que no me va a entender.

—No te hagas la lista conmigo, pequeña. Limítate a contestar.

—Bien; de acuerdo —respondió Megan resignada—. Yo sólo quería… ¿Es ella su novia?

—No lo es… y no cambies de tema.

—Entonces supongo que es su amante.

—¡Megan! —exclamó él con aire ofendido, consciente de que era esto lo que se esperaba de él. Al menos por decencia, aunque esta idea no fuera compartida por Megan. Por vez primera desde que aquella mañana había salido con gran esfuerzo de la cama, tuvo la sensación de que el día se presentaba brillante de posibilidades y de que la vida estaba llena de inesperadas y pequeñas satisfacciones.

En cambio, Megan no parecía compartir dicha opinión.

—No importa —dijo con expresión tristona—. La verdad es que tiene aspecto de ser su amante.

—Megan, no creo que conozcas el verdadero significado de esa palabra…

—Sí que lo conozco. Figura en un montón de libros. Y el señor que vive en el piso de abajo…

—¿El señor Walter?

—Sí, el mismo. Tiene una amante y yo misma la he visto. Una noche vinieron los dos a casa cuando dábamos una fiesta; ella se emborrachó y tuvieron una disputa muy violenta. Decía que todo el mundo se hace psicoanalizar y que ella también quería hacerlo, pero el señor Walter contestaba que era demasiado caro, y ella se marchó a casa llorando. Yo estaba presente y lo oí todo.

Murray lamentó que su grabadora se encontrara algo lejos de él.

—Todo esto es muy interesante, Megan, pero también un poco absurdo. Lo que quiero saber es el motivo por el que fuiste tan descortés con Didi.

—Ya se lo estoy diciendo. La verdad es que no quise ser descortés. Lo único que hice fue insinuar de la manera más amable posible que su aspecto no era el más adecuado.

—¿Por qué?

—Pues porque llevaba un vestido hasta aquí, y cuando cruzaba las piernas la falda le subía hasta aquí y podía verse que llevaba la ropa interior de encaje negro, aunque era la hora de comer, y un perfume que mareaba, y todas aquellas pieles y joyas que se había puesto porque iba de visita. Todo tan desagradable que no se puede expresar en palabras.

—En efecto, un caso lamentable —convino Murray sombrío—. Me sorprende que tuvieras el valor de reaccionar.

Megan entornó los ojos.

—Y no es eso todo. Había que ver también el modo en que estaba pendiente de usted… Bueno, quizá no le importe, pero no tiene idea del mal efecto que hacía. ¿No cree usted que una mujer adulta ha de poseer la suficiente personalidad como para no entrar en una sala y empezar a pegarse a unos y otros, arreglar corbatas y dar palmaditas en la cabeza de los demás? Especialmente cuando todo el mundo está observándola.

Una repentina revelación sorprendió a Murray con la misma brusquedad como si recibiera un golpe en la frente. Miró a Megan y se sintió seguro de reconocer en ella los síntomas clásicos que provocan los celos.

—Megan, la señorita Whiteside ha dicho que necesitas algún

dinero para el autobús de regreso a la escuela. Pero, mirándolo bien, ¿qué haces fuera de la escuela a estas horas?

—¡Oh! Como tenemos que informarnos sobre vestidos medievales, la señorita Vincent me dio permiso para ir a la biblioteca de la calle Treinta y Dos después de comer y tomar algunas notas. Mientras esté de regreso a tiempo para el ensayo, no pasa nada. Después de haber salido me di cuenta de que no tenía dinero para el regreso y sabiendo que su oficina estaba por aquí cerca miré el listín telefónico. Se puede salir de la escuela si nos dan permiso. Todo el mundo lo sabe. Tenemos un sistema extraordinariamente adelantado.

—No cabe duda.

Megan llevaba colgado del brazo un bolso del tamaño de un maletín. Con gran destreza lo tomó con ambas manos y lo volcó sobre la mesa. De su interior salieron toda clase de objetos heterogéneos, desde pañuelitos de papel sucios de lápiz de labios, a clips. Y entre todo ello se mostraron también acusadoramente algunos billetes de un dólar y diversas monedas.

—¿Y eso? —preguntó Murray.

Megan tragó saliva.

—¡Qué raro! He mirado y vuelto a mirar, pero…

—¿De veras?

—¡Oh, sí!

—¡Oh, no! Lo que pasa es que andabas por ahí y creíste oportuno hacerme una visita. Pero deberías saber que… —enmudeció al ver de pronto abrirse ante él una posibilidad inesperada—. Megan, ¿quién dirige los ensayos?

—La señorita Vincent —respondió Megan empezando a meter desesperadamente en el bolso todo el contenido del mismo—. Y ella fue la que me dio el permiso.

—Lo creo. ¿Verdad que no comentáis asuntos personales en la escuela? Me refiero al caso en el que estamos trabajando tu padre y yo.

—Yo nunca he dicho una palabra.

—¿Has mencionado mi nombre ante las otras chi…, ante cualquier otra persona?

Megan asintió.

—¿Qué les has dicho?

—Sólo que es usted un auténtico detective privado y que le conozco. Según ellas, su trabajo es emocionante y heroico.

—Muy amables. Y ahora, para demostrarte que no me enfado, te diré lo que voy a hacer. Te llevaré en mi coche a la escuela y por el camino quizá tengamos tiempo para un batido en el «Rumpelmayer». ¿Qué te parece?

—¿De veras? —exclamó Megan encantada—. ¡Pues claro que acepto!

El día se presentaba cuajado de promesas para cuantos se aman.

Cuando llegaron a la escuela, el vestido de encaje rojo estaba embellecido por una gran mancha de chocolate; pero ni eso, ni el hecho de que el ensayo hubiera ya empezado, pudo impedir que Megan hiciera su entrada como si flotase en una nube, exhibiendo a Murray mientras avanzaba por el pasillo del teatro. A primera vista, parecía como si los asientos estuvieran vacíos; mas, de pronto, empezaron a surgir cabezas por todos lados como ranas que se muestran en la superficie de un estanque. Ahora bien, los ojos fijos en Murray no mostraban una expresión indiferente y fría como las de las ranas, sino que brillaban con profundo interés.

En el escenario, Ruth Vincent, como un tulipán que destacase sobre una mata de helechos agitados por el viento, guiaba a los miembros de su clase por el incierto camino que se ofrecía ante ellos. Un grupo de aldeanos intentaba interpretar un baile rústico acompañado por el quejido triste y agudo de una dulzaina. El intérprete, que Murray pensó debía ser el desventurado William Hollister III, estaba sentado en una silla apoyada en peligroso ángulo contra la pared, sin prestar atención alguna a los esfuerzos de Ruth para salir airosa de su cometido. Los bailarines saltaban alegremente de acá para allá sin prestar atención al instrumento. De pronto, y como por ensalmo, tanto el sonido de la dulzaina como el ruido de los pies y las risas de los bailarines se esfumaron, y un profundo silencio reinó en el escenario. Al darse cuenta, Ruth miró a su alrededor para averiguar el motivo. Y con una mirada tuvo suficiente.

Al verla avanzar por el pasillo hacia él, Murray no pudo menos de maravillarse. Tenía treinta y cinco años, era una mujer

equilibrada y desde luego no había en ella nada de libertino ni de romántico. Murray había aprendido por el camino más difícil que lo que separa a un hombre de un muchacho es su habilidad para sopesar y medir cuidadosamente sus emociones antes de darles salida. La juventud es una época apasionante en que la cazuela está siempre hirviendo; una época de locuras y de excesos. Sin embargo, un hombre maduro, como decía Frank Conmy, ha de tener el suficiente sentido común y ser tan precavido como para contar sus dedos después de haber estrechado la mano de alguien, aunque este alguien sea su propia madre. Murray se maravilló porque, si bien aquello era una verdad incuestionable, también pudo notar, mirando a Ruth Vincent, que en su interior seguían latentes todo el calor y la locura juveniles y que su vientre se encogía igual que el de un muchacho de diecisiete años. Y se alegró de ello.

Esta es mi amada, pensó, haciendo un esfuerzo para reunir los retazos del verso. *Camina bella como la noche*…

Pero la verdad es que Ruth caminaba llena de irritación mientras Megan, a quien se hubiera podido suponer acobardada, seguía adelante como si enarbolara un estandarte. Basándose sin duda en la suposición de que el mejor modo de evitar dificultades es empezar lo antes posible con la propia versión de los hechos, sin detenerse a respirar y omitiendo todos los detalles desfavorables, estuvo hablando sin parar durante dos minutos. Al finalizar, Murray pudo verse a sí mismo como una especie de San Jorge con armadura teniendo un pie varonilmente puesto sobre el cuerpo de un dragón moribundo. Por su parte, Ruth había adoptado un aire completamente escéptico.

—¿Y ese vestido, Megan? —preguntó—. Porque desde luego no lo llevabas cuando te marchaste de aquí a la hora de comer. ¿Es que sueles vestirte de fiesta para ir a la biblioteca?

Aquella fue la observación más desagradable que cabía esperar. Los hombros de Megan se abatieron, su labio inferior empezó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras Ruth la miraba sorprendida.

—¡Oh!, no te pongas así —se apresuró a decirle—. Sube al escenario y colócate en tu lugar, Megan. Y no vuelvas a…

Sin embargo, Megan ya había escapado a toda prisa y mientras entraba al galope en el escenario se hizo difícil averiguar si, una vez

rodeada de sus alborotados compañeros, estaba riendo o llorando.

Murray dijo a Ruth:

—Me recuerda usted a la esposa de Mark Twain, en aquel episodio en el que deseando demostrar a su marido lo feo que era decir palabrotas, empezó también a soltarlas. Pero él le hizo observar que, si bien las palabras eran las mismas, la música sonaba distinta. Me parece que Megan ha logrado salirse con la suya.

—Megan es capaz de engañar a cualquiera —apostilló Ruth sonriendo. Y, al hacerlo, un hoyuelo se mostró en la comisura de su boca. Pero no; no era un hoyuelo, se dijo Murray, sino la leve traza de una vieja cicatriz. Era curioso que la tuviera precisamente allí, embelleciendo aún más su cara.

—Esta vez ha ido demasiado lejos —añadió Ruth—. No tenía ningún derecho a molestarle a usted con sus tonterías.

—No me ha molestado en absoluto. Prométame que no se lo reprochará. Se trata de algo superior a cualquiera. Está terriblemente enamorada de mí. Creo que siente eso que se llama una muda admiración hacia el héroe.

—¿Ah sí? Pues parece usted muy complacido.

—Desde luego, lo estoy. Me gusta que las chicas se enamoren de mí. Debo admitir que en el caso de Megan existe una gran diferencia de edad, pero después de todo, Julieta sólo tenía catorce años, ¿verdad?

—En efecto, aunque nunca tuvo que preocuparse por la posibilidad de no aprobar el francés o el álgebra. No me gusta acabar con un sueño de amor juvenil, amigo mío, pero Megan es una cabeza de chorlito. Con poco que se la anime, llegará a ser imposible gobernarla.

—Comprendo. ¿Consideraría que la animo a usted si espero que haya terminado y luego la llevo a su casa?

—Preferiría que no lo hiciera.

—¿Por qué?

—Pues porque vivo en Barrow Street, en el Village. Y estoy segura de que le pilla fuera de su ruta.

—No, no. Pruebe con otra excusa.

—Pues porque se aburrirá soberanamente si permanece ahí sentado durante el ensayo. Tardaremos todavía una hora.

—Disfrutaré minuto a minuto. Me alegrará estar ahí sentado

viendo a esa chica. Me refiero a la que cruza ahora el escenario. ¡Cielos! No tendrá también catorce años, ¿verdad?

—¿Quién? ¡Ah! Es Evvie Tremayne. No. Tiene dieciséis. Y ahora haga el favor de volverse. Camina de ese modo porque sabe que usted la está mirando.

Murray obedeció y se volvió de espaldas al escenario.

—¿Lo ve? Y eso que dijo que me aburriría. Ahora sólo le queda una excusa.

—¡Qué demonios! —exclamó Ruth exasperada—. He estado intentando decirle cortésmente que no quiero que me lleve a mi casa. ¿No le parece suficiente?

—No, porque quiero hablar con usted sobre Arnold y ésta me parece la oportunidad perfecta. Será una gran ayuda.

Se había estado reservando aquello como la última carta confiando en ganar la mano y así ocurrió. Ruth adoptó un aire receloso.

—¿Qué le pasa a Arnold? —preguntó—. Espero que no ocurra nada malo.

—Nada de eso. Lo único que quiero es obtener alguna información personal acerca de él; pero si usted…

—No sea tonto. Ya sabe que estoy dispuesta a ayudar en lo que pueda. Volveré en cuanto acabe con esto. No; no se siente ahí. Ya me está distrayendo demasiado a la compañía. Váyase a una butaca de la última fila. Será mejor.

Murray ocupó, pues, un asiento en la fila del fondo y, no obstante, la tremenda confusión que había en el escenario y la sucesión de tonadillas capaces de hacer dormir a cualquiera, interpretadas con fuerte ritmo mas sin ningún sentido musical, pudo hacerse una idea bastante completa de lo que allí estaba sucediendo. A1 parecer, el pueblo había sido invadido por un demonio que ahora se dedicaba con gran intensidad a instruir a sus habitantes sobre las delicias del pecado. Y muy especialmente a juzgar por el comportamiento de los aldeanos varones, en las delicias de aporrearse en la cabeza con ejemplares del guion previamente enrollados, en cuanto la maestra volvía la espalda. En el momento culminante de la orgía, ruidosamente simbolizada por el baile popular, la Muerte personificada por Megan Harlingen entraba para lanzar una terrible advertencia. Los aldeanos,

conducidos por ella hasta el borde del infierno, podían contemplar los diversos castigos que les esperaban a menos de que se arrepintieran a tiempo.

Debido en gran parte a que la Muerte tenía dificultades en recordar su texto y era preciso soplárselo continuamente, palabra por palabra, no hubo manera de realizar la escena final. El telón se bajó tras unas palabras de Ruth pronunciadas con punzante sinceridad.

—Megan —dijo—, tu memoria es infalible cuando se trata de una película o de los programas de televisión, incluidos los anuncios. Una memoria notable. Por lo que más quieras, ¿no podrías aplicar una pequeña fracción de ese talento a lo que hacemos aquí?

Murray se dijo que incluso sin la escena culminante, el final feliz de la obra era inevitable. Los aldeanos se reformaban y con la probable excepción de Evvie Tremayne, volvían a sus acostumbradas vidas medievales y se salvaban de un Purgatorio también medieval. Pero no estaba tan seguro sobre la Malvada Perversa, quien, aunque quizá creyera pasar desapercibida entre la muchedumbre, la naturaleza la traicionaría a causa de lo ondulante de su paso. Si bien, como hubiera dicho Frank Conmy, ¿no era este precisamente el papel de la naturaleza?

Sí lo era. Imaginad a un hombre sentado en la cumbre del mundo, o por lo menos en la cumbre del «Sant Stephen», disfrutando de salud, dinero y mujeres, todo en su justa medida. Un hombre que sabe lo que quiere y lo ha logrado. De pronto interviene la naturaleza y le demuestra que todo aquel conjunto no vale lo que una de las uñas de Ruth Vincent. Que lo único que ahora le obsesiona es hacerse con Ruth y retenerla para él.

Podía y debía lograrlo. El único obstáculo eran Lundeen y lo que Ruth sentía por este. Si Lundeen llevaba las cosas hasta el extremo de protestar de su inocencia y demostrar la pureza de su alma se convertiría en un mártir a los ojos de ella y los mártires resultan perversamente atractivos para las mujeres, como es de sobra sabido. Así, pues, el problema consistía en atar a Lundeen tan fuerte y sumergido tan profundamente que nada pudiera salvarle. Había que

acabar con él de una manera tan definitiva que no quedase sino un mal recuerdo de su persona mientras se pudría en una celda de dos metros por cinco. Aquello lo significaba todo para él. Después no quedaría ya ningún problema.

Una vez en el coche, Ruth dijo:

—Si es que me va a hacer una demostración del tradicional enojo masculino por haber tenido que esperar a una mujer, mejor que lo olvide. Ya le dije que tardaría un buen rato.

—¿Cómo? ¡Oh, lo siento! No pensaba en eso, ni mucho menos. —Conducía con los ojos fijos hacia adelante, poniendo cuidado en no volver la cabeza y mirar el perfil de Ruth ni tampoco echar una ojeada a las esbeltas piernas que ella tenía junto a la suyas—. He estado pensando todo el tiempo en la obra.

—¿Qué le ha atraído especialmente?

—Oh, pues en el modo en que la Muerte siempre sale a relucir en esos viejos relatos morales para asustar a la gente y conducirla de nuevo al buen camino. Pero, si incluso el aldeano más tonto sabe muy bien que sus días están contados, ¿cómo puede realmente sentir tal miedo?

—Desde luego que sí. Después de todo, no se trata sólo de morir. Significa cerrar los ojos y al abrirlos al minuto siguiente encontrarse frente a las puertas del infierno, donde campea el letrero de *Abandonad toda esperanza vosotros los que aquí entráis*. Eso basta y sobra para horrorizar a cualquiera, ¿no cree?

—Excepto a los que se portan bien, claro.

—¡Oh! Ya sabe cómo son los buenos. Están más aterrorizados que nadie en cuanto empiezan a pensar que han de ser juzgados. Y ése es literalmente el momento del juicio. La Muerte representaba aquello que nos lleva ante el Juez.

—Una especie de policía glorificado.

—Sí —dijo Ruth aspirando el aire bruscamente.

—Pero no ocurre así en *Everyman*. A mi modo de ver, en dicha obra la Muerte actúa como policía, juez y jurado, todo a un tiempo. Una tontería, como diría nuestro amigo Harlingen. ¿Qué opina usted de eso?

—No me dirá que ha leído *Everyman* —preguntó Ruth sorprendida dándose una palmada en la frente—. ¡Oh, caray! Eso suena a sorprendente, aunque quizá no haya motivo, ¿o me

equivoco?

—Lo dejo a su juicio —respondió Murray impasible—. De todos modos y hablando con entera franqueza debería decirle que de vez en cuando yo también leo libros. Y que busco las palabras difíciles en el diccionario.

—Un procedimiento muy práctico. ¿Le importaría si le hago una pregunta impertinente?

—Depende.

—Bien, esta vez no quiero mostrarme sorprendida, sino únicamente curiosa. ¿Cómo es posible que un hombre como usted se haya hecho detective privado?

—Traté de progresar en la vida. ¿Y cómo se hizo usted maestra?

—¡Oh! Seguramente por predestinación.

Yo era la niña que se encargaba siempre de los demás chiquillos del barrio hasta donde me alcanza la memoria. Les enseñaba juegos, les leía libros, les decía comedias, y muchas veces los disfrazaba.

Me gustaba mucho. Como no estaba de acuerdo con las últimas teorías educativas de la época nunca me molesté en preguntarles si mis procedimientos les gustaban.

—¿En qué barrio pasó eso?

—Yo vivía en ese mismo viejo edificio de Barrow Street. Mi familia fue la dueña de la casa desde que el Village era verdaderamente un pueblo. Una casa muy agradable, excepto por su desastrosa instalación de cañerías.

Él observó que en sus palabras no había ninguna invitación, pero prefirió no decir nada.

—No vivirá usted sola, ¿verdad?

—No. Mis padres viven conmigo y cuentan mucho, se lo aseguro. Papá es profesor de Historia en Columbia.

—¿De veras? Ese es mi antiguo terreno de correrías.

—Entonces lo conoce bien —dijo Ruth—. ¿Cuándo ingresó allí?

—Nunca. En realidad fui alumno de la City. Pero mi padre tenía una tienda de comestibles enfrente mismo de la Columbia y era amigo de todos los profesores. Puedo decirle que nadie quería más que yo aquel edificio. ¿Sabía usted que un desgraciado equipo de la Columbia fue una vez a California y venció al poderoso Stanford en el Rose Bowl? Tardé varios años en reponerme de la emoción. Por lo menos me echaron del campus veinte veces aquella primavera

cuando intentaba conseguir los autógrafos de los jugadores. El fútbol universitario no ha vuelto nunca a ser lo que era entonces.

—Eso lo dice usted —rezongó Ruth—. ¿Sabe que después de que usted saliera de casa de los Harlingen, Ralph puso el televisor a toda potencia y estuvieron dando un partido después de otro? Yo estaba trabajando con Megan en su dormitorio y no podía ni siquiera oír mi propia voz. Y encima Dinah entraba de vez en cuando para explicarme, sobreponiéndose al ruido, que una comedia medieval era una equivocación. Así es que no menospreciemos al fútbol universitario. Aquello me puso tan nerviosa que llegué a considerar muy seriamente la posibilidad de trabajar en otra obra.

—¿En cuál?

—¡Oh! En cualquier cosa del poeta galés Evan Griffith. Es perfecto, hermoso y divertido. ¿Lo ha leído alguna vez?

—Sí, lo he leído. Didi era amiga suya.

—¿Amiga de Evan Griffith?

—No menospreciemos a Didi —dijo él arriesgándose a mirarla para observar que también le miraba con la boca abierta, maravillada como una niña—. ¡Diantre! ¿Tan raro es conocer a Evan Griffith?

—Sí lo es. Porque… pero no importa. ¿Le conoció usted también?

—Me encontré con él una vez.

—¿Y cómo era?

Murray lo pensó un poco.

—Tenía mucho talento.

—Ya sabe que no es a eso a lo que me refiero —expresó Ruth impaciente—. ¿Qué aspecto tenía en persona?

—Didi se lo puede explicar mejor que yo. Pregúnteselo a ella.

—De acuerdo; así lo haré —dijo Ruth firmemente. Y luego miró con fijeza a través del parabrisas—. ¿Por qué gira por aquí? Esta es la calle Cincuenta y Siete.

—Porque quiero ir por el Drive. Se da un rodeo pero se evita el tráfico. Y para hablar de Arnold es mejor no tener que preocuparse de los demás coches. Después de todo, es a eso a lo que hemos venido, ¿verdad?

—Sí —repuso Ruth—. ¿Qué pasa con Arnold?

—Bien. ¿Recuerda cuando vino a mi despacho y grabó su versión de la historia?

—Sí.

—Pues eso es lo que quiero ahora de usted. Hágase el efecto de que soy una grabadora y dígame cuanto sepa de él desde el momento en que se conocieron. No se preocupe si la cosa resulta demasiado personal o a veces incluso un poco extraña. Todo será trigo para el molino. ¿Le importa hacerlo?

—No. Pero ¿no sería mejor que lo diese el propio Arnold? Yo solamente…

—Ya hablaremos de ello en otra ocasión. Ahora hay que englobar esto en el conjunto de los hechos. Imagínese que no estoy aquí y que habla usted consigo misma. No puede imaginarse la ayuda que una cosa así puede significar cuando se trata de dar cohesión a un informe.

El paso elevado seguía el trazado de los muelles del río Hudson. Murray conducía a una velocidad moderada viendo cómo el sol se iba ocultando lentamente tras las colinas de Jersey al otro lado del río y echaba una ojeada, de vez en cuando, a los grandes barcos amarrados a lo largo de la ruta, tratando de identificarlos por las marcas de sus chimeneas. Al mismo tiempo, escuchaba a Ruth mientras ella iba hablando y por encima de todo notaba la sensación de su cuerpo tan próximo, de su cabeza apoyada en el respaldo del coche y de una rodilla que casi tocaba la suya. Hubiera sido fácil pasar un brazo como al desgaire por detrás de sus hombros o mover la rodilla un poco más hasta notar aquel contacto casi eléctrico. Pero no lo hizo. Optó por seguir a la misma velocidad escuchando, mientras ella le hablaba de Arnold Lundeen.

Había conocido a Arnold en el Instituto. Nunca había salido ni tenido amistad con ningún otro chico hasta entonces ni tampoco después. Él había sido su único compañero. Al principio todo consistió en ayudarle un poco en sus estudios porque no se le daban bien; pero luego, de pronto, empezaron a salir juntos. Fue como un honor mutuo si se quiere considerar de ese modo. Arnold era un héroe entre los estudiantes y se veía perseguido por todas las muchachas mientras que ella… bueno, siempre había tenido chicos

a su alrededor, si bien nunca los animó demasiado. Así pues, ella y Arnold podían considerar, cada uno por su lado, que habían hecho una buena conquista.

Después de haberse graduado, Arnold tuvo dificultades en encontrar trabajo. No podía aspirar a un empleo fijo porque estaba en edad de ser llamado a filas, y ninguna empresa estaba dispuesta a adiestrarle para que luego fuera a parar al Ejército. Así es que haraganeó por el barrio formando parte de una de las pandillas que vestían chaquetón de cuero y cuyos componentes le admiraban por sus glorias pasadas. Pero él aborrecía aquel ambiente. No porque hubiera nada de delictivo en los muchachos, sino porque parecían almas perdidas, sin objetivo en la vida, mientras que él era muy superior en tal sentido. Ruth discutió con Arnold sobre este asunto varias veces. Luego, el asunto se arregló por sí solo en cuanto fue llamado a filas.

Estuvo en ultramar la mayor parte del tiempo y le escribió voluminosas cartas, tan intensas a veces que resultaban desconcertantes. Pero siempre eran conmovedoras. Tuvieron un incidente por culpa de un retrato. Él le escribió pidiéndole una foto en traje de baño y ella, tras considerar el asunto debidamente, no quiso enviársela. Por culpa de aquella tonta cuestión, las cartas siguientes fueron tan violentas que ella finalmente le envió un retrato que… bueno, valía más que no fuese por ahí enseñándolo como un trofeo. Ruth sabía cuál era el motivo del enfado. La amaba, estaba orgulloso de ella y quería que todo el mundo supiera la causa. En realidad se trataba de un cumplido, aunque turbador.

Licenciado del Ejército, Arnold intentó encontrar trabajo; pero de manera harto irónica, se encontraba desentrenado y sin saber hacer nada, por lo que las tareas aceptables quedaban fuera de su alcance. Fue el padre de ella quien tuvo la idea de que se hiciera policía y quien manejó también algunos hilos políticos para asegurarse de que Arnold no tuviera dificultades en conseguir el nombramiento. El mismo día en que fue aceptado se declaró a Ruth. Ella hubiera deseado no aceptar, y tenía varios motivos, mas logró persuadirla de que se pusiera el anillo; sin embargo, no fijaron una fecha concreta para la boda.

Durante algún tiempo, Arnold trabajó tan bien como policía uniformado, que le eligieron para pasar al Departamento de

Represión del Vicio. Después, las cosas empeoraron. Aborrecía su trabajo. No le gustaba engañar a las prostitutas para que aceptasen su dinero en sucios cuartuchos de hotel. Le indignaba el modo en que los apostadores ilegales se burlaban de él, le amenazaban y le insultaban cuando eran detenidos, y odiaba el tener la sensación de que todos sus conocidos le acusaban en silencio de aceptar sobornos. Sin embargo, tenía miedo de pedir el traslado a un departamento distinto porque, tanto los hombres de la patrulla como el resto de la fuerza le mirarían doblemente recelosos.

Y así estaban las cosas cuando LoScalzo descargó su golpe. Ahora sólo le quedaba la esperanza de que se le hiciera justicia ante el tribunal. De que existiera algún modo de despojar de su vendaje a aquellos ojos ciegos para que todo el mundo pudiera ver con claridad que Arnold Lundeen era inocente.

—No me gusta la estatua de la Justicia —manifestó Ruth con aire cansado, volviéndose a mirar a Murray con la cabeza ligeramente apoyada sobre el asiento—. Nunca me ha gustado. Recuerdo que cuando era niña, cierta vez me pregunté por qué tiene los ojos vendados y aunque luego lo supe, me pareció un error.

Murray había planeado perfectamente el tiempo que duraría el trayecto. Torció hacia Barrow Street y se detuvo ante la casa que Ruth le señaló. Ella no hizo movimiento alguno para salir del coche y de un modo casi abstracto, él dejó caer el brazo sobre el respaldo del asiento rozándole un poco el pelo.

—¿Un cigarrillo? —preguntó.

—No, gracias.

Él volvió a meterse en el bolsillo el paquete sin abrir.

—Es curioso. Esta es la primera vez desde que nos conocemos que la he visto un poco relajada.

—¿De veras? Quizá sí. Tal vez me haya desahogado hablando. Es usted un buen oyente.

—Y usted hacía tiempo que lo necesitaba. Incluso aunque se tratara de alguien como yo a quien casi insultó la semana pasada por decir que Arnold es culpable. Oiga, ¿cómo sabe que no sigo opinando lo mismo?

—Porque lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Verá —repuso Ruth lentamente—. Es un poco complicado, pero todo puede resumirse diciendo que usted no es realmente el estereotipo que quería hacerme creer. Me refiero al papel de cínico y agresivo detective privado que intenta interpretar. No va con su persona. No le va en absoluto.

—Creo que pretende dirigirme un cumplido, le doy las gracias.

—De nada. Y ahora, si no le importa, tengo que irme.

Él le apretó el hombro con la mano, notando su completa rigidez.

—Mire —le dijo con cierto calor—, lo que pasa con usted es que va de acá para allá sometida a presión constante y eso no tiene sentido. Arnold no ha sido juzgado ni declarado culpable. No está encerrado en ningún sitio. Usted no tiene que escribirle cartas en secreto ni enviarle un pastel con una lima dentro. Piénselo. No existe motivo en el mundo por el que usted y yo no podamos cenar en algún sitio y luego…

Ella liberó su hombro furiosa y tanteó nerviosamente hasta encontrar el tirador de la puerta. Murray miró sorprendido sus frenéticos esfuerzos para abrirla.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿A qué viene todo esto? No intento obligarla a hacer algo que no quiera. Basta con que diga que no.

Alargó el brazo y le abrió la puerta. Ruth salió del coche y se enfrentó a él desde la acera.

—Pues entonces, ¡no! —dijo.

11

Lo de recurrir al procedimiento del «hermano Frank» era ya habitual en la agencia. A la mañana siguiente Murray salió de su domicilio sin afeitar y minutos después entraba en su oficina notando cómo le picaba la barba. Bruno llegó llevando una estupenda maleta y un ejemplar de la semana anterior del *Chicago Tribune* que había comprado en un quiosco de Times Square. Ninguno de los dos dijo nada sobre su conversación telefónica del día anterior ni tampoco la actitud de Bruno hacía suponer que aquello le importara demasiado. Murray no se sintió sorprendido. Cualquier acción que involucrara a Collins sería mantenida en suspenso hasta que se hubieran entregado las gratificaciones de Navidad.

La carta y las postales de Bruno con el sello de la estafeta de Coney Island habían llegado con el primer correo y la señora Knapp las tenía ya sobre su mesa. La tarea de retocar los sellos con un poco de tinta china para borrar las fechas; eliminar las señas y volverlas a escribir, esta vez con el nombre de un tal M. Schrade, a un número cualquiera de Chicago; forrar la maleta con hojas del *Tribune* y desordenar las cuatro prendas de ropa que había en ella para eliminar toda traza de la pulcra mano de Lucy Manfredi cuando las colocó allí, no llevó más de diez minutos.

Mientras se hacía todo esto llegó Lou Strauss, quien se sentó confortablemente en un ángulo de la mesa.

—Así me gusta —dijo a Murray—. El jefe trabajando con sus esclavos. Esto es lo que se llama democracia en acción. ¿Quién es la víctima?

—Schrade —contestó Murray—. ¿Le dice algo ese nombre?

—No es preciso que se muestre tan sarcástico. He venido precisamente a hablar de él. ¿No tiene una botella para meterla también ahí? ¿Ha conocido a alguien que venga desde Chicago sin echar un trago?

—Yo me ocuparé de eso —replicó Murray—. ¿Qué hay de los informes sobre Miller y Schrade? ¿Los ha conseguido?

—No. Pero deje que le explique —dijo Strauss alargando una mano hacia abajo para rascarse reflexivamente un tobillo—. Está ocurriendo algo muy gracioso. Murray. Usted sabe que ese tipo de la sección de Informes coopera siempre con nosotros. Pues bien, ahora, de repente, parece muy precavido. He hablado con él tres o cuatro veces y o bien no sabe nada o dice que me verá más tarde, de modo que nunca llegamos a ningún sitio. Ayer por la mañana me llamó para cenar juntos en un restaurante chino, donde hablaríamos de negocios. Me encontré con él, nos sentamos a la mesa y un minuto después, ¿quién cree que había en la mesa de al lado? Pues un tipo que lo escuchaba todo.

—¿Cómo se dio cuenta? —preguntó Murray.

—Se ve en seguida. El viejo truco del periódico. No comía; sólo se tomaba un té, teniendo el periódico abierto delante de sus narices y mirando por encima de la página. Llevo demasiado tiempo en este negocio para que se me escape una cosa así, Murray. Dejé de hablar porque no tenía sentido hacer el tonto con un montaje semejante. He devuelto el dinero a la señora K. en cuanto he entrado. Creo que sólo podremos comprar dificultades.

—¿Está seguro?

—Seguro. Después de comer, el otro y yo caminamos un par de bloques. El espía continuaba siguiéndonos. Dije adiós al de Informes. Y le aseguro que procuré no estrecharle siquiera la mano.

—De acuerdo. Lo dejaremos por el momento. Ahora tiene otra misión, ¿verdad?

—Estoy metido en un estúpido asunto de camiones, tratando de localizar ladrones de mercancías donde no los hay —dijo con acento agraviado—. A mi edad la señora K. cree que necesito fortalecer mis músculos; así que estoy cargando camiones. Pero ¡quién sabe! —añadió filosóficamente mientras se disponía a partir—. Con un poco de suerte, a lo mejor me hernio y podré retirarme cobrando el subsidio de paro.

La maleta estaba dispuesta, y Murray centró su atención en las cartas y postales de Bruno. En ambas cartas y una de las postales se mencionaban las desdichas del negocio de escribir música y se pedía dinero. Las mismas fueron guardadas en la maleta. La otra

postal era breve e iba directa al asunto. *Querido hermano Murray* —decía—, *me encuentro en un grave apuro. Te lo contaré todo cuando vengas a Nueva York. Mis señas son las mismas*.

La firma era un garabato ininteligible.

Murray se guardó aquella postal en el bolsillo de la chaqueta, y tomando la maleta se puso ante Bruno como si fuera a hacerse una foto.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

—Muy bueno. Quizá no estarían mal unas cuantas arrugas más en el abrigo. Una vez en el coche lo dobla y se sienta encima.

—Así lo haré. No habrá puesto en la maleta nada que lleve la etiqueta de Nueva York, ¿verdad?

—No. Sólo van las consabidas cosas de Chicago. Y tenga cuidado cuando hable con ese tipo. Sabe que ayer estuve allí, y a lo mejor se huele algo. No lleve las cosas demasiado lejos.

—Desde luego. Quiero volver con mis dientes intactos.

—A eso me refiero —aclaró Bruno.

Antes de partir, Murray habló con la señora Knapp.

—Quiero que llame a la señora Donaldson de mi parte al mediodía e insista hasta obtener contestación. Dígale que estaré disponible a las siete de la tarde para llevarla a cenar. Y sobre todo que no importa lo que ella haya planeado, ya que nos hemos de encontrar porque la cosa es importante.

—De acuerdo —confirmó la señora Knapp. Y añadió luego con expresión de suave reproche—: Supongo que estará ausente todo el día, ¿verdad?

—Probablemente, ¿por qué?

—Porque se deja aquí un montón de trabajo por hacer, señor Kirk. Mire. En esa bandeja hay correspondencia de tres días. Y estos contratos deberían haber sido enviados ayer, pero usted no parece haberlos leído siquiera. Hay que dar la aprobación a las cuentas de gastos. Sé que se toma un interés muy especial en el caso Lundeen, pero realmente no puede usted dejar abandonado todo lo demás por esa causa.

—Lo sé. Bueno, el viernes me encierra usted aquí y no me deja salir hasta que todo haya quedado hecho, ¿de acuerdo?

—Lo haré…, si es que habla usted en serio. ¡Oh! Hay otra cosa que debo contarle. Una de las chicas… esa Mae Bridges, estaba

transcribiendo una cinta cuando la he sorprendido realizando una copia extra. Dijo que se había equivocado, que no se había dado cuenta de haber puesto un papel de más en la máquina, pero no me cabe duda de que era mentira. He comprobado su armario y he encontrado otro informe oculto en el forro de su abrigo.

—¡Diantre! —exclamó Murray—. Tal como están sucediendo las cosas tendremos necesidad de una ley que nos proteja.

—¿Quiere hablar con ella?

—No. Soluciónelo usted misma. Intente averiguar con quién está en contacto y luego la despide, tanto si lo revela como si no. Pase la noticia al Inter-American y a Fleischer para que la vigilen. Les debo un par de favores. Pero, aparte de ello, no se olvide de la señora Donaldson. Dígale que estaré allí a las siete en punto.

La distancia hasta Coney Island era larga y cuando Murray bajó del taxi tuvo la impresión de encontrarse en medio de una ciudad fantasma. En sus anteriores estancias, aquel lugar siempre era luminoso, se oía el paso estrepitoso de los trenes panorámicos y todo estaba atestado de gente que discurría como una perezosa corriente por la parte exterior de las aceras, pasando ante los grupos de mendigos que se aglomeraban frente a los establecimientos benéficos. Ahora, éstos aparecían cerrados con tablas, los trenes panorámicos no eran más que tristes esqueletos y el único signo de vida procedía del lejano sonar de la música de un tiovivo, una musiquilla apenas audible difundida a lo largo de la avenida por el húmedo viento salino que soplaba permanentemente de la playa. Un optimista seguía pregonando algunas mercancías para los últimos clientes de la temporada, pero su voz tenía un tono sombrío en aquel desierto gris y húmedo.

La casa de huéspedes ofrecía un aspecto tan desastroso, plomizo y carente de vida como todo cuanto lo rodeaba. Era una especie de enorme granero que evidentemente se construyó en una época en que las cúpulas y las maderas de fantasía eran el último grito de la moda. Un porche destartalado rodeaba por completo la casa y cuando Murray lo atravesó para tocar el timbre, los maderos crujieron bajo sus pies.

El hombre que contestó era tan gordo y sólido como un barril de

cerveza e iba todavía peor afeitado que Murray. Masticaba sin parar la colilla de un cigarro apagado. Miró de arriba abajo al desconocido y preguntó:

—¿Busca habitación?

—En efecto, eso es lo que busco. Soy hermano de Eddie Schrade y acabo de llegar de Chicago. ¿Le quiere decir que estoy aquí?

El hombre se quitó la colilla de la boca, la estuvo apretando cuidadosamente hasta devolverle su forma cilíndrica y se la volvió a poner entre los dientes.

—Aquí no hay ningún Eddie Schrade.

La maleta cayó de la mano de Murray, y este sacó del bolsillo la postal, que leyó como si se sintiera profundamente sorprendido.

—¿Está usted bromeando? —inquirió—. Aquí me dice que éstas son sus señas.

Entregó la postal al hombre, que la leyó de arriba a abajo con el ceño fruncido y expresión concentrada. Luego se la devolvió a Murray.

—Ha vivido aquí, pero se marchó.

—¡Cielos! —exclamó Murray—. Vaya situación. Me he pasado un día entero en el tren porque insistió tanto en que viniera y ahora resulta que se ha marchado. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

El otro vaciló. Su actitud de recelo resultaba apenas perceptible, pero Murray la aceptó y esto era todo cuanto necesitaba.

—No sé dónde puede estar. No es asunto mío.

—Quizá no lo sea. Tiene gracia mi hermano. ¿Cree que voy a estar andando por ahí todo el día buscándole? Esto es una ciudad demasiado grande para encontrar a alguien.

—El hombre miró los desolados alrededores que se extendían más allá del porche.

—Sí, en efecto —dijo—. Es una ciudad muy grande.

Murray reflexionó sobre aquellas palabras manoseándose lentamente la mandíbula.

—Bueno, sea cual fuere la idea de Eddie, no puedo ir por ahí sin rumbo fijo. Debo tener un aspecto repelente. ¿Hay alguna barbería por aquí cerca?

—Sí, ahí, pasado el próximo bloque. Al otro lado de la estación del metro.

Había llegado el momento de la verdad. Murray recogió otra vez

su maleta, se volvió a medias y de pronto se encaró de nuevo con el hombre:

—Escuche, ¿le importaría que dejara la maleta aquí mientras me afeitan?

—Déjela en el vestíbulo, si quiere. Nadie la va a tocar.

En el escaparate de la barbería un letrero proclamaba: «Dos sillones. No hay que esperar». Lo que demostraba un cierto deseo de hacer las cosas bien. En efecto, había dos sillones, pero sólo un barbero, un hombre viejo y miope que se ocupaba con gran ahínco de arreglarle los mechones a un joven de cara pecosa. Murray tomó una revista y se sentó en el otro sillón, disponiéndose a matar el tiempo. Mas, el espectáculo que reflejaba el espejo atrajo inmediatamente su atención.

A cada tijeretazo, el chico volvía la cabeza muy nervioso, apartándola.

—¡Idiota! —exclamaba, aunque sin demasiada irritación—. Tenga cuidado.

En seguida el barbero reanudaba sus tijeretazos hasta que el muchacho volvía a detenerlo.

—¡Idiota! —repetía—. ¡Qué idiota es usted!

Y así continuó la cosa hasta que el barbero hubo terminado y el chico le quitó el peine de las manos para darse unos cuantos toques personales. Mirándose al espejo se echó hacia atrás el cabello por ambos lados y delicadamente, con el meñique, enrolló los de la parte central hasta dejarlos curvados procurando que un rizo le cayera directamente sobre la frente. Cuando se hubo marchado, Murray vio que llevaba unos téjanos tan estrechos que le oprimían las flacas nalgas como la piel de una salchicha oprime su contenido.

El barbero también se dio cuenta.

—¿Se ha fijado? —dijo a Murray—. Los chicos de ahora parecen chicas. Y las chicas son iguales a chicos. ¿Dónde iremos a parar?

E hizo un ademán directamente importado de Calabria con el que indicar lo que le gustaría hacer si se le daba la oportunidad.

Era un buen barbero, un trabajador consciente que luego de cada tres o cuatro pasadas con la navaja se hacía un poco hacia atrás para estudiar el efecto, cosa a la que Murray no tuvo nada que objetar. El tipo de la pensión dispondría de todo el tiempo que quisiera para abrir la maleta, examinar su contenido y constatar la

autenticidad de las credenciales que contenía. Desde luego, también dispondría de tiempo para telefonear a Schrade si es que quería hacerlo, pero esto era algo que pertenecía a lo incógnito. Todo cuanto podía hacerse ya se había hecho.

Cuando Murray regresó a la pensión, el hombre estaba todavía ocupado con la colilla del puro. En cambio, su actitud parecía haberse suavizado considerablemente.

—¿Sabe usted? —dijo—. Al principio me dije que no tiene usted ningún parecido con Eddie, pero luego he creído que a lo mejor me equivoco. Y de repente me acordé de dónde se encuentra su hermano.

—Pues me ha salvado usted la vida, compañero —expresó Murray—. Estaba dispuesto a largarme otra vez a Chicago en el próximo tren.

—No tiene por qué. Y voy a evitarle también que tenga que volver aquí. ¿Sabe que Eddie se marchó debiéndome veinte dólares?

Murray había previsto aquello, aunque calculando que serían unos cincuenta. Pagó el dinero, consiguió las señas y se marchó con la sensación de haberle ahorrado treinta dólares a Arnold Lundeen.

Al parecer, a Eddie Schrade le gustaba el olor a la sal marina porque su nueva residencia se encontraba más allá del barrio de Columbia Heights no lejos del puente de Brooklyn. La casa era un viejo edificio de pisos, que parecía limpio y bien conservado. A primera vista, cualquiera hubiera dicho que Schrade acababa de mejorar de situación.

Su nombre no figuraba en ninguno de los timbres del vestíbulo, pero en el perteneciente al piso 3 B el espacio para el inquilino estaba vacío. Murray subió dos tramos de escaleras hasta el 3 B y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el interior—. ¿Qué desea?

—Vengo de la oficina del fiscal del distrito, Eddie —respondió Murray acercando la cara a la puerta—. Me manda LoScalzo. Tengo que hablar con usted.

La puerta se abrió bruscamente y volvió a cerrarse con toda rapidez cuando hubo entrado Murray. Este se quedó de pie

parpadeando. La cortina de la única ventana estaba corrida en toda su longitud y el resplandor de una bombilla que colgaba a nivel de los ojos, resultaba cegador. Murray tardó unos segundos en ver a Schrade. Era un hombre pequeño y huesudo, y la franja de pelo que rodeaba su calva resplandeciente tenía el aspecto de una especie de tonsura. Sus facciones eran agudas y dotadas de gran movilidad a la manera de un inquieto ratón.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó irritado—. ¿Qué quiere usted? ¿Es que no pueden dejarme en paz de una vez?

—Tal vez no —dijo Murray—. El caso es que yo no trabajo para LoScalzo, Eddie. Lo que hago es ocuparme de algunos asuntos para un tal Lundeen.

Pareció como si Schrade fuera a derrumbarse de un momento a otro. Se echó hacia atrás hasta tropezar con la pared presa de un tembloroso terror.

—¡Salga de aquí! ¡No tiene ningún derecho a importunarme!

—Eso no es manera de hablar, Eddie. No he venido para hacerle ningún daño —aclaró Murray con toda calma sentándose de espaldas a la luz y sacando un paquete de cigarrillos—. ¿Quiere uno?

—¿Qué le pasa? —exclamó el otro—. ¿Se figura que por un cochino cigarrillo voy a hacerme amigo suyo de repente? ¿Cree que me he vuelto loco? Haga el favor de salir, porque no pienso hablar ni una palabra con usted.

—¿Por qué? —preguntó Murray encendiendo su cigarrillo mientras la mirada de Schrade seguía como fascinada cada uno de sus movimientos—. ¿Qué tiene que ocultar, Eddie?

—¿Quién, yo? No tengo nada que ocultar. Pero no voy a decir una palabra, menos a usted después de haber entrado en mi casa valiéndose de una mentira.

—Eddie, Eddie —le increpó suavemente Murray—. No se está usted portando bien. No enfoca el asunto como es debido. Soy el dueño de una agencia muy importante. ¿Quién me puede impedir que le haga vigilar día y noche? ¿Se sentirá usted mejor sabiendo que a cada paso que da será observado? Desde luego que no. A mí tampoco me gustaría que me lo hicieran. Por eso he pensado que el mejor modo de solucionar todo esto sería sentarse como dos personas civilizadas y hablar del asunto, ¿no le parece? ¿Me

convierto por eso en un ser despreciable?

La cara de Schrade pasó por una serie de contradicciones y crispaciones mientras reflexionaba sobre ello.

—¿Quiere decir —preguntó— que en cuanto hayamos hablado del asunto usted y ese Lundeen dejarán de molestarme? ¿Por qué habría de creerle?

—Le doy mi palabra.

—¡Su palabra, su palabra! No falta más que me diga que va a portarse como un caballero. A Miller tampoco le gusta hablar porque sabe lo que los agentes pueden hacer con él. ¿Por qué he de obrar yo de otra manera?

—Porque Lundeen hará lo que yo le diga. Y si tiene alguna duda pregunte a cualquiera por Conmy-Kirk. No trabajamos a base de engañar a la gente.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo ha entrado aquí, sino engañándome?

—Eddie, no querrá hacerme creer que, a su juicio, una pequeña broma es engañar a la gente. ¿Es usted realmente tan ingenuo?

—No me gustan las bromas —rezongó Schrade—. Cuando se está preocupado no resultan nada graciosas. —Se apartó lentamente de la pared y tendió una mano a Murray—. Deme un cigarrillo. O mejor, deme el paquete y así no tendré que salir.

Murray le tiró el paquete y Schrade encendió un cigarrillo, inhaló fuertemente y luego exhaló una nube de humo al tiempo que movía la cabeza como si reflexionara.

—¿Cómo me habré metido en todo esto? —dijo—. Soy un hombre pacífico y heme aquí acorralado como un gánster de película. Trabajo como compositor, artista, ¿comprende? Y ahora tengo que estar todo el tiempo intranquilo porque un policía loco puede dispararme por la espalda cualquier noche —agitó el cigarrillo ante Murray—. ¡Vamos! Puede empezar a preguntarme cómo me he metido en esto.

—De acuerdo, ¿cómo empezó?

—Es una buena pregunta. Pues por hacer favores. Por eso me metí en el lío. Me sorprende que no se complicaran las cosas bastante tiempo antes porque siempre le estoy haciendo favores a la gente.

—¿Como el de sustituir a Miller?

—Naturalmente. Él sabe dónde encontrar a una buena persona.

A un tonto. Vino a verme como si fuera a caerse muerto de un momento a otro. «Hazme un favor, Eddie», me dijo. «Estoy en una situación desesperada y necesito a alguien que dé la cara por mí. Tienes que hacerlo, Eddie». Insistió. ¡Ah! Si yo hubiera sabido lo que vendría después.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—¿Cuándo se figura usted? Aquel día con ese poli llamado Lundeen. Pero ¿qué importa eso? Le dije: «Ira, ¿de qué se trata? ¿Por qué estás en una situación tan mala?». Pero créame, no era preciso preguntar. ¿Qué otra cosa puede fastidiar a un apostador si no son los policías? Lo que sorprende de Miller es que no aparenta ser apostador. Es un hombre educado. Ha estudiado y tiene una mujer instruida y respetable. Podría ser lo que quisiera en los negocios, pero ¿a qué se dedica? ¡A despreciable apostador en Broadway! ¿Y sabe por qué? —preguntó Schrade apuntándose con un dedo su delgado tórax—, pues porque hay algo aquí dentro… un gusanillo… algo que está siempre obligando a hacer planes para ganarse un dólar. No hay nada que hacer.

—¿Qué ocurrió después?

—Querrá decir qué es lo que no ocurrió después. Va y me dice: «Es la Policía, Eddie. Un agente de paisano me abordó en el Garden y me robó cuanto llevaba encima. Me sacó mil dólares del dinero de las apuestas. Pero todavía hay más. Ahora quiere que le proporcione a alguien para que pueda hacer una detención, y no tengo tiempo para buscar a otro más que a ti. Tendrás que dejarte detener en mi lugar, Eddie.

»¿Qué le parece? Yo sentado aquí tranquilamente escribiendo una canción…, mi cerebro está lleno de música bellísima, y un momento después me invita a que lo sustituya y me deje detener.

»“Ira, le dije, ya sabes que te haría cualquier favor, pero eso que me pides es demasiado. No entiendo nada sobre apuestas y no sabría qué decir”.

»“Hasta un niño sabría hacerlo”, me contestó. «Mira, Eddie, te quedas abajo, en la calle, con los boletos, y todo lo demás en el bolsillo hasta que él llegue. Yo estaré en la próxima esquina y le diré que eres tú. No tienes que hacer nada más sino quedarte ahí tranquilo. Cuando efectúe la detención armas un poco de escándalo, de modo que la cosa parezca auténtica. Luego vas al tribunal y

pagas la multa, y eso es todo. Figuras como un principiante y no tienes nada de qué preocuparte. Yo pagaré la multa y te daré además cincuenta para ti.

»Para él todo esto debía ser muy sencillo, pero permítame decirle que yo me sentía deshecho. He sido siempre un ciudadano corriente y normal que nunca me he metido en nada, así que, ¿por qué había de hacerlo entonces?

»“No puedo, Ira”, le contesté. “Me estoy poniendo muy nervioso. Una cosa así podría matarme”.

»“¿Que te pones nervioso?”, me preguntó. «Pues, ¿cómo estaré yo teniendo en cuenta que este es mi sexto problema con la Policía?». Y ello significa…

—¡Alto! —exclamó Murray—. ¿Realmente dijo eso Miller?

—¿El qué?

—Que ésta sería su sexta detención, y que se la cargaría con todo el equipo.

—Desde luego. Y añadió: «Eddie, si me pasa eso, mi mujer se vuelve loca. Ya sabes cómo es. Hay otra cosa, además, Eddie. Si me pasa algo tendré que cerrar la Songster. Y te quedarás sin trabajo».

»Así es que, de pronto, su mujer, su negocio, en fin, todo pesaba de repente sobre mis espaldas. ¿Qué hacer? ¿Qué hubiera hecho cualquiera en mi lugar? ¿Cómo imaginarse que más adelante encontrarían culpable a Georgie Wykoff y el fiscal del distrito se concentraría en los detenidos por primera vez para descubrir a los suplantadores? Yo no sabía siquiera qué hora era, tan aturdido estaba.

»Acepté la detención y todo sucedió como Miller había previsto. Hasta entonces nada de particular. Sin embargo, luego vino lo de Wykoff y el edificio se desplomó sobre mí. Me llevaron frente al tribunal y me hicieron pasar las de Caín no aceptando fácilmente mis declaraciones.

»Por lo que vi, el hecho de actuar como suplantador no es delito grave. Aquello no les preocupó demasiado. Pero si se cuentan mentiras ante un tribunal viene lo del perjurio y otras mil cosas. Ese policía, ese Lundeen, ¿cree que voy a hacer eso por él sólo a cambio de los cincuenta pavos que me dio Miller? Puede usted decirle de mi parte que habrá ganado mucho más dinero con ser malo que yo por hacer un favor.

Schrade dio una chupada a su cigarrillo con la serenidad de quien ha dejado tranquila su conciencia.

—Eso es lo sucedido —explicó—. Y ahora que se lo he dicho, quiero que sea franco conmigo. Tiene que librarme de ese Lundeen, como dijo antes —accionó con el índice en señal de advertencia—. Tengo su palabra.

—¿Le ha interpelado a usted o le ha amenazado? —preguntó Murray.

—Y aunque no lo haya hecho, ¿qué? Puede ocurrírsele alguna cosa antes del juicio.

—De acuerdo —dijo Murray—. No tiene que preocuparse por él. Yo me encargaré del asunto —se puso en pie y descorrió la cortina de la ventana al tiempo que apagaba la luz—. Esto disminuirá su recibo de la electricidad.

Una vez en la puerta, Schrade puso una mano sobre el brazo de Murray.

—Espere un momento. Cuando entró aquí, quizá me equivocara con usted. Pero al ver ahora lo buen chico que es quisiera hacerle una pequeña proposición.

Murray esperó con aire curioso.

—Es lo siguiente —explicó Schrade—: Considerando lo que ha pasado con la Songster, he tenido que buscarme un empleo y ahora toco el piano en un pequeño grupo. Sólo somos violín, piano y saxofón, y muy buenos. No estamos sindicados, pero ¿qué importa? Si el sindicato no lo sabe, vivirá feliz.

»Si le sale alguna boda o alguna otra fiesta en la que necesiten músicos, póngase en contacto conmigo. Estoy dispuesto a hacerle un buen precio como favor especial.

—Pensé que había decidido no hacer más favores a nadie —expresó Murray.

Schrade sonrió mostrando sus dientes de oro.

—A la gente normal, sí —dijo—. Sólo no los haré a los apostadores.

12

A Didi le encantaba ir de mesa en mesa. La tercera vez que volvió de un recorrido por el comedor, Murray, señalando su silla, le dijo:

—Te lo advierto. Si vuelves a levantarte una vez más, te rompo uno de tus bonitos brazos. Siéntate y estate quieta.

Ella pareció quedarse impasible.

—Cariño, no puedo evitarlo porque conozco a mucha gente.

—Sí que puedes, y no pierdas el tiempo abanicándome con esas pestañas cuando me miras. Desde aquí puedo ver que el tipo con el que estabas hablando no tenía ni la más ligera idea de quién eres.

—¡Oh! —exclamó Didi—. Bueno. Quizá no nos hayamos hablado hasta hoy, pero se trata de Ted Holloway, quien ha producido un par de esas cosas para la televisión en las que yo actué. Ahora está organizando un nuevo espectáculo y me ha parecido conveniente ser amable con él por si acaso puedo ayudar en algo. En realidad, hemos hablado muy poco de mí. Casi todo el rato hablamos de ti. El que le acompaña es Wallace Crowley, ganador del premio Pulitzer. Quiere escribir un libro en colaboración contigo.

—Será lo primero que hagamos mañana por la mañana. Y ahora escúchame, ¿me haces el favor?

—Ya te estoy escuchando. Puedo muy bien comer y escuchar al mismo tiempo.

—Así lo espero. ¿Recuerdas a Ruth Vincent, la chica que conociste en casa de los Harlingen?. ¿Aquella con la que armaste tanto jaleo?

—Sí.

—Pues bien, no es preciso que me mires con aire tan suspicaz. Todo lo que quiero es que arregles una pequeña reunión en tu piso y la invites. Pero procura que no haya por allí ningún tipo inoportuno porque he de tener el campo libre. ¿Lo harás?

—¡De ninguna manera!

—Bien —dijo Murray—. Creí que ya se te había pasado el enfado.

—No es ningún enfado —respondió Didi fríamente.

—¿Cómo que no? Si puedes darme el motivo exacto…

—Ya te lo he dado y lo sabes muy bien. No me gusta esa chica, Murray. Y no creo que sea conveniente para ti. Y desde luego, no organizaré ninguna fiesta…

—¡Alto! Para el tren y vayamos al asunto. Te estás metiendo a darme consejos que no te he pedido. Todo cuanto quiero es que me digas el verdadero motivo por el que…

Una mano se posó sobre el hombro de Murray y este levantando la mirada pudo ver a Crowley, el ganador del premio Pulitzer, que se inclinaba sobre él.

—Señor Murray Kirk, el gran detective —manifestó Crowley con la ternura propia de un alcohólico. Dejándose caer pesadamente sobre una silla, añadió—: No le importa que me siente, ¿verdad?

—Sí que me importa —replicó Murray—. Pero no se preocupe.

—Muchas muchas gracias —respondió Crowley. Tenía la mirada vidriosa del beodo, mas conservaba el dominio de sí mismo al hablar—. Muchas, pero que muchas gracias. Y más gracias aún.

—Ya me las dará más tarde. Pero no ahora. ¿Alguna otra cosa, amigo?

—Pues sí. La señora aquí presente… —Crowley hizo un guiño cariñoso a Didi y luego complacido consigo mismo lo volvió a repetir—. La señora aquí presente dice que usted es el más enterado sobre asuntos detectivescos.

—Pues se equivoca —respondió Murray—. Mire, amigo, ¿por qué no prueba en otra mesa? Quizá tenga usted más suerte.

—¡Ja, ja! —exclamó Crowley desdeñoso—. Es usted modesto, demasiado modesto. Me pone enfermo ver a un hombre ocultar su propia luz bajo una pantalla.

Didi alargó una mano y le dio unas palmaditas consoladoras.

—No te enfades por eso, cariño. Murray es uno de esos tipos a los que les gusta hacerse de rogar. Continúa con lo tuyo y háblale del libro.

Crowley parpadeó.

—¿Qué libro?

—Vamos, vamos, cariño —dijo Didi animándole.

—Ah, sí, el libro. Es sobre el viejo McClellan. El viejo George Brinton McClellan. El bribón del Oeste —explicó Crowley, como

poniendo en orden sus ideas—. El bastardo más sinvergüenza de toda la guerra civil. Eso es lo que fue.

Se hizo hacia adelante para colocar el uno junto al otro, un cuchillo y un tenedor sobre la mesa.

—¿Me entiende? Aquí tenemos al viejo Robert E. Lee. Y aquí al viejo George McClellan. Pero nada de…, nada de servicios de espionaje militar, ¿me sigue?

»El viejo George dice: “Puedo mandar al diablo a Robert E. Lee, pero primero tengo que saber cuántos soldados tiene su ejército”. Manda buscar a ese reptil de Pinkerton, el mejor detective del mundo. “Señor Pinkerton”, le dice, “tiene usted que averiguar cuántos soldados tiene el viejo Lee y decírmelo”.

»Pinkerton regresa. “Señor, dice” —al hacer un amplio saludo Crowley estuvo a punto de caerse de la silla—. «Señor, el viejo Lee tiene un millón de hombres.

Aún más, tiene un millón de millones y todavía peor, señor, están armados hasta los dientes. Tienen cañones, bombas, sables, en fin, de todo»».

Didi miró a Murray.

—Te aseguro que es… —empezó con aire decaído, pero fue interrumpida bruscamente por Crowley, ahora ya totalmente lanzado.

—El viejo George lo escucha —dijo, haciéndose pantalla con una mano en el oído— y se siente anonadado. ¿Por qué? Porque no puede saber si todo lo que está diciendo el viejo reptil de Pinkerton es o no es mentira. De lo único que tiene una total seguridad es de que no podrá con un millón de millones de soldados.

Así es que se queda allí sin hacer nada hasta que el amo Lincoln le quita de en medio y todo el mundo lo tiene por un trasto inútil, ¿me sigue?

—Le sigo —afirmó Murray.

—Bien, pero, en realidad, ¿quién es el que ha hecho de él un trasto inútil? Pues el viejo reptil de Pinkerton. Ese y nadie más. El gran detective con su montón de mentiras. En cambio, a mí lo que me gustaría saber es por qué lo hizo. ¿Por pura tontería? ¿Porque alguien le pagó? Usted, como mejor conocedor del asunto, quizá pueda decírmelo. Y hablando de todo un poco, ¿cómo se llama?

—Sheridan —respondió Murray—. Soy el viejo Phil Sheridan.

Crowley empezó a reírse como un loco.

—¡Qué hijo de puta! ¡Es usted grande! —vociferaba golpeando la mesa, encantado—. Se llama usted Murray Kirk, viejo reptil detective, pero de todas maneras, me gusta.

—Señor Crowley… —dijo un camarero detrás de Murray.

Crowley blandió un cuchillo sobre su cabeza.

—¡La caballería al ataque! —gritó—. ¡Ahí viene el viejo Phil Sheridan!

El *maître* apareció bruscamente, con otros dos camareros.

—Señor Crowley —dijo— creo que es mejor que le llevemos a la sala.

Murray empujó a Didi para hacerla atravesar mejor la puerta giratoria y la condujo hasta la acera.

—Vieja Didi —dijo al unirse a ella—. La vieja Didi y sus amigos.

—Cariño, he estado intentando advertírtelo y volviéndotelo a advertir, pero no me has querido escuchar. ¿Quieres prestarme un momento de atención?

—No.

—Sí; Intentaba decirte que cuando estuve hablando con él en su mesa me pareció totalmente normal. Totalmente normal.

—Sí, lo comprendo. Es lo de ¿quién hubiera creído que ese hombre tragara tanto alcohol? ¡Un chiste muy bueno! Al viejo Frank Conmy le hubiera gustado. Apreciaba mucho cualquier jugosa paráfrasis al estilo de Shakespeare.

—Una porquería —exteriorizó Didi con voz débil—. Aquí fuera hace un frío que hiela. ¿A dónde vamos?

—Al «St. Stephen».

—¡Al «St. Stephen»! ¡Pero si sólo son las nueve! Nadie regresa a casa a esta hora.

—¡Qué importa! —dijo Murray—. Vivamos peligrosamente, aunque sólo sea una vez.

Estaba sirviendo dos copas de coñac en la cocinita del apartamento cuando oyó la voz de Didi en el dormitorio.

—Murray, ¿dónde están mis cosas? No las encuentro en el

vestidor y esto es una nevera.

—Pues entonces sal de ahí y mira en el cajón inferior de la cómoda. Y no grites de ese modo. ¿Qué pensarán los vecinos?

—¡Al diablo los vecinos! —exclamó Didi y él comprendió que lo decía muy en serio. Cuando apareció ante él llevaba un negligé color marfil. Murray la esperaba en el sofá, calentando una copa en cada mano. Ella tomó una y la levantó displicentemente poniéndola al trasluz—. ¿Por qué me lo has puesto todo en el cajón de la cómoda, Murray?

—Para que no lo viera la mujer de la limpieza. Forma parte del grupo religioso del Padre Divino y va por todas partes tan llena de santidad que empieza a tener un halo alrededor de la cabeza. Me sentía incómodo porque estaba seguro de que cada vez que abría la puerta del vestidor se sentía incómoda. Así es que la ayudé. Fin de la historia.

—¿De veras?

—Desde luego. ¿No irás a creer que soy capaz de una cosa así por un impulso momentáneo?

—No lo creo. Eres un encanto, cariño —Didi se tendió cómodamente apoyando la cabeza en las piernas de él a la vez que cruzaba los pies sobre el brazo del sofá—. Pensé que habría sido el encargado de la vivienda y ya empezaba a enfadarme.

—No. Nada de eso. Los encargados son, desde luego, muy decentes; pero sólo se ocupan de las habitaciones más baratas. No intentes beber en esa postura. Te vas a ahogar.

—No me ahogo. Mira y verás.

Él la miró sintiéndose asombrado.

—Es una habilidad curiosa. ¿Dónde la aprendiste?

—Oh, allá en Amarillo, de niña. Solía beber con la cabeza abajo en el grifo de casa. Me propuse conseguirlo y así fue.

—¿De modo que así fue? —dijo Murray terminando su bebida y respirando profundamente—. Didi, ¿me escuchas?

—Uh, uh.

—Pues escúchame bien. ¿Cuándo tenemos esa pequeña fiesta en tu casa a la que también viene Ruth Vincent?

—Desde luego, eres un tipo con ideas fijas. Y haz el favor de no frotarme el ombligo. No me gusta que hagas eso mientras me estás pidiendo que te ayude a seducir a otra.

—¿Quién diablos ha hablado de seducir a nadie? En cuanto a lo del ombligo, tú no tienes ombligo, sólo las niñas lo tienen. Eso es sólo tu barriga.

—Pues, sea lo que sea, deja de manosearlo. Hablo en serio, Murray. Me haces sentir indecente.

—Lo siento. A veces no estoy muy acertado.

Didi se sentó, posando los pies sobre el suelo.

—Tienes toda la razón —dijo. Y luego estudió su cara con perplejidad—. Murray, ¿qué te pasa con esa chica? ¿Estás enamorado de ella?

—Lo estoy. Qué cosa más idiota, ¿verdad?

—¿Quieres decir que la amas para casarte?

—Sí.

Didi guardó silencio largo rato. Luego tuvo un escalofrío y se sentó sobre sus propios pies en el sofá.

—Hace frío. ¿Por qué no enciendes un poco de fuego en la chimenea? Una chimenea sin encender me parece una tontada.

Murray había estado esperando que le dijera cualquiera cosa de las que parecían venir a mano en aquella ocasión y agradeció que no las mencionara.

—Te voy a traer una manta. Encender el fuego es una lata.

—No, no lo es. Primero enciende el fuego y luego me traes la manta y otra bebida, por favor.

Obediente, se puso a la tarea hasta que as llamas brillaron en el hogar y después fue en busca de una manta y de otra copa de coñac. Cuando regresó, ella estaba sentada en el suelo frente a la fogata jugueteando con un palo con el que empujaba las brasas. Le alargó la bebida y le puso la manta en los hombros.

—¿Estás más caliente ahora?

—Un poco. No, no te sientes en el sofá. Acerca ese sillón para que pueda apoyarme en ti.

Él acercó el sillón y Didi le puso la cabeza sobre una rodilla.

—¿No te parece divertido? —preguntó—. ¿Por qué pondrán chimeneas en un hotel como este?

—No se trata de chimeneas en plural —aclaró Murray— porque sólo hay una. Esta es la única en todo el edificio. En los tiempos de la Depresión, cuando costaba tanto encontrar un inquilino, Frank les obligó a que se la instalaran. Me dijo que la cosa no había

costado mucho, aunque tengo mis dudas.

—Debió de ser un hombre extraordinariamente frío.

—Todo lo contrario. Me aseguraba que nunca había conocido a una chica guapa que fuese capaz de resistir la tentación de tenderse en el suelo frente a una chimenea encendida. Y una vez en el suelo…

—¡Vaya con el viejo macho cabrío! —exclamó Didi con sorpresa.

—Un macho cabrío muy listo. Mira lo que haces tú ahora. Se trata de un simbolismo natural. A las chicas guapas siempre les gusta jugar con fuego.

Didi le dio unas cariñosas palmaditas en la rodilla.

—No a todas, cariño. Y, desde luego, no a esa por la que tú ahora levantas la antorcha. Es sólo una maestra.

—No hablemos de ese tema —dijo Murray.

—Bien, me callo. Pero sí puedo hablar de ti, ¿no es cierto?

—Me gustaría encontrar un modo para impedirlo.

—Pues no lo hay —se volvió para mirarle a la cara—. Murray, ¿sabes que hay en ti dos personas diferentes; lo que se dice diferentes del todo? ¿Y sabes lo malo que esto puede ser para ti?

—¿Por qué? Donde vive uno, viven dos, ¿no te parece?

—¡Oh, cállate! Tú eres dos personas distintas. Una se pasa todo el día en esa oficina o en los tribunales o trabajando en cualquier otro sitio. Es la cosa más fría, dura y sarcástica que se sostiene sobre dos pies. En cuanto a la otra…, háblame un poco de ella, Murray. Cuando empezaste a salir conmigo después de que Donaldson me concediera el divorcio, ¿por qué lo hiciste?

Murray tomó la copa vacía que ella le alargaba y la dejó en el suelo.

—Deberías saberlo. Pensé que eras una chica muy agradable.

—No, no fue eso. Yo era un desastre. Una mujer asustada, solitaria y llorona. Tú lo sabías muy bien, ¿verdad? Y apareciste ante mí como surgiendo de la nada con un manojo de flores y una enorme botella de perfume.

—¿Fue así?

—Sí, así fue —repuso Didi dando un puñetazo al zapato de Murray—. Y ése es tu otro lado. Ese es el Murray Kirk amable y considerado que se preocupa por los demás y nunca se ríe de ellos cuando se portan como unos tontos.

—Yo nunca he dicho que tú fueras tonta —protestó Murray—. ¿Y quieres hacer el favor de no golpearme el pie? Me vas a partir un hueso.

—A veces soy tonta —insistió Didi, golpeándole todavía con más fuerza—. Pero también soy lo suficientemente lista como para saber que en ti hay dos personas distintas y que no te beneficia en absoluto el mantenerlas como tú haces. Uno de tus lados observa al otro sin hacer nada para ayudarle. Si alguna vez los pusieran juntos verías lo irremediablemente tonto que eres al perder el sentido por esa bella estatua de una maestra boba. Claro que ya sé que no me va a servir de nada —añadió volviéndose de nuevo hacia el fuego.

Cogió de nuevo el palo con el que había estado jugando y lo arrojó a las llamas.

—Es una observación muy dura por tu parte —dijo Murray hablando a la espalda de Didi—. ¿Me has oído alguna vez decir algo feo de Evan o de Alex o de cualquier otro por los que tú te has interesado?

—No, pero yo nunca te dije que quisiera casarme con ellos. Sabes que Evan tiene esposa y desde luego jamás en la vida me casaría con Alex.

—¿Por qué no? Mirándolo bien, parece un buen chico.

—Hace ya mucho tiempo que te dije el porqué. Jamás me casaré con un hombre que no tenga dinero; digo dinero a lo grande. No simples palabras.

—Pues eso de las palabras puede aplicarse perfectamente a Alex.

—Bueno, no puedo evitarlo. Es un amor, pero lo único que posee en la actualidad es lo que yo le he dado. Y si nos casáramos ni siquiera tendría eso porque se lo gastaría en tramitar su divorcio —Didi se encogió de hombros con aire distraído—. ¿Quién sabe? Quizá me case otra vez con el bueno de Donaldson. Lo ha intentado tantas veces que se lo merece.

—Eso es nuevo. La última vez que te pregunté…

—Oh, ¿qué importa? —respondió Didi irritada—. Dame otra bebida, por favor, y no me pongas nerviosa. —Se volvió de nuevo hacia él—. Además, ¿qué te hace creer que esa chica vendrá a una fiesta sólo porque yo la invite? No me parece que tenga un carácter tan amable.

—Pues vendrá. Se vuelve loca por las poesías de Evan y le dije

que tú le conoces. Lo he preparado todo muy bien, Le he dado a entender que te gustará hablar con ella sobre Evan. Tráete a un par de esos tipos que suelen estar siempre a su alrededor y hazle saber que también podrá conocerlos. Lo único que te pido es que no le digas que yo también iré. Eso crearía un problema.

—¡Oh! —exclamó Didi—. Desde luego. Murray, entre tú y esa chica ya ha pasado algo, ¿verdad? ¿Qué ha sido?

—No lo sé. Ni siquiera yo mismo lo entiendo.

—¿Le has hecho alguna proposición o algo por el estilo?

—Hablas como un médico del ejército cuando pregunta a un recluta sobre su vida sexual. ¿No podrías evitar esa nota clínica?

—Eso quiere decir que lo hiciste —comentó Didi con convicción —. Y estoy segura de que recibirías un buen puntapié en una parte donde no te daría ningún gusto.

—Gracias.

—De nada. Pero sigo sin saber la respuesta. Suponte que me ocupo del asunto…, quiero decir, que me tomo esas molestias y todo lo demás. ¿Qué sacaré yo de ello?

—¿Qué es lo que quieres?

—Pues… —se puso el meñique en la boca y lo estuvo chupando pensativamente mientras miraba a Murray con los ojos entornados — podrías comprar un cuadro de Alex. Es lo mínimo que espero de ti.

—¡Y tan mínimo! —exclamó Murray sin poder contener la risa —. Didi, los cuadros de ese fulano son del tamaño de una carpa de circo. ¿Qué haría yo con un cuadro así en un lugar como este?

—Oh, ¿no eres el amante dispuesto a todo? Bueno, en su estudio tiene cuadros más pequeños y ahí será precisamente donde el sábado por la noche celebraremos esa fiesta tan importante para ti. Más vale que te traigas el talonario cheques. Será tu tarjeta de admisión.

—¡Estafadora! —exclamó Murray admirado—. De acuerdo. Trato hecho. Un pequeño cuadro pintado a mano. Traeré la bebida y brindaremos para celebrarlo. Dos horas más tarde, con la botella vacía y el fuego ya apagándose, ella se quedó dormida en el suelo acurrucada en posición fetal bajo la manta. Allí seguía a la mañana siguiente, si bien ahora completamente invisible bajo el montón de mantas adicionales, amén de su abrigo de visón, que Murray había

ido apilando amablemente sobre ella antes de dirigirse con paso vacilante hacia su propia cama. Sólo un leve movimiento acompasado de aquel montón de ropa daba señal de que bajo él se ocultaba un ser viviente.

Cuando Murray salió del piso cerró la puerta con mucho cuidado, y como deferencia a la delicada sensibilidad de la muchacha de servicio, colgó el letrero de «No molestar» en el tirador de la puerta.

13

Dedicó una gran parte de la mañana a intentar localizar a Harlingen. Según le expresó por teléfono Dinah Harlingen, su esposo se encontraba en los tribunales, pero no sabía exactamente en cuál de ellos. Después de que la señora Knapp consiguió localizarlo, basándose en una pista tan tenue, le estuvo esperando en su oficina. Para cuando llegó, Murray había puesto al día la carpeta de Lundeen y preparado un resumen de los datos después de recortarlos discretamente. Él y Harlingen tuvieron una larga sesión comentando dicho resumen.

Resultaba evidente que varios de los datos contenidos en él y especialmente las notas sobre la historia de Schrade no hicieron demasiado feliz a Harlingen. No es que Conmy-Kirk no estuvieran realizando un buen trabajo, según se apresuró a asegurar a Murray, sino que, por el contrario, la tarea era excelente. En realidad, luego de que Murray hubo ordenado todo aquello del modo en que lo hizo, se tenía una perfecta visión de lo que iba a ser el ataque de LoScalzo.

Los cinco procesos sufridos anteriormente por Miller parecían aportar el motivo evidente por el que había pagado tan importante soborno y aquello constituía el punto de partida. Luego Miller testificaría que la detención de su sustituto había sido realizada cuando Lundeen no iba acompañado de Benny Floyd. Aparecería entonces Schrade revelando su participación en el asunto y aquello era todo. El informe de Conmy-Kirk era tan valioso como una copia fotográfica de las acusaciones del fiscal.

Sin embargo, lo malo era que el conocer el sistema de ataque de alguien no aporta automáticamente una eficaz defensa contra él. Tómese, por ejemplo, el factor tiempo. Si LoScalzo pretendía demostrar que el asunto había sido arreglado en un momento en el que, contrariamente a su afirmación, Lundeen estaba con aquella fulana llamada Helene, ésta tendría que ser llamada también a declarar, dado que su testimonio sería la única coartada para

Lundeen.

—¿Y qué importa? —dijo Murray, que había estado esperando con placer aquel momento de la conversación—. Mi intuición me dice que el jurado en cuanto la vea se pondrá unánimemente a su favor, lo mismo que hizo Lundeen al conocerla.

—Eso no es lo mismo que creer lo que ella diga. Ni tampoco es a eso a lo que me refiero. ¿Se da cuenta del disgusto que tendría Ruth? Sería terrible. No tengo la seguridad de que Arnold me permita llevar a esa mujer al estrado de los testigos. Tendrá que hablar con él antes. Y también me gustaría hablar con ella. A lo mejor…

Murray sintió una repentina alarma al comprobar cómo aquella carta decisiva le era arrebatada de las manos.

—Un momento —observó—. Por lo que a Lundeen concierne, de nada servirá dar una importancia capital a todo esto hasta que tengamos bien establecido el caso y se dé cuenta de que no tiene elección.

»En cuanto a Helene…, bien me parece que lo mejor es que por el momento se mantenga usted alejado de ella.

—¿Por qué?

—Porque la situación respecto a esa mujer es un poco más complicada de lo que yo hubiera podido imaginar. Hay en eso un cierto sentimentalismo.

Harlingen sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Verá, Helene tiene marido. Probablemente estuvo aquel día presente en todo, junto con ella y Lundeen.

Inmediatamente Harlingen pareció animarse.

—¿Y qué hay de malo en eso? Creo que es estupendo. No podía ser mejor. Nos da un testigo corroborador y, desde luego, deja bien claro que Lundeen y esa mujer…

—No, no es por ahí.

—¿Cómo que no?

—Para entender lo que le digo tendría usted que ver a ese viejo cuervo. Tiene cuarenta o cincuenta años más que la chica y parece un sapo todavía más venenoso que los auténticos. Tengo la impresión de que se busca emociones mirando por el ojo de la cerradura.

—¡Cielos! —exclamó Harlingen.

—Eso es sólo una parte del asunto. Se trata también de un tipo de los que pierden fácilmente los estribos cuando hablan con otro. De los que empiezan de pronto a charlar por los codos en el sillón de los testigos y lo echan todo a rodar. Su declaración sería una catástrofe. Desde luego, como ahora conozco el terreno que piso respecto a él y a la muchacha, creo que los podré manejar bastante bien. Por eso me parece que lo mejor sería dejarlos de mi cuenta hasta que la intervención de usted sea realmente necesaria.

Harlingen tenía el aspecto de quien luego de haber visto cómo una asquerosa serpiente se enrosca en su brazo, permanece todavía aturdido por la emoción.

—Sí —dijo—. Comprendo su punto de vista. Ya que está en buena relación con ellos, no quiero estropear las cosas —al expresarse así lo hacía sin ningún tono de reproche—. Después de todo —continuó cada vez más seguro de sus palabras—, si esa mujer testifica, no tendrá por qué explicar todos los detalles, ¿verdad? Puede limitarse a decir que Arnold es un viejo amigo y que pasó por allí para tomar una taza de café. Por lo menos le haremos ese favor a Ruth.

—Hay una cosa —indicó Murray con calma—. La mujer a la que aludimos es una pelirroja despampanante de unos veinte años y con un tipo…, bueno, para decirlo finamente la definiré como una mujer en extremo bien dotada. LoScalzo se dará cuenta de todo en cuanto la vea. Y de un puntapié le quitará de la mano esa taza de café que usted propone.

Mientras Harlingen sopesaba aquella información, Murray se sorprendió al comprobar hasta qué punto simpatizaba sinceramente con él. «¿Qué había de malo en esto?», se preguntó. Bajo cualquier punto de vista que se mirase, Harlingen era un sujeto honesto y a juzgar por lo que sabía de él, también un buen esposo, un buen padre y un buen amigo. Además, tenía valor. Luego de haber llevado una vida muy cómoda ejerciendo un alto cargo, lo había echado todo por la borda lanzándose a su edad por rutas desconocidas y contendiendo con gentes más duras y listas que él, buenas conocedoras del terreno que pisaban desde mucho tiempo antes. Una decisión algo imprudente, sin duda, que olía a ganas de hacer el bien y a los impulsos idealistas como los que de vez en

cuando se apoderan de gentes de la clase y el carácter de Harlingen. Una decisión que habría recibido su impulso final gracias a algún psicoanalista de cuarenta dólares la hora, convencido de que había de dar algo a cambio de aquel dinero. De todas maneras, hacía falta valor. Y aunque dentro de ciertos límites, era inevitable cobrar aprecio a un hombre que demostraba tal espíritu. No había ninguna ley que impidiera a Ralph Harlingen portarse como un adulto y poner en práctica un sentido común parejo a su espíritu de lucha.

Murray estuvo pensando en todo aquello y después dijo a Harlingen:

—¿Le Importa que le haga una pregunta personal?

Harlingen sonrió.

—Bien, cuando alguien empieza con eso, por regla general acabo convencido de que sí debió haberme importado. Bueno, es una broma. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Pues si no ha cambiado usted de opinión respecto a Lundeen. Si sigue considerándolo como un policía honesto, bueno e inocente, metido en un apuro por un par de truhanes, por razones que aún nos son desconocidas.

—No. No he cambiado —expresó Harlingen claramente irritado —. Y a juzgar por su tono algo sardónico, deduzco que tampoco usted ha cambiado. Y me sorprende. De veras.

—¿Por qué había de cambiar?

—Pues por la evidencia que ha estado buscando y que ya encontró. Por «esta» evidencia —dijo Harlingen, dando una palmada sobre los papeles que tenía delante—. De acuerdo en que demuestra que Arnold ha sido un tonto. Quizá algo más que un tonto. Pero demuestra igualmente que no es culpable de perjuro. No sé cómo puede usted discutírmelo.

—Sí que puedo. Y lo haré.

—Pues no veo la causa —repitió Harlingen, obstinado—. Lo que cuenta esa muchacha…

—… dura sólo veinte minutos, pero no dice nada de lo que pasó un minuto antes o un minuto después.

—Pero Lundeen estuvo con Floyd todo el resto del tiempo. Usted mismo oyó cómo Floyd se lo decía.

—Sí —afirmó Murray— en efecto. Lo que no sé es si partió el dinero con Lundeen o si se trata de un buen amigo y colaborador.

En cambio, lo que sí sé es que estuvo mintiendo como un experto. No es que no le conceda ningún crédito. A pesar de su cara de niño no va a cambiar lo sucedido. Ni para usted ni para LoScalzo ni para el Ángel de la Guarda. Se ceñirá a ello hasta el final sin sentir ni la más mínima preocupación. No se logra triunfar en el Departamento de Represión del Vicio y menos con un compañero como Lundeen para luego dejar que pequeñeces como la corrupción o el perjurio vayan a molestarle a uno.

Harlingen abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Se sentó pasándose una mano lentamente en una y otra dirección sobre su corto pelo, con aire abstraído.

—No —dijo, por fin—. No lo creo.

Fue el modo en que lo dijo lo que sorprendió a Murray. Su total convicción. La noción de que la evidencia había sido revisada y cortésmente rehusada. Murray tuvo la sensación de haber dado de bruces contra un objeto duro cuya existencia no había previsto. Se dijo que era un sentimiento extraño para haber sido provocado por alguien como Ralph Harlingen.

—Bien, entonces no lo cree —recalcó Murray—. Sin embargo, LoScalzo sí lo cree y va a machacar sobre ello en el juicio hasta que convenza también al jurado. Eso es lo que ocurre cuando las cosas se ponen así.

A Harlingen aquello no pareció perturbarle en absoluto.

—Comprendo a lo que se refiere. He visto actuar a LoScalzo frecuentemente la semana pasada.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En el tribunal. Me senté en una de las filas traseras como observador en el proceso en el que interviene ahora —expuso Harlingen moviendo la cabeza con aire admirativo—. Es muy bueno en su profesión.

—¿Eso le preocupa?

—No. Lo curioso es que no me preocupa en absoluto —subrayó Harlingen riendo brevemente—. Tal vez esto le suene a tonta jactancia, pero estoy seguro de poseer lo que se necesita para ser un buen abogado. Tengo los pies bien firmes sobre el suelo; puedo hablar bien y pegar fuerte si tengo algo con qué hacerlo. No es hablar porque sí. Desde luego solamente he intervenido en unos cuantos procesos civiles y la verdad es que lo hice muy bien. Mi

padre cierta vez lo admitió y usted sabe lo difícil que es sacarle un cumplido. ¿Le estoy revolviendo el estómago? Ya le dije que esto iba a sonar a tonta jactancia.

—No —respondió Murray—. Un poco de esa jactancia puede ser beneficiosa para un abogado. Lo único que no llegué a dominar bien en la Facultad fue el hablar en público. Uno de los motivos por lo que aquello no me importó demasiado fue porque ya entonces me imaginaba muy bien a mí mismo, como el cerebro capaz de inspirar a una voz convincente. Una imagen muy simpática hasta que la realidad se impuso.

—No sabía que había estudiado Derecho —comentó Harlingen, sorprendido—. ¿Dónde lo hizo?

—Oh, en St. John, en Brooklyn. A un paso del puente.

Harlingen asintió gravemente.

—Bien —dijo con aire de suficiencia.

Han salido de allí algunos buenos abogados.

Murray sintió la perversa tentación de preguntarle el nombre de alguno, más se contuvo.

—Volvamos a Lundeen —dijo—. ¿Le ha visto últimamente?

—Sí. Estuvo en casa el domingo por la mañana. Y preparamos una lista de personas que puedan aparecer como testigos.

—¿Quiénes son?

—Uno es un viejo amigo suyo que está consiguiendo un gran éxito como promotor inmobiliario. De la clase de los que impresionan a un jurado elegante.

—Quizá sí. ¿Quién más?

—Un clérigo y varios administradores eclesiásticos. También hay un policía que había hecho patrullas con Arnold cuando este aún vestía de uniforme. Iba con él cuando Arnold capturó a un malhechor armado y se le citó en el boletín del cuerpo por buena actuación. ¿Lo sabía usted?

—No. Y tampoco sé si ello puede tener alguna influencia en el caso.

—Quizá no. Pero, aun así, pienso citarle ante el jurado. No me importa que más tarde eliminen este dato; pero, por lo pronto, el jurado lo sabrá.

—Vale la pena intentarlo —confirmó Murray—. ¿Eso es todo?

—No. Está también el director del Instituto donde estudió

Arnold, un tal doctor Charles Fuller, que vive en Greenwich High. Ayer hablé con él por teléfono y se acordaba muy bien de Arnold. Al parecer ocurrió un incidente en la escuela cuando unos rufianes atacaron a una estudiante. Si Arnold no hubiera aparecido por allí en el momento oportuno la cosa pudo haber terminado trágicamente. No siempre…

Murray sintió cómo se tensaban sus nervios.

—¿Ha podido averiguar el nombre de la muchacha atacada? ¿Sabe algo más de eso?

—No; aunque no importa. Lo fundamental es el testimonio en sí mismo, especialmente cuando viene de un hombre como Fuller. Pero, como le decía, no es fácil llevar a algunas personas al sillón de los testigos. Quizá le convenzamos, mas no estoy seguro.

—Voy a pedirle una cosa —intervino Murray bruscamente—. Me gustaría cambiar unas palabras con él esta noche. De todos modos, tengo que ir por aquel barrio —añadió para evitar objeciones—. Espero no molestarle.

Durante el resto de la conversación habló muy poco; pero lo que pensó mientras Harlingen proseguía con sus sinuosas disquisiciones, no hubiera podido decirlo. La mayor parte concernía a abogados que sólo tenían un caso que llevar y que por ello disponían de tiempo para abrumar a otro con su charla, como si ésta le importara un comino.

El doctor Fuller era un hombre de edad avanzada, ya próximo al retiro. Tenía unas grandes bolsas bajo los ojos y unos cuantos cabellos cuidadosamente peinados, como cuerdas de violín, sobre un cráneo totalmente desnudo. Hablaba con acento mesurado y su voz sonaba como el rumor complaciente de un sabio amable que ofreciese su erudición a un grupo de aldeanos.

Aseguró a Murray que se acordaba muy bien de Arnold. Quizá no hubiera sido un muchacho ejemplar, pero, desde luego, sí fue un buen estudiante. Y un buen atleta. Un dirigente nato. Figuraba entre los pocos que en la historia de la escuela merecieron el honor de ser elegidos presidentes del Consejo de Estudiantes en dos cursos consecutivos. Una hazaña notable, especialmente para un chico que procedía de un hogar detestable, con unos padres borrachos y

gruñones que nunca le ayudaron en lo más mínimo. No había tenido, pues, un ambiente adecuado y era triste constatar…

Murray se movió inquieto en su silla.

—Hubo cierto incidente, ¿verdad? —preguntó—. Me parece que el señor Harlingen mencionó un ataque a un compañero…

—¡Ah, sí! Un asunto muy feo. La estudiante encargada del almacén en el sótano había bajado a cerrarlo, al final de las clases, cuando dos granujas que estaban allí robando se lanzaron sobre ella y la arrastraron hacia el interior. No existía duda acerca de sus intenciones. Eran un par de brutos. Unos animales carentes de razón. De no haber sido porque Arnold oyó los gritos de la chica y, corriendo un riesgo considerable, logró salvarla de sus agresores, hubiera podido ocurrir una tragedia.

—¿Recuerda el nombre de la chica? —preguntó Murray.

Sí. El doctor Fuller recordaba el nombre de la chica. Pero no podía divulgarlo. Tanto la Policía como los padres de la agredida habían insistido de manera explícita y muy enérgica, lo cual era perfectamente comprensible. La muchacha había de quedar a cubierto de los comentarios de las revistas sensacionalistas y del chismorreo de los vecinos. Debía reconocer que el asunto se manejó con suma discreción. Hubiera resultado perjudicial que la reputación de la escuela se viera manchada por un asunto por el que, en modo alguno, podía sentirse responsable. En cuanto a la muchacha…

A unas cuantas manzanas de allí, en la Calle Octava, Murray encontró un bar con compartimentos relativamente bien iluminados. Extendió su plano de la ciudad en una mesa algo apartada, lo aseguró con una botella de cerveza y lo estuvo estudiando concienzudamente. Luego lo dobló y se fue al teléfono.

El hospital más próximo era el Victory, pero, según le informaron, no disponía de servicio de ambulancias.

—Sant Alonsus tiene a su cargo la mayoría de las llamadas solicitando ambulancia, en estos alrededores —le informó la chica encargada de la centralita—. Pero si necesita una, debe llamar a la Policía y ésta se hará cargo del asunto inmediatamente.

En Sant Alonsus se mostraron un poco más serviciales. Sí; diez o

doce años atrás habían dispuesto de ambulancias. En realidad este servicio había empezado hacía cincuenta años. ¿Archivos? Había que hablar con la hermana Angélica, en la recepción. Ella era la mejor informada.

La monja de rostro arrugado encargada de la recepción consiguió encontrar una pausa entre las constantes llamadas telefónicas para mover la cabeza negativamente ante la pregunta de Murray.

—Lo siento —dijo—, pero antes de mostrarle a usted un informe médico debo contar con el permiso del superintendente. Y ahora no se encuentra aquí.

—No me interesan los informes médicos, hermana. Todo cuanto deseo ver son los partes de los conductores de ambulancia que trabajaron aquí en aquella época. ¿No los guardan separadamente?

—Oh, sí. Sí que se guardan. Lamento no haberle entendido. Quizá la hermana María Gloria pueda ayudarle a encontrarlos. Es la que lleva los archivos y ficheros.

La hermana María Gloria era una china diminuta, de sonrisa tímida y ojos que brillaban con gran vivacidad tras unos lentes anticuados con montura de acero. Escuchó a Murray con aire concentrado y luego le condujo por un largo corredor haciendo rozar suavemente el borde de su falda contra el suelo encerado. Cuando abrió la puerta de un oscuro almacén se hizo evidente el motivo de su preocupación.

Aquel espacio estaba en completo desorden, y más que un archivo, parecía una tienda de antigüedades. Volúmenes encuadernados con papeles diversos, de todos los tamaños y las formas, llenaban unas estanterías que alcanzaban el techo. Montones de ellos estaban atados con cuerdas y apilados en inciertas columnas. Otros llegaban hasta el borde de las ventanas. Y cada uno de los peldaños de la escalera que se hallaba en el centro del recinto quedaba ocupado por un volumen individual.

—Desde luego, estos archivos son muy viejos —se apresuró a explicar la hermana María Gloria como si quisiera precisar que, incluso en un hospital tan bien dirigido como aquél, no se puede esperar que la eficiencia se extienda hasta los rincones más recónditos—. Algunos son realmente muy antiguos. Lo menos tienen cien años. Si se toca el papel, se rompe. Y como no queremos

que se rompan tenemos que ir con mucho cuidado.

—Lo que yo querría ver —aclaró Murray— son los informes de los servicios de ambulancias de hace cosa de diez años. ¿Cree que los encontraremos?

—Oh, sí —repuso la hermana María Gloria. Y añadió mirando las estanterías con expresión dubitativa—. Claro que tardaremos algún tiempo.

La tediosa búsqueda duró dos horas.

Y mucho antes de que terminaran, la hermana María Gloria tenía ya la toca blanca de polvo y la nariz tiznada.

—Aquí están —dijo finalmente apilando los tan codiciados volúmenes en el peldaño superior de la escalera que había sido despejado con dicho fin—. ¡Y pensar que ahora hay eso que se llaman microfilms! ¿Los conoce?

—Sí.

—¡Es maravilloso! —exclamó la hermana María Gloria entusiasmada.

—Lo que ocuparía varios libros cabe en una sola mano. —Y alargó la suya diminuta con el puño cerrado.

Murray se echó a reír.

—Bueno, quizá ocuparían un poco más, hermana.

La hermana María Gloria pareció avergonzarse.

—Bueno, sí, en efecto, quizá un poco más. He exagerado; de todas maneras, es maravilloso. Y, desde luego, muy caro —suspiró.

Se apartó hacia un rincón, empezando a rezar el rosario mientras Murray examinaba con dificultad las anotaciones del primer libro. Con el segundo fue más rápido porque incluía los meses de julio y agosto, que no le interesaban. Al llegar al tercer libro, su índice, que se movía lentamente página abajo, quedó fijado de pronto en la anotación que había estado seguro de encontrar en él. Decía así:

> *Llegada de emergencia 4,05 tarde. Ruth L. Vincent - blanca - hembra - Greenwich H. S.*

La nota estaba escrita descuidadamente, quizá por algún interno fatigado o un chófer que había visto demasiadas cosas como aquélla para que le importasen. Pero, de todos modos, había quedado consignado allí para que Murray Kirk lo descubriera cuando más

necesidad tenía de ello.

Se volvió hacia la hermana María Gloria y ésta, tras guardarse el rosario, tomó el libro.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó.

—Sí. Lo he encontrado.

—¡Qué bien! —exclamó ella contenta—. He rezado para que lo lograra.

—También yo —dijo Murray solemnemente, sonriendo luego al ver su sorpresa—. Y otra cosa. En mi oficina tenemos la mejor instalación de microfilms que pueda usted imaginarse y un fotógrafo muy experto que la utiliza con sumo placer. Si le llevara estos libros, unos cuantos cada vez, sería un hombre feliz. Y además lo haría gratis.

—¡Oh, no! —profirió estupefacta la hermana María Gloria.

—¿No le gustaría poder sostener estos libros en una mano?

—¡Claro que sí! —respondió la hermana María Gloria con voz débil—. Pero sería como pagarme por lo que hago y usted no me debe nada.

—Comprendo. Entonces, ¿lo aceptaría si lo hiciera como regalo al hospital?

Observando la lucecita que se había encendido tras las gafas de la hermana, comprendió que, en efecto, estaría bien.

14

Había olvidado por completo su intención de poner orden en su despacho, el viernes. A pesar de ello, la señora Knapp lo recordaba perfectamente. No había hecho más que quitarse el sombrero y el abrigo cuando apareció con los labios hoscamente fruncidos cual una sacerdotisa colérica que llevase ofrendas votivas a los dioses encargados de proteger la virtud de la eficacia. Sostenía en sus brazos las bandejas con la correspondencia sin contestar, los contratos sin firmar y los informes sin leer. Siguiéndole los pasos, entró Gene Rigaud obligado a dejar su tarea en el fichero de los ejecutivos para transportar el dictáfono.

—No se ha concertado ninguna entrevista para hoy —declaró la señora Knapp antes de marcharse—. Le dije a la señorita Whiteside que tuviera buen cuidado de ello.

Enfrentado a lo irremediable, Murray se puso a trabajar. Hacia mediodía comprendió que estaba luchando inútilmente contra una progresiva inquietud. Por fin se acercó a la ventana para mirar a la calle. No es que fuera un espectáculo sorprendente, ya que el sombrío gris del cielo lo envolvía todo en unos tonos opacos, pero siempre era mejor contemplar a la gente que concentrarse en el aburrido montón de papeles que tenía sobre la mesa.

Se dijo que todo el problema venía de que Conmy-Kirk estaba sobrepasando el límite de su actividad como empresa dirigida por un solo hombre. Evidentemente, gran parte de esto era culpa suya, porque desde que hubo comprendido la profunda necesidad que Frank tenía de sus servicios, sobre todo después de que Bruno le hubiera dicho que trabajar con él era como tener dinero en el banco, no cesó de argumentar frecuente y vehementemente en favor de una expansión de la agencia hasta su límite absoluto. ¿Cambiaba las cosas el que en su empeño hubiera habido algo más que el simple interés de hacer ganar dinero a Frank? ¿El saber que Frank tendría que apoyarse más y más en él conforme la agencia ganara importancia hasta que se hiciera inevitable formar sociedad? No.

Aquello no cambiaba nada. Había obrado con total rectitud y Frank hubiera sido el primero en reconocerlo así.

En realidad, lo que ahora necesitaba era a alguien que entrara en la empresa para ayudarle como él había ayudado a Frank en otros tiempos. Pero ¿dónde encontrar a tal persona? Cuanto más consideraba los posibles candidatos más cuenta se daba de que Scott, no obstante su brutal confianza en las propias dotes y su obstinada adoración de cuanto hiciese referencia a la columna vertebral, se hallaba ahora en un terreno inadecuado, en especial después de su observación acerca de la lealtad. Bruno era el candidato más lógico, pero estaba demasiado vinculado a Jack Collins. Gene Rigaud, joven, listo y ambicioso, era una especie de Murray Kirk en potencia, mas actuaba demasiado compenetrado con Bruno. Burke, el capitán de policía retirado que dirigía con el mejor estilo el servicio de protección de nóminas, mantenía una relación demasiado estrecha con casi todos los policías de la ciudad y era demasiado testarudo y astuto.

Murray sonrió al pensar en alguien como Ralph Harlingen ocupando aquel cuesto y recordó súbitamente que no le había informado todavía sobre su visita al Instituto. Hizo que lo llamaran y después de habérselo explicado todo por teléfono le agradó comprobar que Harlingen aceptaba su desfavorable veredicto sobre Fuller sin ninguna objeción.

—Sí —dijo Harlingen—, cuando hablé con él también me pareció que sonaba como una gaita vieja. Pero, desde luego, esto no siempre afecta a un testigo, sobre todo si tiene la posición de Fuller. A mi modo de ver, por viejo que sea un hombre, siempre se considera a un director de instituto como un personaje imponente. Y eso es lo que me interesa que sienta el jurado en el caso presente. Aunque, probablemente, tiene usted razón. Si va a poner tan de relieve las malas condiciones en que vivía de chico Arnold, quizá provoque un efecto contrario.

—Desde luego —continuó Murray—. También observé que lleva mucho tiempo sin contacto con Lundeen. Y no es conveniente poner en el sillón de los testigos a alguien empeñado en explicar Historia Antigua. Las mejores declaraciones procederán de quienes hayan conocido a Lundeen a partir de su ingreso en el Cuerpo.

—Lo sé —repuso Harlingen con voz que sonaba un poco

contrariada—. Se lo hice notar a Arnold cuando preparábamos la lista. Fuller es la única excepción y usted ya sabe la causa.

—La supongo —confirmó Murray—. ¡Oh! A propósito, ¿estaba Ruth presente cuando usted y Lundeen hablaron de Fuller? Quiero decir de cuando él le contó cómo había salvado a aquella chica de sus agresores.

—Sí. No…, espere un momento…, no creo que ella estuviera allí. Había salido con Dinah. Me acuerdo muy bien porque por regla general ella está siempre presente en estas conversaciones, pero aquella mañana no lo estuvo porque tenía muy poco que decir. Parecía baja de tono, lo cual no es sorprendente porque ha estado sometida a casi tanta presión como él.

—Me lo figuro —dijo Murray, dando por finalizada la conversación—. Bueno, estaremos en contacto. Que pase un buen fin de semana.

En cuanto hubo colgado el auricular se dijo que, a juzgar por lo que estaba percibiendo, Lundeen empezaba a tener miedo. Sí, mucho mucho miedo. De no ser así, no se hubiera arriesgado a exponer el secreto de aquel episodio en el Instituto. En cuanto a lo que debió ocurrir entre él y Ruth cuando le dijo que iba a contarlo…

Murray se volvió hacia el montón de papeles apilado ante él con el corazón menos convulsionado.

A las cuatro y media, cuando llegaba ya al fondo del montón, la señorita Whiteside entró para anunciar que alguien deseaba verle de inmediato.

—Ya sé que la señora Knapp dijo que no se le debía molestar en todo el día —manifestó compungida porque conocía sus órdenes y las respetaba—, pero el asunto parece terriblemente serio. Esa persona viene de la oficina del fiscal del distrito y, según dice, su nombre es Myron Kramer.

Murray tardó un momento en identificar el nombre. Luego recordó que su visitante no era otro que el informador de Félix LoScalzo, cosa que no le perturbó lo más mínimo. En realidad, lo que sentía por LoScalzo, y estaba dispuesto a extender a su representante, no era más que la agradable sensación de tenerlo por

colega. Por el momento, los dos no eran sino unos profesionales que hablaban el mismo lenguaje y, cosa realmente curiosa, estaban apuntando al mismo pájaro, aunque cada uno a su manera. En resumen, podía considerarse así, aunque LoScalzo no estuviera en condiciones de verlo del mismo modo.

Kramer era alto y delgado, con un pelo rojizo y brillante y un rostro juvenil cubierto de pecas. Aparentaba dieciocho años, pese a que tendría probablemente lo menos diez más. Por aquel entonces, y Murray lo sabía bien, en todas las oficinas de los fiscales de distrito y en las de los fiscales de los Estados Unidos había montones de aquellos mequetrefes. Todos eran como jóvenes Harlingen, con pocas posibilidades con el viejo respectivo. Y así se amontonaban en las oficinas de los fiscales, donde se esforzaban en toda clase de trabajos hasta que se les fundiera la grasa infantil acumulada en las facultades de Derecho, trabajando en casos sin importancia con el fin de ir adquiriendo musculatura profesional. Al final eran buenos abogados que sabían cómo portarse en un juzgado o preparar un contrato. Kramer, con su cara juvenil y vivaracha y su mirada astuta, parecía un compendio y un ejemplo del tipo en cuestión.

Demostró, también, ser un joven que no malgastaba sus palabras. Según informó brevemente, el señor LoScalzo saldría del tribunal dentro de unos minutos y esperaba encontrar al señor Kirk en su oficina cuando estuviera de regreso. Era muy importante que los dos sostuvieran una breve conversación.

—¿Sobre qué? —preguntó Murray.

—Sobre los artículos cincuenta y cuatro y setenta, según tengo entendido —respondió Kramer suavemente. El artículo setenta era la vieja trampa para incautos detectives privados y se refería a conducta desordenada, pero el artículo cincuenta y cuatro trataba una cosa muy distinta, todavía peor.

—Conducta desordenada y conspiración —confirmó Murray—. ¿Está seguro de que no hay nada más? ¿Encubrimiento? ¿Soborno? ¿Algo realmente fantástico?

Kramer sonrió.

—No lo sé. Después de todo, yo no me ocupo más que de vaciar los ceniceros en la oficina.

«*Desde luego que sí*», pensó Murray mientras tomaba el

sombrero. «*¡Astuta cobra asquerosa!*».

LoScalzo era un hombre corpulento; grande en estatura y en volumen, con una enorme cabeza rematada por un mechón de pelo despeinado. Estaba sentado, pelando una manzana con un cortaplumas que describía círculos alrededor de la fruta con movimiento suave y continuo. La piel se enrollaba en un plato igual que si saliera de una máquina. Murray comparó aquella demostración con la muy similar de Bruno cuando abría su cartera y le pareció igualmente monótona y triste. Dedicó su atención al resto del despacho y pudo observar que el único objeto de interés era un jarro de vidrio casi lleno de agua y en cuyo interior se veía algo parecido a unos pedazos de goma negra apretados contra las paredes de la vasija.

Sin quitar la vista de la manzana, LoScalzo indicó el jarro con la cabeza.

—¿Sabe lo que es eso?

Fueron las primeras palabras que pronunció desde que Murray fuera introducido a su presencia. Y había tardado mucho en decirlas.

—No. No lo sé.

LoScalzo dejó el cortaplumas y la manzana y se levantó pesadamente del sillón. Se acercó al jarro y utilizando unas pinzas para azúcar que estaban junto a él levantó cuidadosamente uno de los bultos.

—Son sanguijuelas —dijo con expresión afectuosa—. O si quiere que lo diga con otras palabras: ventosas para chupar sangre. Hace un par de meses, uno de los chicos entró en una barbería del Bowery donde se vendía *whisky* de contrabando y se trajo esto junto con la prueba del delito. Algunos barberos del barrio lo siguen utilizando para curar ojos amoratados. Se les pone en la hinchazón, y al parecer consiguen reducirla rápidamente. ¿Había visto alguna vez una tan cerca?

Acercó las pinzas a la cara de Murray mientras aquella forma viscosa se retorcía en un ciego y lento movimiento de protesta. Murray sintió que se le contraía la garganta, mas hizo un esfuerzo para seguir sentado allí, sin pestañear. Aunque no resultó fácil.

Siempre le habían dado mucho asco las cosas que se retuercen y aquella era como una especie de monstruo extraído de la más negra pesadilla que cupiera imaginar.

—A mucha gente no le gusta esta broma —comentó LoScalzo dejando caer, finalmente a su cautivo, otra vez, en el jarro, con lo que la respiración de Murray volvió a ser normal—. No sé por qué, pero es así. Incluso le pasa a un hombre templado como usted. Durante un segundo me ha parecido como si fuera a vomitar sobre ese traje tan caro que lleva. Así es que me imagino que no le gustan mucho a usted tampoco, ¿verdad?

Murray no creyó oportuno contestar, y por su parte LoScalzo no parecía tampoco esperar que lo hiciese. Se acomodó en su sillón, tomó la manzana y mordió un pedazo.

—Conmigo es otra cosa —dijo—. Las sanguijuelas pueden revolverle el estómago a usted, Kirk, pero no a mí. Lo que de veras me revuelve el estómago es ver cómo un sinvergüenza merodea por las proximidades de un apartamento hasta sorprender en él a una mujer enferma, aunque no afectada de un verdadero caso de enfermedad mental, y luego se procura los servicios de una vieja actriz apolillada para que le acompañe y engañar así a la señora, induciéndola a hablar de los problemas de su marido. Eso es lo que realmente me saca de quicio, Kirk. ¿O quizá no sabe de lo que le estoy hablando?

Fueron tanto las palabras como el tono con que las pronunció lo que produjo en Kirk el efecto de que su complaciente sentido de camaradería hacia LoScalzo se convertía en una interna explosión de ciega rabia. No obstante, logró dominarse. Si había algo que LoScalzo realmente deseaba, si había algo que deseaba obtener con toda aquella demostración, era precisamente eso. Había estado a punto de conseguirlo y Murray se indignó consigo mismo al comprobarlo. Sabía que le estaba mostrando un trapo rojo para obligarle a embestir, y también que tras del trapo se ocultaba una espada y había estado a punto de cargar arrebatadamente y acaso morir en el empeño. Había que demostrar a LoScalzo que estaba en la arena con un toro distinto al que suponía.

—No —contestó Murray—. No sé de qué me está hablando.

—Comprendo —continuó LoScalzo mordiendo otra vez la manzana y masticando rápidamente mientras sopesaba las palabras

de Murray—. Entonces niega que el lunes pasado y actuando para uno de sus clientes, usted y una mujer entraron en casa de Ira Miller en ausencia de este y estuvieron hablando con su esposa. Murray sonrió.

—Sabe que puedo negar todo aquello de lo que no haya sido acusado, ¿o es que me acusa de penetrar violentamente en una casa?

LoScalzo sonrió también.

—Me gustaría hacerlo —dijo con aire tranquilo—. Dios sabe cuánto me gustaría, Kirk, aunque fuera sólo para enseñarle que no es conveniente meterse en conflictos legales conmigo. En cambio, lo dejaré. Lo que usted y su cómplice hicieron al intentar que Miller variara su testimonio fue confabulación, y lo que usted y otro de sus cómplices estuvieron haciendo al intentar manipular informaciones oficiales, lo fue también, y todo para el mismo cliente. Debe estar usted muy compenetrado con él para ponerse en compromisos como este.

—¿Qué compromisos? —preguntó Murray despectivo—. Si pudiera usted procesarme por esto, ¿cree que estaríamos aquí los dos hablando tan tranquilos? ¡Un cuerno! Me estarían tomando las huellas dactilares antes de que terminara usted de pelar su manzana.

LoScalzo levantó las cejas.

—¿Quién ha hablado de procesar? —inquirió suavemente. Puso el resto de la manzana en el plato y se limpió las manos cuidadosamente con un pañuelo—. Yo estaba solamente pensando en una pequeña sesión ante el Director Estatal de Licencias.

Aquello cobraba un tono muy poco agradable, y cuanto más lo consideraba Murray más inquieto se sentía. Lo de los informes de la Policía no presentaba problema porque Strauss había sido tan listo como para no caer en la trampa que le habían tendido. Pero lo de Ira Miller era distinto. Miller y su feroz enfermera resultarían unos testigos peligrosos. Y como era el propio Miller quien, probablemente, había provocado aquella reacción de LoScalzo, no había duda sobre su decisión de aparecer como testigo. En cuanto a la enfermera saltaría a través de un aro con sólo que Miller se lo ordenara.

Y el pensar en lo que ambos podían decir y en cómo lo dirían

llevaba a una única conclusión.

—Bien —repuso Murray resignado—. Como dice el viejo chiste: me doy perfecta cuenta, puede usted ahorrarse el resto.

—Todavía no —manifestó LoScalzo—. No vaya tan deprisa, señor. Espere a que Lundeen sea llevado hasta el tribunal y Miller testifique contra él. Entonces, ya verá lo que pasa.

—¿Qué es lo que habrá que ver? Espero que no cuente con que Miller vaya a excederse en favor suyo.

LoScalzo levantó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de tristeza.

—Soy un hombre sencillo —dijo—. Un aldeano. Cuando oigo decir cosas así al individuo que hace poco intentó apartar a mi testigo del estrado, quedo un poco confuso. ¿Qué le pasa, Kirk? ¿Es usted más tonto de lo que parece o tan listo que no estoy a su altura?

—Lo primero —contestó Murray en seguida.

—Bien. Pues entonces grábeselo en la mente y deje en paz a mi testigo.

—¿Qué pasará luego?

—Luego, quizá pueda usted seguir con su licencia y no tener que ganarse la vida cavando zanjas.

—Gracias —dijo Murray más que contento por poder levantarse de su asiento—. Y hágame saber cuándo piensa presentarse para gobernador. Puede contar con mi voto.

Era la peor broma que le podía gastar y en el momento más inoportuno. Lo comprendió al ver cómo LoScalzo se levantaba enfrentándose a él al otro lado de la mesa, con la parte superior de la camisa tan tirante sobre su cuello bovino que parecía como si este le fuera a estallar.

—Kirk —masculló con voz lúgubre—, cuando tenga un poco de tiempo y no esté ocupado buscando pruebas para un divorcio, hágame un favor. Repase los periódicos y vea por sí mismo la clase de publicidad que se me hace en este trabajo. La clase de refuerzo político que tengo. Compruebe la cantidad de gente que sabe que existo y las muchas personas a quienes importo un comino.

—Oiga. Yo sólo estaba bromeando.

—Nadie bromea conmigo sobre estas cosas, Kirk. Nadie en absoluto. ¿Y sabe por qué? Porque durante treinta años he estado

practicando una profesión que me ha dado mucho dinero pero que me ha llenado de tanta basura que nunca podré quitármela de encima. Cuando llegó este asunto lo acepté como el que toma un baño de vapor…, para limpiarme. ¡Y nadie me lo va a impedir!

Murray se dijo que aquel hombre estaba dispuesto a todo. Savonarola en el cadalso no se hubiera definido de un modo más categórico.

—Lo siento —dijo, tendiéndole la mano—. Lo tendré en cuenta.

LoScalzo miró la mano de Murray y luego levantó otra vez los ojos.

—¡Váyase! —le espetó con voz sorda—. Salga de aquí antes de que lo eche.

No fueron las palabras lo que más le hirieron. No fue tampoco el que rechazara su mano tendida. Fue la expresión de su cara. La misma expresión, se dijo Murray, que él debió adoptar cuando le puso, de repente, ante la cara, aquel bicho nauseabundo que acababa de sacar del jarro.

15

Aquella noche, la imagen distorsionada de LoScalzo no dejó de acosarle en una serie de horrendas pesadillas. De pronto, y cuando no parecía haber transcurrido más de un minuto desde que, decidido a no hacer caso de aquello, se había sumido a mil millas de profundidad en el olvido del sueño, el agudo timbrazo del teléfono le despertó con un sobresalto.

Era la señora Knapp. Al darse cuenta confusamente, por la claridad que llenaba el cuarto, de que era domingo por la mañana, Murray se dijo que la comunicación debía ser muy importante.

—Ayer, después de que se hubo marchado, hubo dos llamadas —le informó la señora Knapp—. Una era de la señora Donaldson, para recordarle que esta noche debe ir usted al estudio del señor Princip. Y añadió que le dijera que ya se ha ocupado del asunto, aunque no aclaró de cuál.

—Bien, ¿y la otra?

—Fue de George Wykoff, de Duchess Harbor, Staten Island —respondió la señora Knapp como si estuviera recitando una salmodia. Murray se despertó del todo, como por ensalmo—. Su número de teléfono no figura en el listín, pero me lo dijo para que Usted se ponga en contacto con él lo antes posible. ¿Tiene a mano papel y lápiz?

—Un segundo —repuso Murray reclinándose, con los ojos cerrados para considerar debidamente todo aquello. Sabía que muy posiblemente, uno de los avispados jóvenes de LoScalzo estaría en cuclillas entre una maraña de hilos telefónicos en las profundidades del «St. Stephen» escuchando cada palabra que hablaran. Claro que ya era demasiado tarde para otra cosa que no fuera maldecir la mala suerte del pescador que luego de atraer a su anzuelo a un pez de la categoría de Wykoff, verdadera ballena asesina entre un grupo de tiburones, lo único que podía hacer era quedarse allí con las manos atadas viéndole escaparse.

—¡Eh! ¿Me oye usted? —insistió la señora Knapp.

—Sí. En cuanto a ese número de teléfono, destrúyalo señora Knapp. Olvídese de él. ¿Está claro?

Una de las cualidades de la señora Knapp era que no se hacía preciso repetirle las cosas.

—Entendido. ¿Algo más, señor Kirk?

—No. Eso es todo.

El edificio en el que estaba el estudio de Alex Princip se hallaba frente al pequeño rectángulo del Gramercy Park. Con sus balconadas y sus barandillas de hierro forjado parecía recién traído en bloque desde Nueva Orleans. El estudio era lo suficientemente amplio como para servir de pista de baloncesto y cuando Murray entró en él lo encontró lleno de gente, de ruido y de humo. Era fácil distinguir a Alex entre aquella muchedumbre. Sobrepasaba en una cabeza a todos los demás, y su rostro ferozmente barbudo y brillante de sudor resplandecía como un faro en la niebla. Didi, desde luego, estaba junto a él.

—¿Qué es esto? —preguntó Murray—. Creí que se trataba de una pequeña reunión. ¡Pero si parece una convocatoria de los clanes!

—No me eches la culpa a mí, cariño —dijo Didi, concentrándose en un jarro de Martini que removía con mano práctica—. Invité a muy poca gente, pero todos han querido traer a alguien y no he sabido decir que no.

—Pues debías haberlo intentado. Admito que me siento halagado considerando que todo esto se ha hecho hasta cierto punto para mí, si bien hay veces…

—¡Oh, cállate! —exclamó Didi—. Y no tienes por qué sentirte tan halagado. La causa de todo esto es que tú lo pagas en vez de comprar un cuadro. Lo pondrán en tu factura del «St. Stephen» porque de allí ha venido todo. Colaboraron espléndidamente.

—¡Y tanto! ¿Está aquí Ruth?

—Te dije que estaría y está. Anda por ahí.

Se abrió camino por entre los reunidos en la dirección que Didi le había indicado y tardó unos inquietos minutos en localizarla. Por fin, la vio medio oculta entre un círculo de admiradores como era lógico y comprendió que estaría disfrutando de veras. Un par de

aquellos invitados le eren conocidos. Uno era Ted Holloway, el en otros tiempos productor de televisión. El segundo, un hombrecillo rechoncho con cara de gnomo, antiguo íntimo de Evan. Se había presentado a Murray la noche de la memorable reunión del vate en el West Side, llamándose a sí mismo simplemente The O'Mearagh, un poeta desconocido con mucho más talento que Evan, pero con menos ardor sexual.

—Eso es lo que me fastidia —le había explicado tristemente—. Estamos de vuelta a la época de los Maestros Cantores cuando éstos actuaban ante el conde y, si quiere perdonarme la expresión, se cepillaban a la condesa. Soy un hombre violentamente inclinado a la moderación.

Pero no hay lugar para las personas como yo en esta era neo-glandular.

Viendo a Ruth manejar a los componentes del círculo que la rodeaban, Murray comprendió que todo se hallaba bajo control. La fiesta se encontraba en esa fase en que los varones dispuestos a la acción estaban sopesando perspectivas, pero ninguno se atrevía todavía a iniciar nada. Su visión quedó momentáneamente interrumpida por un camarero al que reconoció como procedente del bar del «St. Stephen», quien, sosteniendo en alto una bandeja bien provista, discurría por entre los reunidos con la misma fluidez con que una anguila se desliza bajo el mar entre las algas. El camarero también lo reconoció.

—Bonita fiesta, señor Kirk —dijo bajando la bandeja—. ¿Toma algo?

—No, gracias.

El hombre que estaba junto a él manifestó:

—Pues yo, sí —y se sirvió un bocadillo. Luego volvió su rostro oscuro, bronceado y rubicundo hacia Murray—. ¿Kirk? —preguntó —. Creo que lo conozco. Usted trabaja para Frank Conmy, ¿verdad?

—Sí.

—Ya me lo figuraba. Me llamo Chipman. Joe Chipman. Yo era el que dirigía la agencia que contrataba las entrevistas radiofónicas de Frank. Lástima de hombre, ¿verdad? En fin, cuando su hora llegó era ya viejo.

Contestando a una cortés pregunta de Murray le explicó que

había vendido su agencia hacía un par de años para entrar en el negocio de la producción de películas independientes, con un socio en la Costa.

—Fue una decisión consciente —dijo—. Cuando tenía la agencia pasé tanto tiempo diciendo a los productores que el negocio del cine estaba en alza que, finalmente, me lo llegué a creer yo mismo. No tenía idea de lo acertado que estaba al hablar así.

Una mujer bonita, con el pelo gris, se acercó a ellos y mirando los restos del bocadillo que Chipman sostenía en la mano, dijo con aire de reproche:

—¡Oh!, Joe.

Chipman suspiró.

—Una esposa que cuenta calorías tiene los dientes más afilados que los de un reptil. Hannah, el señor Kirk es un auténtico detective privado. Si algún día ves que te sigue es que alguien sospecha de ti.

Hannah Chipman sonrió a Murray.

—Espero que no. ¿Es usted amigo de Alex, señor Kirk?

—No mucho —respondió Murray—. Más bien amigo de un amigo.

—Alex, el vulgar búlgaro —declaró Chipman—. Le conseguí su primer empleo diseñando escenarios para la United Televisión y creó verdaderas maravillas. Pero, ahora mírenle. Quizá usted no lo sepa, pero era un buen pintor antes de meterse con lo del Duco y otras porquerías que presenta como obras maestras.

—¡Oh, Joe! —exclamó su mujer.

—Eso es lo que son. Porquerías —insistió Chipman plácidamente —. Recuerda que me crie en New Jersey en una granja donde se criaban pollos aparte de un par de miles de reses Leghorn. Estuve barriendo basura suficiente como para conocerla muy bien cuando la veo.

—¿A qué ha venido a la ciudad? —preguntó Murray—. ¿Sólo para ver exposiciones de Arte?

—No. Estoy en viaje pagado. Lo mío son los tratos globales en los que forman bloque una estrella, un director y un guion, para lo que pido ayuda financiera. Los problemas hoy día son con los guiones. Estrellas y directores los hay a montones; en cambio no abundan los temas. Estoy rastreando Broadway hasta el último rincón con la confianza de que la MGM no lo haya ya comprado

todo, ¿comprende?

—Lo comprendo —dijo Murray—. Pero a juzgar por lo que veo, esta temporada le va a costar lo suyo hacer una película aceptable.

—¿Una película aceptable? ¿Quién ha hablado de películas aceptables? Despierte usted, amigo. Mire a su alrededor y contemple el magnífico mundo que nos rodea. Ahora no hay más que autocines. Ahí es donde va la juventud para poder hacer manitas en los coches, y también algunas familias para poder dejar al niño en la guardería mientras ellos echan un sueñecito. ¿Cree que a esa gente le preocupan las buenas películas? Lo único que quieren es que en la pantalla aparezca algo que les dé una excusa para ir allí.

—¡Cielos! —exclamó Hannah Chipman—. Ya estamos otra vez con lo mismo.

—Ahora que me acuerdo —intervino Murray—, conozco a alguien, estrictamente en cuestión de negocios, claro está, que prestó su apoyo a una obra titulada *El Tiempo Escapa* hace cosa de dos o tres años. ¿Ha oído hablar de ella?

—No sólo he oído hablar de ella, sino que tuve el placer de rechazarla cuando vinieron a venderme los derechos. No soy tan tonto. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por ninguna razón especial. ¿Cuánto cree usted que costaría producir una obra como ésa?

Chipman se encogió de hombros.

—Depende de muchas cosas. Ochenta mil dólares podrían ser una base de partida; pero tras añadir esto y aquello y lo de más allá, la cifra había aumentado considerablemente. Si quiere saberlo con exactitud, le basta con mirar el ejemplar del *Wall Street Journal* donde anunciaban la formación de la compañía. Ahí leerá las malas noticias con todo detalle. Lo que pasa al financiar una obra es que…

—Joe —recalcó su mujer—, si no cambias de tema de conversación me voy a poner histérica.

—¿No es una monada? —comentó Chipman—. Aborrece las charlas de negocios porque lo único que se habla en ellas es precisamente de negocios.

—¡Hablar, hablar! —exclamó Hannah Chipman—. Sabes perfectamente que no vas a comprar ningún guion decente con el que volver a la Costa.

—Quizá no —contestó Chipman—. Pero a lo mejor nos llevamos alguna otra cosa —tocó a Murray con el codo—. ¿Ha visto eso? —preguntó con aire misterioso—. ¿Se lo imagina en tecnicolor?

Murray miró en la dirección que le indicaba y pudo ver que se trataba de Ruth, quien con el ceño fruncido escuchaba atentamente una perorata de The
O'Mearagh.

—Es estupenda —repuso.

—Muchacho, tiene usted grandes facultades para la expresión —dijo Chipman—. Amigo mío, eso que ve usted ahí es mucho más que estupendo. Es algo capaz de conmoverle a uno hasta las fibras más íntimas. La vengo observando…

—Ya me he dado cuenta, querido —murmuró su mujer.

—… la vengo observando desde hace rato y mis ojos expertos de productor me dicen que hay ahí panoramas magníficos para quienes se interesen por ellos. ¿Cómo es posible que una mujer tenga ese aspecto de rosa a la orilla de un río y al mismo tiempo sea capaz de provocar semejantes vibraciones? Creo que voy a dejarlo para su psicólogo. Lo que a mí me interesa son solamente las vibraciones. ¿Las siente usted también? —preguntó a Murray.

—Tan claras como el sonar de una campana —especificó Murray. Y en seguida pensó que, aunque las reacciones de los Chipman fueran imprevisibles, quizá pudieran ayudarle a parar el golpe cuando se presentara ante Ruth—. ¿Quieren conocerla? —preguntó.

—Desde luego que sí —se apresuró a contestar Chipman volviéndose hacia su esposa con expresión de asombro—. ¿Qué te parece? Conoce a esa chica y está perdiendo el tiempo con nosotros. ¿Has visto semejante caso de autodominio?

—No, no he visto otro desde que te conocí a ti —repuso Hannah Chipman.

El círculo formado alrededor de Ruth concentraba ahora su atención en The
O'Mearagh,
situando a este en primer término. No le agradó la intrusión de los recién llegados, cosa que no sorprendió a Murray. Lo que sí le sorprendió fue el modo en que Ruth le saludó. Al estrechar su mano notó que ésta era cálida y amistosa y su voz sonaba muy amable y

animada al exclamar:

—¡Cuanto me alegro que haya venido! Tengo algo que decirle.

Al recordar el pánico que se había apoderado de ella cuando se separaron la última vez, y que seguía fijo en la memoria, hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Luego, al ver sus mejillas sonrosadas, sus ojos brillantes y el vaso vacío que tenía en la mano comprendió que los martinis explosivos de Didi serían sin duda los causantes de aquello. También quedaba claro que habían hecho su efecto en The O'Mearagh, aunque con resultado diferente.

—Gente del cine —espetó con expresión despreciativa después de haber efectuado las presentaciones. Y mirando con dureza a Chipman, añadió:

—¡Ah! Ustedes son quienes tienen a sus órdenes a los malditos mercenarios del arte. Y también a las aves de rapiña de la cultura.

—Por favor —repuso Chipman—. He intentado siempre ocultar eso a mi esposa. ¿Pretende ahora que ella y yo nos enfademos?

El objeto de su preocupación le dio unas palmaditas en el hombro para animarle.

—No te preocupes, querido. Procura ser un mercenario con éxito. Me encantará.

—Seguro —afirmó Chipman—. No seas súcubo. ¿O se dice un íncubo?

—Súcubo —aclaró Ruth—. ¿Sabe algo de Eduardo I? —preguntó a Murray—. Me refiero a Eduardo Plantagenet.

—Únicamente lo que he leído en los periódicos —admitió Murray perplejo ante aquel cambio de ritmo. Tomando el vaso que ella sostenía en su mano insegura, añadió—. ¿Cuántos de éstos se ha tomado ya hoy?

—¡Oh, dos o tres! —respondió Ruth con ligereza—. Hemos estado hablando de Eduardo. The O'Mearagh planea una extensa obra sobre el asesinato de los bardos celtas al parecer ordenado por Eduardo, y yo le he dicho que esa historia está muy desacreditada desde hace tiempo. Es tan falsa como las tonterías que se dicen de Ricardo III.

—Conozco a Ricardo III —declaró Chipman—. Fue el que hizo

matar a aquellos niños en la Torre…, el cochino íncubo.

—Él no lo hizo —dijo Ruth.

—Perdone usted —intervino The O'Mearagh acalorado—, pero sí lo hizo. Voy a manifestar mis principios con toda franqueza. Estoy contra la justificación de los malvados que intenta esa cuadrilla de asnos académicos empeñados en glorificar a la maldita Corona inglesa, y que están arrancando el corazón al cuerpo inmortal de la literatura. Eso es lo que hacen y nada más.

Chipman levantó una mano con aire autoritario.

—No se admite la objeción —dijo.

The O'Mearagh daba la impresión de estar rascando el suelo con los pies, tal era su cólera.

—¿Qué diantre quiere decir con eso? —preguntó—. ¿En qué bando figura usted, señor?

Chipman señaló a Ruth.

—En el suyo; en el que debe figurar todo americano con sangre en las venas.

Y le aseguro que, no importa cuanto lo merecieran aquellos niños en la Torre, puede estar seguro de que Ricardo nunca se atrevió a ponerles la mano encima. ¿Por qué? Pues porque su abuela no se lo hubiera permitido. Pregúntele a mi suegra y ella se lo contará.

—Joe —intervino Hannah Chipman fríamente—. Eso no tiene ninguna gracia.

—¡Gracias! —exclamó The O'Mearagh—. Es pura charlatanería. Y —añadió, mirando a Chipman con ojos feroces— si no sabe usted lo que dice, señor, más vale que se calle.

Chipman respiró hondo.

—¿Quiere salir a la calle y me repite eso?

—Claro que sí.

—Bien. Pues salga y repítalo. Entretanto, yo me quedaré aquí hablando de mis cosas con esta guapa intelectual que a lo mejor…, y digo a lo mejor, me interesa para una prueba ante las cámaras. ¿Qué le parece? —preguntó a Ruth—. Igual da resultado como no, pero desde luego, no existe el menor compromiso. Todo cuanto deseo son unos metros de película para ver si la cámara sabe también captar las vibraciones. ¿Le interesa?

—Tengo curiosidad —dijo Ruth—, pero no verdadero interés. Bueno. En realidad eran sus sobrinos, no sus hijos.

—¿De quién habla? —preguntó Chipman extrañado.

—¡Oh!, ya sabe. De los príncipes enterrados en la Torre. Pero eran sobrinos de Ricardo, no sus hijos. Del modo en que se presentaba la sucesión al trono…

The O'Mearagh, que había estado hasta entonces sumido en sus recónditos pensamientos, tiró de pronto de la manga de Chipman.

—Oiga —le dijo con una voz tan fuerte que todas las cabezas se volvieron hacia ellos—. Creo que me ha insultado usted gravemente. ¿Quiere reconocerlo como un hombre?

—No —respondió Chipman sin rencor—. Soy un cobarde de nacimiento, y nunca insulto a nadie excepto a niños y a viejas. A viejas pequeñitas —añadió poniendo su mano a un metro del suelo para ilustrar mejor lo que acababa de decir.

The O'Mearagh continuó, obstinado:

—Le acabo de decir que me ha insultado gravemente y eso no me gusta. Y no me gusta en particular cuando procede de un gordo baboso y sin redaños como usted, apestando a ese cementerio que es Hollywood. ¿Qué le parece?

Murray no esperó a oír la respuesta de Chipman. Lo último que pudo ver mientras agarraba de la mano a Ruth y la sacaba del centro del tornado fue un cuadro realmente notable. El puño de The O'Mearagh pasó sin causar efecto junto al bien almohadillado hombro de Chipman mientras casi simultáneamente un enorme bolso de piel impulsado por el brazo de Hannah Chipman descargaba un golpe resonante en el rostro asombrado de The O'Mearagh. Por si fuera poco, el bolso se abrió por causa del impacto y todo cuanto contenía se esparció por los aires.

Quizá Hannah no se habrá dado cuenta de ello, pensó Murray, pero nadie hubiera podido descargar un golpe más adecuado en defensa de Eduardo I.

16

Fuera de la casa se extendía un mundo helado y vacío al que daba vida un viento cortante bajo el cual los árboles desnudos a lo largo del bloque se agitaban al unísono. El viejo farol se balanceaba pendiente de su soporte, produciendo un rumor chirriante.

Murray se detuvo en la acera al pie de la escalera, y dijo:

—Pare. ¿Es que quiere coger una pulmonía?

Ruth se detuvo obedientemente empezando a abrocharse el abrigo. Él percibió el calor de su cuerpo como si lo rodeara. Tenía la cara peligrosamente cercana a la suya y la única defensa que podía montar contra todo aquello era fruncir el ceño, abrocharse el abrigo con aire de brusca eficiencia y portarse como un amistoso, pero indiferente varón que cuidara de su hermanita.

—¿Sigue pensando que es mejor caminar? —preguntó—. Hay mucha distancia desde aquí hasta su casa con un tiempo como este, y tengo el coche aparcado ahí, a la vuelta de la esquina.

—Prefiero andar. El tiempo es maravilloso. Lo hace aparecer todo como una noche de Walpurgis —miró a las nubes que desfilaban por delante del rostro de la luna—. ¿Lo ve? Parece una bruja volando por los aires.

—Si así fuera, ya la habría detectado el radar y no llegaría más allá de Long Island sin que la echaran abajo como un ave supersónica.

—Me ha estropeado la imagen —dijo Ruth. El ruido de sus altos tacones marcaba el rápido compás de sus pasos conforme ambos proseguían calle abajo. Él observó que se mantenía cuidadosamente apartada de su lado—. Fuera con el radar. Abajo con todo cuanto intente acabar con las brujas, los duendes y otras cosas sobrenaturales. Si mamá no anda con precaución puede dar un trompicón. Canturreó alegremente mientras salvaba un trecho de pavimento averiado. Luego dejó escapar una breve exclamación:

—Pobre mamá. Pero no es culpa mía. Porque aquí hay más baches que pavimento.

—Eso debería servir de aviso a su pobre madre —se burló Murray—. Aunque no me extrañaría que al final le ocurriese algo. Porque una mujer que deja a su hija ir por ahí borracha hablando de brujas…

—Si no sabe lo que dice, ¿quiere dejar de hablar tonterías? Yo no ando con brujas ni estoy borracha. Tengo un hígado muy activo que se porta de acuerdo con el alcohol que ingiero, de modo que me es imposible emborracharme. Lo que ocurre es que cuando bebo veo las cosas un poco como a través de un cristal brillante. No hay nada malo en eso, ¿verdad?

—Nada —respondió Murray mirándola admirado—. Suena como un estado ideal.

—Eso es exactamente —repuso ella suspirando cual si recordase algo muy agradable—. ¡Qué noche! ¡Qué noche más perfecta! Desde que entré ahí no he cesado de hablar y he disfrutado de la reunión hasta el momento en que esos dos se pegaron. Me sentía como si llevara almacenados cinco años de charla y tuviera a toda aquella gente tan simpática y alocada para escucharme y discutir. Me gusta la gente que discute, ¡demonio! Aborrezco a los tipos melosos que sonríen y dan palmaditas en la cabeza en vez de presentarse tal como son.

—Ya me he dado cuenta. A propósito, mientras tenían lugar todos aquellos apretones de mano…, ya sabe, antes de que empezaran los fuegos artificiales, me dijo que deseaba comunicarme algo. ¿Qué era?

Ella reflexionó y movió la cabeza como si no recordara.

—No lo sé. En efecto, quería decirle algo ¡pero ya me he olvidado! ¡Qué fastidio!, ¿verdad?

—Terrible. Pues hable de cualquier otra cosa. Quizá así recuerde de qué se trataba.

—¿De qué podemos hablar? —preguntó ella riendo y luego tuvo un poco de hipo—. ¡Oh, Dios mío! —dijo alarmada—. Ahora tengo hipo. Todas las cosas suceden al mismo tiempo.

Habían llegado a la Cuarta Avenida. Ella se sujetó con ambas manos al buzón de correos que había en la esquina mientras la sacudía una risa incontenible y violenta, entremezclada con un hipo terrible.

—¡Todo a la vez! —consiguió finalmente exclamar—. Mente,

cuerpo y alma. Me siento como uno de esos cuadros de Alex. ¿Cuál es su opinión sobre ellos?

—Me recuerdan la vida en una fábrica de linóleo —respondió Murray—. Ya sabe que el tratamiento adecuado en casos de hipo es darle al paciente unos golpecitos en la espalda. Suponga que yo…

—No lo hará. Y no intente salirme con cualquier otro remedio casero. Son los remedios los que matan, no el hipo. Además, ya se me ha pasado. O por lo menos así lo creo —se puso firme con los ojos cerrados y luego aspiró aire con precaución—. En efecto, el procedimiento del avestruz siempre da buen resultado. Si cierra los ojos a una cosa, ésta desaparece.

—Puede que sí. ¿O habrá sido el hablar de los cuadros de Alex?

—No. O al menos yo no los he mencionado con esa intención. Me dijo que hablara de cualquier cosa y por eso lo mencioné. Pero usted tendrá que cooperar. ¿Qué le parecen algunas profundas y vitales opiniones sobre el tema?

—No seré yo quien las diga —protestó Murray. Cuando torcieron hacia el sur, a lo largo de la avenida, el viento les daba de espalda y él notó, agradecido, que el color volvía a sus ateridas facciones—. ¿Qué le hace pensar que tengo opinión sobre eso?

—¡Oh! —exclamó Ruth como al desgaire—. La señora Donaldson seguro que las tendría.

Él la miró a la cara, pero sólo vio en ella un aspecto de total inocencia. Demasiada inocencia, pensó.

—¿A qué viene hablar de la señora Donaldson?

Ruth movió la cabeza.

—Lo siento. Se me ha escapado. No debí haberlo dicho.

—Déjese de recriminaciones. ¿Qué pasa con ella?

—Pues realmente nada. Solamente que me confió…, y estoy hablando de memoria, que usted posee un gran caudal de profundas y vitales opiniones. Que es una especie de ángel cultural volando de un lado a otro poseedor de la Palabra. ¿O acaso no lo sabía?

—Claro que sí —dijo Murray con cierta aprensión—. Lo que no sabía era que ustedes dos hubieran tenido la oportunidad de intercambiar comentarios sobre eso. ¿Cuándo ha sido?

—En la sala de exposiciones, esta misma tarde. Cuando vino para invitarme a la fiesta. Y debo confesar honestamente que por el modo en que la describió, más parecía una conmemoración de Evan

Griffith que una fiesta. Me insinuó de manera muy clara que el precio de la entrada era visitar la sala de exposiciones antes del acontecimiento principal y dedicar unos cuantos cumplidos a Alex. Naturalmente acepté. Sabía que el siguiente paso sería dirigirse a mí, llevarme al rincón y estar hablando durante una hora sin parar. Y casi todo lo que dijo le concernía a usted.

—¿Bueno o malo?

—Un poco de todo. ¿Sabía que tiene una personalidad fragmentada y extraordinariamente vulnerable?

Murray dio un paso atrás.

—Supongo que se trata de una cita directa, ¿verdad?

—Palabra por palabra. Dijo que Evan Griffith era igual, así que se encuentra usted en buena compañía. Me dio toda una conferencia sobre Evan. Al parecer su tarea ha consistido en ser su madre, mimarlo y cuidarlo, a cambio de lo cual le cabía esperar un puntapié, de cuando en cuando. Realmente delicioso.

—Pues a mí no me pareció que le importara demasiado —expresó Murray—. En lo que a eso respecta, no hay mucha diferencia con Alex. Ella parece estárselo pidiendo.

—Lo sé. La he visto con él en la sala de exposiciones y me dejó helada. Tan terriblemente posesiva, y ansiosa de intervenir en todo, y él…, bueno, en realidad no era brutal, pero no dejó de empujarla para que le dejara tranquilo. Era patético. Sí, patético. ¿Es que esa mujer no tiene orgullo? ¿Es que no se da cuenta de lo triste que resulta su comportamiento?

—Aunque lo supiera no habría ninguna diferencia. Oiga, mientras las dos hablaban como dos comadres, ¿dijo algo de ese Donaldson con el que ha estado casada?

—Solamente lo suficiente como para dejarme entrever a una especie de exmarido al que mantenía a distancia. ¿Por qué? ¿Qué hacía? ¿Pegarla continuamente?

—Algo peor —subrayó Murray—. Parece ser que ella lo dejó aniquilado con una acusación de adulterio. No. No bromeo —añadió, en respuesta a la mirada suspicaz de Ruth—. Atrapar a su marido en la cama con otra mujer le hizo más daño que un puntapié en los dientes. Es la opinión de un experto. En mi trabajo hay que ser todo un experto en cuestiones de adulterio, cualquiera que sea la clase y el estilo.

—Es lo que he oído decir —repuso Ruth. Y algo en su tono crispó todavía más unos nervios ya alterados por lo ocurrido con LoScalzo.

—Desde luego, es todo un asunto —prosiguió Murray—. El mismo en el que están metidos Ralph Harlingen o Arnold. Viajamos en la misma barca sea cual sea el tipo de licencia que nos mantiene en activo. ¿No sabía usted que hay que tener una licencia para poder actuar como agentes en Nueva York?

—No he pensado nunca en eso. Y no comprendo tampoco por qué se ha puesto tan malhumorado. Yo únicamente he hecho una broma sin importancia…

—En tal caso, olvídelo.

—¿Por qué me está diciendo siempre que olvide cosas? —preguntó Ruth irritada—. Quiero que entienda…, pero bueno, no importa. Hablemos de la señora Donaldson. Era mucho mejor compañía para mí de la que es usted en estos momentos. Debo decir eso en su favor.

Él se dio cuenta de que Ruth tenía el poder de apaciguarlo con tanta rapidez como era capaz de encolerizarlo. Y no resultaba una comprobación desagradable.

—De acuerdo —dijo—. Venía de una familia modesta de Texas que cuidaba cabras, y cuando hubo cumplido dieciséis años, no aguantó más ni a su familia ni a las cabras, así es que se marchó con la ilusión de casarse con un millonario. Naturalmente fue a parar a Dallas.

—Claro. Y Donaldson era el millonario. Una cabra de diferente color.

—¡Y que lo diga! Pero era el tipo que le convenía. Trabajó en su despacho, y él empezó a demostrarle un interés paternal que luego se transformó en otro distinto y que acabó una noche en que los dos se emborracharon y salieron de estampida para casarse. Lo más divertido fue que ella no era ninguna belleza capaz de ganar un concurso. No poseía ni la fracción del atractivo que tiene ahora, pero aun así, se casaron. Según ella, fue porque todavía era virgen y él llegó a la conclusión de que no conseguiría nada si no era casándose. Los tipos como Donaldson son muy buenos para una *primae noctis*, si es que sabe a lo que me refiero. Pueden conseguir a la mujer que quieran, si bien sólo se les hace la boca agua ante

una fruta todavía no cogida en la rama del árbol. Y el que la fruta sea una chiquilla boba de sólo dieciséis años no importa en absoluto. O, por lo menos, no importó en ese caso.

»Sea como fuere, ella asegura que todo marchó perfectamente durante algún tiempo. Se esforzó en representar su papel de mujercita atildada como las que se ven en los anuncios de las revistas, y no resultó difícil porque tenía todo un equipo de criados mejicanos que le hacían todo el trabajo. Él era el marido cariñoso que parecía disfrutar enormemente con todo aquello. Lo que, desde luego, su mujer no sabía por aquel entonces era que cuando se marchaba de casa por algún negocio, y siempre estaba lleno de negocios, éstos no eran otra cosa que mujeres.

»No lo descubrió hasta que vinieron a Nueva York y él empezó a hacer alardes. No sé si no le importaba que ella se enterase o si pensó que nunca lo averiguaría; pero se hizo difícil no darse cuenta. Lo único que ella lee de los periódicos son las secciones de chismorreos, y su marido era de lo más conocido en dichos círculos. No se comportaba de un modo que pudiéramos llamar discreto por lo que respectaba a sus amores.

»Así es que un día, sin decirle palabra, ella salió de casa y se procuró el teléfono de un abogado, sacándolo del listín de una cabina. Tuvo la suerte de que se tratara de uno utilizado por nuestra agencia, y así es como la conocí. Yo estaba con ella y el fotógrafo cuando Donaldson fue cogido in fraganti. Y vi el efecto que le produjo. Peor que una patada en los dientes.

—El caso es que no le duró mucho —especificó Ruth—. Al parecer se ha recuperado muy rápidamente.

—No estoy de acuerdo. No se recuperó. Y aquello fue lo que la convirtió en lo que es ahora.

Ruth dijo cáusticamente:

—Sea como quiera, en los momentos actuales, adora a los hombres. Se hace pedazos a fuerza de amor y devoción. Si averiguar que su marido la era infiel realmente significó algo para ella, hubiera debido obrar en sentido opuesto, ¿no le parece? La habría hecho aborrecer al género masculino.

—No —replicó Murray—. Nada de eso. Se trata de una bonita teoría, pero que no encaja en el comportamiento de la señora Donaldson. Lo único que ella aborrece es a sí misma. Sin duda me

trataría de mentiroso si le dijera esto a la cara, mas es la pura verdad. En el fondo de su corazón se siente un ser fracasado. Cree que se esperaba algo de ella, quizá en el terreno sexual o en el intelectual, quién sabe, que no supo aportar durante su matrimonio. Por eso lo que hizo con Griffith y lo que está haciendo ahora con Alex es compensarse. Escoge a un hombre al que admira y se empeña en demostrarse a sí misma que puede ser la perfecta compañera. La mujer indispensable. Eso es lo que consiguió Donaldson. Despojarla de todas sus defensas.

Ruth le miró curiosa.

—Usted la aprecia mucho, ¿verdad?

—No lo sé. Me causa pena. ¿Y cómo puede realmente quererse a alguien que causa pena?

Estaba deliberadamente apuntando a su blanco, teniendo fijo en la mente el lazo que la unía con Lundeen, sintiendo la necesidad de romperlo y de lanzar a Lundeen al abismo. Aquella idea le dominaba como un hambre física. En cambio, Ruth sólo siguió mirándole apreciativamente, con el lado de su boca marcado por la cicatriz curvándose en una tenue y expresiva sonrisa.

—Una personalidad completamente fragmentada —manifestó por fin. Y él sintió que acababa de errar completamente el blanco.

—Gracias —dijo— y también vulnerable. No se olvide del vulnerable.

—Sí, vulnerable —repitió ella.

Durante el resto del camino hacia su casa, Ruth permaneció como perdida en sus pensamientos. Murray se preguntó cuáles serían, pero no se atrevió a averiguarlo. Fue un paseo silencioso, aunque no desagradable para él, porque al cruzar la calle en Union Square, bajo los faros amenazadores de los últimos coches, la tomó, del brazo y ella no lo retiró ni hizo objeción alguna. Se dijo que hasta cierto punto la había poseído físicamente y no pudo evitar el sonreír interiormente al pensar en lo que Frank Conmy hubiera opinado sobre aquel juego del amor tan peculiar que estaba desarrollando y el modo tortuoso en que se veía obligado a obrar, avanzando dificultosamente un paso tras otro.

Frank había mantenido siempre, y al manifestarlo usaba la

terminología anglosajona, que únicamente había una pregunta que formular a una mujer cuando se sentía algo por ella. La interrogada sólo tenía que contestar sí o no, quiero o no quiero. Nada de idas y venidas sin ton ni son, ni solos de guitarra bajo la ventana, ni paseos de coche por el parque tras un maloliente caballo, sino solamente sí o no, y al diablo con todo si es que contestaba negativamente. Según Frank, el amor era un impulso biológico al que se le había puesto una etiqueta muy bella. Algo inventado por quienes se dedican a escribir música popular o anuncios que les ayuden a vender su mercancía. Y quien dudara de ello debería ser encerrado por su propio bien, evitando así que alguien le pusiera un anillo en la nariz y lo llevara al matadero como un buey.

Debido a que Frank no admitía fácilmente que discutieran sus opiniones personales y también porque aquella opinión en sí misma parecía tener bastante lógica, Murray no se había preocupado de contradecirle, aceptándola simplemente por lo que pretendía ser, es decir, sabiduría proferida en beneficio de un discípulo. Sin embargo, al pensarlo ahora y recordando el aspecto que Frank tenía al hablar, con el amplio rostro cubierto de un velado sonrojo, con una mano volteando al coñac en su copa Napoleón y la otra cortando el aire con rápidos movimientos para subrayar un punto, mientras su voz resonaba elocuente, todo aquello le resultó algo penoso. Quizá Frank estuviera expresándose con sentido común; sin embargo, la presión del brazo de Ruth que sentía ahora le hizo considerarlo como algo impertinente, mezquino y lastimoso, que le causaba pena, una pena que no podía eludir. ¡El buen Conmy con sus filosofías!, reflexionó Murray inquieto.

Al llegar a la puerta de la casa, Ruth removió en su bolso buscando la llave. De pronto miró a Murray y le dijo:

—¿Sabe usted? Debo reconocer que hay algo de verdad en esas cosas de Freud. Me refiero a olvidar lo que subconscientemente se desea olvidar. Es lo que me ha pasado con lo que le quería decir en la fiesta. Acabo de acordarme de qué se trataba.

—Ah, muy bien. Pero si es algo de lo que no desea hablar…

—Sí que deseo hablar. Lo deseo de veras. Se trata de la última vez que usted me trajo a casa… y en cómo me porté. Luego me sentí fatal y no supe cómo pedirle perdón. Quería llamarle por teléfono, mas cada vez que lo intentaba empezaba a preguntarme

qué diría y volvía a colgar. Lo mismo que cuando le vi en la fiesta. Todo empezó muy bien, pero después, cuando se me presentó la oportunidad, mi cerebro quedó en blanco. Ahora no estoy en blanco, gracias a Dios, y puedo decirle que me he portado muy mal y que le debo una excusa.

El viento frío le fustigó empujando unas cuantas hojas secas que le rozaron los pies. Permaneció allí mirándola, caldeado por un maravilloso aceleramiento de su circulación sanguínea.

—Lo más curioso —confesó— es que yo estaba pensando más o menos lo mismo, convencido de que la culpa era mía.

—Pues no.

—Entonces, ¿qué pasó?

—No lo sé —hablaban con voz susurrante, a tono con la noche, juntos en el umbral de la puerta, y una pareja al pasar los miró con interés. Ruth esperó hasta que se hubieron alejado y luego añadió medio enfadada:

—Supongo que tuve miedo. Pero ¿qué importa ahora?

—Nada mientras no lo tenga ahora. ¿Lo tiene?

—Sí.

—¿Miedo de mí?

—Sí. Oh, no sé. ¿Por qué se toma tan en serio todo lo que digo? Ya le conté que era como una *Walpurgisnacht*[1]. Todo me parece entremezclado y confuso. Y eso que no he bebido mucho. Es evidente, ¿no cree?

Él le puso las manos en los hombros y la movió suavemente.

—¿Tiene miedo de mí?

—Oh, por favor —repuso ella; pero no puso ninguna resistencia a sus manos ni las rechazó como él había esperado.

—¿Lo tiene? —insistió Murray.

—No.

—Bien. Entonces, ¿cuándo volveremos a vernos?

—¡Imposible! —exclamó, alarmada—. No me hable de este modo, como si estuviéramos citándonos o algo parecido. ¿No comprende?

—El martes es un buen día para mí —dijo Murray—. No tengo ningún compromiso para la tarde. Podríamos vernos cuando termine con la escuela. La vendré a buscar. Cena, teatro y mucha conversación. ¿Qué le parece?

—Suena como todo lo que ha estado pasando esta noche. No significa nada y por ello no le presto atención.

—Escuche. El martes es el mejor día. La recogeré en la escuela.

—No quiero que aparezca por la escuela.

—Entonces nos vemos aquí a las siete.

—¿Es que no hay modo de hacérselo entender? —preguntó Ruth extrañada.

—No, a menos que estemos un rato sentados los dos juntos tratando de ordenar nuestras ideas. Podríamos hacerlo el martes.

—Es que no sé siquiera si estaré libre. Además, siempre puedo llamarle, ¿no cree? Si existe algún modo de poder arreglar esto…

Era una oportunidad que había que atrapar al vuelo.

—Sabe de antemano lo que va a ocurrir —subrayó Murray—. Tomará el teléfono y lo volverá a dejar, y eso puede llegar a alterar mucho sus nervios. Es mejor que lo dejemos bien puntualizado.

—Lo que usted quiere es que lo dejemos puntualizado a su manera —dijo Ruth resignada—. Bueno. Bien. Si es tan testarudo…

Walpurgisnacht, pensó Murray cuando ella hubo entrado y la puerta se cerró. La perspectiva era buena.

17

El martes por la tarde a última hora, la señora Knapp entró en el despacho de Murray para decirle que ya tenía los billetes para el teatro y que una mesa para dos quedaba reservada en «Le Pavillon». También le dijo que George Wykoff había estado telefoneando a intervalos regulares deseando saber del señor Kirk y de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué le ha dicho usted? —preguntó Murray.

—¡Oh! Pues que estaba usted ocupado.

Por el tono de su voz me pareció que le sentaba muy mal.

—Tiene mala suerte —profirió Murray.

Luego le describió lo más importante de su charla con LoScalzo.

—Por lo que veo, no tenemos opción, ¿verdad? —preguntó la señora Knapp—. Si vuelve a telefonear ya me encargaré de él. Le diré que está usted fuera de la ciudad o algo por el estilo. ¿Sabía que un par de agencias serán llamadas a declarar en Albany la semana que viene, acusadas de haber grabado ilegalmente algunas conversaciones telefónicas?

—No. ¿Quién se lo ha dicho?

—Alguien del Inter-American se lo ha contado al señor Strauss. Por desgracia, los acusados no son competidores, sino un par de pequeñas empresas. Por ello, ya se puede imaginar el revuelo que esto armará en Albany. Allí no distinguen entre una agencia y otra. Creo que es el peor momento para meternos en líos.

—Para esas cosas cualquier momento es malo.

En su camino de regreso al «St. Stephen» con el fin de vestirse para la cena, compró un periódico nocturno, y mientras permanecía sumergido en la bañera lo leyó empezando por las tiras cómicas y pasando luego por la sección de deportes hasta acabar en la columna de «Problemas Humanos» de Marie Zinsser, muy prolongada y llena de peroratas psicológicas de las que cabía

deducir que cualquiera que escribiese pidiendo consejo era culpable de algo, sin lugar a dudas.

La primera carta le produjo una impresión familiar.

> *Estimada doctora Zinsser:*
>
> *A los pocos días de haber vuelto de nuestro viaje de luna de miel, mi marido me comunicó su deseo de que su madre viviera con nosotros por algún tiempo. Aunque se trata de una mujer desagradable y autoritaria dije que bueno, pero lleva ya tres años en casa, y soy tan desgraciada que me quisiera morir. ¿Cómo puedo hacerle entender a mi esposo que es un error el que su madre viva con nosotros mientras podría hacerlo perfectamente ella sola?*
>
> *Edith*

Murray leyó la respuesta, sintiéndose fascinado.

> *Querida Edith:*
>
> *Cuando habla de «error», ¿no se referirá a un error suyo? Las vidas de otras personas están involucradas en ello, como usted bien sabe, y me temo que el inconsciente antagonismo que late en usted le impida tenerlo en cuenta. Uno ha de entender muy bien sus propias motivaciones antes de…*

Murray tuvo que admitir que la respuesta encajaba perfectamente en la gran tradición de la Zinsser.

Mientras se arreglaba, puso el disco de «No puedo empezar la acción» de Berrigan, accionando el dispositivo para la repetición. Consideró brevemente lo que dirían sus vecinos, pero después dejó de pensar en aquello y aumentó el volumen del tocadiscos. En el piso superior del «St. Stephen» había sólo dos viviendas: la suya y otra ocupada por un matrimonio, un contralmirante y su mujer, dotados de un oído muy fino que compensaban con cierto sentido del humor. Toleraban que un mismo disco fuera tocado tres veces a todo volumen, y luego llamaban con los nudillos a la puerta protestando, aunque sin perder los estribos. Cuando Murray abría, el vecino o su esposa decían: «¡Vaya con la música!». A lo que él

contestaba invariablemente: «A la orden de usted», tras de lo cual bajaba el volumen.

Murray se dijo que ahora necesitaba música ruidosa y una buena bebida. Un viejo lobo de mar apreciaría su estado de ánimo si supiera la razón. Murray se sirvió la bebida, se tomó la mitad y se llevó el resto al dormitorio como soporte en tanto acababa de vestirse. Al ponerse los puños de la camisa ideó mentalmente la carta que hubiera dirigido a la doctora Zinsser.

> *Querida doctora Zinsser:*
>
> *Soy un tipo romántico apasionadamente enamorado de una chica que se imagina estar comprometida con un policía procesado por perjurio. Dígame usted, ¿cree que tengo derecho a esperar un regalo de boda de un hombre que está en la cárcel?*

La conocida llamada sonó justo cuando Berrigan había terminado de cantar por tercera vez su triste melodía y mientras Murray seguía intentando imaginar la contestación que le daría la Zinsser. Fue hacia la puerta marcando el paso de la oca y la abrió de golpe al tiempo que decía:

—¡A la orden de usted!

El hombre que estaba ante él se le quedó mirando mientras parpadeaba incrédulo. No era el almirante, sino un chófer con librea oscura que retenía con ambas manos su gorra, junto al pecho. Un hombre pequeño y robusto, una cabeza más bajo que Murray, con un rostro algo ajado, pero vivo, y unos ojos negros como botones.

—¡Vaya! —exclamó Murray—. Lo siento. Pensé que era otra persona.

—Me llamo Caxton, señor —dijo el chófer— y trabajo en la Clientele Limousiene Service. ¿Es usted el señor Kirk?

—Sí, pero probablemente no el Kirk que usted busca. Yo no he pedido ningún coche.

El otro miró con asombro por encima del hombro de Murray hacia el interior del piso.

—¿No hay alguien ahí que pueda haberlo pedido?

—No. Puede ver por sí mismo que no hay nadie más.

—Entonces, gracias, señor Kirk —dijo Caxton, y en el momento

en que pronunciaba aquellas palabras Murray comprendió que había sido sorprendido de la manera más tonta.

La verdad es que nada podía hacer ya ni había tiempo para reproches. Porque el otro, echando la gorra hacia un lado, había descubierto la pistola que sostenía con la diestra y cuyo cañón apuntaba directamente al vientre de Murray. Era una pistola de aspecto muy feo, incrementado, en lo que cabía, por un corto cañón de dos pulgadas.

—¡Vamos! —ordenó Caxton—. ¡Entre!

Murray obedeció. Era la primera vez en su vida, incluyendo el tiempo que estuvo en el servicio militar, que se había visto encañonado por un arma de aquel modo. La visión de la pistola le quitó todo su valor, dejando en su lugar solamente una enfermiza e inútil cólera. Caxton lo siguió hacia el interior, cerrando de golpe tras sí con el pie. Frunció el ceño disgustado al oír el tocadiscos.

—Quite eso. ¿Cómo puede soportar ese escándalo?

Murray desconectó el tocadiscos y se enfrentó otra vez a la pistola. Se le ocurrió entonces que, si el otro hubiera deseado realmente utilizarla, le hubiera gustado que hubiera el mayor ruido posible para atenuar el estampido del disparo. Aquella idea tuvo la virtud de conferirle un poco de ánimo.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó—. ¿Quién le ha mandado venir aquí?

—Nadie me ha mandado nada, señor Kirk. Y si cree que soy un malhechor, o algo por el estilo, se equivoca. Ejerzo una profesión legal. Tengo seis «Cadillac» y diez muchachos en la nómina, y voy a medias con otro que tiene un bonito garaje. Todo legítimo, ¿no cree?

—Desde luego —respondió Murray—, y, sobre todo, la manera que emplea para obtener clientes. ¿Quién posee la otra mitad de ese garaje? ¿George Wykoff?

—Quizá sí, quizá no —contestó Caxton tranquilamente—, pero quienquiera que sea, debo decirle que el señor Wykoff es un buen amigo mío. De esa clase de amigos que cuando le dicen a uno: «Quiero hablar con un tal señor Murray Kirk», yo me siento muy contento de poderle facilitar una entrevista. Hacerle un favor, vamos. El señor Wykoff tiene muchos amigos como yo. Hace unos días le preocupaba que un tal señor García, un gordinflón que tiene

un bar de comidas en la Octava Avenida, se estuviera portando de modo algo misterioso en algunos aspectos. Anoche uno de esos amigos se enfadó con García y tuvo unas palabras con él. Este se encuentra ahora en el hospital Montefiore. Se lo digo por si quiere ir a verle y llevarle una caja de bombones.

«De modo que —pensó Murray— aquello era lo que había originado su propina de cinco dólares al pequeño portorriqueño de rostro triste y sonrisa permanente».

—Podían haberlo dejado tranquilo —replicó con ira—. Él no sabe nada.

Caxton se encogió de hombros.

—Eso es lo que dijo, pero yo no tengo por qué preocuparme, señor Kirk. Se lo he mencionado sólo para que se dé cuenta de cómo funcionan las cosas. Y ahora, ¿qué le parece si se pone el abrigo y nos damos un paseíto hasta Staten Island? Tengo el coche abajo.

—¿Qué pasa si me niego? ¿Me va a matar y llevar mi cadáver a Wykoff? Creo que le gustará más que siga vivo y podamos hablar.

—¡Oh!, si eso le preocupa… —manifestó Caxton. Y entregó la pistola a Murray, quien la tomó con aire incrédulo—. No está cargada. Yo siempre he creído que quien lleva una pistola cargada sólo puede esperar que se dispare cuando menos lo piense. En cambio, de este modo, es muy útil para que la gente escuche cuando uno le habla.

Murray abrió el arma y comprobó que no llevaba cargador. La dejó a un lado, sintiendo la alegría de quien se dispone a iniciar un combate. Lo que ocurrió a continuación fue difícil de entender. No había hecho más que mirar a Caxton y disponerse a atacarlo cuando se encontró tendido de espaldas con la cabeza casi en las cenizas de la chimenea, sintiendo el gusto salado de la sangre en la boca. Caxton se erigía como un coloso sobre él mirándole con aire compasivo.

—Cuanto más altos, peor —comentó—. Suelen tener la mandíbula de cristal. De todos modos, no se lo tome demasiado a pecho, señor Kirk. Si lee el palmarés de Billy Caxton, verá que gané por quince fueras de combate en treinta y seis encuentros. Y siempre con oponentes de categoría. En mis tiempos fui un peso gallo muy bueno.

Murray se volvió de lado, apoyándose en un codo mientras con el otro brazo se agarraba a las botas de Caxton. Este se hizo atrás y a continuación le propinó tal puntapié en las costillas que le quitó la respiración y le dejó un vacío en el pecho que en seguida fue ocupado por un dolor de consistencia acuosa.

—Maldito hijo de perra —expresó Caxton con voz tranquila—. ¿Se ha dado cuenta de por qué no necesito ninguna pistola ni con usted ni con tres idiotas más que me atacaran?

Observó en silencio cómo Murray se incorporaba tambaleándose, apoyándose en la rejilla de la chimenea. Luego dijo:

—Por si acaso no se ha dado cuenta todavía de lo que pasa, le hablaré de otros dos amigos del señor Wykoff. Me parece que le puede interesar. Esos dos amigos dejaron sus coches detrás del de usted cuando el sábado por la noche en el Gramercy Park y luego le siguieron todo el camino hasta Barrow Street para echar una buena mirada a su amiguita. Muy guapa, me dijeron. Una mujer espléndida. Y ahora, ¿qué le parece si algún loco la ataca como hizo con García? O a lo mejor se le ocurre tirarle a la cara una botella de ácido para que no sea guapa nunca más. Sería una lástima, ¿verdad?

Murray creyó quedarse sin sangre en las venas. Por ellas circulaba ahora un terror convertido en fragmentos de hielo.

—Escuche: si le pasa algo a esa chica…

—Oh, lo comprendo, señor Kirk, pero eso es asunto suyo. Lo mejor será que vayamos a State Island y que le cuente usted al señor Wykoff lo que él desea saber. Y luego se olvida de todo. ¿Sí o no?

—Sí —dijo Murray.

—Ya me lo parecía —repuso Caxton, mirándole de arriba abajo con evidentes muestras de disfrutar mucho con todo aquello—. Ahora ya no parece usted un tipo tan importante, señor Kirk. No es el mismo que cuando abrió la puerta. Está usted hecho un desastre. Vaya y cámbiese de ropa. Y cuando hable con el señor Wykoff, más vale que se olvide de lo que ocurrió aquí, porque a lo mejor se enfada.

18

El transbordador de Battery Park arribó a St. George, la pequeña y ondulada metrópolis de Staten Island. Desde allí se tardaba veinte minutos en llegar en automóvil hasta la población de Duchess Harbor. El coche se deslizó sin ruido por el pueblo con su aglomeración de destartalados almacenes y sus cines abandonados, y entró en una estrecha carretera que discurría a lo largo de la costa, pasando ante algunas hermosas fincas. La de Wykoff era la situada al final del poblado.

Cuando Murray entró, Wykoff estaba cenando con dos invitados. Visto de cerca, parecía más viejo que en las fotografías de los periódicos. Tenía la cara triste y de facciones muy marcadas, con los extremos de los ojos llenos de grandes arrugas. Llevaba un traje muy caro, que le colgaba como si en poco tiempo hubiese perdido buen número de kilos. En conjunto, según se dijo Murray, su aspecto era el del típico hombre de negocios molido a preocupaciones, lo que por otra parte quizá fuese también el modo en que se veía a sí mismo. Al entrar Murray le habló con voz alta y penetrante.

—No ha cenado, ¿verdad? —preguntó sin más preámbulos—. Me parece que no. Siéntese y le atenderán en seguida. Puede saltarse la sopa. No sirve más que para producir gases.

Estaba claro que lo que Wykoff tuviera que hablar con él podía esperar. Murray se sentó al otro extremo de la mesa y el mayordomo japonés, que a la entrada se había hecho cargo de él luego de cedérselo Caxton, le puso un servicio con la destreza de quien saca conejos de un sombrero.

—No conoce a estas personas, ¿verdad? —interrogó Wykoff—. Le presento a mi abogado Mitchell Dowd y a su esposa, la señora Dowd. Su nombre de pila es Mona. ¿Ha oído alguna vez una canción llamada «Oh Mona»? Ella dice que nunca la oyó. ¿Qué quiere para beber?

—Nada.

—Oh, no me salga con eso —respondió Wykoff, e hizo una seña al japonés—. Tráele *bourbon*, Joe. Y del bueno —señaló con la cuchara a Murray—. Este es el chico de quien les hablé —añadió dirigiéndose a Dowd—. Murray Kirk. El dueño de esa gran agencia. Un tirador con mucha puntería. No es como se habían figurado, ¿verdad?

—No, no mucho —contestó Dowd con el aire grave y autosuficiente del abogado cuyo cliente más rico se encuentra en apuros—. Mucho gusto en conocerle —dijo a Murray.

Su esposa era una joven alta y lánguida, con cara de muñeca y ojos soñolientos, revestida de un maquillaje impecable que hacía resplandecer su cara como una perfecta máscara de cera. Lo más probable es que en otros tiempos hubiera actuado en el teatro.

—Encantada.

—Un placer —respondió Murray tomándose el *bourbon* de un trago, contrayéndose de dolor cuando el licor mojó el corte que tenía en la boca.

—Cuando en alguna ocasión me encuentro con un detective privado siempre parece un Adán —dijo Wykoff—. El mismo traje de Broadway y la misma camisa sucia. Por eso cuando veo a alguien como Kirk, un hombre con clase, me siento interesado —miró a Murray con aire miope—. ¿Fue usted a la Universidad?

—Sí.

—Ya me lo parecía. Y ahora dígame, ¿le gusta cómo tengo arreglada mi vivienda? No quiero que me adule. Sólo deseo su sincera opinión. ¿Qué le parece?

—Todavía no lo he visto —adujo Murray, preguntándose si el teléfono de Wykoff estaría intervenido y decidiendo que probablemente sí lo estaba, lo que significaba que aunque Wykoff se lo dejara usar, llamar a Ruth no serviría de nada.

—Todo viene a ser como esta habitación —insistió Wykoff—. ¿Qué le parece?

La estancia con su mobiliario claro, finamente dibujado, y sus frías alfombras grises, de pared a pared, era un ejemplo perfecto de lo que Frank Conmy hubiera llamado «Modernismo Antiséptico». Y se parecía sorprendentemente al piso de Harlingen.

—Muy bonito —respondió Murray—. Tiene clase.

—Pues se lo debo a Mona —dijo Wykoff—. Ella lo planeó todo,

de un extremo a otro. Dieciséis habitaciones y treinta mil dólares en decoración. Mi nena, aquí presente, lo ha manejado todo. Ha convertido esto en un lugar muy elegante. ¿Verdad, nena? —preguntó a Mona.

A Murray, Mona le producía el efecto de una mujer siempre a punto de contener un bostezo. Al oír aquello se despertó de su letargo el tiempo suficiente como para encogerse de hombros como si se excusara.

—Me divirtió mucho hacerlo —expresó con voz tenue—. Fue muy agradable.

—Es lo que ella dice —comentó Wykoff—, pero hubo mucho trabajo, créame. Tuvo que rehacer todo lo que había planeado el decorador a quien encargué el trabajo. Tenía que haberlo visto, Kirk.

Un marica de Park Avenue con las manos siempre arriba y abajo de este modo y con unas ideas excéntricas a más no poder. No me creería si le contara las chaladuras que propuso. Yo estaba en Las Vegas mientras él trabajaba en el salón, y cuando vuelvo, ¿qué es lo que veo? ¡Todo en rojo y negro como un burdel chino y, en mitad del suelo, un pequeño tiovivo! ¡El muy imbécil me había puesto un tiovivo en el salón! Ya sabe lo que quiero decir, una de esas cosas que dan vueltas con cochecitos en los que suben los niños. Pues aquello es lo que había en mi salón muy arreglado y dispuesto para que me subiera a él. Creía que iba a pagarle para que me pusiera tiovivos. Todavía está esperando cobrar. ¿Cree usted que hay gente capaz de admitir una cosa así en sus domicilios?

—Es posible —confirmó Murray—. Nunca he oído que un decorador de Park Avenue se muera de hambre.

—Pues este se va a morir si piensa esperar sentado sobre su traserito a que le pague —dijo Wykoff—. ¿Sabe lo que le ocurre? Que no tiene clase. Que finge tenerla, pero no la tiene. La verdadera clase se lleva dentro, ¿comprende? No digo que tenga que nacerse con ella o con cualquier otra tontería por el estilo, porque conozco a bastante gente de la alta sociedad con menos clase que un mono. A lo que me refiero es a que, si uno se esfuerza, puede llegar a conseguirla hasta tal punto que nadie creerá que no la lleva desde niño. Naturalmente, si no hay dinero para acompañarla, siempre será uno un pobre diablo. Pero cuando dinero y clase se respaldan

mutuamente, Kirk, uno es realmente quien manda. ¿Qué opina?

—Ya ve cómo piensa George y lo estricto que se encuentra en todo —dijo Dowd con cierto aire de advertencia.

—¿Por qué no? —preguntó Murray—. Tiene lógica.

—Mucha lógica —aseguró Wykoff—. Y ahora permítame decirle algo muy divertido sobre eso de la clase. Me refiero al modo en que puede conseguirse incluso cuando no se desea. ¿Sabe usted algo de vinos?

Mona se dirigió a Dowd.

—¿Te parece bien que yo…? —se produjo un silencio absoluto mientras Wykoff se volvía hacia ella, dejaba la cuchara y ponía ambas manos sobre la mesa.

—Cuando yo hablo, tú te callas —subrayó calmosamente, pero su cara no tenía un aspecto agradable ni mucho menos—. Me parece que ya te lo he dicho varias veces. De niño me enseñaron que cuando una persona habla, todos los demás deben callarse. Y eso es lo que tienes que hacer tú también.

Mona fijó la mirada en su plato, y Murray observó que estaba como atrapada entre dos fuegos. Dowd la miraba desde el otro lado de la mesa con un enfado que no intentaba disimular.

—Lo siento —dijo.

Pero Wykoff no se ablandó.

—¿Qué te pasa? ¿Es que te has cansado de oírme hablar de eso? No trates de engañarme. Dame una respuesta sincera.

—Lo siento —insistió Mona—. Lo que pasa es que tengo dolor de cabeza.

Wykoff recogió su cuchara.

—Pues entonces tómate una aspirina y no hagas tanta comedia —señaló a Murray con la cuchara—. ¿Dónde estábamos?

—Me preguntaba usted si sé algo de vinos.

—¡Ah, sí! Quería contarle una cosa muy divertida que me ocurrió sobre eso de los vinos. Hablo de vinos auténticamente franceses, ¿comprende? De los importados. Sucedía que hallándome a veces en restaurantes de lujo, veía a clientes muy sibaritas, clientes con mucha clase, que elegían los vinos.

»¿Qué cree que se me ocurrió una vez cuando estaba en Miami sin nada urgente que hacer? Pues me puse a investigar toda esa cuestión del vino francés. Francamente, la primera vez que lo probé

me pareció que no valía la pena porque siempre sabía como a agrio. Pero luego conocí a un tipo en mi hotel… ¿Sabe lo que es un *sommelier*?

—Sí —dijo Murray.

Sin embargo, la respuesta no impidió que Wykoff continuara:

—Son unos individuos que llevan una gruesa cadena colgada del cuello y que están al cuidado de los vinos —explicó—. Pues bien, alquilé al *sommelier* para que me diera algunas sesiones y me contara cuanto sabía. De toda su verborrea lo único que aprendí es que cuando uno es novato empieza con un vino dulce, pero a medida que va aprendiendo, lo quiere cada vez más seco. Cuando se habla de vinos no se les llama ásperos, sino secos, ¿comprende? Es decir, siempre que se hable de vinos de calidad, no de un tinto italiano cualquiera.

Wykoff se inclinó hacia adelante subrayando sus palabras.

—¿Sabe una cosa? Pues ocurrió exactamente lo que me dijo que ocurriría. No le estoy contando tonterías, Kirk. Empecé con lo que llaman Château d’Yquem, que es un auténtico dulce, y luego me pasé a otro que le llaman Graves, y finalmente acabé con el Chablis, que es condenadamente seco y estrictamente para entendidos. En estos momentos, si me ponen delante una botella de Château d’Yquem, como vino de mesa, me dará tanto asco como si fuera un caramelo.

»Así es que, ¿comprende? Ahora puedo estar con gente que a lo mejor han bebido vino francés toda su vida, esos figurines que se visten de etiqueta para ir a la ópera, y puedo beber con ellos y disfrutar sin tener que fingir. No me importa lo elegantes que sean. Ahora puedo llamar al *sommelier* y encargarle el vino adecuado, y no hacer el papel de ignorante que no sabe cómo comportarse. Y tenga en cuenta esto. Me criaron en una casa donde se bebía directamente de la botella y se comía con las manos. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir cuando hablo de tener clase y que lo que hay que hacer para conseguirla es trabajar y nada más?

—Lo he entendido —declaró Murray.

Cuando finalmente se levantaron de la mesa, Wykoff lo sorprendió al preguntarle.

—¿Sabe jugar al *bridge*, Kirk?

Porque evidentemente el *bridge* no parecía encajar muy bien en el juego que se llevaba Wykoff. Claro que, pensándolo bien, Murray llegó a la conclusión de que su sorpresa era infundada. De un modo u otro, el *bridge* acabaría por estar relacionado con el juego que realizaba Wykoff. Porque tenía auténtica clase.

—Me gusta más hablar de negocios —manifestó Murray sin intentar ocultar su impaciencia.

—Oh, ya habrá tiempo para ello —repuso Wykoff poniéndose una mano sobre la hebilla del cinturón y dándose unas palmaditas —. Mi estómago está un poco alterado, ¿comprende?, y el médico insiste en que no hable de negocios mientras hago la digestión. Además, dentro de poco empezará el programa «La Pregunta de los 64.000 Dólares» en la televisión, y si ahora empezamos a hablar, tendremos que volver a interrumpirnos. No me perdería ese programa por nada del mundo. Lo mejor será que echemos un par de tragos hasta que lo den y luego hablaremos de nuestros asuntos. Verá, Kirk, yo he jugado poco al *bridge*, en cambio me apasiona. Es el único juego del mundo en el que se puede competir sin dinero, y aun así vivir emociones muy fuertes.

Era una idea muy atractiva; mas luego resultó que las apuestas se fijaron en cinco centavos el punto, a fin de que, según dijo Wykoff, después de haber cambiado de idea con tal facilidad, el juego se hiciera un poco más interesante. Y como Wykoff y Dowd, que iban de pareja, parecían estar muy bien compenetrados, la factura resultó bastante alta. Cuando entró el mayordomo anunciando que el televisor estaba calentándose y esperando, Wykoff pasó la punta de su lápiz por la hoja de anotaciones y anunció que el total de sus ganancias eran ochenta dólares y algunos centavos.

—Dejémoslo en ochenta —declaró a Murray amablemente—. Usted y Mona deberán pagarme. Mitch y yo tenemos un acuerdo según el cual cada vez que jugamos juntos, yo me llevo todo si ganamos, pero lo pago todo si perdemos. Soy así.

No me gustaría que alguien tuviera que pagar dinero por mi culpa en caso de que no jugara bien.

—Yo también pienso así —dijo Murray a Mona cuando ella abría su bolso—. Yo pagaré por ambos.

Su único consuelo había sido descubrir que ella no tenía tanto sueño como aparentaba. No sólo había jugado al *bridge* con mucha inteligencia, sino que en cierta ocasión, cuando estiró una pierna bajo la mesa notó que la de ella le apretaba y que el contacto continuaba después compartiendo con él un cálido y estimulante roce. Aun así, Murray reflexionó que, a dos dólares por minuto, aquel consuelo le resultaba un poco caro.

Mona le miró con una expresión que podría haber sido considerada como de sorpresa.

—Bien —expresó con voz un tanto penetrante—. Es usted lo que se llama un buen chico.

Cuando Wykoff y Dowd se dirigieron por el vestíbulo hacia el lugar donde estaba el televisor, ella se quedó un poco atrás para aplicarse nuevo carmín en los labios, y Murray cortésmente se detuvo también.

—Ha jugado espléndidamente —le dijo—. Ha sido una pena que no tuviéramos ninguna oportunidad mejor.

—¡Oh, sí! —repuso ella estudiando su obra de arte en el espejo de un pequeño compacto enjoyado—. Todo el tiempo nos han estado haciendo trampas, ¿sabe usted? ¿No se dio cuenta?

—No.

—Pues yo creí que sí, porque se trata de una realidad tangible. Lo hacen sosteniendo las cartas de una manera determinada o con el tono de voz cuando anuncian las apuestas…, en fin, toda esa historia. No es culpa de Mitch, pero a George le gusta hacerlo y Mitch se limita a colaborar.

—Y George siempre gana lo de los dos. Debe estar ya muy por delante de ustedes en cuanto a beneficios.

—¿Por delante de mí? —preguntó Mona, mirándole con aire inexpresivo—. ¿Está usted tonto? ¿No irá a pensar que amueblar esta choza me costó realmente treinta mil dólares?

La habitación donde estuvieron viendo el programa había sido acondicionada con el fin exclusivo de albergar el televisor. El enorme aparato estaba empotrado en la pared y los asientos se

habían dispuesto de tal modo que todos dieran la cara a la pantalla. En un rincón había un pequeño bar atendido por el japonés, ahora vestido con chaqueta blanca. Lo único que parecía desentonar era un árbol de Navidad puesto en el otro extremo, un magnífico ejemplar resplandeciente con su papel de plata y sus ornamentos de cristal.

—George tiene un par de sobrinos que vienen aquí con sus familias en Navidad —explicó Dowd al ver a Murray mirar al árbol.

—¿Cuántos niños tienen? —preguntó Murray—. ¿Seis?

—No, siete. Dios los bendiga —repuso Wykoff tiernamente—. Los niños más guapos del mundo, pero una cuadrilla de auténticos salvajes. Por eso tengo el árbol aquí junto a la televisión. Entre una cosa y la otra están entretenidos y sin causar molestia algunos ratos.

El programa «La Pregunta de los 64.000 Dólares» fue recibido con la reverencia con que generalmente se asiste a una ceremonia religiosa. Todos guardaban silencio y bajo la luz reflejada por el aparato, Murray vio cómo Wykoff permanecía sentado con la boca abierta y el rostro inmóvil por la admiración y el interés, sudando literalmente al observar los esfuerzos de los concursantes encerrados en sus cabinas. Cuando todo hubo terminado se enjugó la frente con un pañuelo como quien acaba de sufrir una dura experiencia emotiva.

—Dígame una cosa —preguntó a Murray—. ¿Cree que hay truco en ese programa? O, dicho de otro modo, ¿le parece que todo funciona como es debido?

—¿Por qué no? —respondió Murray.

—Yo no sé el porqué —repuso Wykoff—, pero preferiría que funcionara. Tendría un disgusto si alguna vez llegase a comprobar que una porquería de programa me está engañando semana tras semana —al ver a Mona que parecía como atontada entre él y Dowd, le dio unos golpecitos en el muslo—. Sé una buena chica, nena. Apaga el televisor y luego lárgate. Quizá el cocinero siga en la cocina y puedas charlar un rato con él. Dile que te dé alguna nueva receta. Ya te avisaré cuándo tienes que volver.

Esperó hasta que ella hubo salido y se sacó dos cigarros del bolsillo, uno de los cuales ofreció a Dowd. Introdujo el otro en una boquilla de ámbar y lo encendió. Aquello recordó a Murray lo ocurrido hacía ya tiempo, cuando Frank Conmy le había hecho

saber cuál era su lugar al tener buen cuidado en no ofrecerle un cigarro.

Wykoff dio una larga chupada que pareció producirle un sabor amargo.

—Bueno, Kirk —dijo con voz dura—. Póngase en pie.

—¿Por qué? —preguntó Murray con aire displicente—. No tengo nada de qué hablar con el cocinero. Ya tengo bastantes recetas.

—No se haga el listo, Kirk. Cuando se habla de negocios lo hacemos a mi modo. Y en ello incluyo que Joe le cachee antes. No le hará ningún daño.

—Ha visto usted demasiada televisión —comentó Murray—. No llevo ningún arma.

—No me interesan las armas. Pero he oído decir que hoy en día se fabrican grabadoras tan pequeñas que se pueden esconder en un diente y nadie se da cuenta. Así es que póngase en pie y enséñeme las manos.

Murray obedeció con desgana, y el japonés dijo:

—Haga el favor, señor Kirk —y a continuación lo examinó meticulosamente. Fue un cacheo profesional en el que no se dejó ni el reloj de pulsera, ni la cartera, ni la pluma, todo lo cual fue sacado y revisado con sumo cuidado. Luego le devolvió aquellos objetos—. Hay que hacerlo así, señor Kirk —dijo.

—Sí, claro, Joe —respondió Murray—. ¿A qué se dedicaba cuando la guerra? ¿Al contraespionaje?

—Serví tres años en el Pacífico Sur, señor Kirk. Mi comandante se parecía un poco a usted. Y por cierto que su cara no me gustó nunca.

Murray se dio cuenta de que la atmósfera a su alrededor se había ido enfriando poco a poco. Como para confirmarlo, Wykoff dijo:

—Voy a contarle una cosa, Kirk. Joe no es muy corpulento, pero todavía resulta más duro de pelar que Bill Caxton. Y por el bulto que le ha salido en su mandíbula veo que ya tuvo una experiencia con él. Así es que si no quiere que le estropeen el brazo para que haga juego con la mandíbula, siéntese y pórtese como un caballero. A mí no me gusta la violencia, ¿comprende? No obstante, si alguien entra aquí y la pide, tengo derecho a estar protegido, ¿verdad? —se volvió hacia Dowd—. Si ocurre algo así tengo la ley de mi parte, ¿o

no?

Dowd parecía inquieto.

—No creo que Kirk ande buscando camorra. Parece un joven muy prudente.

—¿Prudente? —exclamó Wykoff con aire de reflexiva sorpresa —. El muy idiota alquila un automóvil de lujo para venir aquí con todo el mundo viéndole, y entra en mi casa, que es el último lugar donde debería encontrarse. ¿A eso le llama ser prudente? Créame, si no fuera porque Mona se pone tan nerviosa, le hubiera echado en cuanto metió la nariz por esa puerta —chupó su cigarro, ahora saboreándolo a su gusto, y miró de soslayo a Murray—. ¿Sabe a lo que me refiero Kirk?

—Sí.

—Muy bien. Lo tengo bien cogido. ¿Cómo cree que se lo tomaría su amigo LoScalzo si alguien le dijera que ha venido aquí para obligarme a algo?

—No lo sé —repuso Murray afablemente—. De todos modos, pensé que era amigo suyo. Por lo menos eso es lo que andan diciendo una gran cantidad de expolicías.

El rostro de Wykoff se ensombreció.

—No se fije en lo que digan, Kirk. Antes de que me acusaran ya consiguieron lo suficiente. De modo que no les debo ni siquiera un apretón de manos. En cuanto a LoScalzo, voy a decirle algo: Mis amigos no me ponen en peligro de pasar dos años en Rikers Island.

—Espera un poco, George —protestó Dowd—. Todavía no estás allí. Ni siquiera se ha revisado aún la apelación.

—¡Bah! No me vengas con ésas —exclamó Wykoff impaciente—. No me dores la píldora, Mitch. No andes con pamplinas, que no es para eso para lo que te pago. Sabemos perfectamente que la apelación no tiene posibilidades. Pasaré el tiempo que sea, de acuerdo, mas lo que quiero que Kirk sepa es que como me chive, él estará en el mismo sitio que yo. ¿Oye eso, señor Kirk?

—Sí.

—Pues entonces siéntese y escuche —Wykoff esperó hasta que Murray se pusiera cómodo y luego añadió—: Primero, ¿qué pasa con ese policía, Lundeen?

—No es ningún secreto que estoy trabajando para él.

—Hay algo más, Kirk. Un tipo como ese Lundeen, ¿me

entiende?, es un don nadie. Para ser menos que él habría que ir por el parque con un palo pinchando los papeles que hay en el suelo. Ahora bien, ese don nadie, ese Lundeen, de pronto se hace con un abogado llamado Harlingen, que, según mis noticias, es uno de los más ostentosos de Wall Street, ¿no es así, Mitch?

—Uno de los bufetes más importantes del país —convino Dowd.

—De acuerdo. De todo el país, ¿me entiende? Uno de esos despachos a los que un vulgar policía no tendría acceso ni por la puerta trasera. Y, por si fuera poco, ese Lundeen aparece en la agencia Conmy-Kirk también, de mucha clase. ¿Y quién efectúa el trabajo personalmente para él? ¡Pues nada menos que el jefe en persona! El señor Murray Kirk, que puede sacarle lo que quiera a un millonario por despegarlo de su mujer, no se preocupa ahora de pequeñeces como ésa. No; no le interesan. Lo que de veras le interesa es empezar a moverse para solucionar el caso de un policía cualquiera —Wykoff se hizo adelante y puso un dedo sobre la rodilla de Murray—. Lo que ocurre es que ese policía no es un tipo cualquiera, ¿verdad, Kirk? Tiene buenas agarraderas por ahí. Hay gente importante que le respalda. ¿Quiénes son, Kirk? ¿Qué se proponen?

—No se proponen nada.

—¿No? Entonces ¿por qué Harlingen se encargó del caso?

—No fue así. El hijo se separó de su padre y maneja el caso él solo.

—¿Por qué?

Murray sonrió.

—Porque es un idealista y quiere ser un nuevo Clarence Darrow.

—Me hace usted reír —dijo Wykoff con aire aburrido. Y volviéndose a Dowd, añadió—: ¿Qué piensas de esto, Mitch?

—No me parece muy convincente —repuso Down—. Si quieres, puedo investigarlo.

—De acuerdo —confirmó Wykoff, y mirando a Murray con los ojos entornados le preguntó—: ¿Y usted, Kirk, se ha metido en esto porque también es un idealista?

—No. A mí me ha ocurrido una cosa muy curiosa. Me he encaprichado de la chica de Lundeen y acepté el caso para demostrarle que su novio es culpable. Pensé que una vez lo tuviera encerrado podía casarme con ella. Eso es todo.

La expresión de Wykoff indicó que aquello no le parecía nada divertido ni curioso. Tardó un poco en encontrar las palabras, pero cuando lo hizo las pronunció con voz ronca por la cólera.

—¡Miserable mono hipócrita! —exclamó airadamente—. ¿A quién se cree que va a engañar con eso? ¿Tan tonto se figura que soy como para tragármelo?

—No.

—Lo que pasa es que quiere hacerme perder el tiempo. Si se lo pregunto otra vez me volverá a contestar lo mismo y podemos pasar horas de ese modo.

—Sí.

Wykoff se puso en pie amenazador. Dowd hizo lo propio casi simultáneamente, y colocando una mano sobre el brazo de Wykoff para tranquilizarle le dijo:

—Escúchame, George, o te calmas ahora mismo, o me voy. Tienes que considerar también mi posición.

Murray sintió otra vez el conocido nudo en el estómago apretando cada vez con más fuerza. Desde el principio había comprendido que la presencia de Dowd era su mejor garantía, porque este era, evidentemente, un hombre a quien no agradaba la violencia. En especial si se veía obligado a presenciarla. Si él se marchaba, cualquier cosa podía ocurrir, y de acuerdo con la tenebrosa filosofía de Bruno Manfredi, probablemente ocurriría. Sintió, pues, un gran alivio cuando Wykoff apartó de él la tranquilizadora mano y dijo con aire adusto:

—¿Por qué te tomas esto tan a pecho? ¿Crees que quiero meterte en algún lío? Eres peor que una vieja culona.

Dowd se sonrojó.

—Quizá lo sea, pero tengo el suficiente sentido común como para darme cuenta de que por este camino no vamos a ningún sitio. ¿Por qué no atenernos a lo principal? Si lo que quieres es que Kirk deje el caso, no importa quien apoye a Lundeen o lo que este se lleve entre manos, díselo de una manera clara y veamos lo que contesta. No es tonto.

—Gracias —agradeció Murray—. Sólo que tampoco soy listo. ¿Qué es lo que tiene George contra Lundeen?

Wykoff respondió, con voz cargada de veneno:

—Está perjudicando a Ira Miller, eso es lo que pasa. No, no me mire con esa cara de besugo, Kirk. Si no sabe cuál es la relación que existe entre Ira Miller y yo más vale que lo averigüe cuanto antes porque no se trata de ninguna broma. No estoy hablando de alguien que haya empezado a trabajar conmigo un día de éstos, ¿comprende? Ira Miller es como un hermano para mí. Tiene mucha clase, y su mujer también. Son la gente mejor que conozco y ya han pasado bastantes fatigas sin que usted se meta con ellos, como Ira me ha contado que hizo. Lo que quiero es que deje de fastidiarles, y aquí, entre nosotros, le diré que no me importan los medios que haya de utilizar para lograrlo.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con tal salvaje intensidad que no dejaban ninguna duda sobre su significado. Murray comprendió que acababa de dar con una buena veta y que valía la pena explotarla. Poniéndose una mano sobre el corazón, dijo:

—Me ha tocado usted en lo más hondo, Wykoff. Pero si no me ve llorar es porque conozco a Ira Miller. Si quiere mi sincera opinión, no creo que se merezca que alguien le llame hermano.

—¿Quién diablos le ha pedido su opinión? ¿Y qué puede saber de eso un entrometido fisgón profesional como usted? —Wykoff levantó un tembloroso índice—. Voy a decirle una cosa, Kirk. En el conjunto de mis operaciones sólo ha habido un hombre capaz de hacerme perder dinero y continuar sin que le pase nada. Ahí, en medio de la ciudad, en el mejor de mis distritos, Ira Miller ha estado perdiendo dinero para mí un año tras otro y nunca le hice el menor reproche. A veces, incluso quince mil o veinte mil dólares, pero no me importó porque ésa es la clase de relación que tenemos Miller y yo.

»Nadie ha engañado nunca a George Wykoff. Si hubiera sido otro el que hubiera sufrido esas pérdidas ya le habría ocurrido algo. Solamente Ira Miller podía permitírselo porque cuando me dijo que no era culpa suya yo supe que me contaba la verdad. Las apuestas iban mal, los policías estaban cada vez más exigentes con el dinero, eso es lo que pasaba. Mi contable, que conoce muy a fondo lo que ocurre en cada sector de la organización, solía decirme: “Ira tiene mala pata. Pero es un hombre honrado”. Aunque la verdad es que no hacía falta que me lo dijera. ¿Cree usted que al producirse el

roce entre Ira y su policía, Ira no se portó como es debido? Pues tendrá que cambiar de opinión.

»Ahora ya sabe algo concreto, ¿verdad? Y si es inteligente, Kirk, mañana le dirá a ese Lundeen que desaparezca. No me importa quién lo apoye o por qué. Hará lo que yo le diga.

—Una propuesta muy buena —respondió Murray—. Pero ¿en qué puede afectarme a mí?

—Le va el cuello, ¿qué más quiere?

—Algún modo de salir del paso. Por ejemplo, si repasa sus registros y me da una evidencia de que Miller pagó a Lundeen, quedo salvado. Eso es lo que entenderá la clase de gente con la que yo trato.

—¿Ah sí? —exclamó Wykoff fríamente—. ¿Y por qué está tan seguro de que esos datos se encuentran aquí?

—¿En qué otro sitio podrían estar? No los guardará en la caja fuerte de un Banco, donde podrían ser intervenidos, ¿verdad? ¿No los entregará a alguien capaz de hacer que los interventores de Hacienda se echen sobre usted como fieras? A mi modo de ver están debajo del colchón de su cama.

Wykoff lo miró curiosamente.

—Ha estado perdiendo el tiempo —manifestó con involuntaria admiración—. Un hombre como usted hubiera sido útil en mi negocio. Bueno —preguntó a Dowd—, ¿qué piensas tú de eso? ¿Te parece bien?

—No veo por qué no —respondió Dowd.

—Tendrá que aceptar mi palabra —dijo Wykoff a Murray, y al ver que este lo miraba con aire dudoso, añadió—: Tiene mucha desfachatez, Kirk. Bien, de acuerdo, Mitch puede repasar los libros junto conmigo y asesorarme. ¿Le va eso bien a su alteza real?

—La fecha fue el tres de mayo —indicó Murray.

No había ningún misterio acerca de dónde se encontraban los libros de cuentas. La puerta que oyó abrirse era la que daba directamente a una habitación contigua al vestíbulo. Y el ruido que siguió fue el de un cajón crujiendo al ser abierto. «La carta robada», pensó Kirk. «Se la pone al alcance de todo el mundo y nadie cree que está allí». Sonrió a Joe, que, inclinado sobre el bar, le miraba astutamente.

—Calma, soldado —le advirtió—. ¿No ves que la guerra ya

acabó?

Se puso de pie y avanzó hacia la ventana canturreando «No puedo empezar la acción». Estaba nevando. La primera nevada verdadera de aquel invierno. ¿En qué otro lugar podía caer sino en los páramos de Staten Island? En invierno, pensó, se iría con Ruth a las montañas para esquiar. Si ella no sabía practicar el deporte, mejor. Porque él era el peor esquiador del mundo.

Dowd dijo a su espalda:

—No existe duda alguna, Kirk. Miller pagó a Lundeen el tres de mayo exactamente, tal y como dijo.

—Entonces perfecto —opinó Murray—. Tomaremos una copa para celebrarlo.

Volvió al «St. Stephen» en el automóvil de Caxton. Dowd le había ofrecido llevarle a Manhattan, pero Wykoff indicó de manera tajante:

—No. Billy espera con el coche.

Y aquello había sido todo.

Como pudo comprobar después, Caxton había recibido instrucciones antes de la salida, porque poco antes de detenerse ante el «St. Stephen» dijo:

—Me alegro de que el asunto se haya solucionado, señor Kirk, ¿me entiende? Olvídese de todo y páselo bien con esa chica en el Village. Es realmente muy guapa. Puede estar seguro de que no le va a pasar nada.

Aquel Caxton tenía un excelente sentido del humor.

19

El departamento de banquetes del hotel había estado activo aquella noche. El vestíbulo aparecía lleno de gente vestida de noche, dispuesta para volver a sus casas, aunque retrasando la salida porque lo que en Staten Island había sido una pintoresca nevada, allí se transformaba en una lluvia glacial que caía con fuerza, dificultando la circulación. Así es que la gente permanecía formando grupitos, con los abrigos de visón o de tela puestos, repitiendo ruidosamente sus despedidas y quejándose del mal tiempo. Habían estado esperando todo el año el acontecimiento y ahora el tiempo lo estropeaba todo. Miraban ansiosamente por la mojada cristalera de la puerta giratoria para ver si algún taxi sentía la tentación de pararse bajo la marquesina.

Cuando Murray trató de abrirse camino por entre los reunidos, éstos mostraron resistencia a facilitarle el paso. Un caballero exclamó iracundo: «¡Oiga usted!». Pero cuando Murray se volvió, su expresión debió ser tal que el otro bajó el tono y con voz más amable dijo: «Vaya con cuidado, señor», aunque más como disculpa que como protesta.

Menos mal que Nelson, el segundo del vigilante nocturno, que por regla general solía demostrar cierto profesional aire de disgusto hacia la gente, pareció alegrarse de verle.

—Toda la noche no han parado de llegar llamadas para usted, señor Kirk. Espero que no ocurra nada grave.

—No —dijo Murray tomando las hojitas con los recados que Nelson le entregaba, y haciéndose a un lado del mostrador para echarles una ojeada.

Debía haber por lo menos una docena.

Habían llamado la señora Donaldson, la señorita Vincent, la señorita Vincent otra vez, la señora Knapp, la señora Donaldson, el señor Harlingen y la señora Donaldson de nuevo. La mitad de ellas eran de Didi, lo que resultaba extraño porque por regla general, solía llamarle sólo una vez por la noche y si no contestaba no

insistía.

Apenas había abierto la puerta de su piso cuando el teléfono sonó. Se sentó en la cama sin quitarse el abrigo, confiando en que se tratara de Ruth. En momento de tomar el auricular vio que reloj sobre la mesilla de noche indicaba las doce y media, por lo que todavía le daba tiempo para verla aquella noche.

Pero era Didi.

—Murray —dijo—, me alegro muchísimo de que por fin hayas llegado. No tiene idea de cómo me alegro. ¿Puedes venir ahora mismo? ¿O prefieres que vaya yo? No, no me será molestia alguna. Tengo el coche aparcado aquí mismo.

—No. Esta noche no, Didi. Tendrá que ser en cualquier otro momento. Te llamaré mañana.

—¡Oh! Entonces es que estás con otra alguna persona. ¿Es así?

—No, pero da lo mismo —repuso él impaciente—. Te digo que te llamaré mañana.

—Murray, por favor. Tengo que verte ahora mismo. He de comunicarte algo. Yo nunca he dicho que no cuando me llamas ¿verdad?

Aquello le produjo un gran efecto.

—¿Es que lo llevas apuntado? —preguntó con mal humor—. Oye, Didi. Ya sabes cómo eres. Cualquier cosa que te preocupe puede esperar un poco, ¿no crees? ¿Por qué no te vas a dormir?

Se produjo un largo silencio.

—No lo dirás en serio —respondió Didi.

—Pues sí lo digo en serio —contestó él aviesamente complacido. De pronto se dio cuenta de que la voz de Didi había sonado un tanto rara—. ¿Qué ocurre? ¿Es que te has resfriado?

—No —dijo Didi—. Me encuentro bien. He llorado un poco, pero no importa. Ya sabes que a veces soy algo tonta.

No dijo más. Colgó, dejando suspendida en el aire aquella nota intrigante antes de que él pudiera contestar, mientras el vacío zumbido de la silenciosa comunicación seguía resonando en sus oídos, poniéndole malhumorado el que ella hubiese escogido precisamente aquel momento para fastidiarle con otra de sus tonterías. ¿O acaso existía alguna razón más grave para hacerle reaccionar de aquel modo? Estaba seguro que era así. Después de tantos años de tratarla había caído finalmente víctima del talento

peculiar de Didi para practicar el masoquismo. Por vez primera desde que se conocieron, la trataba del modo en que cualquier otro hombre la habría tratado más tarde o más temprano. Kirk, la Gran Excepción, se unía ahora al grupo. La patética señora Donaldson, a quien tanto gustaba un bofetón en plena cara, tendría perfecto derecho a apuntarse el tanto, pero ¿era acaso culpa suya? Nada de eso, se dijo Murray, cualquier buena masoquista podía convertir en sádico a un santo y él no lo era ni mucho menos. Además, tenía sus propios problemas para resolver.

Ruth debía estar muy próxima a su teléfono cuando este sonó.

—Es para matarle —dijo casi sin respiración—. ¿Desde dónde llama? No le habrá pasado nada, ¿verdad?

Aquella pregunta recordó con dolor a Murray su maltratada mejilla y el sitio en las costillas donde se había incrustado el zapato de Caxton. Sin embargo, la ansiedad de Ruth era como el ungüento que lo curaba todo.

—Nada de eso —le contestó—. Ha sucedido algo inesperado y no tuve tiempo para avisarla. Es toda una historia.

—Más vale así —contestó ella con indudable alivio—. Si supiera el barullo que he formado vería que ni el propio The O'Mearagh podría sobrepasarlo. He estado llamando a todo el mundo, e incluso conseguí que Ralph averiguara de su secretaria su número particular; pero por otra parte ella estaba tan enterada como yo de lo que pudiera ser la causa de su desaparición.

Murray se dijo que aquello explicaba los recados escritos en los pedazos de papel que ahora estaban sobre su cama. Mas después cambió de opinión. No, no se trataba de aquello.

—¿Ha llamado también a la señora Donaldson? —preguntó.

—Sí. Estaba con Alex.

—¿Y qué le ha dicho? He hablado con ella hace unos minutos y parecía un poco rara. Me pregunto por qué será.

—¿Ah, sí? Le expliqué lo preocupada que me sentía porque teníamos que habernos visto esta noche… o anoche, mejor dicho, pero usted había desaparecido como si se hubiese esfumado en la nada. Entonces ella… bueno, hablamos un poco y eso es todo. ¿Qué le hace suponer que hay algo raro en su actitud?

—No lo sé, pero no se preocupe. Tengo algo más importante.

—¿Qué es?

—Se trata de Arnold. No quisiera hablar de esto por teléfono. ¿Podríamos reunirnos con usted y con Ralph en su piso ahora mismo? ¿O prefiere que sea mañana?

—Mejor ahora. Llamaré a Ralph y le haré venir. ¿Se trata de algo bueno o malo?

—Bueno no es —respondió Murray.

Cuando llegó, Ruth le estaba esperando en la puerta, y mientras colgaba su mojado sombrero y su abrigo en un perchero de modelo antiguo, observó que ella seguía vestida para salir y que el sencillo abrigo de lana que se había puesto sobre un vestido de brocado azul pálido no disminuía el buen efecto que le causaba el verla.

Le dijo que Ralph llegaría dentro de poco. Cuando le telefoneó él, le explicó que los parientes de Dinah habían llegado de Filadelfia y que se encontraban en su casa. Los padres de Dinah eran cuáqueros, añadió Ruth sin venir a cuento, como si se sintiera bajo los efectos de algún impulso que la obligara a charlar. Gente encantadora. Estaban asombrados por el modo en que se educaba a Megan, pero ésta le había dicho cierta vez que cuando estuvo con ellos en Filadelfia la educaron todavía mucho peor. Y había que hacer caso a Megan porque conocía bien aquellas cosas.

Mientras Ruth le contaba todo aquello, su padre subió de la bodega con paso inseguro. Iba en bata y zapatillas y llevaba sus escasos pelos pegados al cráneo.

Tenía el rostro alegre y los ojos muy vivos. Hubiera podido pasar por el facsímil de un monje de los descritos por Balzac. Saludó a Murray cordialmente y le explicó que había bajado a la bodega para comprobar si había alguna filtración por causa de la lluvia. Los fundamentos de la casa estaban construidos sobre lo que se supone el lecho seco de un arroyo, un afluente del Minectta, y cada vez que llovía fuerte parecía como si el arroyo volviera misteriosamente a la vida.

—Está en activo y pega fuerte —dijo el señor Vincent, aunque sin demasiada preocupación—. Si quiere mañana algún pescado, este es el lugar idóneo. Sacaremos los botes.

—Tommy, estás imposible —le increpó Ruth—. Prometiste a

mamá que el verano pasado lo arreglarías, ¿te acuerdas?

—¿De veras? Bien. Creo que lo mejor es traer un salvavidas. Oiga —añadió, dirigiéndose a Murray—. Ruth me ha hablado mucho de usted y tengo la impresión de haber conocido a su padre. Puedo apreciar el parecido muy claramente. ¿No tenía una tienda cerca de la puerta Sur en Broadway?

—Sí.

—¿No le parece curioso? Estoy seguro de que se trata de él. De esto hará… lo menos veinticinco años, durante la primera etapa de la Depresión. Yo estaba entonces estudiando con una beca y solía ir allá para tomarme un bocadillo y un vaso de leche porque era el sitio más barato de todo el vecindario.

—No era muy buen negociante que digamos —comentó Murray.

—No, posiblemente no. Pero tenía mucha conversación según puedo recordar. Un utópico con mucha ingenuidad, lleno de planes visionarios y maravillosos para la mejora de la raza humana. Solía escribir versos sobre ello y los hacía leer a quienes iban a comprar a la tienda. Desde luego muchos de nosotros teníamos también ideas semejantes en aquellos tiempos. Estábamos muy exaltados en diversos sentidos. En verdad, no creo que su padre fuera un exaltado. Poseía un espíritu distinto. Luminoso, diría yo. Ya ve qué bien me acuerdo de él.

«He aquí otro miembro del culto —pensó Murray—. Otro de los pertenecientes a la alegre banda de los intelectuales de edad mediana que salieron de la Depresión con su orgullo intacto y que ahora se acuerdan tristemente de aquella época a la que consideran como La Gran Aventura». Había conocido a otros como ellos en tiempos pasados, y los tenía por tan fácilmente identificables como los cultistas suelen serlo. Muy locuaces al hablar de aquellos tiempos espléndidos en los que todos eran pobres, cuando la moneda de curso común era la de las Ideas y se notaba un Fermento Intelectual en el Aire. No paraban de hablar sobre las nieves del ayer y nunca preguntaban qué había sucedido con los viejos a los que se pagaba diez centavos la hora por apartarla con palas.

No obstante, sucedía que aquel miembro particular del culto era el padre de Ruth, y lo más práctico consistía en avanzar cautamente y hablar con calma. Así lo hizo hasta que llegó Harlingen. Venía empapado por la lluvia y se deshizo en disculpas sobre lo mucho

que le había costado llegar hasta allí. El señor Vincent dio las buenas noches a diestro y siniestro y subió la escalera. Al verle partir, Murray notó casi con sorpresa que aquel hombre le caía simpático. Se preguntó cómo una persona de aquel calibre podía pensar ni siquiera remotamente en permitir que su hija se casara con un Arnold Lundeen. No era posible que viviera feliz con él bajo ningún concepto.

Harlingen se encontraba allí como en su casa. Se dirigió sin vacilar hacia el mueble bar del salón y estuvo rebuscando las botellas, sosteniéndolas una tras otra ante la luz para leer las etiquetas.

—Jerez —se quejó—, jerez y más jerez. ¿Sabéis la causa? Pues que los chicos de las clases de Tommy no hacen más que leer novelas en las que los profesores siempre están bebiendo jerez y, como consecuencia, al llegar la Navidad lo cargan de ese vino. Me gustaría que alguien escribiera un libro en el que los profesores de instituto sólo bebieran *scotch*. De preferencia un buen *scotch* de doce años.

Finalmente, pudo encontrar una botella de *whisky* casi vacía cuyo contenido distribuyó en tres vasos. Una vez servidos los demás, se bebió el suyo de un trago, estremeciéndose.

—Bien —dijo a Murray—. Estoy dispuesto a recibir las malas noticias. Aunque espero que no lo sean demasiado.

—Lo dejo a su elección. ¿Se acuerda cuando estábamos con Benny Floyd aquel día en el mostrador del bar y yo dije que me hubiera gustado saber más de Wykoff?

—Sí.

—Pues bien, ya he sabido —manifestó Murray volviéndose hacia Ruth—. Por eso no pude acudir a nuestra cita. Wykoff me envió a uno de sus guardaespaldas para llevarme a Staten Island y no tuve más remedio que seguirle.

Parte de la bebida de Ruth aún sin probar, fue a caer sobre su falda.

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Wykoff? —preguntó Harlingen asombrado—. ¿Un hombre de su posición utilizando tales procedimientos? Si las autoridades…

—¿Qué autoridades? —preguntó Murray—. Mire, no nos engañemos. Si hay algo que hacer con Wykoff, es LoScalzo quien

puede lograrlo, pero en los momentos actuales nada desearía más que dejarme por muerto. Claro que ésa no es la cuestión. Lo que intento exponer es el punto de vista de Wykoff. Evidentemente le molesta que yo trabaje en este caso y quiere que quede al margen. Para demostrarme que lo mejor es que abandone, me ofreció la evidencia de que Arnold es culpable.

—¡No puede ser! —proclamó Ruth—. No existe tal evidencia a menos que él mismo se la haya preparado.

Harlingen le indicó con la mano que se callara, y teniendo los ojos fijos en Murray preguntó:

—¿De qué evidencia se trata, Murray?

—Wykoff tiene los libros de cuentas guardados en su casa —respondió Murray— y en uno de ellos consta el pago que Miller hizo a Arnold el tres de mayo.

—¿De qué forma se efectuó? —inquirió Harlingen mordaz—. ¿Le firmó un recibo?

Murray se dio cuenta de que la atmósfera a su alrededor era ahora tan fría como la había sido cuando se encontraba en el cuarto donde Wykoff tenía el televisor. *Donde quiera que yo esté, pensó, nunca hay tierra de nadie*. Nunca había sentido tanta amargura al pensar en aquello, desde el día en que entró en el despacho de Frank Conmy y aprendió a hacer las cosas como Frank deseaba. Lo que más le afectó fue la expresión de los ojos de Ruth.

Como desafiando su mirada, dijo:

—Saben perfectamente que no hay ningún recibo, pero esto no importa. Wykoff lleva sus asuntos como si se tratara de un negocio. Es ese tipo de hombre. Tendrían que conocerle para darse cuenta de ello. Se trata de uno de esos tipos que le llevan a uno a visitarle a punta de pistola y luego aparece con su abogado para que todo siga un cauce regular. Si se le dice que no es más que un maleante como otro cualquiera, probablemente os largará un discurso demostrando cómo no estáis en condiciones para dar normas de moralidad y os explicará que se vio forzado a actuar ilegalmente en asuntos que debieran ser legales y cosas por el estilo. Por ser así y actuar de esa manera ha conservado datos de lo que ocurría mientras estuvo dirigiendo a los corredores de apuestas. Y posee la anotación del soborno hecho a Arnold. Lo cual significa que Miller y Schrade dicen la verdad. Tal vez usted no lo sepa, Ralph, pero el tipo más

difícil de manejar en el estrado de los testigos es el maleante que se ve obligado a decir la verdad por vez primera en su vida y se alegra de la oportunidad que se le brinda. Es a eso a lo que deberá enfrentarse en el presente caso, así es que ya puede darse una idea de lo que le espera.

—Me parece que toda esta rutina ya la hemos debatido antes. No me habrá traído aquí a estas horas para repetírmelo, ¿verdad?

—No. Le he hecho venir para darle algunos consejos. Lo primero que tiene que hacer mañana es avisar a Arnold para que venga a la ciudad y se lo explica todo. Luego averigüe si aparecerá o no otra vez ante el tribunal para retractarse de su testimonio. Si no lo hace, procure convencerle para que se declare culpable en grado menor al que se le acusa. Digamos perjurio en segundo grado. No sé si LoScalzo estará interesado en hacer un trato, pero podríamos hablar con él partiendo de esta base; lo malo es que tiene los ases de la baraja y lo sabe muy bien.

—¿Es este el único problema? —preguntó Harlingen—. ¿Y qué juego tiene usted, Murray? No puedo menos que preguntárselo.

—¿Qué quiere decir con eso? —interrogó a su vez Murray.

Ruth se puso en pie y se enfrentó a él, apretándose el pecho con los brazos y hundiendo los dedos en las mangas de su chaleco de lana.

—Sabe muy bien lo que quiere decir —manifestó Ruth con expresión severa—. ¿Cuánto le pagó Wykoff por decir eso?

Ese es el significado de la pregunta. Bueno, ¿cuánto le dio? ¿Más de lo que podía pagar Arnold?

Aquellas palabras produjeron en Murray el mismo efecto que el golpe que le propinara Caxton. O peor aún. Caxton le hizo daño, pero no le asustó. En cambio, ahora sí se asustaba.

—Ruth —dijo—. Juro que no he tomado ni un centavo de Wykoff. No me ofreció nada ni me dio nada.

—Entonces lo que hizo fue decirle cómo tenía que obrar y usted lo está cumpliendo —comentó con voz suave. Tal vez demasiado suave—. Le amenazó, sin duda.

—No. No me amenazó. La amenazó a usted. El sábado por la noche nos estuvo siguiendo y la tiene fichada. No ocurrirá nada mientras yo no haga algo que le perjudique. Pero aun así y a partir de mañana, pondré a un hombre para que la vigile hasta que el

asunto haya terminado.

No tiene por qué preocuparse.

—¿Que no tengo por qué preocuparme? ¡Oh!, por favor, por favor, no vayamos degradando esto hasta situarlo al nivel de un melodrama. No creo que le parezca a usted más convincente, ¿verdad?

Hubiera deseado pegarle un bofetón. Podía sentir en su organismo el alivio que le hubiera producido el impacto de su mano en la cara de Ruth. Ella quizá también debió sentirlo, porque dio un paso atrás involuntariamente cuando Murray se puso en pie, cosa que agradó a este.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó—. ¿De un poco de melodrama? Usted sabe muy bien que sólo trato de animar la cuestión. Todo esto no es más que un enorme camelo —miró a Harlingen, que ya no sonreía—. Es lo mismo que le ocurrió al pequeño puertorriqueño del bar de bocadillos en que estuvimos aquella vez. ¿Se acuerda de él, Ralph? Un espectador inocente en todo el sentido de la palabra, ¿verdad? Así fue hasta que Wykoff creyó que sabía más de lo que estaba diciendo y encargó a dos de sus muchachos que lo mandaran al hospital, donde sufrió algunas reparaciones.

—No hablará en serio —dijo Harlingen.

—¿Quiere llamar a Montefiore y preguntarle cómo sigue el paciente? Se llama García. Probablemente lo habrán anotado como un accidente, pero yo en su lugar no me dejaría engañar. Sé lo poco que le gusta que le engañen.

—No es cosa de risa.

—¿No? Bueno. Sólo me río para no llorar. ¿Cómo se sentiría en mi lugar? O usted —añadió, dirigiéndose a Ruth—. ¿Le parezco ahora más convincente?

Ella movió la cabeza, furiosa.

—No —expresó con voz dura—. ¡No, no, no!

—Cielos, ¿es que no me conoce lo suficiente como para poder confiar en mí? —rogó él.

—¡Creía conocerle! —repuso ella—. Pensé…, pero ¿qué sentido tiene continuar con esto? Me equivoqué y eso es todo. Me equivoqué de cabo a rabo. Y Arnold tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre usted. La última vez que hablamos me dijo que era una tonta. Que cualquiera que confiara en detectives privados era un imbécil. Que todos son iguales. Estafadores y ladrones capaces de cualquier cosa por dinero. Se dejan comprar porque ése es precisamente su modo de vida…, vender basura a quien pague por ella.

Murray observó que cuando uno está realmente indignado lo ve todo rojo. Ruth, Harlingen, la habitación en que se encontraban pareció rodearse de un halo rojizo. Con voz ronca, manifestó:

—Por lo que veo, Arnold es juez, jurado y verdugo en este caso. La Muerte como personaje principal del drama que a usted le gusta. Un policía listo que se sabe todas las respuestas. Dios mío, mientras dure el juicio seré el primero en aparecer en la sala y el último en marcharme. Será un placer ver cómo le hacen pedazos.

—Lo creo —susurró Ruth—. ¡Qué segura estoy de ello! Pero ocurra lo que ocurra, Murray, siga mi consejo No pida billetes para el teatro o haga reservas en restaurantes para celebrarlo si es que piensa que voy a celebrarlo con usted. No planee ninguna escena en la que de repente nos encontremos cogidos de la mano a la luz de la luna. Hasta ahora lo ha estado pasando usted muy bien. Me avergüenza decirlo. Me ha llevado por un camino de rosas. Pero aquí es donde yo me apeo. A su amiga, la señora Donaldson, seguramente le gustará, estoy segura.

Harlingen, que había estado siguiendo aquella escena con creciente preocupación, no se pudo contener por más tiempo.

—¿Qué es lo que tiene que gustarle? —preguntó impulsivamente—. ¿Se han vuelto locos los dos? Se están portando como un par de neuróticos borrachos. ¿Es para esto para lo que estamos aquí?

—¿Quiere hacer el favor de callarse? —le increpó Murray con expresión amenazadora. Y volviéndose otra vez hacia Ruth añadió—: Venga. Dígalo. ¿Qué tiene que ver en todo esto la señora Donaldson?

Ruth se cogió las manos con tanta fuerza, que los nudillos se le pusieron blancos.

—Me lo ha hecho ver todo claro esta noche. No les he hablado todavía de nuestra conversación telefónica, ¿verdad? Ha sido porque aún estaba en el camino de rosas y no quería que nada lo estropeara. Ni siquiera cuando me preguntó si había sacado de mí

todo cuanto esperaba para compensarle del coste de la fiesta. Sí, lo dijo exactamente con esas palabras y no es preciso que ponga cara de sorpresa. Estaba celosa, no hay duda de ello. Eso es lo que tendría que preocuparle. No que unos gánsteres de novela infantil puedan disparar contra mí, sino que ella dispare contra usted porque le gusta muy poco que vaya detrás de otras mujeres. A lo mejor cualquier noche se olvida de lo tonta que es y dispara.

—¿Es ella la única que está celosa? ¿Y qué me dice de Arnold? Debe haberle contado usted algunas cosas interesantes de mí para que se pusiera tan acalorado.

—Sí —dijo Ruth—. Lo hice. Y si yo hubiera tenido el sentido común de no hablar, ahora no tendría que preocuparme. Pero Arnold y yo nunca nos hemos ocultado nada. Nunca nos hemos dedicado a ser falsos e hipócritas como usted. Para disfrutar con eso se necesita cierta práctica, ¿no cree?

—Me lo figuro —masculló Murray. Y prescindiendo de escrúpulos añadió—: ¿Por qué no le pregunta a Arnold sobre eso?

—Los tres estamos malhumorados —se interpuso Harlingen mirando su reloj—. Y no me extraña. Son casi las dos, y puesto que no paramos de hablar sobre lo mismo…

Murray comprendió que su intención era buena, pero si había algo capaz de poner en guardia a Ruth era precisamente la aprensión que sonaba en su voz. Y, en efecto, Ruth se puso en guardia automáticamente.

—¿A qué se refiere? —preguntó a Murray—. ¿A dónde quiere ir a parar?

Tenía la imagen de Lundeen en su mano. Era el muñeco de cera que necesitaba en aquella ocasión. Y lentamente lo aplastó con el puño.

—Ruth. Arnold ha estado jugando con usted y tomándola por tonta. Tiene a otra chica que no sólo duerme con él, sino que además está segura de que van a casarse. Y va a serle difícil salir de este embrollo cuando ella fije la fecha.

Ruth le miró con la boca abierta y una expresión de total y absoluta incredulidad.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Qué imaginación! Es fascinante. Fascinante del todo.

—No tan fascinante —dijo Murray mirando a Harlingen—.

Vamos, cuénteselo, ¿por qué no lo hace?

—¿Contarle qué? —preguntó Harlingen enfadado—. Un comentario oído no significa nada. Todo lo que sé de esa chica proviene de lo dicho por usted.

—Igual que con Wykoff —indicó Ruth— y con Miller y con cualquier otro que quiera nombrar, ¿no cree?

Murray observó que había adoptado un aire triunfal. Tenía a Harlingen de su lado, y también la verdad, la justicia y el derecho estaban con ella. Era casi una vergüenza despojarla de un golpe de aquella sensación.

—Póngase el abrigo —le ordenó Murray.

—Lo siento —repuso ella—. He de prepararme para comprimir en unas horas todo un día de trabajo y no me siento con ganas para salir por ahí en busca de aventuras.

—No será ninguna aventura. Conocerá usted a la amiguita de Arnold, tanto si quiere como si no. Póngase el abrigo.

Harlingen intervino.

—Esto es ridículo, Murray. ¿Qué se propone? ¿Despertar a todo el mundo en Nueva York a estas horas de la noche sólo para demostrar algo? ¿No puede elegir un momento más apropiado?

—No —respondió Murray—. No puedo. Según usted, Ralph, soy un buen chico; pero en las últimas ocho horas alguien me ha apuntado con una pistola; me han maltratado, me han robado en el *bridge*, me han chantajeado y me han llamado mentiroso más veces de las que podría contar. Y pienso acabar con esto a mi manera. O la señorita Vincent aquí presente se pone el abrigo y viene conmigo sin protestar, o la saco a rastras aunque esté lloviendo, cogiéndola por el pescuezo. Y si alguien trata de detenerme, piense que he estado pasando ocho horas infames y que siento el imprescindible deseo de librarme de ese recuerdo aunque sea a bofetadas. No bromeo, Ralph. No va a pasar nada mientras todos se porten bien. Sabe a lo que me refiero porque usted también ha pasado momentos así.

—Le comprendo muy bien —repuso Harlingen, y de un modo harto extraño, su voz sonó con acento simpático—. Pero está enfocando esto de manera equivocada, Murray.

—Es asunto mío —dijo Murray.

Ruth le miró, miró también a Harlingen, y volvió a mirar a

Murray, considerando la situación y tratando de decidirse.

—De acuerdo; voy con usted. Aunque sólo por una razón. Quiero ver cómo maneja el resto de esta comedia. Hasta ahora ha sido tan dramática y conmovedora que no querría estropear el final.

—Cuanto más vea de ella, más le gustará.

La Octava Avenida era un vacío empapado por la lluvia. La calle lateral aún estaba más carente de vida y más oscura. El único punto brillante era el letrero:… BITACIONES PARA …QUILAR, que ahora parecía envuelto en una aureola angelical y arrojaba un rayo de fluctuante claridad azul sobre la escurridiza acera.

Murray apoyó el pulgar con fuerza sobre el botón del timbre no soltándolo hasta que el viejo abrió la puerta y se quedó mirándoles con los ojos entornados, desde la penumbra del vestíbulo. Vestía ropa interior de lana y en su parte superior dos botones abiertos dejaban ver algunos pelos blancos de su macilento pecho. Iba descalzo.

—Ustedes no son de aquí —dijo—. Podría llamar a la Policía. ¿Saben qué hora es?

—Sé la hora que es —respondió Murray—. Quiero hablar con Helene. Dígale que vengo por encargo de Arnold Lundeen. Y dígale también que se prepare para algunas malas noticias.

Había tenido razón cuando dijo a Harlingen que Helene podía aceptar cualquier cosa que se le pusiera en el camino. Su vocabulario era ahora todavía más sucio y más violento por el modo en que parecía escupir las palabras a Ruth dotándolas de un significado concreto en vez de utilizarlas sólo como expresiones de lo que tenía que decir. Era tal su mal genio que Murray se mantuvo cerca de ella, comprendiendo que si explotaba alguien podría resultar mal parado. Era además la poseedora de las cartas, una caja de zapatos casi llena con misivas de Lundeen que, al fin y al cabo, era lo más importante, todo cuanto, en realidad, necesitaba.

No estaban bien escritas y aparecían llenas de faltas; mas a su modo, eran obras maestras de declaración concreta.

> *Nena me gustaría estar contigo esta noche porque entonces los dos…*
>
> *Helene, cariño, a veces no puedo dormir porque pienso*

en ti y en lo que podríamos estar haciendo juntos. Por ejemplo…

Estoy seguro de que me echas mucho de menos. Estoy seguro de que en estos momentos lo que más te gustaría sería…

Cuando todo este jaleo haya terminado, recuperaremos el tiempo que estamos perdiendo. Echaremos de casa al viejo para todo un día y entonces los dos…

Murray se dijo que no había nada perverso en aquellas cartas. Nada que pudiera hacer levantar las cejas a un psicopatólogo. En realidad, Lundeen se mostraba singularmente falto de imaginación tanto en sus deseos como en el modo de expresarlos. Claro que incluso los faltos de imaginación pueden aportar un impacto cuando lo manifiestan en el lenguaje explícito que Lundeen utilizaba. Ruth miró una cualquiera de las cartas. Y de modo incontenible la partió por medio, la volvió a rajar y luego la estuvo haciendo pedazos como si de aquel modo destruyera por completo su contenido.

Murray agarró con un brazo la cintura de Helene cuando la mano de ésta asió el pelo de Ruth y tiró de él obligando a la joven a bajar la cabeza. Consiguió separarle los dedos y soltarlos mientras Ruth se tambaleaba al quedar libre. También Murray le tocó parte de la lucha. Helene llevaba sólo un finísimo camisón de dormir. Al tenerla sujeta con los brazos podía sentir la tensión de sus músculos al tiempo que evitaba los rodillazos y la agresión de los finos y blancos dientes que intentaban morderle el hombro y la mejilla. Forcejeaba soltando interjecciones mientras el viejo permanecía allí sin hacer nada, mirándolos con ojos inexpresivos, y rascándose el pecho de vez en cuando con aire distraído. Quizá pasó un minuto o dos antes de que la muchacha pudiera ser llevada al dormitorio, la puerta se cerrase de un golpe tras de ella y la llave girase en la cerradura.

Cuando Murray miró a su alrededor, Ruth se había ido.

20

Corrió por el vestíbulo llamándola, dándose cuenta vagamente de que algunos espectros en hábito nocturno parecían como colgados de las barandillas de la escalera por encima de él, siguiéndole con ávida mirada. Ruth no aparecía por ningún lado en la calle. Miró arriba y abajo viendo sólo el vacío, mientras su corazón latía con fuerza. Luego, como presa de súbita inspiración, corrió hacia la Octava Avenida. Tuvo suerte. La vio a media manzana de distancia caminando rápidamente con la cabeza inclinada contra la lluvia que caía con fuerza. La atrapó al llegar a la esquina y la cogió por el brazo obligándola a dar media vuelta para enfrentarse con él.

—¿A dónde va? —le preguntó—. ¿Qué clase de tontería es esta?

Ella le miró como alelada. Llevaba el abrigo abierto, el vestido empapado y el pelo desordenado y mojado.

—Estoy bien. Déjeme marchar.

—Desde luego que está bien. Parece como si acabaran de pescarla del río. Volvamos al coche y vámonos a casa.

—No —dijo ella intentando liberarse, pero sometiéndose al fin al ver que no la soltaba—. ¿Es que no me entiende? Si llego tarde se despiertan y empiezan a hablar. Y no tengo ganas.

—¿Prefiere dar vueltas por la calle hasta tropezarse con algún sinvergüenza? Suponga que no tiene la suerte que tuvo cuando la atacaron en la escuela. Podían haberle dejado algo más que un simple recuerdo.

La tocó con un dedo la cicatriz que tenía en la comisura de la boca y ella se encogió como si le doliera.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó en un murmullo—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. O mejor dicho, quizá usted misma en una docena de formas distintas. Pero ¿qué importa eso ahora? Vámonos a casa y hablaremos de ello en otra ocasión.

—Ya le he dicho que no quiero ir a casa.

—Pues entonces, ¿a dónde quiere ir? —preguntó él. Y añadió

con deliberada crueldad—: ¿Y si fuéramos a mi piso? Es una buena idea, ¿no le parece? Podríamos celebrar lo sucedido con unos cuantos tragos y pasarlo muy bien. ¿No le suena esto mejor que ir a su casa o encontrarse con algún golfo?

—Si es eso lo que usted quiere…

Sí. Era lo que él quería, si bien no de aquel modo. De pronto, sorprendentemente, ella le estaba diciendo que todo había terminado y que él era el vencedor. Entonces Murray sintió la desagradable sensación de que su tono de indiferencia, su súbita e increíble rendición era algo que en realidad le estaba privando de su triunfo. De quien él se había enamorado era de una mujer de carne y hueso, de nervios finamente trazados y de tensas fibras, una mujer completa que mezclaba el humor con la cólera, la irritación con la gracia. Lo que ahora se le ofrecía como trofeo era sólo una sombra de todo aquello. Se necesitaba ser un estúpido para imaginar que podría suceder de otra manera.

Se preguntó lo que tenía que hacer. ¿Llevarla a su casa y cerrar la puerta tanto tras de ella como tras de la tentación, al menos por entonces? Pero ¿qué pasaría cuando la puerta se hubiera cerrado? ¿Cuáles eran las posibilidades de que volviera a abrirse para él? ¿Qué sentiría ella mañana cuando ya no estuvieran solos en aquel mundo nocturno, vacío e irreal que parecía tan a propósito para todo lo ilógico?

Sentíase atormentado, temeroso de responder a sus propias preguntas sabiendo, sin embargo, que debía hacerlo de algún modo, pero receloso de moverse en uno u otro sentido; atrapado e indeciso como colgado por los pulgares, según hubiese dicho Wykoff; sintiendo el frío de la lluvia y el de su propio pánico calándole hasta los huesos. *No tenemos ni el sentido común como para protegernos del agua*, pensó como en una fría burla de sí mismo, y empujó a Ruth sin que ella se resistiera hasta el cobijo de una puerta.

—¿Ha creído que lo hice a propósito? —le preguntó, rogando interiormente que ella contestara con una negativa para solucionar el problema de aquel modo y dejar que las cosas continuaran como eran—, ¿cree que lo he hecho a propósito? —repitió.

—Sí, pensé que sí.

La acera mostraba ante ellos una serie de charcos y un semáforo en la esquina, como un robot, que dirigiera un tráfico inexistente

convirtiendo los charcos en reflejos de rojo y de verde y luego de rojo otra vez bajo la mirada de Murray.

—Bien —dijo finalmente—. Espere aquí. Voy por el coche y vuelvo en un minuto.

El vestíbulo del «St. Stephen» llevaba muchas horas desierto cuando entraron en él. Los que celebraron el banquete habían ya desaparecido. Unas cuantas mujeres de la limpieza movían sus trapos de acá para allá sobre el suelo de mármol, y no les prestaron ninguna atención. Tras el mostrador, Nelson levantó la mirada desde un montón de tarjetas que estaba ordenando y la bajó de nuevo discretamente. El encargado del ascensor dejó su Daily News y los llevó hacia arriba manteniendo un prudente silencio. Murray tuvo la sensación de que ya había experimentado en otras ocasiones similares de que una amable conspiración se fraguaba en favor suyo; pero esta vez era al revés de las otras. Aquella idea le perturbó.

Una vez en el piso quitó el abrigo a Ruth, notándolo tan empapado como una esponja. Ella debía estar calada hasta los huesos, y se preguntó cómo le diría que se quitara la ropa y se pusiera algo seco sin que aquello sonara a ridícula tentativa de seducción. Se había hecho el propósito de dejarse llevar. De no tomar la iniciativa si era eso lo que ella deseaba; mas ahora se veía enfrentado a un estúpido callejón sin salida, lo que le ponía en una situación insostenible. De haberse tratado de otra mujer que no fuera Ruth, aquello podría haber parecido incluso divertido. Intentó salir del paso diciendo:

—Creo que le vendría muy bien una bebida. ¿Quiere algo en especial?

—No. No quiero nada. Me pondría enferma.

Se inclinó un poco hacia adelante, apoyando la mano sobre el mueble del tocadiscos.

—Me pasa algo raro. Tengo mucho frío. Estoy helada.

Él no era ningún experto, aunque no era necesario serlo para darse cuenta de que, en efecto, la joven se encontraba mal. Su piel había adoptado una palidez plúmbea, tenía los labios mortalmente azulados y se estremecía violentamente, si bien intentaba evitarlo

cerrando los ojos y apretando los dientes sin conseguir nada.

—¡Tengo tanto frío! —jadeó. Y cuando él le pasó un brazo por los hombros, notando el contacto de su cuerpo, oyó también cómo le castañeteaban los dientes y murmuraba—: ¡Dios mío qué frío tengo!

La lengüeta de la cremallera en la espalda de su vestido se había perdido por entre unos pliegues del cuello. Manipuló tratando de encontrarla, con los dedos entumecidos, como si se los hubieran anestesiado, maldiciendo aquel chisme y cualquier otro que se le pareciera y finalmente consiguió bajarla en toda su longitud y tiró del vestido quitándoselo una vez el cierre se hubo abierto hasta la cintura, y sacándole también los zapatos mojados casi con el mismo movimiento de la mano. Medio tirando de ella, medio llevándola, la metió en el dormitorio, descorrió la puerta deslizante de la ducha y abrió cuanto pudo el grifo del agua caliente, que cayó de golpe envuelta en nubes de vapor. Notó la quemazón en su brazo como si viniera de una remota distancia. Abrió el agua fría para atemperar el calor y metió a Ruth bajo la ducha, sosteniéndola con una mano y obligándola a bajar la cabeza con la otra mientras el chorro de agua le empapaba y cegaba también a él.

Fue un tratamiento duro pero eficaz. Cuando finalmente cerró el agua y sacó a Ruth de allí, ella se reclinó débilmente contra la pared de la ducha, ahora con una sensación de fatiga y no de derrumbamiento, con el pecho agitado por la respiración y la piel, desprovista ya del alarmante tono ceniciento, animada por el brillo del calor recobrado. Vista de aquel modo, con el pelo cayéndole en oscuros y chorreantes mechones, el sujetador y las bragas pegados al cuerpo, y las medias sostenidas por una especie de liguero que trazaba dos líneas verticales sobre la carne blanca, lechosa de sus muslos, resultaba más perturbadora para Murray de lo que hubiera podido imaginar. Todavía más, se dijo, que si estuviera desnuda y dispuesta para recibir su abrazo. ¿Se daba ella cuenta de todo eso?

Aparentemente no. Porque cuando le preguntó bruscamente: «¿Cómo se siente ahora?», ella torció el gesto evidentemente avergonzada de su desnudez y al mismo tiempo sin que pareciera preocuparle mucho el aspecto que debía tener.

—Mejor. Casi humana.

—¿Quiere que llame al médico? Hay uno abajo.

—No. Realmente estoy mejor. Un poco floja de rodillas, pero eso es todo —expresó, mientras sus labios se entreabrían en una pálida sonrisa—. Debe tenerme por una auténtica calamidad, ¿verdad?

Él no tenía intención de rendirse ante aquella sonrisa.

—Quizá —respondió dejando de mirar su rostro acongojado para tomar una toalla del barrote y entregársela—. Me parece que ya puede valerse por sí misma. Quítese esas cosas y envuélvase en la toalla mientras busco por ahí algo que se pueda poner. La espero afuera.

La dejó mientras sostenía la toalla de baño, y le miraba con expresión sombría. Aquella expresión permanecía fija en él cuando entró en el dormitorio y se quitó su propia y también empapadas camisa y camiseta. Bien, ¿qué esperaba que hubiera hecho? ¿Tomarla allí tal como estaba? ¿Hacer una mártir de ella obligándola a aceptar los hechos de una vez para siempre? Barrió de la cama el montón de mensajes telefónicos, aplastándolos con el puño y echándolos a un lado. Después quitó el cobertor y se secó con él, frotándose la espalda y el pecho con dureza hasta dar con un punto sensible en las costillas. Mirándose al espejo vio que había una contusión bastante fuerte, exacta en su forma a la punta del zapato de Caxton. La vista de aquello añadió más combustible al fuego que ardía en su interior. Un fuego peligroso, lo sabía, reconociendo los síntomas de una cólera sorda fustigada por una legión de agravios. Todo aquello le produjo a la vez un cierto goce que atizó furiosamente sintiendo cómo le envolvía y le hacía sentir mejor.

En la sala de estar había otro fuego que atender. Ella recibiría un tratamiento adecuado, ni más ni menos. Resplandecientes ascuas que atizar con cuidado; música suave para los nervios y una bebida fuerte para la sangre. No podría decirse que Kirk no sabía cómo enfrentarse con una situación cuando era necesario. Barrió el residuo de las cenizas y los carbones del centro del hogar utilizando un tronco, pero cuando se irguió luego de terminar aquel trabajo, el rostro burlón de Frank Conmy apareció ante él cual si lo vigilara desde las sombras, junto con los fantasmas de las mujeres que Frank había conocido en sus años varoniles, mujeres con cara de muñeca como Mona Dowd, cariñosa y lánguida, esperando lo inevitable ante las llamas susurrantes, y la sombra de Didi tendida de

cualquier modo, roncando con un aire muy poco musical…, toda la caterva dispuesta para la representación cuando Ruth entrara cual una virgen a punto de ser inmolada en el altar ya dispuesto y con el oficiante a punto…

Con toda la fuerza de que fue capaz, colocó de nuevo el tronco que fue a caer en las cenizas provocando un remolino polvoriento que flotó a su alrededor. El tronco dio de lleno sobre los ladrillos y el mortero con un crujido explosivo de cañonazo, y rebotó en la pantalla de la chimenea repercutiendo el golpe con profundo y resonante fragor. La habitación estaba llena de ruidos, de estallidos ensordecedores, buenos para el espíritu, entre los que, como un eco lejano, pudo oír la voz de Ruth que decía tras de él:

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

Dio media vuelta para mirarla. Se envolvía estrechamente en la enorme toalla desde los hombros hasta las rodillas, y la apretaba contra su seno con ambas manos. Una toalla más pequeña la cubría el pelo en forma de turbante. Sus ojos se abrían con expresión de alarma. Era la cosa más increíblemente débil que había visto en su vida. La gacela dispuesta a ser cazada, ya muerta y desaparecida para siempre, incluso antes de haberse apoderado de ella. Semejante sensación le provocó una reacción explosiva.

—¿Qué pasa? —preguntó roncamente—. ¡Cielo santo! ¿Me pregunta qué pasa? Usted, usted es lo que pasa.

—¿Por qué está tan enfadado? —demandó Ruth asombrada—. Yo sólo quise…

Él la interrumpió con un gesto furioso.

—¿No cree que está equivocada? ¿Piensa que voy a reprocharle a Arnold su relación con esa chica? Pues no. Lo que hago es compadecerle. Nunca he hablado con él, mas si lo hiciera aborrecería su cara de mentiroso con sólo verla. Pero ¡Dios mío!, cuánto le compadezco por lo que usted le hace pasar. Un animal grande y sano como él atrapado por la casta doncella. Porque eso es lo que pasa, ¿no?

—No lo sé —dijo Ruth consternada—. Ni tampoco por qué se porta usted así. Me parece irracional.

—¡Oh, no! No soy irracional, sino tan racional que hasta hago daño. Estoy cortando por donde más duele porque hemos de arreglar este asunto aquí y ahora. Dígame una cosa. Usted nunca ha

dejado que un hombre la maneje, ¿verdad? Ni siquiera Arnold.

Ella le miró como atontada.

—¿Es que debo avergonzarme por ello?

—No. Esa política puede tener mucho mérito, pero ¿qué le ha hecho cambiar? Usted sabía lo que significaba venir aquí. ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque quise.

—Porque quiso —repitió Murray desdeñoso—. ¿No es esto una magnífica oportunidad para mí? Todo cuanto he de hacer es pronunciar la palabra y lo que se ofreció a Arnold durante todos estos años se pone ahí al alcance de mi mano. ¿Y por qué no? Yo soy más listo que él, no importa como lo mire usted. Él nunca comprendió por qué era usted la casta doncella, ¿verdad? Como cualquier ignorante salido del arroyo, pensó que ese es el modo en que una mujer debe comportarse cuando está bien educada y posee un elevado nivel intelectual. Es más pura, en cierto modo. Sus glándulas no funcionan como las de la gente normal. Quizá después de casarse se caldeará… Es cosa que de todos modos cabe esperar; pero, hasta entonces, todo cuanto hay que hacer es dar vueltas a su alrededor e impedir que otros hombres la molesten.

»Eso es lo que logró él, ¿verdad? Sintió el horror de lo sucedido en el sótano de la escuela y padeció un continuo estado de nerviosismo, pero Arnold le hizo la vida más fácil. No le formuló proposición alguna porque estaba impresionado por sus buenos modales, y se convirtió en garantía viviente de que ningún otro hombre las formularía. Incluso consiguió que fuera fácil para usted mentirse a sí misma. Después de todo, él era quien la salvó; usted le debía algo, así que, ¿cómo pagárselo mejor que con esa clase de lealtad que usted es capaz de utilizar como un cinturón de castidad? ¿No es eso lo que ha ocurrido? ¿No es esa la pura verdad y la causa de ese anillo que lleva en el dedo?

Gritaba proyectándose sobre ella, fustigándola con su voz; pero Ruth no hizo ningún movimiento de retroceso. Parecía como clavada al suelo, mirándolo como se mira a un monstruo que se acerca amenazador e implacable. Sólo reaccionó cuando él la agarró por los brazos y no queriendo soltar la toalla, se apartó con el rostro angustiado arqueando el cuerpo hacia atrás de tal manera que si él la hubiera soltado habría caído de espaldas.

—¡No es verdad! —jadeó—. ¡No es verdad!

—¡Deje de mentirse a sí misma! Sí que es verdad, y usted lo sabe.

La sacudió tan bruscamente que su cabeza se movió de un lado a otro en un ciego movimiento de negación, y el turbante que llevaba anudado se deshizo y cayó al suelo mientras el pelo le resbalaba sobre los hombros. Sosteniéndola de aquel modo, al verla con aquel aspecto, él tuvo una agobiante sensación de *déjà vu*, de haber vivido todo aquello anteriormente en algún sueño obsceno y casi olvidado. En seguida recordó que la primera vez que había visto a Helene fue de aquel mismo modo, con el pelo suelto y húmedo sobre los hombros y el cuerpo insinuándose bajo la toalla que lo envolvía. Y supo en aquel momento que el dominio que entonces creyó ejercer sobre Lundeen, sobre Ruth Vincent, sobre el Destino, se encontraba ahora muy lejos de él. Se le había ido de las manos. Había desaparecido.

—¡Diga que es cierto! —rogó en un doloroso esfuerzo para recuperarlo.

—Si quiere que lo diga, lo diré. Pero déjeme. Por favor, déjeme. Me hace daño.

La sacudió de nuevo mientras ella se estremecía bajo sus manos.

—No haga como si yo pusiera mis palabras en su boca. Dígalo de un modo que parezca cierto.

—¡Sí! —exclamó ella—. Lo digo de verdad —y se derrumbó dejando que su actitud desafiante se evaporase mientras él la sostenía apoyada contra la pared—. Pero ¿por qué tiene esto tanto significado para usted? —preguntó con voz lastimera—. Todo ha cambiado ahora, ¿no se da cuenta?

—Todo cuanto sé —dijo él— es que usted me ha escogido como remedio contra el orgullo herido, como una especie de medicina que la ayude a sacar a Arnold de la norma que le ha impuesto. ¿Y por qué yo? Dijo con toda claridad en presencia de Ralph Harlingen lo que pensaba de mí y de mi trabajo. Es un trabajo, dijo, que hace sucios a quienes lo practican. De acuerdo, lo acepto. Mas, en este caso, ¿no está usted descendiendo demasiado en su clase? ¿No me está haciendo demasiado favor, considerando lo que soy?

—El modo en que lo expresa… —manifestó Ruth mirándole asombrada—. No se oye a sí mismo, ¿verdad? Ha pretendido hablar

con sarcasmo, pero no es así. Realmente lo cree. Se está poniendo a la defensiva.

—¡Al diablo! Se pone uno a la defensiva cuando se le ha empujado hasta un lugar del que no puede salir y uno desea racionalizarlo todo. Sin embargo, a mí nadie me ha empujado a semejante situación. Me introduje en ella por un motivo claro y con los ojos bien abiertos. El día en que mi padre…

Fue interrumpido a media frase por el timbre del teléfono. Sonaba a la manera del «St. Stephen», con un breve tintineo de advertencia seguido por una larga pausa. Luego sonó de nuevo produciendo una suave y fantasmal vibración en el sobrecogedor silencio de la estancia.

No existe ni existirá nunca escapatoria al teléfono, se dijo Murray volviéndose hacia el dormitorio.

—Debe ser su familia. ¿Qué les contesto?

—No me importa.

No era la familia de Ruth, sino Nelson llamando desde el mostrador de abajo. Su voz era una bella mezcla de corrección y de cortés disgusto.

—Señor Kirk, ya sabe cómo me desagrada transmitir una queja; pero los ocupantes del piso contiguo al suyo, es decir, el Almirante y la señora Johnson, dicen que…

Murray colgó de un golpe y esperó por si se atrevía a llamar de nuevo. Ruth le había seguido al dormitorio.

—No era para usted.

—Lo sé —repuso Ruth sin sorprenderse. Se sentó en el borde de la cama y le miró—. ¿Qué iba a contarme de su padre?

—Nada.

El reloj de la mesita de noche señalaba las cinco. Murray estaba como atontado por la fatiga tanto física como emocional y lo último en el mundo que hubiera deseado era hablar de su padre.

—Quisiera saberlo —insistió Ruth, añadiendo de manera sorprendente—: Tengo derecho a ello.

Murray se dijo que, en efecto, quizá lo tuviera, aunque se preguntó por qué motivo. Tomó un cigarrillo del paquete que había sobre la cómoda y luego volvió a guardarlo seguro de que el gusto del tabaco le produciría una sensación acre y desagradable.

—No hay mucho que contar —dijo—. Era un tonto bien

intencionado. Se arruinó, y mi madre murió casi al mismo tiempo. Yo había empezado en el Instituto. El único trabajo adecuado para alguien de su posición era, por aquel entonces, el de portero. Así fue como empezó en una casa de vecinos del barrio.

Le dieron un cuarto en el sótano y cobraba unos dólares al mes mientras yo llevaba los paquetes para las mujeres que hacían sus compras en el supermercado que había arruinado a mi padre. Y así íbamos pasando. Suena como una novela de Dickens, ¿verdad?

—Todavía no lo sé. ¿Qué vino después?

—Nada de particular. Podía habernos ido peor de no ser por la gente que habitaba la vivienda, la mayoría puertorriqueños que habían aterrizado allí. Estaban locos con él, considerándolo un Jesucristo redivivo, lo que lo hacía todo más fácil. Había un matrimonio, Julio y Marta Gutiérrez, con cinco niños, que fueron los que prácticamente me criaron. Comía y dormía con ellos; el viejo no quería que viviera en aquel miserable tugurio del sótano y me convertí en el miembro más importante de la familia.

A mi padre lo único que le importaba era el que yo llegara a ser un gran abogado.

Lo de comer y dormir no le preocupaba gran cosa. Tenía todo un magnífico plan programado. Yo sería un abogado de fama y luego un gran estadista como William Jennings Bryan, su héroe favorito, y estaría en posición de solucionarle todos los problemas. Ya se dará cuenta de la clase de patético don nadie que era.

»Cuando me licenciaron del Ejército seguía manteniendo las mismas obsesiones. En cuanto a mí, el ser abogado me parecía tan bueno como cualquier otra cosa; así es que pasé por el aro y me abrí camino trabajando como empleado para una firma en la parte baja de la ciudad. No le contaré el salario que me daban, pero sí puedo decirle que de no haber sido porque Marta me preparaba la cena cada noche, yo hubiera sido un empleado bastante hambriento.

»Hasta que un día se llevaron al viejo al hospital. No fue nada dramático. Estaba apaleando nieve frente a la casa durante una helada y cogió una pulmonía. Lo llevaron al hospital municipal y murió allí a los pocos días. Lo que marcó una diferencia fue lo ocurrido a partir de entonces.

Volvió a sacar el cigarrillo del paquete y esta vez lo encendió.

Tal como había esperado notó un sabor amargo en la boca. Se preguntó si teniendo en cuenta su estado, sería capaz de coordinar sus ideas. La sensación de frío que le embargaba debía ser la misma que Ruth padeció antes.

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Ruth.

—Un drama. No podía conseguir el dinero necesario para el funeral y todos estaban allí esperando que se llevaran al difunto y lo enterraran. Por poco me vuelvo loco tratando de obtener trescientos dólares en efectivo. Al final fueron los Gutiérrez y algunos más de la vivienda quienes se encargaron de ello. Y también asistieron a la ceremonia. Creo que amaban al viejo debido a su defectuoso español y a que solía hablarles como si fueran verdaderas personas a las que amaba y respetaba. No les suelen ocurrir estas cosas con frecuencia y pasará mucho tiempo hasta que la situación cambie. Así es que ya sabe por qué la gente le tenía en tan alta estima.

—Sí. Lo comprendo.

—Cuando aquel día salí del cementerio —continuó Murray— supe que iba a conseguir mi propósito. Desde allí me fui directamente a la oficina de Conmy donde había un puesto libre y una posibilidad de ganar más dinero. Iba a convertirme en un verdadero ser humano. Sé que suena raro oír hablar de estas cosas cuando todo es tan diferente hoy día; pero no era divertido en aquel entonces. Nunca regresé al bufete en el que había estado trabajando hasta entonces, ni me aparté de la ruta emprendida. Fui directamente hacia donde quería ir y ese es el motivo por el que puedo decir ahora que no estoy a la defensiva en este asunto. Sé muy bien por qué estoy donde estoy y si alguna vez me olvido, siempre me queda el recurso de tomar la libretita del viejo en la que este escribía sus poesías y recordarlo. No hay lugar en este mundo para los tontos bien intencionados. Ya es bastante tener un cerebro y saber utilizarlo.

Miró a Ruth esperando ver cómo reaccionaba y preguntándose si comprendía la profundidad de sus sentimientos. Cuando ella movió la cabeza lentamente pareció como si se le hundiera el corazón.

—No —dijo con voz monótona—. Eso no es cosa de Dickens. Eso es cosa de Murray Kirk.

—Lo siento. La próxima vez que lo cuente intentaré que suene mejor.

Ella desechó aquella frase encogiéndose de hombros.

—Debo irme a casa —expuso como si no hubiera existido nunca la menor duda sobre ello—. ¿Qué hago con mis vestidos? Están empapados.

«Así, pues, eso es todo», pensó Murray. La fiesta había terminado y llegaba el momento de decirse adiós y no *au revoire*. Indicó el cajón inferior de la cómoda, donde tenía guardadas las cosas de Didi.

—Ahí hay algo que le puede servir: suéteres y faldas y un par de zapatos de fantasía. Todo es de Didi —añadió, esperando obtener alguna reacción a aquellas palabras sin importarle lo burlona que fuera—; creo que probablemente le irá bien. También puede usar uno de mis abrigos.

Ella parecía indiferente.

—De acuerdo. ¿Cuánto tardará en llegar un taxi, si lo llamamos?

—No necesita ningún taxi. Yo la llevaré a su casa.

—Mejor no.

—Mejor sí. Existe cierto caballero muy duro de carácter que a lo mejor se toma un interés especial por usted.

—No lo creo.

—¿Está segura de no creerlo?

—En efecto, no lo creo.

Murray comentó con voz suave:

—Sigue creyendo que estoy del lado de Wykoff. A pesar de lo que ha visto esta noche.

—Sí.

—¿Qué haría para convencerla? —preguntó—. ¿Tengo que presentarle la evidencia contra Arnold envuelta en una cinta rosa?

—No podría hacerlo nunca.

Murray prefirió dejarlo así. No había ya ninguna posibilidad de penetrar el muro que ella se había construido a su alrededor, ni tenía sentido golpearse contra él cuando cada golpe parecía contribuir a endurecerlo aún más. Así es que la llevó a su casa en silencio y aquellas palabras fueron las últimas que se pronunciaron entre ambos.

Cuando volvió al piso, la claridad gris del alba se pintaba en las ventanas. El vestido azul seguía formando un montón a los pies del tocadiscos, y junto a él, los zapatos de tacón alto iban curvándose

conforme se secaban. En el cuarto de baño la ropa interior y las medias estaban pulcramente colocadas sobre un toallero, y el periódico que él había estado leyendo en la bañera la noche anterior o lo que parecían cien años antes, aparecía asimismo pulcramente doblado sobre el lavabo.

Lo reunió todo en un húmedo bulto: ropa interior, medias, vestidos, zapatos y periódico, hizo una bola con todo ello y lo tiró al cubo de la basura de la cocina. Luego fue al dormitorio y tomó el teléfono.

La señora Knapp tardó algún tiempo en contestar y, cuando lo hizo, su voz sonaba confusa por el sueño.

—Señor Kirk —susurró aturdida—. No ocurre nada malo, ¿verdad?

—No. Pero no iré a la oficina hasta muy tarde. Entretanto, quiero que destine a un par de hombres para que vigilen a la señorita Vincent. Ruth Vincent, ¿me entiende? Se trata de un servicio de protección, aunque ella no debe saberlo. Hágase cargo de eso en cuanto llegue. ¡Ah, sí! Puede dar por cerrado el caso Lundeen. Conmy-Kirk lo da por concluido.

—¿En serio? —preguntó la señora Knapp realmente sorprendida—. Entonces, ¿a quién vamos a cargar los gastos de la señorita Vincent?

—Lo que digo es que Conmy-Kirk da por terminado el caso. Pero voy a seguir con él personalmente. Cualquier gasto que origine se cargará a mi cuenta. No a la oficina, sino a mi cuenta personal. Cárguelo simplemente a nombre de Murray Kirk.

TERCERA PARTE
KIRK

1

Leo Mckena aseguró que no se podía hacer. Y Leo estaba siempre dispuesto a afirmar que sabía más de sistemas de alarma contra robo que cualquier otro en Nueva York. Se inclinó sobre la mesa con la cabeza junto a la de Bruno Manfredi y estudió el tosco boceto que Murray había hecho del aparato colocado en la ventana de Wykoff. Resultó bien claro que a Leo no le gustaba en absoluto lo que estaba viendo.

—Para empezar —dijo— puedo decirle una cosa. Lo que me está mostrando aquí es el sistema fotoeléctrico corriente que nosotros ya no fabricamos. Con mi negocio pasa actualmente lo mismo que con todo lo demás. O se progresa, o se hunde uno. Se ha de dar cada vez más y mejor por el dinero que se recibe, o algún bastardo como Hoch o Garfiel entra en escena con algún dispositivo especial o hecho de cromo o de algo parecido, y te quita un cliente delante mismo de tus narices. Es por eso por lo que cuando conseguimos un comprador deseoso de un cien por cien de seguridad y que no mire el precio, le presentamos nuestro nuevo sistema ultrasónico. Permítame decirles, caballeros, que se trata del más completo que existe. Protección de arriba a abajo, ningún punto muerto…

—Venga, vamos —objetó Bruno—. No quiera vendernos nada, Leo. No estamos interesados en comprar. Lo único que queremos saber es si es posible vulnerar este sistema.

—A eso iba —contestó Leo—. Mi opinión profesional es que no. A menos de que alguien colabore desde el interior. Esa es únicamente una opinión profesional, pero ya saben cuál es mi categoría en este negocio.

Murray se agitó en su sillón.

—Sin embargo, un sistema fotoeléctrico puede dejar puntos muertos en los ángulos de una ventana, allí donde los rayos no llegan —dijo—. ¿No existe modo alguno de evitarlos para poder desconectar la alarma desde el interior?

Leo parecía ofendido.

—Le he dado mi opinión profesional. ¿Qué más quiere? Mire… —se sacó un lápiz del bolsillo y dibujó el rectángulo de una ventana —. El ojo del rayo se encuentra a la mitad del armazón. Y a partir de allí el rayo se expande ampliamente por todo él. Puede que haya un par de pequeños puntos muertos arriba y abajo, pero desconocemos su tamaño. Aunque quizá sean suficientes para introducir un dedo o tal vez la mano entera, la verdad es que no es posible saber concretamente de cuánto espacio se dispondría para trabajar.

»Supongamos que se puede meter una mano. Se corta el cristal, se mete la mano y entonces ¿qué? Le aseguro que no va a formar un cortocircuito en el sistema manipulando el ojo. Todo lo que conseguirá será hacer sonar la alarma en toda la casa, ¿me comprende? Este no es uno de esos sistemas vibratorios en que la alarma se dispara solamente cuando se trata de levantar una ventana e introducir un alambre. Aquí es otra cosa. Se pone un dedo en el rayo y se arma un ruido como si hubiera empezado la guerra. Naturalmente, eso es sólo una opinión de profesional, pero si veinte años en este negocio no significan nada…

—Desde luego significa mucho —asintió Murray—. ¿Qué es lo que suministra la energía a este sistema? ¿El cuadro de fusibles general?

—En efecto; pero lleva su propia instalación, de modo que no se le puede cortar provocando un cortocircuito en cualquier otro lugar de la casa. Caballeros, cuando los firmantes certifican un sistema como de «grado A», toman en cuenta todo eso y mucho más. Desde luego, mi compañía apoya el sistema ultrasónico como el único para quien desea lo mejor; aunque debo admitir que el fotoeléctrico se merece también mucho respeto. Y lo digo con resentimiento. Llevo veinte años en este negocio y siempre…

Cuando se hubo ido, Bruno comentó:

—Desde luego es sólo la opinión de un profesional. Pero también la mía es que sobe lo que se lleva entre manos. ¿Qué le parece a usted?

—No lo sé —replicó Murray—. Lo estoy pensando.

—¡Lo está pensando! ¿Qué? ¡Cielos! Tenemos una casa llena de alambres como si fuera Fort Knox y dentro a tres o cuatro mastuerzos yendo de un lado para otro en busca de pelea. Caso de

salir mal las cosas, le espera una condena por allanamiento de morada…, y lo más probable es que, en efecto, salga mal. ¿Qué es, pues, lo que hay que pensar?

—Wykoff tiene algo que yo deseo. ¿Qué quiere que haga? ¿Pedirle que me lo mande por correo?

—¿Por qué no? Tendría el mismo sentido que intentar entrar en su casa y tomarlo uno mismo.

—No, porque estoy seguro de poder hacerlo. Tengo una buena idea y cuento con la ayuda de usted.

—Gracias —expresó Bruno—. No se cuenta todos los días con una oportunidad tan maravillosa para ser apaleado y metido en la cárcel. Pero no quisiera aprovecharme de usted, Murray. Hágale ese favor a cualquier otro.

—Ese favor vale doscientos dólares. ¿No le hace cambiar de idea?

—No.

—Bien, pues entonces ¿cuánto?

—Un millón de dólares. Todos en billetes pequeños y usados. O si quiere en billetes limpios. Yo mismo los ensuciaré.

—¿Cuánto?

Bruno se puso serio.

—Mire, una broma es una broma, pero no la lleve demasiado lejos. Empieza a no ser divertida.

—¿Cree que estoy bromeando?

—No, y eso es lo que me preocupa. Permítame decirle claramente, Murray, que todo el tiempo en que Frank estuvo aquí nunca se metió en berenjenales como éstos y por eso murió rico y feliz. Si quiere seguir el mismo camino, no ponga en práctica ideas capaces de hacer volar por los aires esta oficina y a usted con ella. ¿Recuerda lo que Frank solía decir? Pues que esta agencia era un negocio y que había de ser dirigida como tal. Luego se ha hecho mayor y quizá usted no sea el único que tenga intereses en él. Puede que yo también tenga intereses. Y que desee protegerlos.

—¿De qué me está hablando? —preguntó Murray—. ¿A qué viene eso del interés? ¿Se refiere a su trabajo?

—No, no me refiero a mi trabajo. ¿No se ha puesto Jack Collins en contacto con usted? Creí que vendría esta semana.

—Pues no. Y si está tan ansioso de encarrilarme las cosas, puede

empezar por explicarme qué tiene ahora que ver Jack Collins con usted y conmigo.

—Ya se lo dirá él cuando venga.

—Supongamos que me lo dice usted.

—De acuerdo —admitió Bruno—. Jack quiere adquirir una parte de este negocio. ¡Qué diantre! Usted no puede dirigirlo por sí solo durante más tiempo. Todo el mundo lo sabe. Se ha vuelto tan grande que la mitad de las veces no sabe usted lo que sucede en él. Pero si acepta como socio a alguien como Jack habrá conseguido a uno de los mejores colaboradores y podrá vivir tranquilo. Tiene dinero y los conocimientos. Únase a él y tendrán la organización más importante del país aparte del FBI.

—¿Lo cree usted? ¿Y cuál es su interés en esta proposición? ¿O actúa sólo como amigo del novio?

—No tiene que ser sarcástico, Murray. Recuerde que le conocí cuando no tenía ni un céntimo. Quiero conseguir una participación en el negocio y desde luego que la conseguiré. Estoy esperando un porcentaje desde hace tiempo y este será el momento en que lo logre. Mas no de usted, sino de Jack. Sabe que me lo merezco del mismo modo que Frank lo sabía, y usted también lo sabe; pero él no rehusará dármelo.

—Entonces seríamos tres socios —dijo Murray—. ¿Está seguro de que no hay nadie más en la lista de espera?

—Por lo que a mí respecta, tres es suficiente.

—Pues por lo que a mí respecta ni siquiera tomaré el teléfono cuando Jack me llame, a menos de que el asunto Wykoff haya quedado definitivamente solucionado.

Bruno ponderó aquello en silencio.

—No creo que obre así —dijo finalmente—. Nunca en su vida volverá a tener una propuesta de sociedad como ésta. Jack está forrado y tiene aún más dinero en perspectiva. Pagará lo que le pida por una participación a medias. No echará por la borda un trato como este sólo para ponerme a mí en dificultades. No lo hará.

—En efecto. Usted me conoció cuando no tenía un centavo —afirmó Murray—. A partir de entonces, ¿le he dicho alguna vez una mentira?

Esperó mientras Bruno permanecía con aire inquieto, debatiendo el asunto consigo mismo. Y mantuvo la cara impasible cuando

Bruno repuso:

—¡Será asqueroso! Este no es un asunto de diez centavos. Quiero mil dólares y el cheque deberá estar en mi poder antes de salir de aquí esta noche.

—Quinientos —dijo Murray, y al ver que Bruno, movía la cabeza tercamente añadió:

—Bien, de acuerdo, mil. Si bien tendrá que ganárselos.

—¿Cómo?

—Primero váyase a State Island y alquile un coche en uno de los establecimientos «Condúzcalo usted mismo». Que no sea demasiado lujoso. Si puede conseguir uno sencillo y de color negro, mucho mejor. Luego haga el trayecto un par de veces pasando ante la casa de Wykoff. Primero por el túnel y Bayonne y luego con el *ferry* para ver por cuál trayecto lo hace en menos tiempo. Que sean las nueve de la noche porque es a esa hora cuando iremos para allá. El martes sobre las nueve de la noche Wykoff ya habrá llegado porque a las diez ponen en la televisión el programa «La pregunta de los 64.000 dólares» y estará viéndolo.

—¿Y para qué quiere que esté en su casa en aquellos momentos? —preguntó Bruno.

—Porque será la manera de entrar. Lo otro que tiene que hacer es procurarse un disfraz de trabajador especializado porque tendrá que representar el papel de empleado de reparaciones de la Compañía de Servicios Staten Island. Necesitará también tarjetas de identificación y un talonario de trabajo, así es que dígale a la señora K. que los encargue en la imprenta habitual de la Sexta Avenida.

—¿Qué más?

—Márchese a su casa y quédese allí.

Si tiene algo que preguntar llame a la señora K, a su domicilio. Le diré que esté atenta por si acaso. El martes me recoge a las ocho enfrente del restaurante Lüchow. Si no estoy, dé vueltas alrededor de la manzana, pero procure que no le pongan una multa mientras lo hace.

—Lüchow —repitió Bruno.

—Es usted un chico listo. ¿Qué ha impulsado a Jack a volver a Nueva York?

¿Lo han echado de California?

—Se va de allí antes de que lo echen.

Lo del *Peephole* puede estallar de un momento a otro. Difamación y algunas cosas más. ¿Se hubiera quedado usted, aguantando lo que venga si esa estúpida revista pierde el pleito?

Cuando el martes por la noche Bruno apareció ante el restaurante lo hizo al volante de un Chevrolet negro de edad respetable. El coche describió una curva acercándose a la acera, y Murray saltó a su interior mientras volvían a incorporarse a la corriente de tráfico casi sin haber cambiado de velocidad.

—¿Por qué ruta iremos? —preguntó Murray.

—Se tarda casi lo mismo por una que por otra. Creo que es mejor que tomemos el transbordador y así tendrá tiempo para poder contármelo todo mientras cruzamos. De regreso cogeremos el túnel por si acaso alguien nos sigue. Cuando se va en el transbordador es difícil quitarse de encima a un vigilante. Dígame, ¿por qué me ha hecho alquilar este coche? ¿Le pasa algo al mío?

—Nada, excepto que este lleva matrícula de Staten Island y el suyo de Queens *Country*. Alguien podría haberse fijado y extrañarse de que un coche de Queens estuviese en alquiler en Staten Island.

—No lo había pensado.

—Claro. Probablemente estaba usted demasiado atareado fabricando otro niño con Lucy. ¿Qué tal le ha sentado quedarse en casa cuatro días, disfrutando de unas vacaciones pagadas?

—Muy bien —respondió Bruno—. Y no estuve fabricando ningún niño. Lo que hice fue preparar la casa para Navidad. Mi mujer me obligó a ir a la iglesia el domingo. ¿Sabe cuánto tiempo hacía que no iba a la iglesia?

—Demasiado. Debe haberle hecho mucho bien.

—Si vuelvo a casa incólume después de este jaleo estaré en condiciones de apreciarlo. De lo contrario…

Bruno se encogió de hombros y luego se persignó.

—Anoche hablé con Jack por conferencia —dijo—. No le llamará a usted. Vendrá en avión después de las vacaciones para hablarle personalmente. Le dije que así era mejor.

—Pues ya sabe dónde encontrarme.

—Así lo espero.

El transbordador estaba casi vacío cuando hicieron la travesía, y los ruidos del barco, el lento zumbar de los motores y el rítmico chapoteo del agua contra la quilla, causaron en Murray la sensación de encontrarse, al menos por el momento, infinitamente lejos del estruendoso tráfico y de la presión de la ciudad. Se dijo que aquello es lo que sucedía viajando en barco. Mientras se está a bordo no puede hacerse otra cosa más que pasar el tiempo. Quizá aquello explicara su obsesión por poseer un bote, aunque nunca había conseguido comprarlo.

—Voy a contarle cómo procederemos —dijo a Bruno—. Usted está atendiendo una llamada de emergencia de la Compañía de Servicios Públicos porque ha habido quejas sobre cortes de electricidad en el vecindario. Cuando entre en la casa y cuente todo esto a Wykoff, mire de avanzar algunos metros por el vestíbulo frente a la puerta interior. Yo le vigilaré desde afuera porque hay una ventana que da directamente sobre la puerta en cuestión. Si las cosas van mal quítese la gorra y rásquese la cabeza y yo volveré al coche. Pero trate de que las cosas vayan bien. Su trabajo consiste en bajar al sótano y sacar los fusibles de la caja, de modo que la alarma quede cortada. Cuenta luego hasta cien, lo vuelve a colocar todo en su sitio y se va. Procure dar una buena impresión durante todo el tiempo. Entréguele un talón de la visita, adopte un aire oficial y no trate de hacer nada fuera de lo previsto. ¿Tiene idea de cómo se comportaría un empleado de reparaciones?

Bruno asintió.

—Tengo algo mejor que una idea. Ayer estropeé a propósito los fusibles de mi casa con el fin de ver cómo uno de esos empleados lo reparaba. Conozco el sistema. Incluso me he vestido como él, ¿no se da cuenta?

—Sí, me doy cuenta. ¿Llevaba también una de esas corbatitas de piel? No sabía que las siguieran fabricando.

—¿Cómo que no? Tiene usted que saber que un electricista que se precie antes prescindiría de los pantalones que de uno de estos lacitos. Es una marca distintiva.

—Pero no en usted. ¿Y las tarjetas de identificación y el talonario?

—Aquí, en mi bolsillo. Rellené algunos talones como si ya hubiera hecho un par de visitas. Y en el asiento de atrás llevo una

caja con herramientas. Pero ¿qué pasa si mientras estoy allí Wykoff llama a la compañía de servicios para comprobar que todo está en orden? Cualquiera que se haya pasado la vida eludiendo citaciones sabe nuestros trucos. ¿Cómo nos las arreglamos en este caso?

—Fácil. Una vez en St. George pare en donde haya un teléfono y se lo demostraré.

En la primera tienda de caramelos y bombones que encontraron, Bruno se reclinó contra la puerta abierta de la cabina telefónica desenvolviendo lentamente una barra de chocolate mientras Murray marcaba el número.

—Compañía de Servicios de Staten Island —le contestaron al otro lado de la línea. La voz femenina hablaba con expresión de notable eficacia—. Servicio de emergencia. ¿Qué sucede?

—Escuche —respondió Murray con expresión quejosa—. Me llamo Waggoner y vivo aquí, en Shore Lañe, Duchess Harbor. Está ocurriendo algo muy raro con la electricidad. Los faroles de la calle se apagan de vez en cuando y es muy molesto. ¿No podrían ustedes…?

—¿Los faroles de la calle? —preguntó la mujer—. No hemos recibido ninguna queja, señor. Si hubiera algún fallo en la corriente lo sabríamos. ¿Está seguro de no equivocarse?

—¡Claro que estoy seguro! Le digo que algo pasa con las luces y quiero que venga alguien para arreglarlas. Ya tiene mi nombre y mis señas, señorita. Y puede estar segura de que no soy persona a la que le guste gastar bromas.

La voz de la mujer expresó ahora la paciente resignación de quien lleva mucho tiempo escuchando quejas injustificadas procedentes de clientes maniáticos.

—Muy bien. Mandaremos a un empleado lo antes posible, señor Waggoner. Quizá tarde un poco, pero vendrá sin duda alguna.

—Será mejor que lo haga cuanto antes —dijo Murray. Y colgó.

Bruno se comió lo que quedaba de su barra de chocolate.

—¿Sabe una cosa? —preguntó admirado—. Hablaba usted como el más mísero habitante de Staten Island. Lo ha hecho estupendamente. ¡Lo que esa pobre señora habrá pensado de Waggoner, quienquiera que este sea!

—Tiene una casa cerca de la de Wykoff. Vamos. No podemos perder tiempo.

El recorrido hasta Duchess Harbor había durado veinte minutos en la limousine de Caxton. Bruno los redujo a quince minutos, manteniendo el pie en el acelerador y una mirada muy atenta por si aparecía algún agente despistado a lo largo del camino. Cuando el Chevrolet dejó la autopista y entró en la carretera que llevaba a la playa, Murray se quitó el abrigo y los zapatos y Bruno al observarlo, dijo:

—Ahora es cuando veo en el lío que me he metido. ¿Qué se figura que es? ¿Kirk el de los Comandos?

El nudo que hasta entonces no había hecho acto de presencia en el estómago de Murray, empezó ahora a apretar, aplastándole contra su diafragma y haciéndole difícil la respiración.

—Sí, eso soy. Cuando llegue al camino, vigile bien. El garaje queda a un lado, y la última vez que estuve aquí había un par de individuos vigilando por los alrededores. Lo mejor es aproximarse rodeando por el otro lado y disminuir la marcha cuando llegue junto a la esquina de la casa para que yo pueda saltar.

Tenía ya abierta la portezuela del coche cuando este pasó la esquina de la casa, y en el momento de saltar resbaló y estuvo a punto de caer sobre un suelo endurecido por la helada película de nieve que lo cubría. Pero pudo recuperar el equilibrio y echó a correr, agachándose, hacia uno de los lados del edificio. Se veía luz bajo la celosía de la ventana que estaba a sólo unos centímetros de su cabeza. Se agarró al alféizar y cuidadosamente se fue levantando hasta apoyarse sobre los antebrazos, manteniendo los pies en el aire. Colgado de aquel modo notó que cuantos sonidos se producían a su alrededor quedaban como ampliados y distorsionados. Le parecía oír rumor de pasos acercándose.

El viento al agitar los bajos de sus pantalones semejaba una mano que quisiera agarrarlo. Le costó mucho esfuerzo no mirar a su alrededor hacia tantas cosas desconocidas y amenazadoras. No es que el mirar le hubiera servido de gran cosa, si es que, en efecto, había alguien allí, ya que en la posición en que se hallaba era un blanco perfecto, la clásica diana infalible para quien quisiera apuntar contra él. Hubiera sido difícil averiguar si aquella estremecedora sensación o si lo cortante del aire nocturno, era lo que le estaban entumeciendo hasta dejarle indefenso mientras trataba de ver algo a través de las láminas de la persiana.

Pareció haber pasado un tiempo larguísimo cuando Bruno, finalmente, apareció en el vestíbulo. Joe, el mayordomo, estaba con él y movía la cabeza con aire dubitativo. Luego apareció el propio Wykoff junto a un hombre que, a juzgar por su aspecto, debía ser uno de los sobrinos a los que Dowd se había referido. Sobrepasaba en una cabeza a Wykoff pero tenía las mismas facciones de lobo y el mismo aire huraño.

Al parecer, Bruno lo estaba pasando bastante mal, mas representaba su papel con destreza. Aparentaba indiferencia y perplejidad como la de un hombre que de pronto se ve víctima de un mal entendido entre la casa para la que trabaja y el cliente. Hablaba con aire despreocupado, se encogía de hombros y miraba a su hoja de notas con el ceño fruncido. De pronto, Wykoff se volvió y fue hacia la ventana de la que Murray estaba colgado.

Aquello era algo con lo que Murray no había contado. El teléfono estaba sobre una mesa a menos de metro y medio de la ventana. En el momento en que Wykoff tomó el auricular y marcó el número, daba la espalda a Murray. Sin embargo, cuando empezó a hablar se fue volviendo lentamente con la mirada abstraída, fija en la pared y en la ventana, como pasando sobre ésta, y por un momento, Murray pensó que estaba mirándole directamente a través de la persiana. Parecía imposible que no le viera. En cambio, la cara de Wykoff no demostró nada, aparte de su interés por lo que estaba hablando. Luego, lentamente se volvió, hizo una señal de asentimiento y volvió a colocar el teléfono en su sitio. Debió haber llamado a la Compañía de Servicios y quedado satisfecho con lo que le dijeron. Hizo una seña a Bruno y este, todavía con su aire de olímpica despreocupación como quien acepta un trabajo o lo rechaza según el gusto del cliente, siguió a Joe hasta perderse de vista en la otra parte del vestíbulo.

Murray puso sus pies en el suelo. Que él recordase, había dos ventanas en el salón hacia el que había estado mirando, y dos ventanas en el comedor más allá. Luego venía la habitación donde se encontraba el escritorio. Realizó un cálculo a lo largo de la pared de la casa y esperó. Pudo ver la claridad que procedía de las ventanas del salón y de las del piso de arriba. Con la imaginación, veía a Bruno llegar hasta la escalera del sótano y bajarla, y le siguió cuando cruzaba aquel espacio hasta donde estuviera la caja de los

fusibles.

Las luces de la casa seguían brillando; los árboles desnudos se agitaban a su alrededor haciendo ruidos extraños, y el viento lo azotaba. No había señal de que hubiera ocurrido nada o de que fuera a ocurrir algo con aquellas malditas luces. Nada que indicara que Bruno no había sido atraído al sótano donde quizá estuviera tendido con una bala en el cuerpo. ¿Cómo explicar luego aquello a Lucy y a los cuatro niños? ¿Qué derecho tenía a jugar con la vida de otras personas sólo porque sentía la furiosa necesidad de una mujer que por otra parte no le deseaba?

Murray no se había dado cuenta del momento preciso en que las luces se apagaron. Quizá estuvieran extinguidas durante un minuto o una hora. Lo único que sabía era que de pronto una oscuridad total le rodeaba. En la suave mancha gris de la pared que se elevaba sobre él, las ventanas eran ahora manchas negras en vez de ojos animados por la luz. Comprendió que debió haber ocurrido mientras su mente vagaba por otros lugares, y se increpó por aquel fallo que le hacía perder unos preciosos segundos.

Se izó otra vez hasta la ventana y trató de elevar el batiente. Este cedió unos centímetros y luego se detuvo. Empujó con más fuerza apoyándose precariamente sobre las rodillas y utilizando ambas manos. Pero, o bien el marco estaba agarrotado o había algún cerrojo de seguridad. Si estaba obstruido… era mejor no pensar en aquello. Primero había que probar con el cerrojo.

La parte exterior del alféizar era muy estrecha y resultaba difícil encontrar apoyo, una vez puesto de pie sobre ella. Entretanto, Bruno debía haber llegado al final de su cuenta hasta cien. Murray se sacó del bolsillo el corta cristales y describió con él un semicírculo alrededor del punto en el que calculaba que debía encontrarse el cerrojo. Luego apartó el cristal que había cortado. Su cálculo era correcto porque el cerrojo se encontraba precisamente tras de la abertura. Metió la mano y lo corrió, tras de lo cual con un empujón terminó de abrir el batiente.

La habitación estaba sumida en absoluta oscuridad. Se dejó caer cuidadosamente en el interior conteniendo la respiración cuando atravesaba la franja invisible que debía estar protegida por el ojo electrónico, medio temiendo que la alarma se disparase de todos modos.

Una vez dentro, cerró rápidamente la ventana, desplazando el panel hacia abajo y encendió la linterna que era la segunda de las tres herramientas que había llevado consigo.

La tercera consistía en un cincel que pensaba utilizar como palanqueta por si la tapa del escritorio no cedía. No dejaba de tener esto muy en cuenta, ya que no dispondría de ninguna otra oportunidad para intentarlo. El escritorio estaba junto a la pared. Intentó abrir el cajón superior esperando contra toda esperanza que no estuviera cerrado con llave, pero se mantuvo inamovible. Metió la palanqueta en la estrecha ranura sobre el cierre y lo golpeó fuertemente con el dorso de la mano. El ruido le sobresaltó. Se puso en actitud de descargar un segundo golpe; temió hacerlo mientras sentía cómo el tiempo iba corriendo con celeridad pasmosa. Fue el sonido de voces en la distancia lo que le liberó de su parálisis. Wykoff protestaba sobre algo. Estaba claro que si la luz no volvía a tiempo para ver el programa de «La pregunta de los 64.000 dólares», la Compañía de Servicios Staten Island tendría que responder de su fallo. Parecía mentira que una asquerosa empresa eléctrica hiciera el tonto de aquel modo.

Murray golpeó de nuevo la palanqueta, que penetró un poco más en la ranura, y presionando hacia abajo, notó que el cajón cedía. Lo fue abriendo centímetro a centímetro; pero pudo ver con profunda decepción que dentro no había nada. Probó con el siguiente. Había una carpeta repleta de hojas. Dirigió la luz hacia ella y vio columnas de cifras encabezadas por incomprensibles iniciales. Metiéndose la carpeta en el interior de la camisa, fue hacia la ventana tan rápidamente como pudo. Una vez fuera y cuando hubiese cerrado la ventana tras de sí, podría respirar tranquilo. Mantuvo el equilibrio sobre el alféizar, bajó el panel de la ventana y se dejó caer al suelo. Todo fue cuestión de segundos. Seguía todavía allí, agachado, sacudido por el golpe de la caída, con un pie maltrecho al dar contra una piedra, cuando vio cómo se encendían las luces de la casa. Había salido todo bien por muy escaso margen. Podía haberse roto la cabeza, o peor aún. Si George Wykoff hubiera guardado aquella carpeta en el cajón inferior en vez de en el de en medio, no habría logrado hacerse con ella. Considerar todo aquello le hacía sentir todavía más terror después de que hubo terminado.

Su deseo se centraba ahora en volver al coche y desaparecer de allí cuanto antes. El coche era el símbolo de todo lo bello y deseable del mundo. Un auténtico refugio sobre ruedas. Un medio para escapar con toda rapidez hacia un lugar seguro donde encerrarse y beber alcohol hasta que la sangre se le calentara de nuevo y pudiera considerar con ecuanimidad el hecho de que quizá tenía demasiada imaginación para ser realmente un hombre con valor.

Se dirigió hacia el automóvil cojeando un poco y apretando con una mano la carpeta que llevaba escondida en el pecho. La portezuela trasera estaba abierta. Bruno había pensado que era mejor dejarla así por precaución. Penetró en el vehículo y se acurrucó en el suelo para no ser visto, dejando la portezuela abierta. Bruno salió de la casa metiéndose el talón en el bolsillo. Echó la caja de las herramientas en el asiento trasero con ademán despreocupado, cerró la puerta y se sentó tras el volante. Al poner el motor en marcha, Murray sintió cómo la vibración del mismo penetraba en él haciéndole recobrar la vida.

Las ruedas patinaron sobre la helada ruta, el coche dio una sacudida, encontró agarre y siguió camino abajo rebotando cuando cruzó la línea de la carretera lejos de la casa de George Wykoff. Una vez en la carretera, Bruno aceleró y la pequeña vibración se transformó en un movimiento suave y continuo. Alargando una mano dio unos golpecitos en la cabeza de Murray.

—Dígame una cosa —preguntó—. ¿Es cierto eso que dicen de que a uno se le puede volver el pelo blanco después de haber pasado mucho miedo?

2

Cuando salían del túnel y entraban en Manhattan, Bruno preguntó:

—¿A dónde vamos?

Murray repuso:

—A su casa. Dentro de poco, Wykoff va a hacer una visita a la oficina o al hotel y no quiero estar allí cuando eso ocurra. Entre tanto podemos mirar estos papeles y ver lo que nos cuentan.

—Si es eso lo que desea… —aceptó Bruno.

Los Manfredi vivían en una casa de madera que daba frente a un callejón sin salida y cuyo patio trasero caía sobre el hondo que formaba la vía férrea de Long Island, por donde, de vez en cuando, se escuchaba el lento rumor de los trenes de mercancías al pasar. La casa era muy vieja, pero estaba bien conservada y Bruno había empleado mucho tiempo en arreglarla. Como le había ocurrido a Murray cuando años atrás, le alistaron para que ayudase a enlosar un camino, era un devoto del «hágalo usted mismo» y aquella, su querida casa fue más que ninguna otra cosa, lo que le mantuvo a Bruno anclado en Nueva York cuando Collins le ofreció un buen empleo en la costa. Según Frank Conmy había tenido que aceptar a regañadientes, aquello era una buena baza para la agencia. No se encuentra todos los días un hombre como Bruno.

Cuando entraron, Lucy Manfredi estaba sentada a la mesa de la cocina tomándose un café. Llevaba unas viejas zapatillas, un vestido casero puesto de cualquier modo y el pelo lleno de rulos. Con un periódico ante ella, apoyado en el azucarero, parecía la imagen auténtica de una agotada ama de casa. Levantó las cejas al ver que su esposo venía acompañado.

—Vaya, ¿qué te parece? —preguntó con aire zumbón—. Miren al gran hombre en persona. Me sorprende que haya venido a donde cualquiera de mis feas amigas puede salir de pronto por una puerta y lanzarse contra usted —apuntó a Murray con un dedo acusador—. Tuvo descaro al hablar de aquel modo. Debería avergonzarse.

—¿Quién, yo? —preguntó Murray—. ¿Qué es lo que he hecho?

—Lo sabe muy bien y él también —dijo Lucy volviendo su dedo hacia Bruno—. No me dijiste…

Bruno suspiró.

—Te lo dije. Y ahora déjale en paz porque ya tiene una amiga. Por otra parte, ¿a ti qué te importa? Prepáranos un poco de café y deja de preocuparte por saber quién está casado con quién —y dirigiéndose a Murray, añadió—: ¿O prefiere un trago de algo más fuerte?

—Un trago y grande.

Se tomó una cantidad considerable de bebida y luego otra mientras Lucy le miraba con descarado interés apoyando un codo en la mesa y con la barbilla sobre una mano.

—¿Quién es la amiguita? —preguntó—. ¿La loca de Texas con la que estuvo aquí aquella vez?

—Quizá.

—Veo que siempre habla usted igual, Murray. Siempre el mismo «precavido». Oiga, ¿sabe lo que pienso? Pues que se está volviendo uno de esos tipos con tanto miedo a casarse con quien no debe que acaba por no casarse nunca. Luego se resecan y se vuelven malos. Espere y verá si no le ocurre así.

—Bien; de acuerdo si es eso lo que desea. Esperaremos y veremos.

—De este modo nunca tendrá hijos —le advirtió Lucy.

—Eso es lo que tú crees —intervino Bruno—. Te he dicho que le dejes en paz. ¿Quieres limpiar esa mesa para que podamos trabajar un poco? Luego te vas a otro sitio a ver la televisión.

Lucy dejó unos platos en el fregadero, armando mucho ruido.

—No quiero ver la televisión. Estoy hasta las narices de ella. Quiero seguir sentada aquí en mi cocina y leer mi periódico y ocuparme de mis asuntos. Bueno, si no te importa.

Se dejó caer en la silla y volvió a tomar el periódico con aire desafiador. Bruno dijo a Murray, resignado:

—Si quiere que prepare una mesa en otro sitio…

—¡No, qué diantre! —exclamó Murray—. Está bien aquí.

—Gracias —dijo Lucy desde detrás del periódico.

Murray dejó la carpeta sobre la mesa. Los papeles que contenía eran muy finos, pero, aunque estuvieran apretados, formaban un bulto como el de un grueso volumen. Bruno puso una silla junto a la

de Murray y empezaron a estudiar juntos las primeras páginas.

—Es de este año —indicó Bruno—. Eso es lo único que saco en claro. ¿Qué le parece a usted?

Las páginas estaban divididas en columnas, cada una de las cuales contenía una sólida sucesión de cifras. Murray pasó su índice por la línea horizontal de la parte superior de una página, y dijo:

—Algunas cosas son fáciles. Dejaremos esta primera línea, 11B1, porque probablemente se trata de un código para las fechas. Pero tenemos 220 dólares debajo de *sb*, que debe querer decir sumas brutas del día, y 140 dólares bajo *sn*, que querrá decir sumas netas luego de que se han pagado las apuestas. Sigue *gastos adicionales* que, a mi modo de ver, comprende los gastos imprevistos deducidos de los netos. A continuación vemos 13E277, que debe ser un código para alguna otra cosa. Lo primero que tenemos que descifrar son las fechas. Cuando lleguemos al tres de mayo y veamos mil dólares anotados, entonces sabremos que tenemos atrapado a Lundeen. Probablemente aceptó muchos sobornos, pero el único pago que tiene algo que ver con lo que a nosotros nos importa es el que se realizó el tres de mayo.

—Espere un momento —dijo Bruno, mirando fijamente la página—. Ya me lo figuraba. Alguien tiene un gran sentido del humor en este asunto. ¿Sabe lo que representa «Gastos Adicionales»?

—Desde luego. Se refiere a los desembolsos que tuvieron que efectuar aquel día para llevar a cabo la operación.

—¡Vaya que sí! Mire estas iniciales. Significan «la propina, el regalo». Y a continuación puede ver el número de una placa. Tomaban nota de la de cada policía que aceptaba dinero. Por eso han puesto 13E277. Pero ¿por qué diantre se tomarían tantas molestias? ¿Qué importa todo esto una vez satisfecho el soborno?

—Importaba mucho. Cada policía cuyo número está anotado ahí debió actuar como intermediario al servicio de su capitán. Su trabajo consistía en recoger el dinero y pasarlo a su superior. ¿Qué pasa cuando algún «grande» le dice a Wykoff: «La semana pasada no me dio usted mi dinero»? Todo cuanto Wykoff tenía que hacer era repasar estas notas y decir: «Pagamos cien dólares, o los que fueran, al policía cuyo número de placa es tal o cual». E inmediatamente localizaban al estafador.

—¿Quiere decir que Lundeen…?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Lundeen tomaba dinero de Miller, de acuerdo, pero se lo guardaba en vez de pasarlo a sus superiores. Por ese motivo fue un hombre marcado. Debieron correr la voz de atraparle en cuanto pudieran. Y cuando LoScalzo se lanzó contra Miller fue la oportunidad para este.

—¡Vaya cuadro! —exclamó Bruno con admiración—. ¡Magnífico cuadro! ¿Se da cuenta? Mientras estamos sentados aquí frente a este libro, alguien, un tipo situado en la cumbre de la organización, maneja a cincuenta de ellos en todo el país. ¡Quizá un centenar! ¿Sabe a cuánto dinero puede ascender esto, Murray? ¡No es posible siquiera imaginarlo! Hay que ver cómo llevan el asunto. Cualquiera puede poner un dedo en una de las páginas y decir: «Este rincón de Chicago paga tanto a la semana y este policía quiere tanto». Esa es la manera de llevar las cosas.

Lucy bajó el periódico.

—Oye, tú —le dijo—. No empieces a imaginarte cosas.

—¿Cosas? —preguntó Bruno levantando los brazos cual si pidiera ayuda al cielo—. Eso sí que es bueno. Gracias por tu consejo. Ahora, si viene alguien a proponerme dirigir la organización del juego en todos los Estados Unidos ya sé qué contestarle. De no haber sido por ti no lo hubiera sabido. Y eso podría pasar mañana mismo. ¿No te parece?

—Por lo que estoy leyendo en el periódico —repuso Lucy—, mañana puede pasar cualquier cosa.

—¿Queréis dejaros de eso? —intervino Murray—. Mire, Bruno, esto de las fechas no está claro. Aquí empieza con 11B1 y suponiendo que el 11 es para el mes y el 1 para el día, tenemos el primero de noviembre. Pero como la serie alcanza hasta 11B38, lo anterior no nos sirve, ya que ningún mes tiene treinta y ocho días, ¿de acuerdo?

—Sí; pero supongamos que B es el día y…, no, tampoco tiene sentido. De todos modos, ¿qué significarán esas B? La página está llena de ellas. Todo el libro igual —Bruno volvió algunas hojas y de pronto se detuvo—. Un momento. Aquí hay una M. Quizá haya otras letras también.

Repasó las páginas más lentamente.

—En efecto. Aquí tenemos una S y aquí una Q… ¿Por qué una Q

precisamente? Y aquí una X. Eso creo que es todo. ¿Qué hacemos ahora?

Murray las contó con los dedos.

—B, M, Q, S y X. Cinco. Eso ya es algo. ¿Qué cosas hay que se agrupen en cinco?

—Jugadores de baloncesto.

—Distritos —aclaró Murray—. Los cinco distritos de Brooklyn, Manhattan, Queens, Staten Island y la X para el Bronx. ¿Apostaría que es así?

—Nada de apuestas. Me parece un sistema muy original para poner fechas. Porque si esta columna se refiere a lugares, significa que no hay ninguna fecha en todo el libro, excepto el año que han anotado en la primera página.

—Amigo mío, sólo hay un sistema para descifrar esto. Yo tomaré la página de la izquierda y usted toma la de la derecha y las repasaremos unas cuantas veces para ver de encontrar el esquema. Luego las cambiamos.

—¿Y si lo hiciéramos mañana? —sugirió Bruno—. Es ya muy tarde y nos vamos a volver bizcos de tanto mirar números.

—No, debe ser ahora —replicó Murray—. Traiga lápices y papel. Los necesitaremos.

Al final de una hora de experimentación con números y fechas, aplicándolos a una sección del libro escogida al azar, el problema continuaba sin solución.

—Creo que lo mejor que podemos hacer —dijo Bruno en mitad de un bostezo— es obtener el número de la placa de Lundeen y repasar todo el libro con la esperanza de que aparezca por algún sitio. Quizá nos quedemos ciegos, pero lo que estamos haciendo ahora no nos va a llevar a ningún sitio, Murray.

—No estoy seguro. ¿Ha visto si falta algún número en alguna secuencia? Mi página va desde el 11B1 al 11B38, pero luego el siguiente es el 13B1. ¿Dónde están los doces?

Bruno examinó su página con aire soñoliento.

—Aquí no. Mi página va desde el 13B2 hasta el 21B1, pero… ahora que me doy cuenta, faltan los 19.

—Pues ha dado en el clavo —anunció Murray—. Faltan los 12 y los 19, y si sigue mirando verá que también faltan los 26. Es decir, faltan un número de cada siete. Hay siete días a la semana, si bien

los corredores de apuestas no trabajan el domingo.

Bruno empezó a hojear el libro muy animado. De pronto se dio con una mano en la frente.

—Creo que a algunos apostadores les gusta trabajar aun cuando los caballos no corran, Murray. Porque aquí está el número 26.

Murray sintió cómo le invadía una oleada de irritación.

—¿Qué diablos se ha propuesto Wykoff con todo esto? ¿Engañar a los rusos? —estudió la columna que Bruno le indicaba—. ¿Cómo puede ser? ¿Cuál es el otro que falta?

Bruno repasó unas cuantas páginas.

—El ciento veintitrés —dijo, y Murray vio de pronto, como en un fogonazo luminoso, dónde estaba el enigma.

—Bruno, si quisiera usted escribir el mes y el día abreviados, ¿cómo lo haría? Pongamos, por ejemplo, hoy, veinte de diciembre. ¿Cuál es el modo más corto de escribirlo?

—Doce-veinte —respondió Bruno y parpadeó cuando la luz llegó también a sus pupilas. Empezó a mirar rápidamente el libro—. Mire aquí. 11B1 es
uno-uno
Brooklyn, lo que significa que el dos de enero y el nueve y el dieciséis y el veintitrés no existen. No hay 12B, 19B, 116B ni 123B. Todos ellos eran domingos. ¿Qué significa ese número después de la B, ese B1?

—Es el territorio perteneciente a Brooklyn. El número de código para esa parte del distrito, sea cual fuera la distribución que ellos tengan. Pero de una cosa estoy seguro y es de que no se han trazado ningún mapa. Debían usar algún tipo de plano ordinario que les resultara fácil de manejar. El de los distritos electorales o algo por el estilo.

—Sí, pero ¿en qué nos beneficia eso? No tengo ningún plano de los que usted dice.

Lucy parecía embebida en solucionar un crucigrama.

—Hay planos en los listines telefónicos —dijo—. Quizá es lo que necesitáis.

Y en efecto, era así, aunque al principio se equivocaron al utilizar el de las zonas telefónicas. Luego, Bruno, indicó:

—Aquí hay uno de distritos postales numerados. ¿Cuál es el número más alto que Wykoff coloca en Brooklyn?

Murray volvió varias páginas con furiosa actividad.

—El B38.

—Pues el número más alto de estas zonas postales de Brooklyn es precisamente el 38.

Se miraron el uno al otro con aire de cansada aprobación y Lucy dijo:

—Los dos sois muy listos. Si no os llego a decir lo de los listines telefónicos…

—Lo sé —asintió Bruno—. ¿Cómo pude apañármelas antes de casarme contigo?

—Los dos sois muy listos —observó Lucy sonriendo.

—Ahora viene la prueba del ácido —informó Murray—. Hemos de poner a Lundeen en el código y ver si está. La cosa ocurrió el 3 de mayo Manhattan… 53M. Aceptó mil dólares como soborno y su número de placa…

Murray trató con todas sus fuerzas de recordar, mas comprobó que cuando cerraba los ojos para concentrarse la única cosa claramente definida que podía percibir era el latir de su pulso en la frente.

—No estoy seguro. Creo que era 32C y algo más.

Bruno estaba anotando con su lápiz.

—Bien, tenemos 53M y, según este mapa, el distrito de Miller era el número 19, así es que hemos de encontrar un 53M19 —se ajustó las gafas sobre la nariz y manejó el pulgar volviendo páginas que miraba minuciosamente. Luego pronto se detuvo y miró a Murray—. Amigo mío —le dijo—, le presento al señor Miller y al agente Lundeen.

La nota decía: *53M19 cb $ 870 en $ 480 $ 1.000-32C720*.

La cama de la habitación para invitados tenía un colchón irregular que como comprobó Murray, hacía un ruido como si estuviera relleno de hojas de maíz, lo que según pensó tristemente, le permitiría descansar muy poco aquella noche. No obstante, tras unos momentos de reflexión sobre tan triste perspectiva, quedó profundamente dormido. Se despertó en medio de una completa oscuridad, preguntándose dónde se encontraba. Después, percibió el metálico clunk-clunk del interminable tren de mercancías que

estaba pasando cerca de la ventana y pudo recordarlo todo. Volvió también a él la rara idea que había estado presente en sus sueños, aunque manteniéndose fuera de su alcance. Un hombre. Una identidad. Un nombre…

Salió de la cama estremeciéndose cuando sus pies tocaron el suelo, tan frío como el terreno cubierto de nieve endurecida que pisó fuera de la casa de Wykoff, y tanteó para encontrar el interruptor de la luz. Con los ojos entornados por causa de la claridad, miró su reloj y vio que no eran todavía las seis. Intentó volver a dormir, pero finalmente decidió no hacerlo. De todos modos, le hubiera sido imposible a causa de aquel nombre que turbaba su mente, y que ya había localizado.

El libro de Wykoff permanecía sobre el tocador. Se lo llevó a la cama y lo abrió. El nombre figuraba en el libro. Era el único nombre que aparecía escrito en su totalidad, y aunque no debía haber significado nada para él, en efecto, tenía un sentido. Aparecía escrito con trazo fino al final de cada relación mensual, evidentemente, para atestiguar la autenticidad de las cifras escritas en ella. Okay-Chas. Pirozy,

C. P. A.,

decía. Eran la firma y la garantía de un contable con permiso oficial, orgulloso de su nivel profesional y sin temor a estampar su nombre allí, siempre y cuando el registro se mantuviera bajo la atenta custodia de Wykoff. Murray se dijo que Chas debía albergar ahora sentimientos muy distintos.

Sin embargo, no era esto lo que le preocupaba, sino la idea de que aquel nombre le resultaba familiar. De que pertenecía a alguien a quien había conocido con anterioridad, lo que le perturbaba como un mosquito que se agitara delante de su nariz presto a picarle. Pero ¿dónde lo había conocido? Se mantuvo sentado con el libro sobre las rodillas, intentando hacer coincidir aquel nombre con el de alguna persona que hubiera tenido motivos para mencionarlo ante él. Tenía que ser forzosamente alguien que conociera a Wykoff y que estuviera en estrecha relación con este, como Miller, Schrade, Caxton, Dow o posiblemente Mona Dowd. Evidentemente, no parecía que pudiera ser alguno de ellos. Hubiera podido jurarlo.

¿Harlingen? Murray se preguntó por qué la imagen de Harlingen no cesaba de interponerse en sus reflexiones. Seguía cavilando sobre

aquello cuando oyó ruido en la puerta como si alguien llamara suavemente, golpeando con la uña.

—Murray —murmuró Bruno—. ¿Está despierto?

Murray abrió la puerta y observó que Bruno iba en pijama y que no estaba solo. Puesto a horcajadas sobre sus hombros se hallaba el más pequeño y joven de los Manfredi, quien también en pijama mantenía el equilibrio agarrándose fuertemente a dos mechones del escaso cabello de su padre. Al ver a Murray empezó a agitarse sobre los hombros de Bruno como si cabalgara, con la mirada brillante de alegría.

—Estate quieto —le ordenó Bruno cariñosamente—. He visto la luz —dijo a Murray y me pregunté si no estaría esto demasiado frío. ¿Necesita otra manta o algo de abrigo?

—No, estoy bien. Sólo me preguntaba dónde he oído antes el nombre de esa persona. Del que maneja los libros de Wykoff. Ya sabe lo que pasa cuando empieza uno a obsesionarse con una cosa así. Desde luego, no es que tenga mucha importancia.

—Comprendido. ¿Acaso no figurará quizá en el expediente de Lundeen?

—Si hubiera estado allí me acordaría. Conozco ese expediente en todos sus detalles. Pero, lo raro es que sin saber por qué, el nombre me recuerda a Harlingen. No; espere un momento, no a Harlingen…, sino a la hija de Harlingen. ¿Qué tendría ella que ver con esto?

—Es posible —asintió Bruno—. Harlingen dijo que la tiene siempre enterada de todo porque teme que si no lo hace, le dé un ataque de nervios. Quizá le dijo ese nombre y ella se lo repitió a usted.

—No creo que ande por ahí la cosa. De todos modos, si dejo de pensar en eso, me vendrá a la memoria más tarde o más temprano —y señalando al niño, preguntó—. ¿Cuál de sus hijos es?

—Se llama Vito y ya es un chico mayor. La última vez que lo vio todavía utilizaba pañales; de eso hace ya tiempo. Cada mañana damos un paseo de este modo. ¿Verdad, Vito?

Vito agitó un brazo tras de él, señalando hacia un punto.

—No hay Sanny Cross —dijo enfadado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Murray—. ¡Ah, ya caigo! Que no hay Santa Claus. Desde luego que hay Santa Claus, Vito. No

dejes que tu padre te engañe.

Vito saltó arriba y abajo y volvió a señalar.

—No hay Sanny Cross —protestaba—. No hay Sanny Cross; no hay Sanny Cross.

—¡Bah! Deja ya eso —dijo Bruno—. Tiene carácter el niño —añadió, dirigiéndose a Murray—. El sábado los llevé a todos al Music Hall y después comimos en el Automat. Y mientras yo estaba en el lavabo con Vito, ¿quién creerá que se puso en la cola detrás de él? Pues nada menos que uno de esos Santa Clauses que piden donativos en la calle. Muy bien compuesto con su barba blanca y su traje encarnado y todo lo demás. Al pobre niño le impresionó mucho y ahora cada vez que le llevo al lavabo, cree ver Santa Clauses por todas partes. ¿Verdad, Vito?

Pero Vito no le prestaba atención. Inclinándose hacia adelante, señaló la cara de Murray con el dedo.

—Din —dijo con voz confusa—. Din, Din.

—¿Qué dice ahora? —preguntó Murray.

—¿Y quién lo sabe? La mitad de las veces los únicos que pueden entenderle un poco son los otros, así es que, si no los tengo a mano, voy a ciegas —colocó a Vito firmemente sobre sus hombros—. Debería volver a la cama antes de que se le hielen los pies. Este linóleo es criminal en invierno.

Murray sacudió la cabeza.

—No. Voy a vestirme y empezaré a actuar. Lo de Harlingen y su hija me preocupa demasiado. Si llego a su casa antes de que ella se haya ido a la escuela podré hablar con los dos. Dejaré el libro de Wykoff. Llévelo usted a la oficina y que el laboratorio saque microfilms. En cuanto tengamos la película, guárdela en sitio seguro. Wykoff quedará acorralado. No creo que intente nada violento, considerando que el Departamento del Tesoro daría su brazo derecho por obtener este libro. Lo menos le representaría quinientos años de cárcel por evasión de impuestos.

—¿No cree que también LoScalzo daría su brazo derecho por él? —preguntó Bruno—. Ya sabe lo que significaría para él en la investigación. Ese montón de papeles es el documento más sensacional que existe en la ciudad en estos momentos. Si lo deja caer al suelo formará una nube como la de la bomba atómica.

—Pues no lo deje caer. Otra cosa: No entre solo en la oficina.

Llame a la señora K. y dígale que mande un par de hombres para protegerle. Uno de ellos puede devolver el coche a Staten Island. Y si hay problemas a la vista, llame a la Policía. No se haga el héroe. Lucy ya tiene bastante con su trabajo, y nada más le faltaría tener que ir a visitarle al hospital.

—Bueno, las cosas son como son —remedó Bruno, y luego añadió confusamente—. Verá, Murray, ahora que hablamos de todo esto, quisiera decirle una cosa. Me refiero al modo que tuve de enfocar lo de la sociedad y…, bueno, después me sentí arrepentido. La verdad es que es algo muy importante para mí, Murray. ¡Qué diantre! Trabaja uno toda la vida y luego te echan como si fueses un caballo viejo. ¿Qué haces entonces? Pero si se lleva parte en un buen negocio no tiene uno por qué despertarse sudando, preocupado por unas cosas y otras. Se da cuenta de lo que intento decirle, ¿verdad? Ahí tenemos a Vito y a los otros tres. Quizá estén dotados de inteligencia suficiente como para recibir una buena educación, pero ¿dónde está el dinero, con los precios que rigen actualmente? Y a lo mejor, Lucy se pone enferma…, ya sabe cómo se ponen las mujeres cuando envejecen…, y hay que hacerle alguna operación y necesita uno más dinero. Tengo muchos problemas monetarios en la cabeza, Murray. Este es el único motivo por el que lo enfoqué de aquel modo. Con lo que gano ahora, no tengo para nada; en cambio, si usted y Jack se unen…

—Hablaré con él cuando venga. No puedo hacer promesa alguna hasta que conozca su oferta. Si necesita algún dinero extra ahora mismo…

Bruno movió la cabeza.

—No quiero limosnas, Murray. No las acepto. Todo lo que deseo es un pequeño porcentaje. Le aseguro que no se arrepentirá.

—Ya veremos —dijo Murray—. ¿Cree que encontraré algún taxi por aquí a estas horas?

—Desde luego. Diga al taxista que quiere ir a Manhattan y se alegrará mucho —Bruno golpeó suavemente con su nuca el pecho de Vito—. El tío Murray se va, Vito. ¿Qué le dices?

Vito señaló enfadado tras de él y abrió la boca.

—¡Ah, no empieces otra vez con eso! —exclamó Bruno.

3

El taxi se paró ante el «St. Stephen» pocos minutos después de las siete, lo que daba a Murray tiempo suficiente para afeitarse rápidamente y cambiarse de ropa antes de visitar a los Harlingen. Sería una entrevista interesante, estaba seguro de ello, aunque no por el motivo que había dicho a Bruno. Lo que no comunicó a este…, ya que, después de todo, no era asunto suyo, era que Harlingen sería el medio por el que una página arrancada al libro de Wykoff sería presentada a Ruth Vincent con cinta rosa o sin ella. Lo más probable era que si intentaba acercarse a Ruth por sí mismo, ella le dejaría tirado en plena calle como un Romeo frustrado lloriqueando ante una desdeñosa Julieta, y esto no era para él. No hubiera querido participar en semejante cosa. En cambio, Ruth escucharía a Harlingen, y si los tres conseguían reunirse…

Cuando abrió la puerta de su piso percibió sin ningún género de duda que, en el aire viciado de la sala de estar, flotaba un aroma a perfume. Didi estaba dormida en el sillón, con los pies recogidos bajo el cuerpo y envuelta en su abrigo. Murray la estuvo mirando hasta que abrió un ojo y le devolvió la mirada sin interés alguno. Luego bostezó estrepitosamente estremeciéndose, y volvió a su anterior posición mientras se arrebujaba ciñéndose el abrigo estrechamente.

—¿Dónde has estado? —preguntó Didi.

—Estuve afuera. ¿Que qué he hecho? Nada.

—Nada —repitió Didi—. Cariño, ya no eres caballeroso como antes —se puso en pie en un súbito arranque de cólera y luego jadeó y se aferró al sillón como en busca de apoyo—. Tengo las piernas dormidas, Murray. Me pican por todas partes. Me duelen mucho. ¿Quieres hacer algo?

—Arréglate tú misma. Tengo que salir de aquí en veinte minutos.

Se dirigió al dormitorio, mientras Didi se soltaba cuidadosamente del sillón y caminaba tras de él, quejándose a cada

paso.

—Eres un ser despreciable. ¿No quieres ni siquiera saber por qué estoy aquí? ¿Es que no te interesa? —se echó de bruces sobre la cama—. ¡Oh, Dios mío!, ya vuelven a la vida. No es nada divertido, Murray, ¿quieres frotarlas un poco? No me importa que hayas estado en la cama con esa chica toda la noche. Lo que te pido es atención médica, no sexual, so asqueroso.

Él cesó de desnudarse y volviéndose la golpeó sin compasión en ambas piernas hasta que ella se puso a gritar y a dar patadas.

—¡Basta! —exclamó—. Mira que dejarme dormir en el suelo. Estoy llena de cardenales por tu culpa.

—Tendrías que ponerlo en música. De todos modos, debías habértelo supuesto. Fue un buen cuento el que le contaste a Ruth. ¿No te parece?

Didi se volvió, y sentándose frente a él, se bajó pulcramente la falda sobre las rodillas.

—¿De veras? ¿Es que hirió los sentimientos de la pobrecilla niña?

—Pero ¿qué diantre te has propuesto? Te estás portando igual que aquellas mujeres a quienes odias. Has estado señalándolas una por una y contándome lo malas que eran por mezclarse en asuntos ajenos sólo por halagar su miserable vanidad. Ahora, tú eres peor que ellas.

—Gracias.

—De nada. Pero hubieras podido elegir otro sitio para desahogarte. Cuanto más lejos, mejor. De lo contrario…

—Me iré —dijo Didi, y el modo en que lo dijo bastó para que él se reportara—. A eso es a lo que he venido, Murray. Quería decirte adiós porque el avión sale a las once, y probablemente no volveremos a vernos nunca. Estoy segura que a Donaldson no le gustaría, especialmente tratándose de ti.

—¿Donaldson?

—Nos vamos a casar de nuevo. Será en Dallas y quiere reunir a todo el mundo allí. A lo mejor, lo lees en la revista *Life*. Está tratando de que envíen fotógrafos.

—No sabía que a *Life* le interesaran los casamientos repetidos —manifestó Murray, y Didi se puso pálida.

—Tienes una lengua viperina, Murray.

—Lo siento —respondió sinceramente—. No debí haberlo dicho. Estoy seguro de que todo irá perfectamente para vosotros.

Después de todo, Donaldson es ahora un poco mayor y sabe más. Y… —concluyó— todo saldrá la mar de bien.

—Pero lo cierto es que tú no lo crees, ¿verdad? —preguntó Didi —. Seguro que no.

—¿Por qué no he de creerlo?

—Porque no eres tonto y conmigo no tienes por qué parecerlo. Sabes perfectamente lo que va a pasar, igual que lo sé yo. Estará muy bien al principio, pero luego…, a los dos o tres meses Donaldson empezará a marcharse otra vez para esos viajes de negocios tan súperimportantes o llegará a casa a las cuatro de la madrugada, y la gente empezará a mirarme de la manera habitual…, ya sabes, todo el mundo muy amable y simpático y también divertido, claro está. Luego, los comentaristas de la prensa empezarán a publicar insinuaciones con iniciales que no ocultan nada, de modo que cuando yo lea el periódico…

Él no pudo contenerse.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —preguntó—. ¿Por qué haces una cosa así a sabiendas?

—Porque no tengo más remedio —repuso ella apasionadamente —. He de hacerlo, Murray. No puedo esperar toda la vida a ver lo que sucede. Dentro de nada tendré treinta años y ningún hombre se casa con una cuando se tiene esa edad. No me mires así, Murray, porque es verdad. Tú no sabes lo que es esto en una mujer. Incluso a los veinte años ya empieza una a tener miedo de mirarse al espejo porque sabe con cuánta rapidez envejecerá sin que haya manera de evitarlo. Es lo peor que puede suceder y no es posible librarse de ello.

—Pero ¿por qué precisamente Donaldson? Alex hubiera sido mucho mejor, con dinero o sin él.

Didi sonrió o, mejor dicho, las comisuras de su boca se torcieron en lo que hubiera podido ser una sonrisa caso de manifestar algún humor.

—¿Lo crees así? Supón que alguien te dice que mañana puedes tener lo que deseas, pero que, a cambio de ello, debes dar todo tu dinero. ¿Lo aceptarías? No más «St. Stephen», no más coche de lujo, no más nada, sino volver a los tiempos en que empezaste tu trabajo

en la agencia. ¿Lo aceptarías? Trajes viejos, un mísero pisito de tres habitaciones con muebles de saldo, y la preocupación agobiante por conseguir algún centavo durante todos los minutos del día… ¿Te gustaría eso?

Él trató de sopesar su respuesta, y luego movió la cabeza.

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Especialmente cuando lo has estado pasando tan bien. Nunca querrás volver a la situación que tenías antes. Incluso Donaldson es preferible. Y lo mismo tu agencia. Y eso que la odias incluso más de lo que yo odio a Donaldson.

—Nunca he dicho eso.

—Nunca lo dijiste, ¿verdad? Siempre dejaste de decir muchas cosas. Como ahora. Sabes perfectamente que todo cuanto deberías decir…, cuanto deberías hacer…

Calló y él se quedó allí de pie, rígido frente a su silencio, temeroso de lo que vendría después y tratando de evitar que ella lo manifestara. Pero permanecieron mudos, mirándose el uno al otro, sintiendo la opresión de sus pensamientos y aquello fue todo. Didi se puso de pie de pronto, se arregló el pelo y se alisó el vestido.

—Bien —dijo alegremente—. No tendría sentido pasarse el día diciéndose adiós, ¿verdad?

—No.

—Me alegro de que haya sido así —se apresuró a añadir—. Quiero decir, sin que ninguno de los dos se enfade. No me gusta que se pierdan los estribos y haya que lamentarlo cuando ya es demasiado tarde. Dejo la llave en el tocador. Si hay algún vestido mío se lo regalas a quien quieras. Sería indecente que me los llevara a la boda. ¿No te parece?

Una vez en el *living* se cubrió con el abrigo y lentamente fue pasando la mano por la piel del mismo.

—Cuando se casa una con un hombre como Donaldson, capaz de tirarte al suelo de un empujón —dijo con voz que hubiera podido parecer desafiante— es sorprendente lo suave que es el golpe cuando se lleva algo como esto. ¿Sabes a lo que me refiero, eh, cariño?

—Sí. Sé a lo que te refieres.

El aroma de su perfume permaneció en el aire flotando a su alrededor cuando ella se fue. Sabía que se trataba de un perfume

extraordinariamente caro, llamado Joy.

El efecto que la página arrancada del libro de Wykoff causó en Harlingen cumplió todos los requisitos deseados. Cuando abrió la puerta para recibir a Murray iba en bata y zapatillas como quien goza de un bienestar perfecto y está dispuesto a enfrentarse a diez *rounds* con un contrincante agresivo. Pero una vez cerrada tras ellos la puerta del estudio, y cuando el papel quedó depositado sobre la mesa y Murray le explicó su contenido cifra por cifra, Harlingen pareció un hombre flojo y derrotado, como quien acaba de pelear diez *rounds* con un rival que quizá resultara demasiado duro para él.

—No deja mucho en favor de Arnold, ¿verdad? —preguntó.

—No, no deja mucho.

Harlingen se pellizcó los labios.

—De todos modos, si LoScalzo saca este informe a la luz tendrá que conseguir que Wykoff atestigüe su autenticidad. Y si Wykoff opta por mentir…

—Seguro que lo hará.

—Entonces será usted quien tenga que atestiguar cómo lo consiguió. ¿Estaría dispuesto a ello?

—No.

—Pero ¿cómo evitarlo? A mí me parece…

Murray sacudió lentamente la cabeza.

—No pienso darle esto a LoScalzo —dijo—, ni nunca ha sido esa mi intención. ¿Por qué habría de dárselo si ya tiene el caso ganado sin ello?

Harlingen captó inmediatamente el significado de sus palabras.

—¿Quiere decir que me lo da a mí como prueba final de la culpabilidad de Arnold? Mi papel ahora consiste en entrevistarme con LoScalzo y hacer un trato con él lo antes posible.

—Sí —afirmó Murray—. Eso es. Creo que usted está trabajando a favor de Lundeen porque se siente seguro de su inocencia. Ahora que tiene esa prueba de culpabilidad, me gustaría ver lo que hace. ¿Llevarlo ante el tribunal sabiendo que cometerá perjurio a cada cosa que diga? ¿O hacer un trato con LoScalzo? Esa es una buena opción, Ralph. Si sigue practicando el derecho penal se encontrará

con estas cosas en numerosas ocasiones. Nadie se ha preocupado nunca de contestarlas. Quizá sea usted el primero en lograrlo.

—No seré yo —recalcó Harlingen. Y luego miró a Murray con expresión curiosamente fija—. En realidad, Murray, creo que si hay alguien capaz de acercarse a la respuesta, ése es, probablemente, usted.

—Gracias, mas conmigo no cuente.

—Usted ya estaba al margen de esto —señalo Harlingen con intención—. ¿Qué le hizo volver a ello?

—No es preciso andarse por las ramas. Quiero que Ruth vea este papel. Quiero que sepa de una vez para siempre lo corrupto y mentiroso que es Lundeen. Después consideraré el asunto como terminado.

—No. Lo que hará será emborracharse como una cuba, tomar a la primera mujer que se le acerque e irse a la cama con ella sin que le proporcione ningún placer. Se dará de cabeza contra la pared intentando quitarse a Ruth del pensamiento. Y no lo logrará. Los dos sabemos lo que usted siente por Ruth, Murray. Por ello ya le dije aquella noche que lo enfoca equivocadamente. Cuanto ha pretendido hasta ahora es aniquilar a Arnold, hacerlo desaparecer de su vista. Y todo lo que ha conseguido es aniquilarse a sí mismo.

Murray alargó bruscamente su mano y cogió a Harlingen por el cuello del batín casi obligándolo a levantarse.

—¿Se lo ha dicho ella? ¿Está tan ciega como para…?

—Es demasiado temprano para discutir estas cosas, Murray —dijo Harlingen calmoso. Y sin hacer esfuerzo alguno para libertarse esperó hasta que Murray hubo retirado la mano—. No me dijo nada, pero no era preciso. Verá, aunque pueda despreciar a Arnold por su relación con esa otra chica y aunque le haya devuelto el anillo por tal causa, está ligada a él por esa especie de lealtad que a veces trasciende las emociones personales. Siente que Arnold no es culpable del delito que se le atribuye y pertenece leal a este sentimiento. La única cosa que podría hacerla cambiar sería que el propio Arnold se declarara culpable. ¿Se da usted cuenta ahora de aquello contra lo que ha estado intentando luchar?

—¡Eso no tiene ningún sentido! He demostrado que es culpable de una docena de maneras distintas.

—No ha demostrado nada. Empezó de una manera turbia y ésta

le ha influido todo el tiempo. Ha ido aceptando cuanto quisieron ofrecerle con tal de que fuera contra Arnold. Miller, Schrade, Wykoff, cualquiera de ellos que se opusiera a Arnold se colocaba automáticamente al lado de usted. Todo aquello en que pusiera la mano, cualquier dato que se le comunicara, como este papel que tiene aquí, no era considerado por usted como prueba material que analizar objetivamente sino como un arma a utilizar contra Arnold. Y lo más triste es que usted ha manejado todo esto con la farisàica seguridad de estar del lado de los ángeles.

Quiere demostrar a Ruth que es mejor que Arnold. Y está poniendo en lugar de él a otro policía corrupto. ¡Qué diablo! Ni siquiera es usted un buen cínico. Huele que apesta a creerse el hombre más justo del mundo.

Murray notó cómo el calor de la cólera bullía en su interior. Luchó contra aquel sentimiento y logró dominarlo.

—¿Habla por sí mismo o por Ruth?

—Estoy hablando por Arnold Lundeen. Sucede que es mi cliente.

—De acuerdo. Pues entonces quiero que Ruth hable por sí misma. Quiero que vea este papel y luego me diga lo que piensa de ello.

—Puede hacerse. Puedo decirle que venga esta tarde y encontrarse usted aquí. ¿Le parece bien?

—Más que bien —dijo Murray—. Será un verdadero placer.

—No lo creo —aseveró Harlingen vacilando—. ¿Sabe una cosa? Proyectaba llamarle para decirle una cosa, pero ya que se encuentra usted aquí…

—Dígamela.

—Es acerca de lo que habló aquella noche. Indicó que Ruth podía encontrarse en peligro, y he estado preguntándome…

—No tenía por qué. Hay un hombre vigilándola todo el tiempo. No se lo diga. No pasa nada si se tiene a otra persona bajo vigilancia, pero si se enteran y se lo atribuyen a alguien cabe la posibilidad de una acusación por desorden público. No me gustaría ver a uno de mis hombres puesto en ese aprieto porque le he dicho esto a usted.

—De acuerdo —expresó Harlingen sonriendo—. ¿Sabe una cosa, Murray? Hubiera preferido que nos conociéramos bajo circunstancias diferentes. Tengo la impresión…

—Es usted muy amable —dijo Murray, y al instante vio cómo la sonrisa se desvanecía del rostro de Harlingen. Se inclinó hacia adelante y señalo la firma que constaba al pie de la página que había sobre la mesa—. También yo tengo algo que preguntar. El nombre de este contable. ¿Lo sabe usted?

Harlingen lo estudió.

—No. ¿Por qué tengo que saberlo?

—Quizá por nada. ¿Ha salido ya Megan de su cuarto? Me gustaría hablarle de ello.

—¿A Megan? ¿Por qué a ella?

—No lo sé. Tengo la condenada sensación de que una vez me mencionó este nombre, y me gustaría comprobarlo.

—Bien —dijo Harlingen dudoso— si eso es lo que desea…

Megan estaba desayunando con su madre. Pálida y alicaída tenía ante sí un plato de huevos revueltos que removía, de forma abstraída, con el tenedor. Al ver a Murray sonrió desvaídamente.

—Hola, Murray.

—Hola, Megan. Te eché de menos al entrar. ¿Cómo van las cosas?

—¡Oh! Muy bien, al menos así parece —replicó Megan alterando la dirección del tenedor.

Tratando de contenerse, su madre dijo:

—Megan, ¿quieres hacer el favor de estarte quieta y comer? Eso debe estar ya completamente frío.

—Lo está —dijo Megan con rabia—. Este plato es de lo más desagradable que hay. No me lo puedo comer.

—¡Megan! —exclamó su padre.

Megan empezó a comer los huevos.

—¿No es horrible? —preguntó a Murray—. Esta mañana no tengo apetito. Creo que mi estómago no anda bien.

—Nada de eso —dijo Harlingen.

—Pues yo digo que sí. Debe tratarse de algo psicosomático —declaró Megan volviéndose hacia Murray—. Cuando estuvo aquel día en la escuela, ¿le gustó la función?

—Sí, mucho.

—Me alegro —se apresuró a decir Megan—. La representamos el viernes por la tarde porque es cuando se celebra la fiesta de Navidad. Los billetes valen sólo un dólar. Y se hace por una tonta,

pero buena causa…, en favor de algunas viejas señoras o cosa así. Si no tiene nada que hacer puede venir. Incluso invitar a alguien —y añadió con aire de animosa resolución—: Podía traer a la señora Donaldson. Dijo que le gusta todo cuanto guarde relación con el teatro. ¿No se acuerda?

Murray sintió una cierta congoja al oír esto.

—Sí, pero ahora no está en la ciudad. Y yo tendré mucho que hacer.

—¡Oh!

—Lo siento. Aunque no pueda ir, ¿quieres hacerme un favor?

—¡Oh, sí!

—Verás, hay un hombre…, un tal Charles Pirozy, del que creo que una vez me hablaste. ¿Te acuerdas?

Megan pareció quedarse en blanco.

—No, no me acuerdo.

—¿No te dice nada su nombre?

Ella sacudió la cabeza.

—No, no me dice nada, Murray… ¡Oh, sí! Ahora me acuerdo. Salió en la televisión.

—¿En la televisión? ¿Y qué hacía ese hombre allí? Es un contable.

Megan miró al techo repasándolo a conciencia. Evidentemente, era su manera de recordar algo.

—Pues salió en la televisión —expresó con aire remoto, y luego se volvió hacia Murray con la mirada brillante como si ahora lo recordase todo—. No es que actuase. Lo que hicieron fue hablar de él. ¿Se acuerda del locutor de noticias que apareció después de que hubo terminado el programa del detective Brannigan? Pues dijo que Charles Pirozy había muerto en un accidente, atropellado por un conductor desalmado. ¿A qué viene eso ahora, Murray? ¿Ocurre algo? ¿Por qué me mira de ese modo?

El expediente de Lundeen apareció repentinamente abierto ante él, con todo su contenido girando en torbellino como el juego de naipes al final del sueño de Alicia. Todo un juego de naipes compuesto de sotas desplegándose ante él mientras lo contemplaba con los ojos abiertos y asombrados. La voz de Frank resonando en sus oídos para decirle que dejara aquello y lo olvidara; que se apartara, ya que sólo podía perderlo todo y no ganar nada. Pero

otras voces trataban de acallar la advertencia incitándole a no hacer caso de Frank Conmy, a olvidar las duras lecciones que había aprendido de él.

Vio que los Harlingen le contemplaban asombrados. En cambio, ellos no podían oír ninguno de los ruidos que vibraban en su interior. Para poner fin a todo aquello tendría que decidirse por alguna acción concreta. Efectuó un movimiento y la voz de Frank Conmy dejó de sonar.

—Ralph —dijo—, creo que ahora está todo bien claro. No diga todavía nada a Ruth. No le mencione la conversación que hemos tenido. He de apresurarme; pero estaré de nuevo en contacto con usted. Manténgase alerta.

Lo último que oyó mientras atravesaba la puerta fue la voz de Megan preguntando a sus padres con aire perplejo:

—¿Qué he dicho yo?

4

(New York City 25 de noviembre) Charles Pirozy, de sesenta años, fue arrollado por un automóvil a última hora de anoche y arrastrado durante dos manzanas antes de que su cuerpo exánime se desprendiera del vehículo en plena huida, según declaraciones de la Policía.

Pirozy, que habita en New Rochelle, fue encontrado por un transeúnte a las 10,10 de la tarde en la calle Sesenta y Dos Este a unos diez metros al este de Madison Avenue.

Falleció en la ambulancia mientras era transportado al hospital Roosevelt.

En el cruce de la calle Dieciséis y Madison Avenue la Policía localizó un sombrero y unos guantes que fueron identificados como pertenecientes a la víctima.

Según la Policía, Pirozy fue atropellado por un coche, en la mencionada esquina, cuando salía de su despacho ubicado allí. Luego fue transportado en la parte delantera del vehículo hasta la calle Sesenta y Dos, y cuando torcía hacia el Este, parece ser que el cuerpo fue lanzado al exterior.

Bruno dejo los recortes de periódico y tomó el informe de la Policía.

—Fue un buen trecho a recorrer —comentó—. ¿Qué dice sobre ello el informe?

—Mucho —respondió Murray—, considerando que no hubo testigos presenciales. El coche era un Buick verde, modelo del año pasado, y en el momento del impacto iba a más de ochenta por hora.

—¿Cómo lo han sabido?

—Por el estado del cuerpo, algunas manchas de pintura en el abrigo que han analizado, y alguna otra cosa. Hoy día no escapa ningún detalle. Recuérdelo la próxima vez que intente atropellar a alguien.

—Yo soy considerado con los peatones —dijo Bruno—. Pero ¿qué sacamos en claro con todo esto? ¿Qué le hace pensar que el coche se encuentra ahora mismo en los Catskills?

—Porque en cuanto tuvo lugar el suceso, la Policía empezó a buscarlo. Y cualquier tipo listo lo ocultaría en los Acres, donde a nadie se le ocurre investigar. Es curioso cómo ese coche me vino a la memoria en cuanto la niña se acordó de Pirozy. O, mejor dicho, es curioso el modo en que la no existencia de un coche me vino a la memoria. Es como esa historia de Sherlock Holmes en que solucionan el caso porque el perro no ladró. ¿Ha leído alguna vez a Sherlock Holmes?

—Tengo cuatro hijos —repuso Bruno—. ¿Cuándo voy a tener tiempo para leer? —Se acercó a la ventana de la oficina y apartó un lado de la cortinilla para mirar a la calle—. ¡Qué vida! Ayer corríamos como locos para escapar de Wykoff. Hoy le llama y le dice que espere abajo. Tengo miedo de salir de aquí. Me gustaría bajar ahora mismo y que el asunto se terminara cuanto antes. ¿Cuánto tiempo tenemos que esperar todavía?

—Hasta que Rigaud llame desde los Acres y diga que ha localizado el coche. Suponiendo que tardó dos horas en llegar allí y otra media hora en observar los alrededores, no creo que tarde mucho.

—Confío en que tenga razón —advirtió Bruno con los ojos fijos en la calle—. ¡Mire! Ha pasado un guardia y no le ha puesto ninguna multa. Es preciso estar en una limousine Cadillac para no ser multado por aparcar de ese modo. Ahora el chófer sale para limpiar la capota. Lo ha hecho ya tres veces. ¿Es ése el que le dejó para el arrastre?

—Sí, ése es.

—¿Un tío tan pequeño? Creo que es más bajo que usted.

—Me dijo que había sido un boxeador, y le creo.

—¡Aun así! —comentó Bruno, encogiéndose de hombros, como si se excusara—. ¿De qué estoy hablando? De chico fui una vez al Golden Gloves y sólo duré en el *ring* hasta que el otro se emparejó conmigo. Era pequeño, pero ¡vaya monstruo! Recuerdo que tenía vello por todo el cuerpo. Darle un golpe a él era lo mismo que darlo sobre un pajar. Estaba dispuesto a matarme. Lo supe en cuanto oí la campana, así es que…

El teléfono sonó con aire urgente y Murray tomó el auricular.

—Es Rigaud. Salga a la centralita y escuche por la extensión.

Oyó cómo Bruno tomaba el auricular de la extensión en el momento mismo en que la voz de la señorita Whiteside decía con expresión alegre:

—Su llamada, señor Kirk. El señor Rigaud en comunicación directa desde los Acres.

Inmediatamente después se oyó la voz de Rigaud.

—Soy yo, señor Kirk. El coche está aquí tal como usted dijo.

—¿Desde dónde llama? —preguntó Murray—. ¿Le oye alguien?

—No. Estoy en una de las tiendas del hotel.

—Bien. ¿Qué clase de coche es? ¿Qué aspecto tiene?

—Es un Buick, sedan, verde, del modelo del año pasado. Tiene un golpe y algunos arañazos en el guardabarros derecho delantero recién hechos, es decir, sin marca de óxido. Hay otro pequeño golpe en la rejilla y algunas manchas probablemente de sangre. El faro del mismo lado está torcido algunos centímetros. No creo que nadie se haya acercado al coche desde que lo dejaron aquí.

—¿Ha averiguado quién lo dejó?

—Uno de los empleados del garaje fue llamado desde Nueva York para que lo recogiese a toda prisa la noche del sábado después de la fiesta de Acción de Gracias. Le comunicaron que lo encontraría en un garaje de la ciudad, así es que fue a buscarlo y lo trajo.

—¿Quién le ordenó que lo hiciera?

—Un tal señor Bindlow, persona muy importante aquí.

—¿Bindlow? —preguntó Murray, sintiendo que se le encogía el corazón—. ¿Está seguro?

—Sí, pero también me dijo que el coche no pertenece al señor Bindlow, sino que es de otro de los mandamases del lugar, un tal Ira Miller.

El corazón de Murray volvió a latir. Tardó un segundo en recuperar la voz.

—¡Formidable, Gene! Buen trabajo. Lo que tiene que hacer ahora es lo siguiente: acérquese a la primera ciudad, porque alguna habrá por ahí, ¿verdad?

—Sí, a unos tres kilómetros.

—Bien, pues vaya y hable con el *sheriff* o el jefe de Policía o

quienquiera que sea. Cuéntele…

Bruno le interrumpió.

—Alto, Murray. Cualquiera en los Acres puede comprar y vender a los policías locales por unos pocos centavos. Más vale no recurrir a ellos. Lo que necesitamos es la Policía del Estado. ¿Me oye usted también, Gene?

—Sí, desde luego —respondió Rigaud—. Voy a la Policía del Estado, y luego ¿qué? ¿Es usted Bruno? Tendría que ver cómo está todo esto.

—Pero ¿qué es esto? —intervino Murray bruscamente—. Escúcheme, Rigaud. Anote la matrícula del coche y después se va al cuartelillo de la Policía estatal más próximo. Les enseña el informe de la Policía de Nueva York sobre el accidente y les da también el número de matrícula y la descripción del coche. Luego les dice que quiere que se hagan cargo de él en seguida. Si tienen alguna pregunta, que llamen aquí y la señora Knapp les atenderá. ¿Lo ha entendido bien todo?

—Sí, señor Kirk.

Murray dejó el teléfono en el momento en que Bruno regresaba a la habitación y cerraba la puerta tras de él. Miró a Murray meditabundo.

—Ira Miller —dijo.

—Ira Miller —repitió Murray—. A eso me refería cuando le hablé de la historia de Sherlock Holmes. En cuanto la chica de los Harlingen hubo hablado, recordé que faltaba algo en el informe de usted sobre Miller. Ningún coche figuraba en él. ¿Podía ser esto posible en un hombre como Miller? Especialmente cuando tiene que ir de acá para allá a los Acres para sus asuntos con tanta frecuencia. El perro que no ladró y el coche que no existía. A Frank le hubiera gustado ese detalle.

—Quizá sea lo único que le hubiera gustado en este caso —indicó Bruno—. De acuerdo. Ya tiene usted el coche y a Miller. Pero Lundeen sigue igual y Miller se encuentra en terreno seguro. ¿Qué me dice a esto?

—Permítame que le conteste con otra pregunta —repuso Murray—. ¿Juega usted a las damas?

—Claro que sí.

—Bien, pues eso es lo que vamos a hacer. Así. —Murray colocó

en hilera tres clips para papeles—. Este es Wykoff, este es Schrade y este es Miller; tres piezas, cada una en su sitio. Pues bien, cuando estén colocadas las vamos matando una tras otra; uno, dos, tres y las quitamos del tablero de una sola jugada.

—¿Y qué pasa si una de las piezas se sale de la línea antes de que juguemos? ¿Qué pasa entonces?

—Pues entonces… —dijo Murray, y se pasó el índice de través por el cuello.

—Eso mismo es lo que yo he pensado. Siento haber hecho la pregunta. De acuerdo, acabemos de una vez. Quizá haga frío afuera, pero cada minuto que pase mientras Wykoff nos está esperando, pone las cosas aún peor.

—Primero compruebe con la señora K. lo que hay de Schrade. ¿Quién le está vigilando ahora?

—Supongo que será Leo Morrisey.

—Pues pregúntele cuándo fue la última vez que llamó Morrisey y qué dijo.

Bruno, que de ordinario era un hombre lento de movimientos, salió y volvió con una celeridad pasmosa.

—Dice que ha llamado hace cosa de veinte minutos y que Schrade sigue allí. ¿Todo bien, pues?

—Perfecto. Ahora al trabajo.

—¡Oh! Si supiera lo feliz que me hace —exclamó Bruno.

Esperó en la puerta del edificio llevando el magnetófono portátil, mientras Murray daba unos pasos por la calle y se detenía para mirar el escaparate del estanco. Usando el cristal como espejo observó cómo Caxton salía del coche y se acercaba a él.

—¿Señor Kirk? —preguntó Caxton quitándose la gorra y sosteniéndola ante su pecho en actitud muy apropiada para un digno chófer de un todavía más digno magnate—. El señor Wykoff dice que si quiere hablar con él háganos el favor de entrar en el coche. Está ahí mismo.

—Dígale al señor Wykoff de mi parte que quiero hablar con él, pero aquí. El aire fresco le sentará bien.

Evidentemente, Caxton no estaba en situación de tomar decisiones mientras Wykoff se hallara presente. Retrocedió hacia el

coche y por el cristal del escaparate Murray pudo ver que hablaba animadamente con Wykoff. Otros reflejos aparecieron en el cristal: los de algunos apostantes de dos dólares paseando arriba y abajo de la calle. Hombres y mujeres de todas las formas y condiciones, incapaces de saber que el caballero vestido de manera conservadora al que veían en el momento de ser ayudado a salir de su automóvil, y que adoptaba aire autoritario, alto funcionario retirado, era el mismo al que beneficiaban con sus dólares. Había ejercido tanto sobre la clase media como los de clase baja, el poder de un juez durante largo tiempo, sin que ellos lo supieran ni les importara en absoluto.

Wykoff se puso al lado de Murray y los dos permanecieron contemplando el escaparate lleno de hermosas pipas y de exóticos tabacos, cual si, según cualquier transeúnte, podía observar, constituyeran lo único en la vida por lo que en aquellos momentos sentían interés.

—El precio —dijo Wykoff—. ¿Cuál es el precio?

—Barato. Nada de dinero. Sólo quiero que me haga un par de favores.

Wykoff dirigió una mirada de admiración hacia una pipa de espuma de mar.

—De modo que es eso lo que desea. ¿Y quién es usted para decirme lo que quiere? ¡Hijo de perra! Devuélvame mi libro. Es para eso para lo que he venido.

—Serán dos libros —recalcó Murray—. Arriba tengo una maquinita que los duplica. Hay uno para usted y otro para mí. El mío se encuentra en una caja junto con mi seguro de vida. Pero, y esto le sorprenderá, Wykoff, si hace un trato conmigo puede conseguir los dos. Sus libros no tienen valor para nadie más.

—¿Qué clase de trato propone?

—Uno muy fácil. Primero me lleva en su coche hasta Brooklyn y espera allí mientras yo soluciono unas cosas. Luego sobre las nueve de esta noche, quiero que vaya usted al piso de Ira Miller. Y que traiga a LoScalzo. Si lo hace, tendrá sus libros esta noche en casa de Miller. Es lo más favorable que puede esperar.

Wykoff torció la cabeza como para leer el precio que aparecía en la etiqueta de la pipa de espuma de mar.

—¿Llama usted un buen trato buscarle líos a Ira? Oiga esto,

Kirk, yo no meto en un lío a Ira por nadie ni por nada. Además, ¿qué es eso de llevar a LoScalzo? ¿Desde cuándo puedo yo darle órdenes? Si supiera usted cómo es…

—Lo sé. Pero puede usted inventarse alguna historia para convencerle. En cuanto a Miller, usted estará allí para cuidar de él. Eso o no hay libro. Está usted atrapado.

—¿Lo cree así?

—No pierda el tiempo, Wykoff, tome su decisión rápidamente o empiece a pensar en quién va a tener esos libros primero, si LoScalzo o el Departamento del Tesoro.

Wykoff dejó de prestar atención a la pipa.

—Vamos al coche —dijo.

—Hay otra persona que viene conmigo.

—Bien, pues vengan los dos ¡Qué diablos! —exclamó Wykoff, pero cuando Murray hizo señal a Bruno, que permanecía oculto en el umbral de la puerta, pareció sorprendido, aunque en seguida se recobró—. Ah, es usted —dijo ásperamente—. ¿Cómo no anda por ahí arreglando fusibles averiados? ¿Es que ha ascendido de categoría?

Se oían unos sonidos tras de la puerta del cuarto de Schrade. Procedían de un piano mal tocado. Al llamar Murray los sonidos cesaron bruscamente.

—¿Quién es? —preguntó Schrade.

—Soy Murray Kirk, Eddie. Hace un par de semanas me dijo que si necesitaba una pequeña orquesta para tocar en una fiesta…

La puerta se abrió.

—Pase, pase —dijo Schrade—. Me alegro de que se haya acordado. Si es que puedo…

Murray inmediatamente le empujó hacia el interior y Bruno cerró de golpe poniéndose ante la puerta en actitud amenazadora. Schrade los miró con la boca abierta.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? Vale más que dejen de hacer tonterías, porque no me gusta la violencia.

—Pues peor para usted —increpó Murray— porque al que nos ha enviado aquí sí le gusta. Aunque a lo mejor se acostumbra usted, Eddie, y después de un par de golpes ya no le importa demasiado.

Schrade tenía dificultades para tragar saliva.

—¿Quién es esa persona? ¿De quién me están hablando?

—¿Qué le parece? —preguntó Murray volviéndose hacia Bruno —. Quiere saber quién nos ha enviado. ¿Piensa decírselo?

Bruno sonrió con desgana.

—Desde luego, George Wykoff nos ha enviado. ¿Le sorprende?

—¡No les creo! —exclamó Schrade—. Son un par de farsantes. ¿Qué puede George querer de mí? ¿Qué le importo yo?

—¡Pedazo de enredón! —chilló Murray—. Le importa usted mucho. ¿No se creyó la historia que le conté la última vez, verdad? Entonces me mandaba George porque lo sabía todo sobre usted, Miller y Pirozy, pero quería darle una oportunidad para salir del paso. La tuvo usted, Eddie, pero no la aprovechó. ¿Qué opina ahora?

Aunque nadie hizo ningún movimiento como para atacarle, Schrade se fue retirando hasta que su espalda dio contra la pared, y extendió las manos como si quisiera repeler una agresión.

—Son un par de farsantes. ¿Cómo es posible que George sepa algo que yo no sé? No trabajan para él. No tienen nada que ver con él. Hagan el favor de salir antes de que arme un escándalo y tengan que lamentarlo. ¿Me oyen? Salgan de aquí ahora mismo.

Murray tomó el magnetófono que llevaba Bruno, lo puso sobre la mesa y lo abrió.

—Eddie, le vamos a dar otra oportunidad. George no quería ver las cosas como yo, pero le convencí de que podía conseguir de usted un relato verídico. Y eso es lo que ahora estoy intentando. Si se porta bien quedará al margen de todo, y Miller tendrá que responder por sí mismo. Solamente tiene que hablar ahí, en ese aparato, y cuando George lo oiga sabrá de qué lado está usted. Adelante. No vamos a morderle.

Schrade miró al magnetófono, como si hiciese acopio de valor.

—¿Quién los manda? —preguntó—. Es ese Lundeen, ¿verdad? George Wykoff no mandaría a nadie para que hablara en esa cosa. ¿Creen que soy tonto?

—Eddie —dijo Murray con voz tranquila—. ¿Sabe que aspecto tiene George Wykoff?

—Claro que sí.

—¿Y Billy Caxton? ¿Lo conoce a él también?

—Lo conozco. Claro que lo conozco. Lo he visto por ahí.

—Bien, Eddie. Pues mire por la ventana y dígame lo que ve.

—¿Para qué he de mirar? ¿Qué están tramando ahora?

—Quiero hacerle un favor, Eddie. Mire por la ventana y verá a lo que me refiero.

—¿Cree que soy tan tonto? —inquirió Schrade. A pesar de ello, se desplazó a lo largo de la pared hacia la ventana y luego se volvió con precaución para mirar hacia afuera. En seguida se hizo atrás reprimiendo una exclamación, con los ojos desorbitados y los brazos pendientes a lo largo del cuerpo. Murray lo sostuvo como si fuera un saco de harina al que le hubieran hecho un agujero y cuyo contenido se vaciara en imparable corriente.

—¿Hablará ahora, Eddie? —preguntó Murray.

Eddie habló.

Murray y Harlingen esperaban en el coche del primero, al otro lado de la calle donde los Miller tenían su gótica vivienda. Poco antes de las nueve vieron cómo Wykoff entraba en el edificio. Minutos después llegó un taxi del que bajó LoScalzo. Este pagó al chófer, salió del vehículo como si fuera un corcho demasiado apretado al cuello de una botella y entró también en la casa. Iba sin sombrero y con el abrigo echado sobre los hombros como una capa.

—Siempre tan original —manifestó Murray, y luego, cuando Harlingen estaba a punto de abrir la portezuela, añadió—. No, espere un momento. Dejémoslos que se instalen. Será mejor así —dio unos golpecitos al magnetófono que llevaba sobre las rodillas—. ¿Está seguro de saber cómo se maneja esto?

—Sí.

—Y sabe también cómo están arreglados los papeles dentro de la cartera. Es decir, todo en orden.

—En efecto —confirmó Harlingen—. ¿Quiere dejar de preocuparse por lo que yo hago? Ya le dije una vez que cuando tengo que hacer una cosa sé cómo organizarme. Y ahora la tengo.

—Sí, pero ahora no será como uno de esos tribunales que usted conoce —le advirtió Murray—. Aquí no hay reglas de juego, ni presidente ni nadie a quien citar. Tenemos a tres personajes importantes.

Harlingen se echó a reír.

—Vamos antes de que me convenza.

La valkiria abrió la puerta del piso y al verles no pareció sorprenderse en absoluto.

—Han llegado algunos más —anunció hablando por encima del hombro. Y Pearl Miller, que se hallaba detrás, contestó:

—¡Oh! ¡Qué bien! Es como una fiesta, ¿verdad? Ira no me había dicho nada.

Caminó a pasitos delante de ellos hasta entrar en la sala.

—Ira, querido —dijo nerviosa—, hay más concurrencia. No me lo has advertido y no hay nada con qué obsequiarles. ¿Qué voy a hacer?

—¿Hacer tú? —preguntó Miller.

La expresión de su cara intrigó a Murray. No había sorpresa en ella, porque sin duda Wykoff debió haberle advertido ya de aquel encuentro, solamente una cortés compostura, cierta concentrada preocupación ante aquella invasión de su casa. Era una mirada que Murray recordó de su primera visita allí. La mirada de un hombre que se ha dispuesto a pasar la velada tranquila con un buen libro y una pipa largamente usada, y que en vez de ello se encuentra con que ha de recibir a algunas personas amables, pero a los que no invitó.

—No hay nada que debas hacer, Pearlie —dijo alegremente dándole unas palmaditas en el hombro—. Pero no te preocupes.

—¿Y un poco de café? —preguntó Pearl Miller mirando a los reunidos en la habitación—. ¿Les gustaría una taza? Yo lo hago muy bueno —se llevó las puntas de los dedos a la boca, y cuando la manga le resbaló hacia el codo, Murray pudo ver que ya no llevaba el vendaje en la muñeca—. Hago un buen café, ¿verdad Ira? —insistió con aire vacilante.

—El mejor de todos —reiteró él conduciéndola hacia la puerta con un brazo alrededor de su cintura—. Ahora vete a la cocina y Hilda te ayudará a prepararlo. Dile que tenga al perro encerrado. Ya sabes que a George no le gusta verlo por aquí.

Durante todo esto, LoScalzo había permanecido hundido en el sillón más profundo de la habitación, con el cuerpo relajado y los

ojos velados, aunque atentos. A su modo, se dijo Murray, LoScalzo era tan buen jugador de póker como Miller. Sabía que algo importante se estaba tramando y deseaba permanecer sentado y estudiar sus cartas con rostro inexpresivo hasta que lo averiguara. Luego estaría dispuesto para entrar en el juego.

Harlingen se acercó al piano que estaba en el lado más lejano de la habitación, colocó el magnetófono sobre el asiento y dejó la cartera junto a él. Murray observó un poco alarmado que tenía el mismo aspecto de un profesor de instituto poniéndose a tono para la lección. Cuando se presentó a los concurrentes, su voz sonaba con cierto tono pedagógico.

—Y ahora —añadió— vamos al caso. Mi cliente, el agente de policía Arnold Lundeen…

LoScalzo adoptó una actitud de atención.

—Un momento, abogado. Ya he advertido a su colega —dijo irritado mirando a Murray— que no intente ninguna intimidación de mi testigo, y ahora le repito esta advertencia a usted. No deje que el celo le domine. Cualquiera que sea el espectáculo que vaya a ofrecernos preséntelo con claridad.

—Señor LoScalzo —replicó Harlingen imperturbable—, ya he sido advertido. Y a mí vez, permítame decirle que, si tuviera que aportar mi información como usted quiere, acabaría usted pareciendo el mayor tonto de la ciudad. Para evitárselo déjeme que cante y baile a mi manera y reserve su juicio para después. Todo este asunto llevará diez minutos y le aseguro que en dicho tiempo no voy a hacer ninguna declaración que no esté debidamente respaldada por una evidencia que voy a poner en sus manos aquí y ahora. ¿No cree que es obrar claro?

Murray se dio cuenta de que luego de haber despertado la curiosidad de LoScalzo no permitía a aquél que la dejara de lado. Sin esperar la respuesta, Harlingen sacó de la cartera la carpeta con la contabilidad de Wykoff. Los ojos de este se fijaron inmediatamente en ella.

—En primer lugar —expuso Harlingen— quisiera dejar establecida la identidad de un tal Charles Pirozy, cuyo nombre figura en esas hojas que tengo aquí. Dado que las mismas son confidenciales evitaré mostrarlas en público y sólo pediré al señor Wykoff que identifique a la persona en cuestión. ¿Accede a ello,

señor Wykoff?

—Desde luego —corroboró este—. Era mi contable. Una persona muy capacitada, créame.

Sus dedos se cerraban deseosos de hacerse con la carpeta, y Harlingen se la entregó.

—Creo que hay una copia —dijo Wykoff—. Una copia en microfilm. ¿Dónde está?

Harlingen adoptó una actitud de disculpa.

—Debe hallarse entre todo este montón de cosas —respondió suavemente—. Pero estoy seguro de que la encontraremos cuando todo lo demás haya quedado bien sentado.

Wykoff miró a Murray con ojos como leznas, pero Harlingen no le dio lugar a una objeción, como tampoco se la había dado a LoScalzo.

—Y ahora que ya sabemos quién fue Charles Pirozy —prosiguió rápidamente—, escuchemos unas informaciones sobre él, procedentes de una de las partes interesadas.

Accionó el contacto del magnetófono, se oyó un ligero zumbido y la voz de Eddie Schrade sonó clara, si bien algo asustada.

«George, tienes que ser razonable. ¿Me oyes, George? Soy Eddie Schrade y tienes que escucharme. Fueron Pirozy e Ira los que te engañaron. Lo juro. Yo no quise tomar parte en ello. Incluso le dije a Ira…».

—¡Apague eso! —gritó Ira Miller perdido ya todo su aplomo. Se había puesto de pie y jadeaba con el rostro contorsionado por la cólera—. ¿Cómo es posible que me hayan preparado una treta como ésta? ¿Quién se creen que son ustedes?

George Wykoff restableció el orden con un breve ademán. Chasqueó los dedos igual que cuando se trata de llamar la atención a un perro, y ordenó:

—¡Cállate!

—Pero, George, ¿es que piensas escuchar eso? ¡Si ni siquiera es Eddie! Conozco su voz y puedo asegurarte…

—Te he dicho que te calles. Es Eddie y me está hablando. Me está hablando personalmente, ¿comprendes? Cállate y déjame oír lo que dice.

«La cosa sucedió así», prosiguió la voz de Eddie Schrade en medio del silencio general: «Pirozy recomendó a Ira que se

mantuviera en buena relación contigo para poder fingir que se trataba de pérdidas normales y hacerse con una buena tajada. Todo iría bien si Pirozy iba de acuerdo con Ira. Y así lo hicieron. Fingieron tener que estar pagando apuestas continuamente y lo arreglaron de manera que parecía como si los agentes percibieran sumas que en realidad no les entregaron. Luego Pirozy se puso furioso contra Ira porque este había gastado una suma tan fuerte en su espectáculo…».

Harlingen paró el magnetófono.

—Lo del espectáculo —aclaró a LoScalzo— se refiere a una obra llamada *El tiempo escapa*, que fue representada cuatro noches hace tres años. Aquí está un ejemplar del *Wall Street Journal* en el que constan la formación de la compañía y la cantidad invertida por Ira Miller, el mayor accionista en la empresa. Ascendía a cincuenta y dos mil dólares, que perdió por completo. Aquello le originó serias dificultades financieras.

Volvió a poner en marcha el magnetófono.

«… que estaba dispuesto a recuperar como fuera. Así es que te siguieron robando cada vez más; pero yo nunca saqué ni un centavo. Te juro que no me dieron nada. Ni un puñado de alpiste. Tienes que creerme, George. Ya sabes que yo soy un operador de poca monta. ¿Para qué hubiera querido tanto dinero?

»Después, cuando Ira tuvo miedo y quiso retirarse, Pirozy no le dejó. Dijo que te lo contaría todo y que tú le matarías y que él saldría indemne, porque sabía muy bien cómo tratarte. Le decía a Ira: “Necesito cien o necesito un par de cientos”, no importa cuánto, e Ira se lo entregaba siempre y luego lo hacía figurar como soborno a los policías».

Se oyó entonces la voz de Murray, y este, al escucharla, sintió la curiosa sensación de desconcierto que experimentaba siempre al oír grabaciones de sí mismo.

«—¿Qué pasó con Lundeen? —dijo la voz—. ¿Qué pasó aquel día con él, Eddie?

»—Ah, nunca consiguió ni un centavo de Ira el muy tonto. La detención fue auténtica. Estrictamente reglamentaria. Pero Ira lo anotó como si hubieran pagado mil dólares a Lundeen para que él y Pirozy pudieran partirse la cantidad. Pirozy deseaba la detención porque deseaba mostrar a George, anotado en los libros, cuántos

policías del distrito estaban cobrando sobornos y cuánto dinero costaba mantener la operación. Sin embargo, Ira no quería dejarse detener, porque ya le habían detenido demasiadas veces y constaba en su informe; así es que me pagó un par de dólares para salir a aceptar algunas apuestas y hacer de señuelo para él. Me dijo que si no aceptaba pondría a otra persona a dirigir la Songster; de modo que no me quedó más remedio.

»—Pero ¿y Lundeen? ¿Por qué tuvo que ser este el afectado?

La voz de Schrade sonó ahora como una fina mezcla de sorpresa y de sarcasmo.

»—¿Que por qué hubo de ser él? Pues porque pasaba por la calle en aquel momento. ¿Por qué había de ser?».

Harlingen cerró el aparato con aire decidido y LoScalzo se hizo adelante en la silla para decir:

—Eso es interesante, abogado, pero sólo se trata de la declaración inconsistente de un hombre. ¿Y Pirozy? ¿Por qué no le trae?

—No es posible.

—¿Por qué?

Wykoff había estado mirando a Miller como quien contempla a un monstruo que acaba de tomar forma ante él. Miró luego con la misma expresión a Harlingen y finalmente dijo:

—Claro que es imposible, pedazo de idiota. Pirozy resultó muerto en un accidente de automóvil hace un mes. ¿Qué tiene que decir a eso?

—Mucho —respondió Harlingen—. Porque incluso después de que la investigación del jurado previo le cerrara a usted la tienda, Pirozy mantuvo su presión sobre Miller. Le estuvo extorsionando regularmente y amenazándole con decírselo todo a usted, si el otro no le pagaba a tocateja. Lo que acabó con eso fue la muerte de Pirozy… mas no por accidente, sino por asesinato.

—¿Asesinato? —preguntó Wykoff atónito—. Esa es una afirmación terrible. Fue un accidente, se lo aseguro. Lo sé muy bien.

—¿De modo que usted lo sabe? —preguntó Harlingen—. Pues todavía tengo algo más que comunicarle. La noche del día de Acción de Gracias aquí en la ciudad, Charles Pirozy fue deliberadamente atropellado y muerto por un coche que hoy ha sido recogido por la Policía del estado de Nueva York —alargó la

mano hacia su cartera—. Aquí está el informe policial sobre el llamado accidente y aquí el memorándum de una conversación telefónica que sostuve con el teniente Baker de la Policía estatal confirmando los hechos. No fue un accidente cualquiera. El coche, en realidad el arma del asesino, ha sido identificado como propiedad de Ira Miller.

Todos miraron a Miller, incluyendo LoScalzo y Wykoff, pero aquél no se amilanó ni se derrumbó. Murray pudo observar que, por algún efecto mágico, parecía haber recuperado el dominio de sí mismo. Era una vez más el Miller de siempre, con su habitual aplomo.

—¿Dicen que el accidente ocurrió la noche del día de Acción de Gracias? —preguntó a Harlingen.

—Sí.

—Entonces, ¿a qué viene acusarme? —exclamó Miller acalorado —. Aquella noche yo estaba en los Acres y no volví a la ciudad hasta las ocho del día siguiente, luego de haber recibido una llamada informándome de que mi mujer se encontraba bastante mal. El hombre que me trajo en su coche hasta aquí se lo podrá contar. Un millar de invitados en los Acres se lo podrán contar también. ¿Por qué me meten en este lío? ¿Por qué me atacan con una acusación que no se puede sostener?

LoScalzo era, evidentemente, el tipo de hombre a quien no sólo irritan los cabos sueltos, sino también las personas que descuidadamente los provocan.

—En este caso… —dijo irritado a Harlingen; pero este movió la cabeza negativamente.

—Yo no acuso a Ira Miller de conducir el coche que mató a Pirozy —dijo—. Porque él no fue. Había alguien más… alguien con intereses muy ligados a los suyos, que conocía cada faceta de su vida y que se había enterado del dominio que Pirozy ejercía sobre él. Esta persona fue quien trágicamente decidió por puro y simple amor, que la única manera de acabar con aquella influencia era atropellar y matar a Charles Pirozy.

Se oyó un ruido de cacharros rotos. Pearl Miller estaba en la puerta con una bandeja vacía en las manos, mientras a sus pies quedaban esparcidas tazas y platillos hechos trizas y una oscura mancha de café se extendía por la alfombra. Luego, la bandeja se

estrelló también contra el suelo mientras Pearl se llevaba las manos a los oídos cual si quisiera anular lo que acababa de oír.

—¡Ira! —gritó con el dolor que aquel último acto de traición le producía—. Dijiste que nunca lo revelarías. ¡Lo dijiste!

La respuesta no estuvo en lo que Miller pudiera decir, sino en la expresión de su cara. Fuese como fuese aquel hombre, pensó Murray, hubiera sido lo que fuera o pudiera ser, siempre habría para él un lugar en el Purgatorio y una posibilidad para emprender el largo camino que lo sacara de él.

Ira Miller era un hombre completamente enamorado de su esposa.

5

Cerca de Broadway había un automático todavía abierto y mientras Harlingen entraba, buscando las cabinas telefónicas, Murray depositó monedas en varias ranuras. Estaba ya en su segundo bocadillo cuando Harlingen volvió.

—Misión cumplida —dijo y luego miró a los platos colocados encima de la mesa—. ¡Diantre! Debe tener usted buen apetito.

—Lo tengo. Es la primera vez en todo el día que tomo algo, gracias a su amigo Arnold. ¿Qué tuvo que decir?

Harlingen se sentó y dejó el sombrero en la silla, junto a él.

—¡Oh! No fue muy coherente, pero es natural. No paraba de repetir «¡Es maravilloso! ¡Es maravilloso!», y luego añadió algo acerca de alegrarse por poder dejar las sartenes. Me contó cuánto aborrecía ser un cocinero de poca monta. Probablemente abandonó su trabajo al minuto de haber colgado el teléfono.

—¿Y por qué no? —preguntó Murray—. Le aguarda un gran futuro. Ya no tiene que preocuparse por el juicio, cobrará las pagas atrasadas y Helene le está esperando. ¿Qué cabría esperar mejor?

—En efecto —aprobó Harlingen—. En cuanto a lo que se refiere a Helene…

—No creo que pueda añadir gran cosa respecto a ella.

—Sabe a lo que me refiero, Murray. Le puso en una mala situación y él lo comprende. Quizá después de lo que ha pasado, sus sentimientos hacia esa joven sean distintos.

—Quizá; pero no creo que ella haya cambiado sus sentimientos hacia él. Una mujer que está enamorada de un hombre puede hacer cosas imprevisibles. Si alguna vez lo duda, acuérdese de Pearl Miller.

—Prefiero no hacerlo —repuso Harlingen con cierta emoción—. ¡Cielos, que escena! El modo en que la pobrecilla…

—Lo sé. ¿Piensa seguir practicando el derecho penal, Ralph?

—Sí.

—Pues entonces, prepárese, porque va a ver muchas lágrimas

antes de que se haya acostumbrado. Eso es lo más corriente en el derecho penal. Siempre hay mujeres sentadas ante un tribunal, llorando a lágrima viva por culpa de algún insensato que entró en sus vidas. ¿Sigue creyendo que es un trabajo adecuado para usted?

—Sí. ¿Por qué le preocupa tanto? ¿Qué se lleva entre manos, Murray?

—Quiero hacerle una proposición.

—¿De qué clase?

—Formar sociedad. Usted y yo. Harlingen y Kirk, si lo prefiere por orden alfabético.

—¿Una sociedad? —preguntó Harlingen frunciendo el ceño y tratando de comprender—. Pero su agencia… usted quedaría en una situación algo extraña. ¿No cree?

—No, porque voy a venderla. Me han hecho una oferta para una parte, pero me voy a desprender de toda ella. No sé a cuánto ascenderá la operación; cualesquiera que sean las condiciones, me voy. Creo que usted y yo haríamos un buen equipo.

—Podría ser —dijo Harlingen y luego añadió con cierto malicioso buen humor—. ¿No afirmó cierta vez que usted con su cerebro y alguien más con una voz persuasiva…?

Murray movió la cabeza.

—Permítame que le diga una cosa, Ralph. Yo le introduje en el piso de Ira esta noche y eso es todo. Usted no tenía derecho a estar allí, ni a presentar evidencia alguna, ni a hablar a aquella gente como lo hizo. Sin embargo, así fue, y salió bien, porque como se comenta en mi oficina, usted siempre dominó el caso. Yo sólo le di unos papeles y una cinta, en cambio, usted supo cómo utilizarlos en aquella jaula de tigres. Nadie lo hubiera hecho mejor. De no ser así, jamás le hubiese hecho mi propuesta. No podría trabajar con alguien a quien no respetara.

—Lo sé, Murray, y aprecio su cumplido, pero hay otras cosas que considerar, ¿no le parece? Sus puntos de vista y los míos no siempre coinciden. ¿No vamos a originar algún conflicto?

—Pudiera ser. Quizá después de algunos tanteos nos las arreglaremos para encontrar la manera adecuada. Es lo que pasa con la ley. En cuanto dos se ponen a practicarla ya se ha formado una sociedad. Reúna a nueve personas y tiene un Tribunal Supremo. ¿Me va entendiendo?

—Sí. Veo a dónde quiere ir a parar.

—Entonces, ¿hacemos el trato? Tiene que decidirlo rápidamente, Ralph. Si lo dejo en reposo y me duermo, a lo mejor despierto con un punto de vista diferente. Pero, en estos momentos, y teniendo en cuenta cómo veo las cosas, soy el hombre que usted necesita.

—Pero ¿por qué? —insistió Harlingen—. Si cree que va a conseguir mejores beneficios…

—No, no es eso. Sé que no voy a conseguir los mismos que hasta ahora; más, todo se basa en una cosa que usted me dijo cierta vez, Ralph. ¿Recuerda cuando afirmó que yo nunca sería un buen cínico?

—Sí.

—Pues estaba equivocado. Puedo ser un cínico sensacional, porque nunca me entró en la mollera ni por un momento que Lundeen fuera inocente, y eso es lo máximo a que podemos llegar en esa dirección. Se trata de un punto muerto producido en mí por la agencia. Es el modo en que Frank Conmy hubiera reaccionado. Y yo no quiero ser otro Frank Conmy, Ralph. Me atemoriza acabar así. La agencia lo envenenó con sus sospechas de todo el mundo y de todo lo que pasa en el mundo y no quiero que a mí me ocurra lo mismo. Si bien, acabará por ocurrir si permanezco en ella. ¿Me comprende, verdad? Usted es la clase de persona que puede entenderme. Es por eso por lo que le digo que, si dice que sí, soy el hombre que necesita.

—Digamos el socio —dijo Harlingen—. Suena mucho mejor.

Cuando a la tarde siguiente Murray comunicó la noticia a la señora Knapp, ésta se la tomó con una calma sorprendente.

—Estoy segura de que sabe, muy bien lo que hace, señor Kirk —le respondió—. Y, desde luego, el señor Collins será muy adecuado como jefe. El señor Conmy siempre le tuvo en mucha estima mientras estuvo aquí. Y tengo entendido que se portó también muy bien en la costa. ¿Cuándo se marcha usted?

Murray comprendió entonces que para ella nunca hubo allí en realidad un Frank Conmy, ni un Murray Kirk, ni un Jack Collins, sino sólo una Agencia cuya ininterrumpida y eficaz función era lo único que le importaba. La eficacia puede marchitar un alma, se

dijo.

—No lo sé todavía —contestó—. Collins llega la semana que viene; habrá que llenar muchos papeles y quizá tardemos un mes. ¿Por qué?

—Porque hay bastantes detalles que solucionar, señor Kirk. Este asunto de la monja, por ejemplo. Yo no sé…

—¿Una monja? ¿Qué monja?

—Vino esta mañana del hospital St. Alonsus acompañada por un hombre, con un montón de papeles para ser microfilmados. Dijo que tenía una carta de usted en la que le ofrecía hacer el trabajo gratis, pero si dedicamos la máquina a esos…

—Tendremos que comprarles otra máquina, señora Knapp, si es el único modo para salir del paso. Si la consigue usted para la semana que viene, será un estupendo regalo de Navidad.

—Un regalo de Navidad muy caro. Hay además un montón de correspondencia sobre su mesa, señor Kirk. ¿Le importaría hacerse cargo de ella antes de marcharse hoy a su casa?

—Lo haré. Entretanto, señora Knapp, diga a uno de los hombres que traiga algunas cajas grandes del laboratorio. Ya sabe, esas cajas en las que viene el papel fotográfico, y que las deje en mi despacho. Hay una lista de gente más o menos popular que usted confeccionó cuando el hombre del *Peephole* Magazine estuvo aquí. También quisiera tenerla.

—¿Para qué? —preguntó la señora Knapp.

Era la primera vez que hacía una pregunta después de haber recibido instrucciones. Y esto hizo comprender a Murray que ya no estaba en la cúspide.

—Porque me parece oportuno —respondió secamente—. Haga lo que le digo, señora Knapp.

Le costó mucho trabajo localizar las fichas correspondientes a los nombres que figuraban en la lista. Cuando hubo terminado, tenía dos cajas repletas. Llamó a McGuire, el encargado del edificio, y este le dijo que no había en el mismo ninguna caldera ni horno, ni lo había habido nunca.

—Nuestra calefacción proviene de la New York Steam Company, señor Kirk —dijo McGuire—. Me sorprende que no lo supiera —por el tono de su voz estaba claro que se sentía agradecido por haber podido enterar de algo a un inquilino—. Si quiere librarse de algo lo

mejor es que busque un lugar donde haya incinerador. O que me lo mande aquí abajo, y nosotros se lo daremos al basurero cuando pase.

—Gracias. Buscaré un incinerador.

Si hubiera tenido alguna duda sobre ello la nota de interés que vibraba en la voz de McGuire hubiera bastado para decidirle. Por otra parte, siempre disponía de su chimenea en el «St. Stephen».

Pero como pudo comprobar después, el que había construido la chimenea no la había concebido para que se quemara en ella semejante cantidad de material como el que Murray metió allí. Las cintas chisporrotearon y produjeron un espeso humo que llenó todo el apartamento de una niebla acre. No fue hasta después de haber abierto las ventanas y la puerta, y mantenido ésta de par en par por medio de un libro puesto en el suelo, que la corriente de aire logró circular por la chimenea. Murray se puso en cuclillas delante del fuego y lo fue alimentando con puñados del material que quería quemar mientras trataba de reprimir las vanas recriminaciones que aquello le provocaba.

Cuando llegaba al fondo de la última caja encontró una serie de fotografías, una de las cuales llamó su atención. Mostraba con todo detalle a la esposa de un jugador de polo acompañada por el musculoso joven por el que se interesaba aquel mes. La foto había sido hecha con *flash* en un momento que valía más hubiera quedado velado por la oscuridad. Murray estudió el retrato con interés, sorprendiéndose por el modo en que una mujer es capaz de aparentar, aun a pesar de estar desvestida, una expresión de total indiferencia incluso en una situación tan delicada. Por otra parte, su amante…

—Cincuenta artísticas poses, cincuenta —dijo Ruth por encima de su hombro, y él levantó la mirada atónito mientras la joven permanecía allí con el mismo aire con que había estado en el mismo lugar una semana o tal vez toda una vida antes, pero a la vez algo distinta. Se puso de pie como pudo y notó con irritada turbación, que aún sostenía en la mano la foto, que se apresuró a arrojar al fuego.

—Lo siento, Murray. Llamé, pero estabas tan ocupado que no me oíste, así es que he entrado. No sabía que te dedicabas a colocar fotos en un álbum.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente como para que me quedaran en la memoria los detalles del retrato. ¿Quiénes eran? ¿Alguien que yo conozco?

—Lo dudo. Tampoco yo les conocía.

—Oh, Murray, no pongas esa cara. ¿No te das cuenta de que me estoy burlando? Verdaderamente… a veces…

—No hablemos de eso. Me parece demasiado que alguien entre sin ser invitado para encima meterse conmigo. Y ahora dime quién es el que bromea.

—Mejor que seas tú. Murray, hemos hecho la obra en la escuela y Ralph estuvo allí. Al acabar tuve una larga conversación con él.

—Estupendo. ¿Cómo fue la función?

—¿Qué importa eso? Lo que intento decirte es que tuve una charla con Ralph y me contó lo sucedido. Me refiero a lo de ti y Arnold y la sociedad. Ya sabes cómo es Ralph cuando empieza con un tema. Sigue y sigue sin acabar nunca. Hubiera venido antes, de no ser porque me retuvo con sus explicaciones.

—¿Para qué querías venir?

—Murray, escúchame. Lo ocurrido aquella noche entre nosotros… bueno, tenías razón por lo que a mí respecta, ¿lo sabías? Sólo te equivocaste en una cosa. Lo que sentí entonces fue lo más raro que haya sentido nunca. Un sentimiento de libertad. Como si hubiera estado encadenada a una sombra durante todos estos años y de repente me diera cuenta de que quedaba libre. Por eso he venido a verte. Porque soy libre para hacerlo y lo deseaba hacer. Murray, ¿entiendes lo que digo? Porque si no lo entiendes, te mato.

—No me dejas mucha opción, ¿verdad?

—No. Y si crees que poner cara de ciervo acorralado te va a servir para algo te equivocas. Puedes borrar esa expresión de tu cara. Nadie con sentido del humor trataría de aparentar sentirse terriblemente herido y digno. No queda nada bien.

—De acuerdo —declaró él gravemente—. Intentaré ser el perfecto anfitrión amable. ¿Quieres quitarte la ropa? Tengo una nueva toalla que…

—No exageres tampoco el humor —replicó ella colocando una mano en su mejilla y dejándola allí, fría y asombrosamente suave—. ¿La notas? Es porque estoy asustada. Cuando subía en el ascensor tenía un miedo terrible. Sabía lo que iba a decir, pero no lo que me

contestarías, y eso era terrible. Ahora, aunque en realidad no has dicho nada aún, estoy más temerosa. ¿Qué te parece?

—Que estás terriblemente segura de ti misma. Y si quieres saber el porqué, mira ese espejo de ahí.

La volvió y quedose tras ella, mientras los dos daban la cara al espejo colgado de la pared sobre la chimenea. Luego, libre por fin de su propia sombra, la abrazó fuertemente, sintiendo el peso firme y cálido de sus senos.

Ruth dejó caer la cabeza sobre su hombro y sonrió hacia lo que el espejo reflejaba.

—¡Que pareja tan guapa! —dijo.

6

—Te lo digo de veras —le aseguró cierta vez Frank Conmy—. Estamos viviendo un tiempo a la vez detestable y mágico: la época dorada del archivador.

Estaba en el piso que Frank tenía en el «St. Stephen». Era una noche fría, sin luna, pero con un cielo cuajado de estrellas. Treinta pisos más abajo, en el Central Park, los leones marinos ladraban tontamente al firmamento y los tigres gruñían al oír la sirena de una ambulancia que transitaba a lo largo de la Quinta Avenida.

Frank prestó atención a los lejanos ruidos.

—¡Ah! —dijo—. Siempre arman este ruido cuando están asustados, los pobres animales. Y por el modo en que se oye de día y de noche, Murray, uno juraría que siempre lo están. Bueno, supongo que no se diferencian mucho del resto de los seres creados por Dios.

Asustados.

Siempre asustados.

Y contándoselo a las indiferentes estrellas.

Notas

[1] Noche de las brujas. < <